

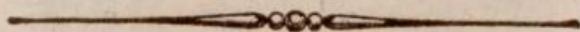


XNT
XIX
43



CLAUDIO LEPETIT

Y SU MONO.



Primera parte.

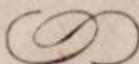
CLAUDIO LEPPITT

1810

LIBRARY



R. 74.124



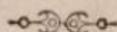
CLAUDIO LEPETIT

Y SU MONO.

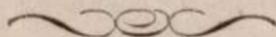
Novela escrita en francés por el célebre

PAUL JACOB.

Traducida al castellano por D. J. N. E.



TOMO I.



Sevilla.

IMPRESA DE NUÑEZ Y ARJONA,
calle de San José, número 46.

—
1846.

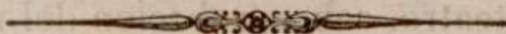
Es propiedad de sus editores.



CLAUDIO LEPETIT

Y

SU MONO.



I.

LA ABADÍA DE S. VICTOR.

EN una hermosa mañana de primavera del mes de mayo del año de 1666, llamó á la puerta particular del convento abadía de S. Victor, un jóven de buen aspecto.

A juzgarlo por su porte, su andar, sus modales y vestido, se habria dicho, que este jóven pertenecia á una familia distinguida y que ocupaba en la sociedad un rango elevado, digno de su nacimiento y

de su nombre: no tenia mas de veinte y cinco años , y debia creerse que habia adquirido en los usos del gran mundo y en el trato de la corte , aquella firmeza y procederes que constituyen lo que entonces se decia *cortesania* , y que caracterizaba ventajosamente á las personas de calidad. Sin embargo , estaba tan distante del impertinente descaro ridiculizado por Moliere en el teatro, con aprobacion del rey, como de la tosca sencillez de los hombres del pueblo , á quienes su caudal , aun no habia hecho salir de su esfera natal para lanzarlos en la de los medrados y de fortuna. Jamás se hubiera creido que este caballero tan completo, no conociese de Paris, y sus estrados , mas que lo que de uno y otro habia leido en los libros, ni era menos creible que acabase de llegar en el faeton de Poitiers, y que veia por primera vez á París , porque no se le notaba el menor embarazo ni sorpresa , antes al contrario parecia tan aclimatado con la morada en la capital , como si hubiese nacido en ella, sin haber aun perdido de vista las torres de N. S. ni la bulla y algazara de la Sa-

maritana.

Tenia poca estatura, pero llevaba tambien el cuerpo, y la cabeza tan derecha que parecia elevarse sobre los que tenian mucha mas talla que él: podia confundirse en un bullicio, mas cuando estaba inmediato á algun individuo aislado, parecia que igualaba á los mas altos. Su sombrero de fieltro negro con plumas blancas y sus tacones encarnados en forma de zancos, contribuian mucho á darle esta talla ficticia, á la que daba importancia, sin duda á causa de su nombre que hubiera podido pasar por apodo: este era Claudio Lepetit. (1) La manía de querer ser ó parecer un hombre alto, era en él una debilidad, que no tuvo paciencia para corregir, y que se contentó con ocultarla cuidadosamente á los demas; pero enrojecia y se incomodaba cuando en su presencia se hablaba de los hombres pequeños de cuerpo, y complacer habria consentido en no ser ni tan lindo, ni bien hecho, por tener tres ó cuatro pulgadas mas de estatura.

(1) El pequeño.

La belleza de su cuerpo y cara, suplían lo bastante la falta de talla; la regularidad y armonía de sus facciones, la vivacidad de sus ojos negros con largas pestañas, la expresión fina y espiritual de su boca muchas veces animada con una media sonrisa saldónica; el brillante contraste de su magnífico cabello de azabache; porque apesar de la moda que observababa escrupulosamente no la usaba, y de su color blanco apagado, que hacía resaltar los bigotes y el corte de su pelo á modo de heroe de la Fronda; la nobleza, el orgullo y la gracia de su móvil fisonomía espresiva, y sobre todo, el imponente y magestuoso aire de su cabeza, eran los principales caractéres de esta rara beldad que atraía y encantaba á primera vista. A la admiracion que causaba, se añadía el ecsamen mas minucioso, en el que se descubrian sin cesar nuevas perfecciones tanto en el conjunto como en las partes. Un arqueo de sus cejas, un movimiento de sus labios, un reflejo de sus miradas, todo era de notar en esta deliciosa figura que se aprocsimaba en cuanto era posible al soñado bello ideal del arte griego.

Sabia Claudio Lepetit hasta que punto lo habia favorecido la naturaleza, y no era solo el espejo quien se lo decia, porque desde su infancia, estaba oyendo sin cesar á su alrededor un concierto lisonjero de elogios, que resaltaban, hasta en la contemplacion á que debia estar acostumbrado. Cuando se presentaba en alguna parte, á nadie miraban sino á él, y muchas veces el entusiasmo se esplicó en términos, sobre todo cuando salia de boca de las mugeres, capaz de envanecerlo; pero la buena idea que le hicieron concebir de sus ventajas físicas, jamás lo condujeron á la fatuidad; solo tuvo cierta seguridad que le daba precio y le era igual á aquella confianza que inspira ordinariamente un nacimiento ilustre, un nombre esclarecido, un gran caudal y una elevada posicion en el mundo. Dejaba creer que todo esto lo poseia, rivalizando en lujo, en eleccion y gusto en su vestir, con los jóvenes señores de la córte, que le envidiaban su incomparable hermosura, y su triunfante talante.

Usaba la moda de los cortesanos de Versailles y de S. German: la capa á la es-

pañola sobre el hombro izquierdo: la armilla pequeña abierta por delante, dejando ver una camisa de precioso lienzo de holanda, cuyas mangas guarnecidas con encajes y nudos de cintas azules no se ocultaban con las mangas de una casaca de tela; los calzones, especie de saya guarnecida de cintas de arriba abajo, caían sobre las rodillas acompañadas de anchas presillas de punto de Venecia, entre las que se señalaban mejor las piernas, estrechamente cubiertas con medias negras. El color general de este vestido que era negro, se unía muy bien al de las cintas esparcidas con tanta profusión, como los encajes en todas las partes del vestido; las había hasta en los zapatos que cubrían la garganta del pié, y subían hasta el tobillo. Con todo eso, no correspondía la tela del vestido á esta prodigalidad de cintas y encajes: no era de terciopelo ni raso, sino de un mediano paño de seda, que solo asemejaba á inuaré, ó damasco, á ojos poco diestros. Parecía que el sastre había tratado de ocultar la tela con la superioridad del trabajo, habiendo logrado, gracias á la ingeniosa co-

locacion de los adornos, hacer una obra maestra donde la osadía y el jenio del corte se disputaba con la prodijiosa habilidad de la auja. Puede asegurarse que las gentes á quienes causó mas admiracion y respeto el encuentro de Claudio Lepetit en las calles de París, eran sastres que poco faltó para que lo detuviesen en su tránsito, con el deseo de saber que manos habian trabajado sus vestidos; pero no se atrevieron, creyendo que aquel personaje que llevaba su espada pendiente de un tahalí bordado de oro, debiese cuando menos ser un marqués, aunque iba á pié por el lodo, sin seguirle coche, virlocho ni lacayos.

—¿Que teneis que mandarme monseñor? le dijo el portero del convento, enano diforme, cuya enorme cabeza calva ladeada sobre el hombro derecho, le parecia pegada por la oreja y que sobrepujaba en desaseo á todo lo que pudiera esperarse de un cocinero de mendigantes.

—Vengo á visitar al hermano Pedro Pelletier, dijo Claudio Lepetit, que se sonrió al oirse tratar de monseñor dando gracias por ello á su vestido.

—Duerme aun, respondió el portero, que torcía, dejando caer algunas gotas, de un pergamino que estaba lavando.

—¡Duerme! repitió el jóven dando un salto atrás, para que las gotas del agua sucia que destilaba el pergamino no lo ensuciasen.

—Perdon monseñor, dijo el portero, notando el daño que pudo haber causado al equipaje del pretendido caballero, é interrumpiendo con pesar una operacion que continuaba maquinalmente hacía cuarenta años, sin mas reposo que el tiempo de dormir.—Es mí oficio; está usted: yo blanqueo los pergaminos viejos, y los dejo todos como nuevos. ¡Ah señor! el mundo vá degenerando: ya no se hace nada bueno, y el pergamino de hoi dia no vale nada..... ¿Quereis que vaya á despertar al hermano Pedro Pelletier, que siempre duerme hasta el toque de comer?

—Es decir que reza y medita en su celda? Hagame usted el favor de no burlarse de él, porque está usted hablando con su mejor amigo.

—¡Dios me libre de burlarme de nues-

tro buen hermano! Es el mayor dormilon de la congregacion, y para sus oidos cuando las campanas tocan á los oficios, tienen el badajo de algodón; pero en cambio, es el hombre mas habil que se conoce trabajando el pergamino, y sabe servirse....

—¡Deveras! ¿se ocupa aun Pedro en escribir é iluminar los libros en vitela?

—Yó, monseñor, le proporciono la vitela, y aseguro que no se encontrarán tan blancas y suaves como las mias, en la calle de Parcheminerie. ¡Que desgracia, que el hermano Pedro sea tan dormilon! No trabaja dos horas al dia en su escritura é iluminaciones.

—En efecto, no debe ser aqui gran falta, pasar el tiempo en dormir, y veo con placer que su pereza no tiene que quejarse de la vida de convento.

—La pereza en el convento como en cualquiera otra parte, es un pecado mortal; solo que aqui se espía el pecado cometiendo.

—Muy bien: puede pecarse sin incomodar á nadie: pero yo siento que mi amigo Pedro no haya escojido otro pecado mas

divertido.

—Cuando yo le hecho en cara su pereza, me responde riendose: «Duermo, para aprender á estar muerto.»

—¡Que diablos! ¿no sigue la carrera del pontificado, ni del cardenalato, como se le propuso cuando quiso ser sacerdote?

—¡Sacerdote monseñor! Aun no es diácono, y yó dudo que llegue á ser sacerdote, porque no parece que está mui dispuesto. Se me figura que su destino es permanecer simple religioso en nuestra congregación, y raer el pergamino como se dice de los amanuences que escriben sin cesar. ¡Raer pergaminos! repitió el viejo suspirando: he aquí una espresion que dentro de poco no tendrá sentido, porque no se hace gran uso del pergamino. El papel, solo ese miserable papel reina triunfante en el mundo.

—Al caso, el pergamino no puede servir ahora sino para ejecutorias de nobleza y contratos de escribanos. ¡Que gracioso estaría un poeta, por ejemplo, que encabezase sus versos en un pergamino! En este caso la poesia sería mui costosa y yo por

mi parte, renunciaria á ella.

—¡Ah monseñor! bien se conoce que no sois poeta, exclamó el portero que se halló inspirado para defender la superioridad del pergamino sobre el papel. ¿Un poeta no desea ante todo eteruizar su obra y su gloria? Pues bien; el papel aunque impreso, no conserva mucho tiempo lo que se le confia. ¿Creeis que los libros impresos puedan durar muchos siglos? ¿no tienen por enemigos al polvo, al fuego y al agua? Por el contrario, ved en nuestra biblioteca, esos manuscritos antiguos en vitela y pergamino: no tendrán fin, á menos que no sobrevenga un nuevo diluvio, y aun así... si hubiera habído pergamínos en el arca de Noé.... Ya sabian lo que se hacian nuestros antepasados cuando escrivian en pergamino. ¡Oh! que buen tiempo aquel para los pergamineros.... todos los años se vendian dos millones de pieles, para la universidad de París. ¿Y no habeis oido hablar de la feria de Landit, caballero? continúa en S. Dionisio, como en otro tiempo, ¡pero quanto ha mudado! Ya la universidad no asiste prosecionalmente en cuerpo, para hacer su

provision de pergaminos y vitelas, á penas se encuentra algun escribano ó procurador que la use. El pergamino está monseñor perdido, si el rey no lo socorre con algun buen reglamento....

—A fé mia, ignoraba yo que el pergamino fuese tan honrado personaje, y en lo sucesivo le haré todo el honor que le es debido.

—No se os olvide monseñor, de hacerle alguna insinuacion al rey, dijo el portero, que desde que vió á Claudio Lepetit lo tuvo por un cortesano.

—No dejaré de hacerlo en la primera ocasion que se presente, le contestó el jóven con buen humor, y no creo que el rey me rehuse tan justa solicitud, á menos que no hayan hablado anticipadamente los vendedores de papel á S. M..... Id pues á avisar á mi amigo Pedro de Pelletier.

Contento el portero con haber puesto al pergamino bajo la proteccion de quien creia influyente con el rey, pareció rejuvenecerse un cuarto de siglo, para manifestar su agradecimiento y solicitud, á este jóven señor desconocido. Al verlo tan bien vestido lo

recibió como un marquès, y ecsaminándolo despues atentamente lo creyó un duque, un par y aun principe; dejó pues sus pellejos y su puerta, para ir á la celda de Pedro Pelletier que dormía tranquilamente, y no se despertó sino á viva fuerza, ni consintió levantarse sinó á las instancias reiteradas del viejo portero que creyó atacado de locura.

—Apostemos à que es un principe, y el mas hermoso de todos los principes, decía el portero dando vueltas al rededor del hermano lego, que no se daba mas priesa por eso, y se vestía con gran silencio y hostezando. Me ha ofrecido hablar al rey, interesandose por este pobre pergamino que quisieran quitar de la universidad y que diariamente pierde alguno de sus privilegios.

—¿Y que he de hacer? repuso desperezándose el fraile que miraba con sentimiento la cama. ¡Haberme despertado tan temprano!

—Este señor, continuó el portero, tiene ya mui buenas disposiciones respecto al pergamino, y si hablais con él un poco so-

bre este asunto importante , se dedicará , á no dudarle , á conseguir del rey algun decreto contra el papel.

—Hermano Eustaquio, amigo mio, interrumpió Pedro Pelletier desperezandose de nuevo , dejeme usted dormir toda mi borrachera.

—¡Dormir! decia el portero que lo empujaba para sacarlo de la celda antes que se hubiese acabado de vestir: ¡dormir! El que posee un talento tan milagroso como el vuestro, debe abochornarse de perder el tiempo sin hacer nada, si yo supiera como vos , escribir é iluminar misales....

—Serías como yo un fraile desgraciado que nunca tendrá prebenda , beneficio ni abadía, ni la desea, y que solo tiene de bueno en este mundo, la ociosidad y el sueño, que odia trabajar y le place la pereza.... Creeme hermano Eustaquio, añadió suspirando , vale mas quedarse cada uno como se está , yo soñando y durmiendo lo mas que puedo , y tu sin mas cuidado que tus pergaminos.

—Ya lo entiendo, sois un filosofo. Tened cuidado hermano mio, porque la filo-

sofia conduce al ateismo.

—¡Quitate alla! exclamó Pedro Pelle-
tier: yo me dirijo á Dios, y le hablo con
mas frecuencia y religiosidad, que muchos
gritadores, que creen haberlo hecho todo
para ganar el cielo, cuando se reunen á
cantar....

—Hermano, si no conteneis vuestra
lengua; lo pasareis mal en este mundo y
en el otro. Por mas que querais ocultarlo,
ó sois atheo, ú os falta poco. Confiemos que
á fuerza de pintar y adornar los manus-
critos de la iglesia, sereis tocado de la gra-
cia y os convertireis.

Esperando la vuelta del portero, se pa-
seaba Claudio Lepetit entre los tilos próc-
simo á los jardines y rejas de la abadía.
Admiraba aquellos hermosos árboles á cu-
ya sombra meditáran en otro tiempo, los
sabios y filosofos que se habian sucedido en
la ilustre congregacion de S. Victor, desde
su fundador Guillermo de Champeaux. Al
ver las nuevas ojas que empezaban á cu-
brir con su vivo y tierno verde las ramas
nuevas, se acordaba de la antigüedad, de
esta abadía, donde por decirlo asi, circu-

laba una sabiduria vigorosa que no parecia debilitarse , despues de haber nutrido tantos gloriosos retoños, y de haber durante dos siglos, producido los mas nobles frutos de la ciencia y piedad monástica.

Esta abadía situada fuera del recinto de París , sobre el vasto terreno que ocupa hoy el mercado de los vinos , comprendido entre las calles de Foósés Saint Bernard, de S. Victor y de Seine, rivalizaba en poder , riqueza y reputacion, con las abadías de S. Dionisio y de S. German de Pres, aunque estas últimas le oponian su antigüedad y sus anales anteriores. La abadía de S. Victor, desde luego no era mas que una modesta reclusion donde vivian encerrados separadamente, un recluso y una reclusa, en la época en que los reyes y las reinas de Francia, confiaban su sepultura á las iglesias de S. German de Pres, y de S. Dionisio. Los reclusos servian una capilla dedicada á S. Victor , y las reclusas un oratorio consagrado á S. Sebastiau. El nombre de S. Victor se conservó quedando hecho un priorato dependiente de la célebre abadía de S. Victor de Marsella.

Este priorato apenas sostenia algunos pocos monjes en el reinado de Felipe I, que lo socorrió con sus limosnas y donaciones. Luis VI llamado el Gordo, se apasionó del monasterio, fuese por las reliquias que se conservaban en el, ó por ciertos votos que pudo hacer al visitar al monasterio: despidió á los monjes marseleses, y en su lugar puso mayor número de canónigos regulares de la congregacion de S. Rufo, mandando construir á su costa las habitaciones del priorato, transformado en abadía, donde quiso que se le enterrase.

La naciente abadía se elevó pronto al primer rango, enriquecida con innumerables beneficios de Luis el Gordo, ilustrada con el saber de sus monjes y brillante con la reputacion de Guillermo de Champeaux que se retiró á ella. Guillermo, aquel gran dialéctico que fué maestro de Abelardo antes de ser su adversario escolástico, llevó en esta abadía con los canónigos regulares de S. Victor, cuyo habito habia tomado, una severa disciplina, que hizo prosperar los estudios eclesiásticos en el silencio del claustro. Cuando Guillermo de Champeaux

aceptó el obispado de Chalons, sin que por esto renunciase á dirigir ausente, la comunidad que formó bajo la proteccion de su nombre, su amigo y discipulo Guilduin recibió de su mano el título de Abad y continuó la obra de su predecesor. En esta época era célebre en toda Europa la abadía de S. Victor; su escuela se tenía como superior á la universidad é iglesia de Paris: se enseñaba la dialéctica y teología por los principios de Guillermo de Champeaux, dando esta enseñanza muchos hombres sabios, que llamaban la atension de los talentos mas finos y elevados. De este modo la abadía de S. Victor, que hasta el siglo XVI habia en veinte y cuatro años dado nacimiento á cien abadías del mismo orden, fué el centro y hogar de aquella filosofia escolástica. tan fértil en disputas apasionadas, que Ramus y Gualland transportaron á otro teatro, cuando la instruccion pública se emancipó de la tutela de las órdenes religiosas.

En 1666 bajo el reinado de Luis XIV, la escuela abadenga de S. Victor, aun no estaba cerrada y aunque tenia maestros y

alumnos, semejantes estos á todos los colegios de París, no se distinguian ya por aquella erudicion, elocuencia y facultades de inteligencia que habia honrado el sistema de educacion que se daba en S. Victor. Los maestros aunque letrados é instruidos, habian dejenerado del tiempo de Guillermo de Champeaux. La regla del monasterio, tambien habian sufrido relajacion, y no se llevaba aquella vida de austeridad, trabajo y retiro estudioso, de que eran modelo los cartujos. Los canonigos de S. Victor vivian de sus rentas, sin cuidado ni molestia, limitandose á presentarse en los oficios en sus sillas de coro y dejando para los monjes el cuidado de conformarse mas ó menos con los artículos de su regla. Rezaban, ayunaban y trabajaban en la abadía, mas no eran los canonigos los que engordaban con molicie y santa pereza. Hubiera podido creerse, que ellos mismos se habian separado de la iglesia para unirse al mundo, à no ser por el reverendo padre Chevassut, que á su cánonicato unia la dignidad de chantre, que por si solo, por su actividad turbulenta, por sus intenciones fanati-

cas y por sus cruzadas de piadoso celo contra los atheistas protestantes y católicos tibios, suplía á la indiferencia pasiva de sus hermanos. Estos no salian de su estupor ordinario, sino cuando se aprocsimaba la eleccion de prior trienal que representaba al abad socio, el que á la sazón era Pedro de Cambourt de Coislin, obispo de Orleans, que despues fué cardenal y gran limosnero de Francia.

La abadía de san Victor formada de una agregacion de edificios, construidos, aumentados ó restaurados en diferentes épocas, no presentaba un plan arquitectónico regular y la mayor parte de los edificios construidos en su recinto, estaban faltos de carácter, grandeza y armonía. Eran una multitud de habitaciones de igual altura, unidas unas á otras circuyendo patios salientes, de aquí para allí desde la iglesias que ocupaba el centro de todos los edificios, El cultivo se estendia hasta los fosos de la ciudad y seguia á lo largo del rio, hasta el ángulo formado por la pequeña calle del Seine; pero los jardines propiamente dicho, no ocupaban la cuarta parte de este vasto

terreno , en el que había viñas , campo de labor y prados. A mas de los hermosos jardines, y calles de tilos , se veian paseos de box cortado con gracia; terraplenes admirablemente dispuestos para gozar de vistas magníficas , cuadros caprichosamente dibujados donde el ingenioso conjunto de argamaza y cespced, trazaban figuras y letras, y entre otras cosas las armas del abad y el nombre de S. Victor. Las flores que adornaban los acirates, nada tenian de particular , ni como rareza , ni como variedad: el arte jardinero aun estaba en su infancia, y no se pensaba en perfeccionar ni multiplicar las especies. En el centro del cuadro principal se miraba una fuente de piedra arenisca , de una sola pieza , de diez pies de diámetro sin ninguna escultura , y los monjes que venian á hechar migajas de pan á los peces de color que contenia, no soñaban que tenian á su vista , un precioso monumento de antigüedad pagana, una de aquellas tazas consagradas, que servian en los templos para las ceremonias de los misterios , y que despues se introdujeron en las iglesias de los primeros cristianos.

—Allí está, dijo el portero Eustaquio al hermano Pedro Pelletier señalando con el dedo á Claudio Lepetit, que les tenía vuelta la espalda y se divertía en grabar un distico en la peana de una estatua. He aquí el gran señor que quiere hablaros.

—Está vestido como el lirio campestre, que ni hila ni coje laureles, dijo Pedro Pelletier, que no tenía ganas de dar un paso mas adelante.

—¡Y bien hermano! ¿será necesario que este caballero os salga al encuentro? le contestó el portero, escandalizado de la inaccion del hermano lego, á quien el brillante equipaje de Claudio Lepetit, hizo desconfiar. ¡Oh buen Dios! ya adivino quien es, exclamó palmeandose las manos, es el maestro de escribir de S. M. el famoso Nicolás Jarry, que viene á ver vuestras obras escritas é iluminadas.

—¡Pedro! ¡Pedro! gritó Lepetit á quien el palmoteo de las manos, hizo volverse, y con los brazos habiertos corrió á abrazar á Pedro Pelletier.

—¿Claudio eres tu? exclamó el monje abrazandolo con una efucion y un calor de

que no parecía capaz.

—Verdaderamente, el hermano Pedro tiene amigos de calidad, se decía el portero admirado de estos abrazos que no concluían. De un día á otro será canonigo y podrá hacer algo por nuestro pobre pergamino, por quien nadie toma hoy interés. El rey que firma tantos decretos al día, debería saber lo que vale el pergamino, que indignamente sacrifican al papel. ¡Ah! si Mr. Nicolás Jarry maestro de escribir y notador de música de S. M. quisiese ser nuestro abogado ante el rey, cerca de los ministros, de la universidad...

—¡Querido Pedro! decía Lepetit derramando lágrimas de gozo y ternura: ¿con que eres fraile?

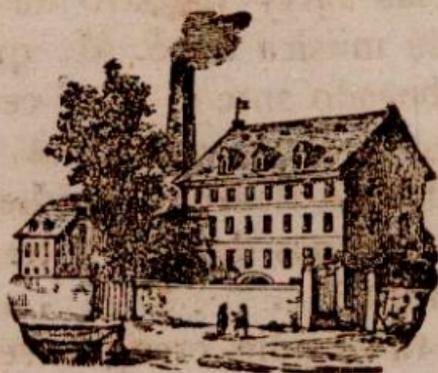
—¿Y tu Claudio, eres gran señor? le dijo el hermano lego, que lo miraba con tierna satisfacción.

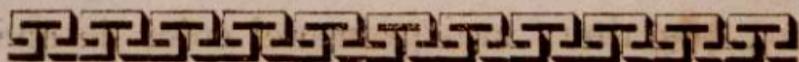
—¡Gran señor! repuso burlándose Claudio Lepetit: algo mas que eso: ¿no soi siempre poeta?

—¡Poeta, repitió Pedro Pelletier suspirando.

Y se alejaron asidos de las manos, mi-

rándose uno á otro, llorando y abrazándose, cada vez que se paraban, al traer á la memoria su juventud y la vida dichosa que tuvieron en sus primeros años, comparada con la que se les presentaba llena de esperanzas aéreas y ninguna efectiva y real.





II.

LOS AMIGOS DEL COLEGIO.

PEDRO de Pelletier era casi de la misma edad que Claudio Lepetit, pero la vida claustral, bien que suave y apasible para él, que se dispensaba de las maceraciones y de las pruebas diarias de escepticismo, habia marcado profundamente en sus facciones los años transcurridos. Así como una planta falta de aire y de luz, padece y se amortigua á pesar del cuidado de su cultivador, del mismo modo se sintió atacado de una vejez premátura bajo el influjo de la soledad y del encierro. El aburrimien-

to, que altera mui pronto el color de una hermosa cara y empaña los mejores ojos, habia hecho de este jóven una especie de viejo, en quien la decrepitud ejercía ya sus estragos, á pesar que Pedro Pelletier aun no tenía treinta años.

Era alto, pero andaba encorvado, la cabeza inclinada sobre el pecho, vacilante ó mas bien perplejo á cada paso; tenía noble fisonomía, y un perfil griego perfectamente regular y armonioso, pero sus mejillas arrugadas y pálidas, su frente huesosa y amarilla, su boca inmoble, sus labios descoloridos, sus ojos apagados é inertes, eran otros tantos indicios tristes de la desorganizacion fisica y moral que se obraba en él, dentro de aquel sepulcro anticipado, que en otro tiempo abria el monachismo, á la miseria humana: tuvo cabellos rubios abundantes y magníficos, mas sus rojos reflejos no sobrevivieron á los risos flotantes, que las tijeras del convento hecharon por tierra antes que hubiese pronunciado sus votos, y todos los dias se alijeraban sus cienes del poco cabello que le habian dejado, afeitando el extremo de

la cabeza, casi calva por delante. En su exterior nada daba á entender la perseverancia de las reconvenciones del mundo, y era tan fraile en lo exterior, como debía suponerse que lo fuese en su interior. Su modo de andar, su mirar, su espresion, su palabra y su gesto, todo tenía impreso las costumbres cenobitas.

En medio de todo esto, en algunos casos raros, cuando su corazon helado se reanimaba con la inspiracion de algun gran pensamiento humano, desaparecia el fraile por un momento, y se dejaba ver al traves de este sobreescrito frio, insensible y silencioso, una naturaleza generosa y superior, á la que solo faltaba sitio y sol, para producirse, y lucir con todo su brillo. En algunas semanas y aun en meses, no igualaba Pedro Pelletier al mas craso é ignorante de la comunidad; solo pronuniciaba monosilabos que costaban trabajo arrancarselos; no salía de su celda ocupando el tiempo en dormir, sinó escribía ó iluminaba libros de coro, parecía un autómeta, que no puede hacer mas movimiento, que el que le impone su mecanismo; pasaba dias

enteros sumergido en una meditacion muy parecida al sueño, pero tambien se le notaba un cambio repentino y extraordinario en su modo de ecsistir, cuando se hallaba en contacto con un talento parecido al suyo! Era entonces un sábio, un filosofo, un poeta, un hombre de gusto y de pensamientos esquisitos, disertando en todas materias, sin ser extraño á ninguna, comprendiendo las cosas mas delicadas de la vida mundana, y no teniendo de su estado, sino el hábito, que se olvidaba con los estravios de su interesante conversacion.

El hermano Pelletier no estaba pues en su centro, en un monasterio donde se contentaba con vivir tranquilo, sin cuidado por el pan del dia siguiente; pero su pereza, cada dia mayor, le había impedido adelantar en una carrera en que hubiera necesitado por su parte accion y constancia para llegar al fin propuesto y subsistir en el. El solo estado, que podria agradarle con sus instintos y hábito de ociosidad, era el de un caudal independiente, que él suplía vejetando en el fondo de una abadía, libre de cuidados, de ambicion y sin pen-

sar en el porvenir.

—Verdaderamente bajo este aspecto, le agradaba el estado monacal, prefiriendo una existencia pacífica oscura, meditativa y poco laboriosa, á las preocupaciones y á la actividad devoradora de la vida social. Sin duda no era feliz, pero al menos no estaba en continua lucha con sus gustos, su natural y su voluntad. Gozaba de una independencia casi absoluta, debida á su talento de copista, rubricador é iluminador: no lo contrariaban en sus manías, que llamaban *lunáticas*, y lo dejaban en libertad de disponer de su tiempo, dispensado de la regla conventual, sin ayunos, sin asistencia á los oficios, ni obligado á hacer trabajo alguno. Había tomado en la abadía, una posición análoga, por decirlo así, á la de un voluntario en el ejército; estaba esento de asistir al refectorio y al coro, podía á todas horas comer y beber, ir y venir, dormir ó hablar. Esta excesiva tolerancia le fué concedida, en consideración del servicio que hacía á la comunidad con los espléndidos manuscritos que salían de sus manos para uso del coro.

Sábado 6 de Diciembre de 1845.

10

La indiferencia y distraccion de su carácter, se dejaban conocer en la negligencia mas sencilla para su aseo. Si el color negro de su hábito agustino, no hubiese disimulado parte de este descuido, llevado algunas veces hasta el sinísmo, habria inspirado una penosa sensacion de disgusto y sorpresa, á las personas que lo encontrasen sin conocerlo, porque se limpiaba las manos, las plumas, y los pinceles, en los pliegues de la ropa, toda matizada con manchas equivocadas y empedernida con polvo y grasa. A mas este hábito de lana que jamás conoció la vara ni el cepillo, recojia sin cesar una franja de pelusas y de atomos indefinibles que se incorporaban y espesaban el tejido. Por fortuna sus cabellos, ni eran tan largos ni espesos, que pudiesen tener tantas moléculas etereógenas como la grosera tela de su sayal, ni usaba escapulario blanco, que muy pronto habria mudado de color con el contacto de todo sin persivirlo. En cuanto á sus manos y uñas carcomidas, debian tener horror al agua, porque rara vez se mojaba la punta de los dedos, como si temiese que-

marse, por último la porqueria de Pedro Pelletier hubiera dado que envidiar à un rancho.

—Por fin querido Claudio, estás en Paris, dijo el fraile á su amigo, à quien hizo sentar en el salon de verjas que los tilos rodeaban en altas palizadas. En Paris, repitió moviendo la cabeza con malicia... ¿Vienes á meterte fraile como yo?

—Creo respondiò Claudio, que no me lo aconsejaràs, y esto, apretándole la mano y mirándolo con tristeza.

—Puede ser; respondiò Pedro Pelletier. el que poniéndose pensativo, empezó á morderse las uñas.

—Vamos Pedro, aconsejame y haré lo que me digas que debo hacer: habla y me veràs inmediatamente transformado en fraile.

—Te iría mal con semejante metamorfosis, le dijo el hermano lego comparando su vestido con el de su amigo. Podrías ser fraile, Claudio, si los frailes estuviesen vestidos de raso, encajes y plumas como los marqueses, pero el fraile mas galan no difiere mucho de mí. Ya lo vés, ropon y capucha de paño burdo, negro, gris, blanco

ó moreno , segun las órdenes ; pié calzado ó descalzo, cabeza raída, ó á medio raer....

—A fé mia es un horroroso disfraz ; le interrumpió Lepetit ecsaminándolo melancólicamente , y à poco mas no te hubiera conocido.

—¡Hai amigo mio! muchas veces no me conosco á mí mismo. Siete años de claustro, son mas que suficientes para consumir á un hombre.

—¡Siete años!.. Sí, por pentecostés, hará siete años que nos despedimos prometiéndonos volvernos á ver tarde ó temprano.

—Con franqueza; en cada una de tus cartas esperaba me anunciases tu venida, pero nada: siempre ocurría un viaje á algun pais distante, primero á España, despues á Italia, en seguida á Suiza, que se yo.... En dos años que no he tenido noticias tuyas , (dos años buen Dios! cuantas veces puede uno morir en dos años!) en esos dos mortales años, habrás visto probablemente las cuatro partes del mundo , esepito á París , y la abadía de S. Victòr donde te aguardaba siempre....

—Vaya, no me puedes reconvenir tan-

to, como me he reconvenido á mi mismo: la casualidad solo tiene culpa de mi forzado silencio en los dos últimos años. Veinte veces te he dicho en mis cartas, que me hallaba unido á la suerte de nuestro camarada de universidad Antonio de Monconys, enviado por su padre á lo que este hombre sábio llamaba *escuela de los viajes*, así que lo acompañé á España, Italia, Suiza y otras partes. Mr. de Monconys por ciertas preocupaciones que hoy mismo; no puedo explicar, se oponia á nuestra venida á Paris, y decia á su hijo que la reservaba para perfeccionar nuestra educacion, siendo Paris el pueblo por escelencia y parangon de todo el universo. Tal era el lenguaje que usaba el buen hombre, y Dios sabe los deseos que teniamos Antonio y yo de venir á Paris. Ciertamente para separarnos de nuestra idea, quiso Mr. de Monconys, que su hijo visitase á Argel, el Egipto, Jerusalem y todos los paises que el mismo habia recorrido...

—¡Tu has estado en Jerusalem, Claudio! exclamó Pedro de Pelletier, asombrado de la distancia y de la dificultad de este

viaje. ¡Que fatigas!

—He hecho mas que ir, porque he vuelto. Seguramente, las gentes que van á estos lugares, corren diariamente riesgo de su vida, y casi á cada paso, pero ahora me alegro de haber visto todo lo que ví, y espero que será provechoso á mi numen poético. Estuve á pique de morir miserablemente en el camino, de calentura, de peste, de mordeduras de serpientes, de ladrones, de hambre, de insectos y de otros mil accidentes, que hacen la guerra al viajero. Mi compañero no estuvo menos maltratado que yo, y habria muerto en Palestina, si la Providencia no le hubiera marcado su fallecimiento en Lyon, á donde regresó, solo para vigilar la impresion de los viajes de su padre, que habia muerto antes de nuestro regreso: allí cojió un dolor de costado, y emprendio el gran viaje, que Mr. de Monconys habia hecho anteriormente, sin escribir el suyo que lo sintió mucho.

—¿Y porque sentir tanto la muerte? balbució Pedro de Pelletier. Ya sabía yo la muerte del pobre Antonio, que ni aun tuvo la satisfaccion de ver el primer volumen de

los viajes de su buen padre. Mr. Guy-Patin me prestó estos viajes llenos de quimeras, de química y de botànica.

— El amor filial los ha dado al público, por mi parte me lavo las manos. Interin Antonio hacia imprimir estas buenas cosas, habia yo vuelto á Poitiers y á la tienda de mi padre, que queria fuese yo un sastre cortado á su imagen.

— Habias corrido el mundo demasiado, ya era tiempo que descansases, le dijo riendose Pedro Pelletier.

— Por cierto era una idea monstruosa y extravagante. ¿ Haber estudiado en la universidad de Poitiers, haber compuesto mas versos que Virgilio, y publicado algunos que no son los peores que se hacen, haber viajado en cien paises, durante seis años, haber hecho peregrinacion á Jerusalem, aprendido el idioma de todos estos paises, y todo esto para ser sastre, para coser telas de seda y lana, y estar eternamente sentado con las piernas cruzadas como un pagano, sin mas negocio que meter y sacar la aguja!

— ¿Y como te dispensaste de obedecer á tu padre? ¿te enriquesistes en los viajes?

Sin duda traías oro , diamantes y perlas.

—Vete al diablo. Viajaba á espensas de Mr. de Monconys que me encargó cuidase de su hijo , y nunca economizé un real , al contrario gastaba todo de lo que podia disponer , y compraba en el viaje, medallas antiguas, libros, armas y muchos efectos curiosos , de modo que regresé á Poitiers con la bolza vacía y casi sin vestidos.

—Ya no me admira que tu buen padre quisiese fueses sastre como él; pero por muy obstinado y decidido que estuviera; ¿has conseguido probarle la distancia que media entre un sastre y un poeta?

—De nada hubieran servido las razones en aquella circunstancia y yo iba á verme obligado á menear la aguja , ó las piernas saliendo de Poitiers , ó bien tener tienda con muestra del *mono gracioso* , cuando mi padre dejó de ostigarme , porque murió.

—¿Y tu lo llorastes, olvidando los impedimentos que habia puesto á tu vocacion de poeta , sin mala intencion, es verdad?

—Y aun lo lloro , le contestó Lepetit enjugando sus ojos , porque era mui bueno,

no obstante su imaginacion mercantil: me amaba, y el era toda mi familia; ahora Pedro á nadie sino à ti me queda que amar en la tierra.

—Eso seria bueno, si fueses fraile, mi querido Claudio, pero te casaràs , tendràs hijos y despues nietos....

—¡Que dianche! tu caminas de priesa y heme aquí marido , padre y abuelo en un instante. Gracias á Dios no es así , y para principiari esa vida patriarcal, necesario seria que yo amase mucho á una muger para casarme con ella.

—Estàs constituido de tal modo , que los casamientos te se presentarán á escojer: tu figura y tu talento, te harán lugar en el mundo, y ya prevéo que serás un gran personaje en la sociedad.

—Me conformaré con el mayor gusto posible, pero si he de creer en el horocospo que me dijo un médico árabe....

—Voi á decirte otro , le dijo el fraile tomándole la mano , que será mas verdadero. No hables sin haberte aconsejado; no hables sin haber pensado antes las palabras que debes decir ; si así lo haces, to-

do sucederá á tu gusto.

—Mi árabe me tranquilizó menos para lo venidero. «El destino del incienso, me dijo, es quemarse y desvanecerse en humo.»

— Es un brujo, dijo con buen humor Pedro Pelletier, si quiso predecir la suerte de tu libro. El librero Pepingue, viendo que la *Escuela del interés y amor en general*, no se vendía, y juzgando que esos *verdaderos sueños*, traducidos del español, nunca se venderían, ha agotado casi toda la edición, para encender su estufa durante este rigoroso invierno que hemos pasado....

—Ese Pepingue es un tonto, le replicó Lepetit con vivacidad y enfado, no me valdré mas de él para publicar y vender mis libros.

—Amiguito, y Pepingue cree tambien que tus versos en una estufa, cuestan mas y calientan menos, que un poco de leña.

—Burlate de tu amigo, Pedro, los aplausos del público me vengarán de esas chanzas. La traduccion de la obra española de Antonio Piedrabuena, no era mas que

un aprendizaje de poeta, y en cinco años corridos no he dejeunerado en el arte de hacer versos....

—Es decir que de tus viajes en Africa y Asia, traes un cargamento de poemas franceses.

—Te aseguro, que tendràs materia para alabar las poesias, con que voy á inundar las tiendas de los libreros del palacio, y del puente de Ntra. Señora. Toma Pedro, le dijo sacando de la faltriquera un manuscrito que le presentó con aire de satisfaccion, veràs si el poeta merece tomar asiento en el Parnaso, y me aprovaràs haber venido á Paris, donde secojen todas las glorias.

Pedro de Pelletier miróel manuscrito y leyó: *Los mejores pensamientos de San Agustin, principe y doctor de la iglesia, puestos en versos franceses.*

—¿Tambien traduces tu en verso á San Agustin? ¿Es algun voto que hiciste hallándote en peligro en la navegacion? ¿te has vuelto buen cristiano, de filosofo que eras en la universidad de Poitiers? ¿San Agustin! solo en este nombre hay una conversion completa.

— ¡Cristiano! nunca lo he sido mas ni menos; ¡filosofo! lo sería de todo mi corazón, pero soy poeta y esto me basta.

— No te vitupero querido Claudio; porque yo mismo no he mudado de opinion por haberme hecho fraile, y aunque me jacto de seguir la ley del evangelio y los preceptos de Ntro. Señor Jesucristo, oigo que me llaman athéo, gentes que no pueden comprender mi religion y que no me dejan envidiar la suya. Soy dichoso al ver que siempre pensamos del mismo modo.

— Si del mismo modo, repitió Lepetit con entusiasmo. Acuérdate de nuestros paseos por la tarde al anfiteatro romano, al aqueducto, á la piedra alzada donde nos entreteniamos hablando de los misterios de la naturaleza y de las grandezas de Dios, elevando nuestras almas á él y nuestras miradas al cielo. Recuerdate nuestros estâsis poéticos al frente de ese cielo estrellado, que resplandecía sobre nuestras cabezas, y en presencia de aquel verde luciente que brillaba á nuestros pies. Trae á tu memoria nuestros sueños silenciosos al borde del Clain, cuando ivamos á Legugè. ¿Y cual era

entonces el objeto ordinario de nuestras conversaciones? Dios, Dios sin cesar; no ese Dios á quien degradan algunos á su placer, dándole pasiones, y casi los vicios de los hombres, sino á Dios verdadero.

— Claudio callate, interrumpió Pedro Pelletier que oyó moverse las ojas, y que puso su mano en la boca de su amigo. Nos escuchaban. .. Si hubiese sido el padre Chevassut nuestro gran Chantre, ó mas bien gran inquisidor.... No, es el hermano Eustaquio portero de la abadía.

— Hermano, me mandan que os diga que Mr. Guy-Patin, os aguarda en la biblioteca, dijo Eustaquio, cuyo bochorno y embarazo, atestiguaban que habia sido cojido infraganti delito de curiosidad. ¡Ah! padre Pedro, añadió á media voz, los atheos, huelen á chamusquina.

— Suplicad de mi parte à Mr. Guy-Patin, que tenga la bondad de tener paciencia un instante; le respondió con sequedad Pedro Pelletier, volviéndole la espalda.

— Vayan al diante el hermano portero y Mr. Guy-Patin que rompen nuestra conversacion, dijo Claudio Lepetit siguien-

do al fraile que hechó á andar.

—Pues yo por el contrario me alegro de la venida de Mr. Guy-Patin, repuso Pedro Pelletier que había dejado el sitio para alejarse del imprudente Eustaquio, pero que no se daba prisa á entrar en el monasterio. Es necesario que yo le pida que te proteja, y que te introduzca en la córte.

—Te anticipas á mi mas estremado deseo: ¡presentarme en la córte! es todo lo que yó apetesco. ¡En la córte! tengo prisa de estar en ella.

—Mr. Guy-Patin te llevará tambien á las casas de las preciosas, y á las reuniones de hombres de ingenio y talento: en casa de Mr. Chapelain que es el dispensador de las gracias y pensiones que el rey asigna á los literatos; en casa de Mr. Conrad, cuyo hermoso ingenio, vale por toda una academia; en casa de Mad. de Montausier, hija de la difunta célebre marquesa de Rambouillet, tierra prometida de los poetas; en casa de Mr. el Canciller....

—¡A la córte! ¡á la córte! siento ya no se que ardor, que me predise el camino que he de hacer en ese nuevo pais.

—Si, pero la vida que se lleva en el es costosa, y pronto se gasta lo que uno tiene, en vestidos, sillas de mano, lacayos; aunque no se festeje ni hagan regalos galanes à las damas. ¿No te ha dejado tu padre grande herencia?

—Lo mejor de su subseccion consistía en créditos antiguos contra los estudiantes y los maestros en artes de la universidad de Poitiers. Los vendí por algunos escudos, al maestro Hourdon el procurador. A mas habia piezas de telas y de cintas, con las que de mi propia mano he renovado mi guardarropa muy perdido y disminuido con los viajes de ultramar.

—Desgracia es que no seas sastre, le dijo Pedro de Pelletier con una sonrisa maliciosa, que rara vez se sobreponia à su pereza é indiferencia habitual. Mas parroquianos tendrias para tus vestidos, que para tus libros.

—Me recuerdas Pedro, tus galfarros de colegio, le respondió Lepetit riendose, pero te aviso que los mios han crecido despues y estamos à dos de fuego. Al hecho, acepto tus elogios por mi habilidad de sas

tre , y no estoi muy descontento del tono que me he dado, con algunas varas de seda, latina , paño y encajes.

—Es un tono de marqués , y aun de príncipe, como decía nuestro portero Eustaquio: pero acaba el inventario de la herencia....

—Unos cincuenta escudos de oro del reinado de Luis XIII, en una olla que estaba en el sotano , la muestra del *mono gracioso*....

—¿Y el mono? ese maldito Preste Juan que se burlaba de las viejas y de los frailes?

—¡Ah! esto era lo mas claro de la herencia, y el procurador no tenía derecho à solicitarlo. Lo he traído conmigo à Paris.

—¡Contigo! ¿y que quieres querido Claudio hacer con ese mono en Paris?

—Te aseguro que no lo he pensado. Mi difunto padre queria mucho à ese tunante de Preste Juan, que facilitó la muestra para nuestra tienda y que la acreditó desde que nos lo dió Mr. de Monconys de vuelta de su viaje al Asia. Lo conservo en memoria de mi padre, y tambien porque Preste Juan me divierte cuando estoi de mal humor.

—Tambien me divertiría à mi, y quisiera poderlo hacer admitir como fraile en nuestra congregacion.

—En verdad, no dejaria de escandalizar, con el odio que tiene à la ropa que llevas.

—Odio de sastre me es conocido: pero hoy fuera de la tienda, Preste Juan se amanzarà, y puede que consigas formar de el un poeta.

—¿Porque no? el papel de un mono, es imitar, y Preste Juan es ecselente en su oficio de mono.

—Claudio tus cincuenta escudos no son inmortales, pero yó tengo con que revivirlos mas de una vez. El dinero en mi estado, es un mueble casi inutil, y nunca lo he estimado tauto como hoi, que veo de quanto puede servirte.

— ¡Buen Pedro! dijo con efucion Claudio Lepetit apretandole las manos. ¿Como he podido estar siete años separado de tal amigo?

—No se conoce el valor de las cosas y de las personas, sino cuando se està privado de ellas algun tiempo. Podía acusarte

de haberme olvidado , ingrato.

—Dios es testigo que en todo tiempo y por todas partes te he tenido presente; en los desiertos de Egipto, en los muros de Jerusalem , en los horrores de un naufragio, siempre te veia , te hablaba y te suplicaba perdonases mi ausencia. Esperaba volverte à ver.

—Al fin nos hallamos juntos , le dijo el fraile abrazandolo , y no viajarás mas.

—Me quedaré aqui , seré rico y poderoso , merced á mis versos , y quizá á mí figura , y el primer uso que haga de mí credito , será ponerte en la carrera de los honores eclesiasticos. ¡Quien sabe si llegarás á ser abad , obispo ó cardenal!...

—Te lo agradezco ; pero estimo mas permanecer fraile, porque no causa tantos cuidados y molestias; y al menos no me turban el sueño que es mi único bien.

—¡Fraile! ¿y en que ocupas el tiempo, que haces de presente y esperas en lo venidero?

—Espero que el porvenir, será igual al presente; ahora duermo, pienso, pinto manuscritos , ó no hago nada.

—Pero dime; ¿no te acuerdas que te esperan en la biblioteca? Mr. Guy-Patin se impacientará.

— No le dará cuidado á este sabio, interin tenga un libro en la mano. Esperame en el jardin, que voi á bolver con él.

Claudio se paseó algun tiempo bajo los tilos, recorrió los cuadros y terraplenes, y escribió segun su manía, nuevas inscripciones en verso en los pedestales de las estatuas y de los jarrones; se acercó á las habitaciones de la abadía, y concluyó hallandose delante de una puerta lateral de la iglesia: no estaba cerrada y solo tuvo que empujarla para entrar, poniendose en seguida á recorrer y ver el templo.

Este edificio nada tenia de particular. Su estilo gotico del siglo XIII que habia sufrido muchos reparos hechos en 1442 de orden y à espensas de Carlos VII, casi habia desaparecido en la restauracion general que tuvo bajo el reinado de Francisco 1º; del antiguo monumento contemporáneo de Guillermo de Campeaux solo quedaba la portada, el campanario, y la capilla subteranea que segun Sauval era bizarra y atre-

vida. Claudio Lepetit ponía menos atención á la arquitectura, que á las obras de estatuaria y pintura que le adornaban; examinaba como conocedor los sepulcros, pinturas y vidrieras, principalmente estas últimas, cuyos dibujos y colorido eran la admiracion de todos los artistas vidrieros, lo detubieron mucho tiempo en la capilla de S. Lazaro y de S. Salvador y despues de haber visto detenidamente la resurreccion de Lazaro y la Cena, devidos al arte maravilloso de Pimaigrier pintor en vidrio, pasó á la capilla de santa Clara, cuyas vidrieras presentaban la historia del hijo pródigo pintada con tanta perfeccion como si se hubiese ejecutado sobre lienzo ó sobre tabla, admirando sin cansarse, las hermosas cabezas de las mujeres que parecian animarse sobre el vidrio.

De repente oyó pasos y hablar en la iglesia: eran dos voces de mujer.



III.

EL CONFESONARIO.

DE dos mujeres que acababan de entrar en la iglesia una vieja y otra jóven; la segunda pertenecía á una clase distinguida como lo atestiguaba su vestido, la primera á juzgar por su exterior debia ser alguna aya ó especie de dueña encargada de custodiar à la noble señorita que le estaba encomendada.

Esta jóven que no pasaba de diez y siete à diez y ocho años, se hallaba yá en posesion de todas las ventajas, que la edad nubil añade á las gracias y encantos de la

infancia: pequeña pulida y delicada , sin nada extraordinario, no debía aspirar à mayor grado de hermosura ; no obstante era bonita , ó mas bien agradable , sobre todo empezando á adquirir unas carnes moderadas que les sentaban mui bien. Insensiblemente crecer en carnes, se decía entonces *gorda* , sin unir mala idea á este epíteto, que era indispensable en el retrato de una muger que se quisiese adular , porque la mayor injuria que en aquel tiempo podía hacerse á una muger, era llamarla descarnada ó delgada, palabra que se pronunciaba con el mayor desden. Tal fué la que repetida de todos modos , por Bussy-Rabutin y su corrillo , hechó por tierra la privanza de Mad. de la Valliere , y concluyó quitándole el corazon de su real amante. La jóven que Claudio Lepetit miraba con una emocion creciente , era pues gruesa.

A mas era tan blanca , tan fresca , tan rosada y tan rubia, que los ojos se iban tras ella despues de haberla visto , y ecsaminándola con un cuidado minucioso, se descubrian mil detalles picantes que aguijoneaban el deseo de volverla á ver. Por eso

Claudio Lepetit no podía separar su vista de esta flor viva, que la casualidad hacía se desarrollase en su presencia para dejarse ver; desde este momento empezó á amar á la seductora desconocida. Esta se hallaba vestida con un cuidado y un gusto que manifestaba su origen y rango social: llevaba una especie de cofia de terciopelo verde, que solo cojía la parte extrema de la cabeza y permitía á los cabellos con sus rizos enroscados, pendientes hasta por bajo de la oreja, dejar ver y adornar su rostro: un velo de gasa salpicado de flores, fijo sobre lo mas elevado del tocado, le caia igualmente por ambos lados y se esparcía por las espaldas; su vestido de raso verde, asido al talle con unos cordones de oro y abierto por delante de modo que luciese su traje de tafetan rosa bordado de oro, estaba todo guarnecido de lazos de cintas del mismo color hasta las mismas mangas que estaban divididas en varias partes terminadas por vuelos de encajes; su gorguera de punto de Alenzon del mas precioso trabajo, estaba cortada á manera de toca y se cruzaba en el pescuezo como los pliegues

de una valóna de hombre; su vestido que levantaba por detrás al andar, daba lugar á juzgar de la delicadeza de su pierna, calzada con medias de seda verde con cuchillas bordadas de rosa. En cuanto á su calzado, era digno de su pequeño pié, que hubiera inspirado al autor del Cendrillon, si hubiese podido comparar su chinela ideal con aquellas zapatillas de marroquí negro, y tacones encarnados, con borlillas de cintas verdes y rosas, que hubieran hecho milagros en un cuento de encantadora.

La vieja que acompañaba à esta adorable personita, de carácter seco en alto grado, flaca, austèra inacesible segun su comision, vestida toda de negro con toca y velo como una monja, era aun mas agradable por su librea de dueña, que por su fisonomía aspera, falsa, fria é inflexible. Su cara parecía de palo y mui luego se conocia, que su corazon era de marmol; su voz acre y cascada, tenía alguna analogía con la matraca del viernes santo, y daba mas valor á la suave y sonora esprecion de su compañera.

Se adelantaron á la contra-nave del la-

do de la capilla de santa Clara, donde Claudio Lepetit no se atrevió á manifestar su persona, y continuaron su conversacion, que aquel pudo oir sin perder una palabra.

— He hecho señorita lo que queriais, decia la dueña, levantando los ojos y las manos à la boveda; pero he hecho mal.

— A estas horas ya tiene mi carta, replicó la jóven con satisfaccion, y ahora sabe, lo que no me hubiera atrevido á decirle de palabra.

— Verdaderamente, no debiais estar tan orgullosa de vuestra determinacion. Ahora sabe que sois enemiga de vuestro interés; que sacrificais el porvenir, á un capricho de momento; que se os dá poco, de afligir, ofender è irritar á vuestro padre; que no haceis caso de todo lo que se tiene en cuenta en este mundo, la virtud, la buena reputacion, los honores, el caudal....

— Mas al fin madama Lemasle, como no lo quiero, no puedo fingir que lo amo.

— ¡Ah señorita! ya sabe que sois volitaria, y que no pensais mucho para faltar á vuestra palabra....

—¡Faltar yo á mi palabra! Bien sabeis Mad. Lemasle, que yó nada le he prometido á Mr. de Harpedaille....

—Y que importa eso, si vuestro padre lo ha ofrecido por vos. Su palabra señorita ha obligado la vuestra.

—Ciertamente que no, Mad. Lemasle: mí padre ha hecho mal en prometer lo que solo depende de mí y apesar de mis buenos deseos de no dejar féo à mí padre, no podré cumplir su promesa, porque prefiero morir á casarme....

—¡Morir! he aquí el lenguaje de todas las jóvenes que como vos están entregadas á sus caprichos por la falta de su madre...

—Mad. Lemasle cumpla usted á su vez sus promesas. ¿No me disteis palabra de no hablarme de esto?

—Es que no me consuelo, con que hayais leído tantas galanterias en prosa y verso.

—¿Y puedo yo olvidar lo que he leído. A mas, no me arrepiento, y he llegado á tener conocimiento de cosas....

—¡Qué vergüenza que lo confeseis, y mucho mas que os glorieis de ello! Esos ro-

mances , esas historias amorosas , esas comedias , esos idilios , esos sonetos , son obra de sataná para pervertir nuestras almas y conducirnos á la condenacion.

—Mad. Lemasle le usurpais sus funciones al P. Chevassut, no tengo para que verlo , si me predicais sermones en su lugar. Apresuraos á avisarle porque quiero saber el efecto que ha causado mi carta.

—¿Qué señorita? no os arrepentís en presencia del Santísimo Sacramento! ¿Persistis en vuestras intenciones?

—¿Qué intenciones querida Mad. Lemasle? ¿la de reusar tan indecente marido? No se hable mas sobre el particular; yá le he escrito lo que hace al caso. Pero os lo suplico veamos al P. Chevassut. Con sentisteis en llevar y entregar mi carta , con la condicion que yo me confesaría de este que llamais pecado , aunque sea la cosa mas inocente del mundo , aborrecer á un hombre à quien quieren darnos por marido apesar nuestro. Al fin entregada la carta, solo tendré que acusarme de haberla escrito y oir las amonestaciones del reverendo padre....

—Ya vereis que buenas amonestaciones; escribir á un personaje de sus circunstancias, que no quereis casaros con él.

—¡Vea usted que gran pecado! en vuestro concepto Mad. Lemasle, todos los hombre, por feos, tontos y avaros que sean, son buenos para casarse con ellos ¡Alabado sea Dios! vea usted lo que los libros no me han enseñado.

— ¡Ah! ¿y porqué no hablais así á vuestro padre? seguro que no reconocería á su hija y la maldeciría.

—Para no hablarle de este asunto, hé escrito al interesado. Desde luego convengo en que la vista solo de mi padre me reduciria al silencio; tiene un aspecto tan grave y solemne, que delante de él, se siente una penetrada de respeto y casi de terror. Mucho tiempo hé estado pensando si me declararía á él....

—Vuestra conducta es pues, digna de vituperio, porque no os atreveis à hacer juez à vuestro respetable padre por temor del castigo.

—!Oh! No me detiene el temor del castigo, que no espero de su parte. ¡Ha sido

siempre tan bueno conmigo!

—Porque está creído, que no pensais en otra cosa que en darle gusto y obedecerle ciegamente, como debe hacer toda buena hija.

—Nunca me ha reconvenido ni una sola vez: ¡me ama tanto! como à su hija única, que desgraciadamente ha perdido à su madre de mui corta edad....

—Esa es la causa de vuestra desgraciada educacion: os faltó una madre que os instruyese y dirigiese. Yo me encargué de vos mui tarde, el mal ya estaba hecho, y esas novelas, esos versos que habiais leído en la biblioteca de vuestro padre, han hechado à perder vuestro corazon....

—Soi de parecer Mad. Lemasle, que nos volvamos sin ver al padre Chevassut, porque el sermon ha durado mas de lo que era necesario.

—Teneis razon: solo al padre Chevassut corresponde amoldar ese carácter rebelde, y enternecer vuestra alma con la palabra de Dios.

La dueña con la cabeza baja y murmurando entre dientes, salió de la iglesia.

por la puerta que comunicaba con la abadía, no sin bajar su velo negro, que ocultaba una cara que el soldado mas robusto podia mirar sin peligro. La jóven se quedó sola y sentada en un rincon sombrío, donde las miradas de Claudio Lepetit podian apenas penetrar, aguardando la vuelta de su celadora y leyendo en un libro ricamente encuadernado, que sacó de su faltriquera, y que sin duda no era libro de devocion. El jóven que no la perdía de vista y que sentía en su pecho los latidos de su corazon, hubiera dado mucho por saber el título de aquel libro. La preciosa lectora, no ponia mucha atencion á su lectura y no tardó en interrumpirla poniendo el libro, entre abierto sobre el banco donde estaba sentada; entonces se puso á pensar levantando los ojos á las bovedas ó bajandolos á las losas del piso, segun que su pensamiento volava del cielo á la tierra. Parecia estar en aquella disposicion en que el alma fluctuando, vaga incierta y melancólica, se trega toda al amor y á sus tiernos sentimientos. Claudio Lepetit que la observaba con una curiosidad inesplicable, conoció

por la conversacion que habia oido , cual era el verdadero estado del corazon de esta señorita, á quien su padre à pesar suyo queria casar con un hombre á quien no amaba. ¡Ah! si hubiese podido adivinar el nombre de ese padre tirano y el del hombre que había escojido para hacer à su hija víctima de un casamiento! ..

Mil suposiciones y mil proyectos rodaban por su cabeza, y por momentos los latidos de su corazon se aceleraban de tal modo, que creyó que su palpitation , que él mismo oia , pudiese ser oida de la persona que la causaba sin poderlo remediar. Sentia un deseo inesplicable de acercarse à esta hermosa jóven para admirarle de mas cerca, y ya buscaba un pretesto para llegarse à ella y dirigirle la palabra , cuando el ruido de pasos y voces lo detuvo en la capilla de santa Clara, conociendo que Mad. Lemale, no venia sola. Este mismo ruido puso fin á la meditacion de la jóven , que se levantó precipitadamente para no ser sorprendida en una meditacion profana que el tio no habia podido evitar . y en la precipitacion de tomar otra postura mas decente dejó ol-

vidado el libro que habia puesto sobre el banco. Claudio Lepetit observó el olvido, y se propuso aprovechar este descuido, tambien notó cuando salió del sitio oscuro donde estaba la jóven, que tenia sus mejillas pàlidas y señales de haber llorado. Detestó y maldijo en voz baja à los que eran causa de ellas. El estraordinario interés que le causaba esta graciosa persona, se aumentaba por momentos y antes que él se definiere el motivo de impresiones tan profundas, tan vivas é inesperadas, ya habia mudado la situacion de su corazon. Estaba enamorado.

La desconocida fué á recibir al padre Chevassut, que llegó escoltado de la dueña con quien habia tenido tiempo de concertarse en particular, y se unió delante de la capilla, donde continuaba Lepetit viéndolo todo, sin ser visto. Tuvo pues tiempo de juzgar con un rápido ecsamen del personaje, el caràcter que debia tener este fraile que le desagradó al primer golpe de vista, y que al segundo instintivamente le fué anti-pático.

Era un hombre de cincuenta años, gas-

tado por las vijilias y austeridades, y sobre todo por una especie de fiebre que lo consumía sin cesar. Cualquiera lo habria creido un esqueleto, al verlo tan descarnado, tan seco y amarillento; pero bajo este pellejo apergaminado, circulaba aun una sangre jóven y ardiente, una poderosa organizacion nerviosa, que galvanizaba este cadáver y lo hacia capaz de soportar las fatigas físicas é intelectuales, que hubieràn sido capaces de quebrantar las naturalezas mas vigorosas en apariencia. Los ojos hundidos en su órbita, rodeados de ojeras muy oscuras y cubiertos por espesas pestañas constantemente en movimiento, lanzaban relámpagos como los reflejos del fuego de una hornaza. Efectivamente habia en su cerebro un horno encendido de fanatismo religioso: su única preocupacion consistia en el odio á los hereges y atheistas que tambien se llamaban *libertinos*; solo pensaba en los medios de perseguirlos, atacarlos y destruirlos; habria con gusto querido entregarlos à todos al brazo secular, y el mismo con gozo, hubiera encendido la hoguera que les destinaba en su imagina-

cion. A su modo de entender no eran suficientes los anatemas de la iglesia para combatir à estos impíos, y acusaba de tibieza, de indiferencia y aun de impiedad á los magistrados que no usaban leyes de sangre contra los enemigos de la fé católica. Sus discursos, sus sermones, y sus pasos, no tenían otro objeto que la persecucion de los filosofos, incredulos, atheos, y otros abandonados de Dios; estando menos encarnizado respecto à los judios y protestantes, aunque tambien hubiera querido esterminarlos con el fin de establecer el catolicismo universal. No dejaba de obrar con las personas de grau influjo en el consejo y en el Parlamento, para restringir las franquicias concedidas en el edicto de Nantes, à los de la religion reformada, y ya pedia claramente la revocacion de este edicto, que veinte años después, se concedió á instancias del clero de Francia.

Esta vocacion intolerante y hostil, formó del padre Chevassut uno de los gefes mas temibles de la iglesia de Paris, aunque solo fuese chantre de san Victor, beneficio que le valia tanto como un obispado.

En la comunidad estaba mas considerado, y era mas poderoso que el prior trienal, y varias veces rehusó este título que le daba la eleccion , porque hubiera creido faltar, aceptándolo , á su mision , concentrandose al minucioso detall del gobierno de la abadía , creyendo ser llamado por el cielo, para quebrantar con sus pies al demonio del atheismo , que levantaba la cabeza con descaro y amenazaba infestar con su veneno la córte y la ciudad. Su nombre era un espantajo en las escuelas de san Victor , porque solo se presentaba para pronunciar alguna terrible alocucion ó para ejecutar algun castigo ejemplar.

Siempre que predicaba, estaba la iglesia llena de una concurrencia escojida, que venia á admirar su elocuencia tosca y apasionada. A semejanza de lo que sucedia en las tragedias que se representaban en el teatro de *Bourgogne* , se estremecian los concurrentes cuando de lo alto del pulpito, hechaba del rebaño á las obejas sarnosas, cortaba el arbol malo y lo arrojaba al fuego, presentaba la espada y no la paz. separaba al marido de la muger, la hermana del her-

mano , y hacia servir el evangelio á obras de venganza y maldicion. Se habia creado protectores, amigos y secuases entre los magistrados à quienes suplicaba sin cesar que defendiesen la religion con sentencias de muerte, y deseaba resucitar la inquisicion en Francia bajo el nombre de torrecilla criminal. Con este objeto, habia gauado al procurador general del rey en la cámara de justicia Mr. de Harpedaille, tan fanático como él, pero bellaco , malo y perverso.

—Dios os conserve en su santa guarda, querida niña ; dijo el canónigo fijando sus inflamados ojos de cólera sobre la jóven, que bajó los suyos.

—Padre mio, le respondió ella con voz algo trémula; bien sabeis que me conduzco por vuestros consejos ...

—Vamos al confesonario, la interrumpió , magullando un papel que tenia entre sus manos y no podia verse bien por lo largo de sus mangas.

—No se trata de confesion, padre mio, repuso la persona que tenia esta clase de conversacion, sino unicamente de una confianza.

—Vamos os digo, repitió con severidad el padre Chevassut, enseñándole con la mano la capilla de santa Clara : habeis cometido un gran pecado é importa que os arrepintais para conseguir la absolucion. El diablo , hija mia , os tienta , y no le cerrais los oidos.

— Os aseguro mi revèrendo padre.... dijo la incógnita sonrojándose y buscando una justificacion que se apagaba en sus labios.

— Vamos , no haya resistencia sopena de agrabar vuestra falta. Os cito para que comparezcai en el tribunal de Dios.

No se atrevió la jóven á aventurar una objeccion ó una escusa ; bajó la cabeza en señal de sumision y se encaminò lentamente al confesonario, que le designara el padre Chevassut en la capilla de Sta. Clara ; este le seguia algunos pasos atras, mientras que la dueña se alejaba por discrecion y se ponía en oracion delante del altar de la virgen. Claudio Lepetit que no perdía una palabra , ni un movimiento de los tres interlocutores que espiaba , habia previsto que podria ser sorprendido

en la capilla, sino hallaba el modo de salir ó no encontraba un sitio donde esconderse. No podia retirarse sin pasar por delante de aquellas personas que lo hubieran tildado de espionaje, ó de vergonzosa curiosidad; se decidió pues á agazaparse detrás del confesonario al abrigo de un antiguo cuadro que habian descolgado de la pared para remplazar las alcayatas enmohecidas que le sostenian y que se hubieran roto con su peso. Se ocultó con tanta prontitud y precausion, que el gran chantre y su penitenta llegaron al confesonario, sin sospechar que alguno estuviese tan cerca que pudiese oirlos. Claudio Lepetit se vió precisado á hacer un papel que creia indigno de él, solo por la necesidad; y aunque oia de primera mano todo lo que se decia en el confesonario, desde luego se esforzó para no oir nada; pero estos escrúpulos duraron muy poco, á la vista de las ventajas que podia sacar de su singular situacion; y en provecho del amor que repentinamente se apoderó de su corazon, no se obstinó en permanecer sordo, y puso una atencion llena de ansiedad á las noticias que la casualidad le proporcionaba

con respecto à la desconocida , de quien ansiaba saber el nombre. El confesonario en que el sacerdote y la penitenta estaban al descubierto , no oscurecia sus voces y las palabras que hablaban por la rejilla, llegaban todas al oido del jóven , que solo sentia que una débil tabla la interceptase la vista de la jóven arrodillada.

—Oidme Angélica , dijo el padre Chevassut despues de un corto recogimiento; elevaos à Dios para hacer un acto de contriccion.

—¡Ola! que se llama Angélica , dijo para si Lepetit que á poco se descubre por un impulso de gozo. ¡Agélica! que nombre tan amable!

— Padre mio , le respondió la jóven que habia recobrado su serenidad y resolucion , conociendo que no tenia porque reconvenirse. He venido á buscaros para deciros un paso que he dado , porqué me ha parecido recto , lead y honrado....

—Muchas veces las apariencias han engañado á los santos ; por lo tanto hija mia no os confiéis mucho ; pero aquí no veo ni por escusa las apariencias que decís y

mientras mas pienso en ello , mas me convenzo que habeis sido engañada por una tentacion del infierno.

—En verdad padre , ignorais lo sucedido , y voi á deciroslo con puntos y comas. Mi padre se ha comprometido á casarme....

—Con un hombre de honor , que os proporcionará un buen caudal y mucha consideracion ; con un hombre piadoso que coadyuvará mucho á vuestra salvacion....

—Ésas razones padre mio , son de mucho valor , pero el marido que quieren darme no es el que yo escojería.

—Pobre ciega: os hubiera convenido mas casaros con uno de esos mozalvetes que solo piensan en llevar los rizos mas anchos , la peluca mas rubia y los mas ricos encajes , ¿no es así? ; que almas tan gloriosas para delante de Dios!

—Perdone usted padre , pero me parece que se puede tener buen aspecto y vestirse honestamente sin ser presa del diablo.

—Ya os he dicho que hagais un acto de contricion , para que se desprendan de vuestra alma esas vanidades terrenas. Aho-

ra, continuó despues de un momento de recojimiento, ¿no os avergonzais de haber escrito esta carta que vuestro ángel de la guarda ha querido entregarme?

—¡Como es eso! exclamó Angélica turbada é indignada del abuso de confianza de su aya; ¿como teneis esa carta?

—Ya os he dicho que el angel que os guarda, ha evitado una gran desgracia haciendo viniese á mi poder antes que fuese á su destino.

—¡Qué! ¿Madama Lemasle me ha engañado? fingió que la dejaba en manos del señor procorador general y yo la aguardaba en la escalera, y por recompensa de su servicio, le ofrecí que yo misma vendria á informaros de la carta, y de mi resolucion de no casarme...

—¡Callaos niña! dijo interrumpiendola, con imperio él confesor, dando una puñada en el brazo de la silla penitenciaría.

—¿Y como quereis que me case con él? replicó Angélica, que no se redujo à callar, ni à una resignacion pasiva, por esta órden severa.

—Os casareis con él, porque lo manda

vuestro padre, porque lo quiere la razon y porque es preciso.

—¡Es preciso! ¿será necesario que yo sea desgraciada toda mi vida? ¿deberé inmolarme à no sé que razon de familia? ¡Ah! reverendo padre, no digais que es necesario.... Me horroriza ese casamiento, y ese matrimonio no puede ni debe ecsistir, y no se verificará.

—Haced un acto de contricion, hija incorrejible, dijo con voz fuerte y casi brutal: implorad las luces del Espíritu Santo, que es origen de toda gracia y de todo buen pensamiento. ¡Y bien! continuó con tono mas suave despues de dejar pasar algun tiempo: ¿reconoceis esta carta?

—Seguramente si, padre mio; puesto que la he escrito, y que la volveré á escribir, añadió la jóven con acento timido y vacilante

— ¡Ah! dijo el canónigo moviéndose cólerico. Sin duda habeis olvidado su contenido:—«Caballero, oigo decir que sereis mi marido, y que el dia de la boda está casi señalado. Estad persuadido, que tengo mas respeto que el que puedo espresar,

á vos y á vuestro cargo; pero tambien importa caballero que sepais, que no es mi voluntad casarme y que para hacerlo aguardaré que hable mi corazon, que aun no lo ha hecho. Me persuado que aguardareis á que hable. ...”

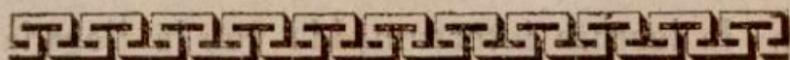
El padre Chevassut suspendió esta lectura que acentuaba con tanta indignacion, que hubiera podido oirse en los cuatro rincones de la iglesia. Acababa de entrar una persona en la nave y recorria con paso apresurado la parte baja; hera Pedro Pelletier que buscaba á su amigo. Cuando pasó por delante de la capilla de Sta. Clara, el gran chantre lo apostrofó con voz tonante, y sacando medio cuerpo del confesonario, y con los brazos estendidos, y las niñas de sus ojos hechando fuego, interin Angélica se cubría la cara.

— Padre mio, le dijo Pedro Pelletier cruzando sus brazos sobre el pecho, busco una persona que debia estar aquí...

— Fuera, profano! gritó el padre Chevassut con un gesto de escomunion. Esta es la casa del Señor, y Jesucristo arrojó de ella á los vendedores del templo. Atrás;

en este santo lugar no hai mas que cris-
tianos, que rezan y confiezan sus pecados.
Vaderetro Satanàs.





IV.

EL DOCTOR GUY-PATIN.

CLAUDIO Lepetit tuvo mui buen cuidado de no moverse, por el contrario temblaba de que su amigo tuviese la fatal idea de descubrir su escondite, y hubiera en aquel momento dado algo por ser invicible. Pedro Pelletier no se atrevió à tener contestaciones con el padre Chevassut; se alejó silenciosamente sin hablar mas palabra y sin continuar en la iglesia una pesquiza que presumió infructuosa. El canonigo tardó poco en reponerse de la santa cólera que lo animó, y enseguida emprendió con cal-

ma la lectura interrumpida con la llegada del hermano lego, caracterizandola con la inflecion de su voz.

«Me persuado que aguardareis à que hable, y que lo perdonareis si permanece mudo. La verdad, y os hago favor suponiendos digno de oirla de mi boca, la verdad, es que yo no os amo y que nunca llegaré á amaros. En vista de esta declaracion, á que me obliga mi conciencia, creo que no consentireis que nos casen, y que vos mismo devolvereis á mi padre la palabra que os dió. Por este medio adquirireis mi estimacion y reconocimiento; de otro modo si insistís en casaros conmigo á mi pesar, os pronostico toda la venganza de que puede usar una muger que se ve obligada á hacer lo que no quiere, y sereis tan desgraciado, que os arrepentireis de haber sido causa de mi desdicha. Pero no me comprometeréis á este extremo, y solo tendré motivo de daros gracias, por vuestra generosidad hacia mi. — *Angélica.*»

—¿No os parece bien, padre mio esta carta? le preguntó la jóven, que habia pensado de nuevo sus espreciones.

—¿No habeis hecho un acto de contricion?... ¡Parecerme bien, esta carta desvergonzada, injuriosa y escandalosa!

— Si, las espresiones son un poco esajeradas, contestó Angélica, picada de haber recibido en su cara, una espresion tan dura. Decid que no os tiene cuenta.

—¿Os atreveriais á enseñarla á vuestro padre? ¿y no moririais de vergüenza, si yo se la mostrara?

— No lo hareis señor, le dijo Angélica con tono y aire suplicante. Bien conoceis la veneracion qua tengo á mi padre, y tambien la especie de terror que me inspira, cuando estoi en su presencia, como delante de un tribunal: nunca me atreveré á desobedecerlo sea cual fuere su mandato, y mas bien moriré de pesar, que causarle el menor disgusto.

—¿Y no le causareis el mayor de todos, no aceptando con docilidad el marido que se ha dignado escojeros?

—Esto es lo que yo no podré hacer, porque creo que moriré aburrida con un marido que detesto, solo porque me obligan à casarme con él. Pero tengo esperan-

za que no sufriré tan horroroso yugo, al que prefiero un convento.

— ¡Un convento! tal es el lenguaje de las locas que se han nutrido con malas lecturas. ¡Un convento señorita! ¿es acaso cosa de juego? ¿y qué, los conventos se han establecido, para refugio de las niñas que reusan casarse con los maridos que sus padres, les han escogido y creen buenos para ellas? Sabedlo, el convento pide piedad, y una santa vocacion que quisiera tuvieseis, y que nunca tendreis; el convento es una puerta del cielo, pero tambien es la puerta mas facil del infierno.

— Aconcejadme padre mio, en vez de abrumarme, dijo Augélica saltandose las lagrimas: salvadme del borde de un abismo.

— ¡Que os salve hija mia! para esto solo tengo que repetiros las palabras del Evangelio. Dad al Cesar lo que es del Cesar, y á Dios lo que es de Dios; es decir, obrad en todo como es debido y tendreis la recompensa en este mundo y en el otro. Vuestro padre quiere que tengais marido, y debeis obedecer à vues-

tro padre ; y vuestra obediencia, no podrá menos de seros provechosa. Vuestro padre tiene mucho talento y está lleno de experiencia , para haber escogido mal el esposo que os dà y yo que lo conozco mejor que nadie, porque soi su director, os lo garantizo como el mejor cristiano y el mas firme devoto....

—No hai duda que la devocion es muí buena cosa , pero no es la única cualidad que se desea para un esposo.

—Al menos es la principal, porque sin ella, las otras no son mas que un pedazo de vidrio, facil de quebrarse haciendose polvo.

—Socorredme reverendo padre, repuso Angèlica que lloraba y sollozaba. Haced que no me case con....

—Por el contrario haré porque os caseis , porque serà para vuestra gloria, para vuestra felicidad y vuestra salvacion.

—¡Os es tan facil disuadir á mi padre, puesto que poseeis su corazon! solo con que dijerais....

—Nada diré , y vos os someteréis á vuestro destino , que no trocareis despues con ninguno de los mas brillantes.

—No, nunca tendré valor para casarme con quien no amo, y con quien aborrezco: no, mi mano se secará antes que....

—Pedid á Dios que os ilumine con su gracia, y os avergonzareis de vos misma y retractareis lo que contiene esta carta imprudente.

—Quereis pues padre mio, que yo sea infeliz toda mi vida? exclamó la pobre niña cuyo lloro y sollozos se aumentaban.

—No se es desgraciado cuando se cumple con su deber, y la prueba mas penosa es ligera, si se ofrece á Dios su mérito.

—Os aseguro que nunca me casaré y que consiento en entrar en un convento, en las visitandinas, ó en las carmelitas.

—No entrareis en convento alguno, y os casareis con la persona que se os ha dicho.... No lloreis hija mia, añadió con mas dulzura, y conjurad al demonio que os tienta.... Mas quiero confiaros un secreto que os hará ver, que este matrimonio es necesario é indispensable... Sin duda vuestro padre nada os ha dicho.

—Ignoro cual pueda ser ese secreto repuso Angélica.

—¿Os acordais de vuestro hermano, que hace dos años que murió en justo castigo del cielo, de resultas de una borrachera?

—No digais eso señor, dijo entre dientes Angélica llorosa con este recuerdo. Su muerte fué prematura.

—Fué el cielo, os digo que se hizo justicia para suplir la justicia de los hombres: vuestro hermano era un atehista.

—Perdonadlo, ya que no está aquí para defenderse. Mi hermano jamas fué lo que creeis....

—Formaba parte de una secta de impíos que se titula *Academia de los atheos* y que aun no le ha alcanzado la ira de Dios ni los rayos de la vindicta pública. Vuestro hermano, es menester deciroslo, corrió riesgo de ser quemado vivo....

—¡Quemado vivo! ¡mi hermano! exclamó la jóven sorprendida è indignada. No injuriais la memoria de mi hermano.

—Si, hubiera sido quemado vivo sin la intervencion de la persona con quien vuestro padre quiere que os caseis, para pagarle esa deuda.

—Ese terrible castigo está muy distante de ciertos desórdenes de la juventud : mi hermano en verdad era dísipador, jugador, libertino....

—Y ateaista. Volviendo una noche de su detestable academia , donde quizá hizo mal uso inmoderadamente del vino, profanó una imagen de la virgen que habian bajado de su nicho para componerla, y la patrulla lo sorprendió en el hecho....

—¡Es posible Dios mio! dijo Angélica ofreciendo á Dios una oracion por el reposo del alma del difunto.

—Arrestado el culpado y formalizado proceso verbal sobre su crimen con presencia de los testigos, el procurador general empezó á instruir el negocio , que estuvo pendiente dos meses, en la sala de justicia, y vuestro hermano habria sido condenado á la pena de muerte, si el procurador general por compasion y tambien en consideracion á vuestro honrado padre, no hubiese quitado de la vista el espediente.

—Y yo seré víctima de las faltas de mi hermano! dijo melancolicamente Agélica, que se encontró con las manos atadas por

el amor paternal y fraternal. Es cierto añadió: el procurador general nos ha salvado la vida y el honor?...

No tuvo tiempo para responderle el padre Chevassut, se lo impidió la caída del cuadro que fuera de plomo por el movimiento que el canónigo había hecho en el confesonario al levantarse para hechar de la iglesia á Pedro Pelletier, se resbaló insensiblemente por la pared, y cayó con una nube de polvo, sobre las losas de la capilla. Claudio Lepetit, no persivió la caída de este gran lienzo, hasta que oyó el ruido: estaba escuchando muy preocupado para pensar en detenerlo, y se halló de repente descubierto sin que el cuadro lo hubiese lastimado, y que pudo herirlo gravemente. La jóven dió un grito espantoso y estuvo para desvanecerse; el confesor asustado y despavorido como ella, conoció al instante que este accidente tenía una causa natural, pero al mismo tiempo preguntándose porque había este cuadro caído, como si alguno lo hubiese empujado salió del confesonario y vió al jóven agazapado en el sitio que acababa de ocupar el

cuadro. El movimiento de sorpresa é indignacion que hizo à su vista, aumentò el terror de Angèlica, que creyó que toda la iglesia iba à desplomarse y enterrarla en los escombros. Claudio Lepetit se habia levantado y tomado una actitud humilde, aunque digna, manifestando con su gesticulacion, el sentimiento que tenia de verse en una situacion tan équivoca y enfadosa.

— Quien sois? le preguntó el canónigo con voz imperiosa é irritada, dirijiendose á el y agarràndolo por el brazo.

— Un hombre avergonzado de la ridícula posicion en que lo ha puesto una casualidad singular, le respondió Lepetit con serenidad.

— ¿Quien sois? volvió à preguntarle el padre Chevassut con mas imperio. ¿Que tomais á cosa de juego la confesion?

— Ah mi reverendo padre! le contestó Claudio que sobre todo le incomodaba verse tratado de este modo delante de Angèlica.

— Espero saber quien sois, para denunciaros á la oficialidad de Paris, como profanador de los sacramentos.

— Denunciadme si quereis, contestó

bruscamente Lepetit, el que viendo à la jóven irse del confesonario para reunirse á su aya, se desembarazó del canónigo, y corrió tras ella.

— ¡Ola! este debe ser uno de nuestros ateistas, exclamó el padre Chevassut que lo siguió y volvió á asir por el brazo, en el momento en que Claudio Lepetit acababa de detener tambien á Angélica y la miraba de cara, sin poder pronunciar una palabra.

— Señorita, le dijo al fin, suplico á usted que me perdone mi imprudencia, y no la achaque sino á la casualidad que ha sido la mas estraña del mundo. Deberia ocultarme cien pies bajo de tierra, despues de semejante aventura...

— Ya sabremos quien sois, señor atheo le interrumpió el canónigo, moviendo los ojos abrazados en cólera, que el jóven ni aun veia. Sabreis à vuestra costa, infame, lo que es una confesion.

— ¡Infame! replicó Lepetit, cuyo epíteto ultrajante ofendió sus oidos. Eh! ¿señor, no me he escusado lo bastante con usted de una miserable casualidad, que me

hace parecer ridículo y descortés? He aquí en pocas palabras, lo sucedido. Había entrado en esta capilla para ver y admirar sus vidrieras; en seguida vinisteis con esta señorita a quien me hecharia en cara toda mi vida haber ofendido, si lo hubiese hecho con intención, la vergüenza me sugirió ocultarme interin hablabais con ella, y no me atreví á retirarme, cuando vuestra entrada en el confesonario, me emparedó por decirlo así, detras de ese cuadro. Solo esperaba que os fueseis, para irme yo tambien.

—Esa es una burla, dijo con viveza el padre Chevassut, no creais que se juega conmigo impunemente.

—Señorita, dijo Claudio Lepetit que no le gustaba quedase en el alma de la jóven, una impresion que le fuese desfavorable, estoí tan confuso con lo sucedido, que os pediria perdon de rodillas, á no hallarnos en un sitio donde solo se debe proster-nar delante del dueño de la casa: pero á fé mia os aseguro que no me separaré de vos hasta que me hayais asegurado que este tonto suceso, no influirá en vuestra opinion...

— ¡Como! interrumpió el canónigo, maltratandolo á tirones con violencia se atreve á insultar las cosas santas!

— Quietos, mi reverendo padre, le dijo Claudio soltándose de nuevo de sus brazos, estais hechando á perder mis cintas.

— ¿Que ha sucedido? preguntaba la dueña, dirijiendose à la vez al canónigo y á la penitenta. ¿Quien es este caballero?

— Señorita, continuó Lepetit que habia logrado una mirada de Angélica, que colmó la emocion que padecía, seria el mas desgraciado de los hombres, si estuviese persuadido que me teniais rencor por esta aparente indiscrecion, y lo creeré sino me disuadis de ello con una palabra, que bendeciré como un consuelo y una esperanza ...

— Conmigo teneis que haberosla, dijo con furor concentrado el padre Chevassut, que levantaba la voz tan alto, que podía oirse fuera. Y vos, llevaos á esta señorita, dijo à la aya, que al punto obedeció y que se llevó á Angélica fuera de la iglesia, no sin que ella se volviese una vez al jóven, dándole por despedida una mirada, en la

que él leyó la oferta de acordarse de él.

Claudio Lepetit, quiso seguir á la jóven que vió desaparecer, mas el canónigo lo detuvo con vigor apretándole los puños con tanta fuerza que le clavaba las uñas en la carne, y tuvo necesidad de toda su fuerza, para forcegear contra un adversario mas vigoroso de lo que debía suponersele. En esta especie de lucha tuvieron sus cintas, sus encajes y su vestido algunas averias, que en otro momento lo hubieran incomodado; mas solo le ocupaba un pensamiento cual era el de reunirse á la preciosa desconocida, y no perder el beneficio de un encuentro que la casualidad condujo bien hasta aquel punto. Respecto al padre Chevassut, su furor rompía en injurias y amenazas á las que el metal sonoro de su voz, daba la solemnidad de una escomunion, resonando en todas las bóvedas de la iglesia.

—¡Impío, atheo, judío, blasfemo! gritaba comprimiéndolo con sus brazos para que no huyera.

—Por Dios dejeme V., le decía Claudio Lepetit, que solo pensaba en verse li-

bre para seguir á Angélica. ¿que os he hecho yo?

— Voi á hacer que te encierren en la prision de la abadía , y avisaré al procurador general para que forme causa contra ti.

—¿Estais loco padre mio? prosiguió el jóven poeta , que no se asustaba mucho de la perspectiva de semejante proceso.

—Te retractarás publicamente á la puerta de esta iglesia que has profanado, y te quemarán en la plaza de Maubert como atheista.

—¿Que es eso? dijo una voz penetrante y burlona que salia de la nave y que se acercaba con paso grave y mesurado , que arreglaba el ruido de un baston descargado sobre el pavimento con golpes iguales. ¡Como! ¿de cuando acá se provocan los frailes como perros en ralea?

Esta voz acompañada de una risa estrepitosa y gatural , fué suficiente para separar á los combatientes , que se abochornaron de presentarse luchando cuerpo á cuerpo en medio de una iglesia , y que se apresuraron á hacer desaparecer las señales del desórden que esta lucha encarnaizada

habia dejado en sus vestidos. Aun se desafiaban con sus miradas como dos heroes de la Iliada abrigando uno contra otro proyectos de venganza bien diferentes. El padre Chevassut abotonándose su ropaje de canónigo y ajustándose su capucha no pensaba sino en la hoguera y en la horca que le parecian muy dulce castigo para un ateo, tal cual el que habia tenido entre sus brazos; Claudio Lepetit contemplando con despecho los girones de sus encajes que el canónigo no habia respetado, se preguntaba, sino tenia derecho para hacer que la comunidad de S. Victor le pagase el daño, y tambien miraba con inquietud, si la preciosa desconocida habia sido testigo de esta batalla burlesca, quedando muy satisfecho al convencerse por sus ojos que no habia vuelto á entrar en la iglesia.

El personaje que puso fin à la lucha del canónigo y el poeta, era el célebre médico Guy-Patin, á quien Pedro Pelletier queria presentar á su amigo «Guy-Patin, dice uno de sus contemporaneos, el mistico cartujo Buenaventura V. Argonne, que reunió tantas anedoctas curiosas bajo el

seupdónimo de *Vigneul Merville*, era satirico de los pies á la cabeza. Su sombrero, su valona, su capa, su armilla, su calzado sus botines, todo se befaba de la moda y formaba proceso à la vanidad. En su cara tenia aire de Ciceron y en su talento el carácter de Rabelais, su gran memoria le proporcionaba siempre de que hablar y hablaba mucho. Era atrevido, temerario, inconsiderado; pero sencillo y veraz en sus espreciones.”

Este retrato aunque verdadero no manifiesta todas las aprehensiones de este sabio, que hacia estudio en no parecerse à nadie en su vestir, en su humor, su lenguaje y modales: tambien era acerrimo guardador de los antiguos usos de la facultad, y por salvar á un enfermo en peligro de muerte, no hubiera dejado de vestir su traje doctoral. porque creia, y con razon, que una parte de la ciencia del médico consistía en su gorra de lana negra, y en su bonete puntiagudo. “Un médico decia, con aquella precision observadora que arreglaba todas sus palabras, debe imponer al enfermo desde su primer aspecto: de lo contra-

rio se acostumbra á mirarlo cara á cara, y no quiere afufarse del sitio donde está. El médico con su librea negra se me figura armado en guerra, y con los golpes que descarga, mata la enfermedad, ó el enfermo»

Guy-Patin no ponía cuidado en imitar á algunos de sus jóvenes compañeros en el *arte homicida* que abandonan en público la antigua costumbre médica que el teatro empezó à ridiculizar, antes que Moliere lo hubiese puesto en algun modo á la vergüenza: decia que no queria dejar de ser médico un instante, escepto cuando se desnudaba para meterse en la cama. Cubria su gran cabeza calva, con una de esas diformes pelucas negras, que daban á la fisonomia un reflejo lúgubre y áspero; la suya, siempre inmovil. sombría y seria, à pesar de la malicia de sus ojos grises, tenia ciertamente alguna analogia con la del orador romano, como el mismo lo decia con complacencia, pero añadía, que á la semejanza con Ciceron, le habia hecho tomar el aire de Galileo ó de Hipocrates.

A pesar de su pasion por la medicina,

Guy-Patin despreciaba no obstante la mayor parte de las prácticas de su tiempo, y á veces desconfiaba de su propio saber; con todo tenia tal terquedad, que llegaba á ceguera, y le impedía ser juez imparcial en cualquiera cosa, por esto se le veia de continuo fuera de proposito haciendo guerra con la palabra para despreciar tres enemigos que se le presentaban siempre delante: la quinquina, el antimonio y el cardenal Mazarino. Su aborrecimiento implacable á estas tres *drogas*, como las llamaba confundíendolas juntas, era el alma de su conversacion y el eterno alimento de sus epigramas. No tenía amigos, pero en cambio, multitud de enemigos que lo temian al punto de ocultar su antipatía, bajo el mejor semblante de estimacion y amistad. El terror que inspiraba por sus sarcasmos, le daban gran crédito aun en la misma córte, donde nunca se presentaba bajo pretesto, que todo olia aun á Mazarino.

Tenia conocimientos universales, y mantenia relaciones literarias y científicas con todos los hombres que se ocupaban

en las phiologia griega ó latina : estaba en correspondencia con algunos de ellos y sus cartas llenas de agudezas y cuentos, circulaban manuscritas en el mundo de los sabios , como las de Mad. de Sevigné en el mundo de la gentes de calidad. Se jactaba de ser filosofo al modo de los grandes talentos de la antigüedad, á quienes se prometia ver en el otro mundo. Este modo de considerar la muerte , no anunciaba un católico ortodoxo, y le daba poco no serlo, despues que desterraron del reino á su hijo segundo Càrlos , escelente numismatico que tuvo la imprudencia de publicar opiniones antirreligiosas y citar libros prohibidos. Esta persecucion suscitada por *Salbo* redactor del *diario de los sabios*, agriò mas el carácter de Guy-Patin, que nada despreciaba por tomar represalias, en nombre de su querido hijo , que temia no volveria à ver. Tenia entonces 60 años.

—¿Que *batracomyomachia* estan ustedes haciendo ahí? yo creia que solo las ratas se atreviesen à pelear en una iglesia.

—Este picaro tendrá el castigo de su escàndalo , exclamò el padre Chevassut.

que conocia á Guy-Patin y le temia, detestándolo al mismo tiempo como un impío. Si, está deshonrada la religion, añadió señalando á Claudio Lepetit que se sonreia, sino se castiga á ese atheo.

—¿Para batiros con un fraile caballero, le dijo Guy-Patin, teniais puesta la coraza de diamante que vistió S. Miguel para pelear con el diablo? A no ser así el diablo hubiera hechado por tierra à S. Miguel.

—No se, que furia ànima á este fraile, respondió Lepetit con decencia. Se ha arrojado sobre mi como un energúmeno y me ha dado de puñadas.

—Este malvado merece ser citado ante el tribunal, dijo el canónigo: ha violado el santo sacramento de la confesion.

—Padre mio, debeis tener calentura, replicó el médico tomándole el pulso. Un charlatan os emponsoñaría con quinquina; yo que no hago caso de *drogas*, llámense antimonio ó Mazarino, os prescribo dos granos de paciencia infusos en una decoction de caridad cristiana. Vos amigo, dijo à Claudio Lepetit, ¿sois el poeta que busco?

— Si son necesarias pocas palabras para venir en conocimiento del que las dice, ciertamente sois Mr. Guy-Patin, que me alegro mucho haber encontrado....

— Encuentro hecho, amigo: tocad estos cincos, dijo el anciano, alargando la mano à Claudio. He leído vuestros versos, y os pronóstico que ireis muy lejos.

— Hasta el haz de leña inclusive, añadió el padre Chevassut, que conoció que el jóven poeta habia hallado un protector. Mr. Guy-Patin le dijo con voz trémula de cólera, esta es una ocasion singular para dar prueba que no estais fuera de la senda del señor, como se dice de vos: este atolondrado se ocultó en una capilla, para oír la confesion de una señorita de alta clase: ha cometido un crimen de lesa magestad divina....

— Caballero, os aseguro que esto ha sucedido contra mi voluntad, y que me he visto como cogido en un lazo.

— Me parece padre mio que deberiais estar satisfecho, se apresuró á decir Guy-Patin, cuando un hombre de honor, se disculpa del hecho y de la intencion.

—¡Satisfecho! señor, exclamò el gran chantre con orgulloso desden. No se me ha ofendido á mi sino al cielo, y no me pertenece á mi perdonar en su nombre.

—Por ùltimo reverendo padre; ¿que esperais de mi en este negocio? le dijo Guy-Patin impaciente, yo no me mezclo en los intereses del cielo.

—Entiendo muy bien que nada hay que esperar de vos, y que siempre se os verá del partido de los atheistas: pero la hora se acerca en que estos sean confundidos y desgraciado del que les haya dado apoyo. Cuidad que estas gentes, no os arrastren en su ruina.

Viendo el padre Chevassut, que no era el mas fuerte, y no atreviéndose á haberselas con el temible Guy-Patin, pensó en retirarse y volver con mano fuerte á prender al jòven, al que hechó una mirada despidiendo rayos, acompañada de un gesto de reprobacion, y se fuè con paso acelerado.

—Esto no está bueno para usted, amigo mio, dijo Gui-Patin, à Cludio Lepetit queriendo llevárselo: los frailes son dèspotas en su casa y và á seguirse un hu-

racan que puede ser á usted perjudicial. El padre Chevassut vá à armar una asonada contra usted, y tendremos la desventaja.... ¿Pero donde vá usted?

Claudio Lepetit corrió á apoderarse del libro que Angélica habia olvidado sobre el banco; estuvo á pique de desvanecerse de gozo al abrirlo, viendo era su propia obra —*Escuela del interés y universidad del amor, traducido del español por Claudio Lepetit. Paris Pepingue, 1662 en 12^o.*





V.

EL PUENTE NUEVO.

A principios del reinado de Luis XIV, era aun el puente nuevo el paseo mas frecuentado de Paris. Este magnífico puente, principiado en 1578 por Guillermo Marchand, y concluido en 1604 por el famoso arquitecto Androuet de Cerceau, hacía siempre el orgullo de los parisienses y la admiracion de los estrangeros. Puede decirse, que ver entonces el puente nuevo, era ver à Paris, menos el lodo proverbial y las incomodidades ordinarias de sus calles.

Los demas puentes viejos y mal cons-

truidos en la mayor parte, estaban cubiertos por edificios altos que ocultaban el aspecto del rio á los que pasaban, mientras que el puente nuevo, al modo de los antiguos puentes romanos, estaba rodeado de un parapeto de piedra que franqueaba la vista de un intenso y magnífico panorama. Al este, se estendia la capital dividida en tres trozos por los dos brazos del sena, y el horizonte se serraba de este lado por un conjunto pintoresco de casas, tejados, piñas, torrecillas y campanarios que se levantaban al cielo como los palos de los navios en puerto; al oeste, el rio que ya no estaba encajonado entre muelles y malecones, ni obstruido por puentes sobre estacas, corria magestuosamente en su curso, reflejando en sus aguas el Louvre y su admirable galeria, que reune al palacio de las Tullerias, esta antigua habitacion de los reyes de Francia, donde los diseños de Càrlos Perrault iban á concluir el mas hermoso monumento del mundo, siguiendo con la vista hasta el pié del monte valeriano, las vueltas y revueltas del rio, entre sus dos verdes riberas que formaban un agradable



contraste con el cuadro de la ciudad ahumada, que se veía al lado opuesto. Al norte y á la bajada del puente, se detenía la vista en la cañería sombría y ruidosa de la calle de Monrose, pero se alegraba pasando á considerar la samaritana que se elevaba á la estremidad occidental del puente y que ocultaba su mecanismo hidráulico bajo una arquitectura orijinal que los vecinos de Paris no apreciaban menos que su repique. Al medio dia la calle Dauphine que no era tan larga como hoi, llegaba á la puerta de este nombre, detrás de la que relumbraba en el campo el barrio de San German de Près, que debia incorporarse muy luego á la ciudad.

La estatua ecuestre de Enrique IV llamada el caballo de bronce, colocado en el centro del puente nueva obra maestra de Juan de Boulogne, atraia á su rededor sobre el terraplen en que se habia erijido, un gentío compacto y turbulento que se renovaba sin cesar. Allí estaban colocadas las mesas de los jugadores de cubiletes, los cantores, los vendedores de contraveneno y triaca, y los charlatanes de toda especie

á quienes la policía no molestaba en el ejercicio de su industria. Frente al caballo de bronce estaba la plaza Dauphine que solo tenia por rival en Paris la plaza real, mas espaciosa, mejor construida y menos alegre, tenia tambien una gran concurrencia de paseantes y desocupados. Esta plaza triangular que hoy nos parece mal diseñada, toscamente construida, triste à la vista y mas triste aun para habitarla; esta plaza que sus casas con fachadas uniformes de ladrillo colorado, guarnecidas con piedra cortada la hacen parecer mas estrecha y obscura, se tenia entonces por una maravilla de arquitectura entre los conoedores, y parecia deliciosa, alegre y saludable á los que la habitaban como á todo el que concurría á ella de los otros cuarteles de la ciudad. Allí habia mas de un teatro á cuatro vientos llenos de danzantes y farzantes, operarios de toda la jocosa decendencia del ilustre Tabarin, que por mas de 15 años representó comedias al pueblo, en el puente nuevo.

Los lados bajos de este puente no estaban solo reservados à los peones, los mer-

caderes de toda clase singularmente de mercerías, los revendedores y los chalanes de libros viejos se apoderaban del parapeto, que le servía de respaldo para sus mercancías del enlosado, en beneficio de su comercio: á mas, cada espacio vacío semi-circular de los que había salientes al río coronando los pilares, y que después se han ocupado con garitas de piedra que sirven de tiendas; cada una de estas plata-formas, estaban ocupadas por algún industrioso jubilado, que sacaba dientes, enseñaba culebras ó reliquias de santos, cantaba y se acompañaba con el violín ó la guitarra, aquellas coplas ó estrivillos populares, á que les ha quedado el nombre genérico de Puente nuevo, contaban leyendas milagrosas, haciendo las vueltas de pasa pasa, y decían la buena ventura según los principios de la cartomanía y chiromántica. Un triple círculo de papamoscas, rodeaban á estos bellacos, la mayor parte salido del patio de los milagros, donde la policía los dejaba vivir entre sí á modo de gitanos, como se decía, para espresar un modo de vivir, que en nada tenía relación con las

leyes, los usos y costumbres de una sociedad civilizada.

Uno de estos ciudadanos libres del patio de los milagros, el señor Sacromoros, que por tercera vez se presentaba al público, atraía este día la curiosidad de los asistentes al Puente nuevo. Se había colocado desde muy temprano, sobre la plataforma del pilar más próximo al caballo de bronce, con el fin de dar su frente á la cabeza de la plaza Dauphine, y efectivamente parecía, que espiaba todas las personas que entraban en la casa situada en el ángulo de la calle de los plateros.

Este señor Sacromoros, que excitaba ya la envidia de todos sus vecinos y les quitaba sus oyentes así como sus parroquianos, no vendía otra cosa que horóscopos; pero distribuía gratis un diluvio de palabras que admiraban, ó divertían á los asistentes.

Segun una de sus bufonas espreciones, hechaba por las orejas polvos, à los ojos del público, y confesaba alegremente el primero, riéndose y à su costa, que los gastos de su establecimiento agorero, no

le habian costado mas de cuatro libras, cinco sueldos y ocho dineros.

Hubiera podido, decia con su voz gruesa y campanuda, gastar tanto en una muestra, como un pañero de la calle de S. Dionisio, y hubiera pintado en ella á N. Sra. del Destino en manos de esos médicos, nuestros señores, fabricantes de pronósticos y horóscopos, que lo limpian con sus drogas y medicinas. Los dichos operarios que en la mayor parte no saben lo que dicen, y engañan á todo el mundo, habrian bajo mi bandera recojido curiosa y preciosamente las evacuaciones de esta honrada señora. Pero un retratista no quiso prestarme su pincel para esta esplèndida bandera, diciendo que el Destino, sin sen y sin lavativas, andaba mas de prisa de lo que se queria.

Con estas humoradas con que naturalmente se ocultaba la intencion bajo imagenes groseras è incomodas, se reian á carcajadas los espectadores. El teatro del señor Sacromoros consistía en dos tablas sostenidas por el banquete de piedra que estaba al redor de la media luna donde se

habia colocado. Sobre estas dos vacilantes tablas, desde donde dominaba à los espectadores, y veia á lo largo, se hallaba un cofre de madera cubierto con un arambel de varios colores, que contenia las cartas, dados é instrumentos quironmaticos, una silla de paja en mui mal estado, que le servía de tripode para pronunciar sus oráculos, y un escaño reservado al paciente que quería saber su suerte futura. En este momento el escaño no estaba ocupado y Sacromoros murmuraba de la tibieza del público que no se disputaba este bienaventurado asiento. Se paseaba á lo largo y ancho de las tablas, que temblaban y crujian como si estuviesen procsimas à romperse, sin que él hiciese el menor caso, y diciendo al concurso mil agudezas cuya gracia consistia en su desfachatez; no quitaba sus ojos penetrantes de una casa, que no hubiera mirado con mas atencion si sus paredes hubiesen sido de vidrio. Esta casa en nada diferia de la que le era paralela en la esquina de de la calle del Reloj; todas las ventanas estaban cerradas y no se percibia detras de las vidrieras una

sola figura humana; solo se oia llamar à menudo á la puerta, y siempre era un hombre con capa, el que esperaba algun tiempo para que le abriesen; pero de todos estos encapados de pardo ó negro, introducidos con cierto misterio, ninguno salía, de lo que podia concluirse que la casa tenía puerta trasera, ó que dentro habia alguna reunion de jentes.

Sacromoros era unos de aquellos célebres gitanos, que Callot diseñó tan bien, en sus hermosas fantasias, que han inmortalizado el buril de su amigo Isrrael Sylvestre. Sacromoros conservaba el tipo de aquella raza de germanos que las órdenes del rey principiaba à incomodar en su independencia vagamunda, y que habia preferido la vista de la horca, à la de Bicetre, donde los encerraban y azotaban haciéndolos trabajar, el mayor de todos los suplicios à su entender. Su cara ancha con juanetes, su nariz engarabitada, su barba levantada, sus labios gruesos y frente pequeña, sus ojos undidos, y su color de hollin, daban á conocer su malicia, su astucia, su sutileza, inteligencia y maldad; tenía un viso nervioso

que por momentos le atacaba la cara , desfigurando sus facciones de modo , que parecían tener impreso todos los sufrimientos y furores de un condenado. Esta contracción muscular, que no podia verse sin horror, era indicio y señal de los ataques épilepticos á que desde niño se veia sujeto. Cuando su cara estaba quieta , no carecia de una especie de dulzura y naturalidad, que daba márjen á fiarse de èl en ciertas circunstancias, porque los gitanos , del mismo modo que los animales feroces; que se domestican cuando se hartan de comida, no piensan en hacer daño , en el momento que sienten su estomago y su bolsa repleta. Tenía movimientos de cabeza de admirable orgullo, posiciones de cuerpo admirables de gracia y nobleza , movimientos y gestos llenos de alegre bufonada , se embozaba en su aujereada capa y andaba con el brazo á la cintura, como el mas garboso hidalgo castellano; tan pronto tomaba la fisonomía de un caballero , como la de un mendigo y sobresalía en alterar su semblante, y modo de andar, con el tono de su voz y vestido, hacia todo lo que quería.

¡Por vida mia! decía con impaciencia, porque nadie se llegaba á consultarlo. Daos priesa zonzos idiotas, y venid á saber lo que os tiene cuenta, porque mis horóscopos se enmohecerán por aguardar mucho, y ni aun servirán para los perros.

Pero este nuevo anuncio hecho con tono de autoridad no produjo mejor efecto que los anteriores, y el banco permaneció desocupado, aunque la mayor parte de los presentes tuviesen un secreto deseo de saber la habilidad del jugador de cartas; la vergüenza les detenía á unos, la desconfianza á otros y no se movian de su puesto, como si hubiesen sido transformados en piedras. Cansado Sacromoros de esta inaccion que le obligaba à charlar mas y mas, y que le impedía desempeñar con seguridad su papel de espia, resolvió conducir á alguno por fuerza á su teatrillo y se puso à buscar al que podía presentar en espectáculo al gentio embobado. Reparó en dos ó tres personas candidas, cuya boca abierta y ojos espantados convidaba à escogerlas para diversion general, pero desdeñó dirigirse á esta buena gente, mui facil de engañar y de mistificar:

tenía deseos de divertir su mal humor contra alguno, y vengarse en esta víctima escogida, de todos los badulaques que lo oían y miraban, sin desliar la bolsa.

—Vais á ver lo que vale mi arte, dijo con enfado y con aquella desvergüenza que hace bajar los ojos al mas atrevido; eh! eh! caballerito, gritó señalando con la punta de su largo tubo de estaño, con el que hablaba al oído de la gente, à un hombre parado frente al caballo de bronce. Todos miraron à aquella parte y dirijieron sus miradas á la persona que se les señalaba.

Era Claudio Lepetit, que componía su poema de *Paris en ridicule*, reunion de epigramas cómicos ó amargos contra los principales monumentos de la capital. Había muchas horas que ecsaminaba el Puente nuevo: los coches, las sillas de mano, los carros que estorbaban el paso y se atascaban entre ladridos de los perros y los gritos de los carreros, los que pasaban, los ociosos, los mercachifles dandose codazos, oprimiéndose y disputándose la acera. Ya había pasado revista á los mascarones que sostienen la cornisa del puente, mal atribui-

dos al cincel de German de Pilon, ya habia oido el repique de la Samaritana y visto esta fuente, que representaba á J. C. y á la pecadora, ambos tan desmañados y grotescos como las marionetas de Brioché, ya habia hechado una mirada sobre el arco de Marion en Chateaux-Gaillard, ya à la plaza Dauphine, concluyendo sus observaciones con la estatua de Juan de Bologne, y se hallaba dispuesto á alejarse, disgustado de ver al pié de la estatua de Enrique IV un horroroso monton de inmundicias. Los versos que su paseo le habia inspirada, estaban llenos de hiel, de despecho y enfado, que lo aumentaba, haber seis dias que en vano buscaba á Angélica, aquella preciosa penitenta del gran Chantre de S. Victor.

—¡Ola caballero! gritó con mas fuerza el gitano, resentido de que el jóven no diese muestras de responderle, ni aun de escucharlo. Aunque fueseis mas sordo que un cabo de vara cuando egecuta su comision, os obligaré á que oigais lo que de usted dicen mis cartas.

Claudio Lepetit que no podia suponer

que se le dirigiesen aquellos gritos, volvió las espaldas a la estatua y distraidamente miraba la entrada de la plaza Dauphine, fijando casualmente la vista en la casa que tambien miraba Sacromoros, porque las dos ventanas del segundo piso se habian habier-to y se notaba un movimiento extraordinario de gente en lo interior de la habitacion. Para pasearse por este lado de Paris, no se puso Lepetit un vestido de color con cintas y encajes, sino uno de terciopelo negro, embozandose en una capa de paño oscuro; pero su sombrero con pluma negra como su vestido, su espada que salia por bajo de su capa y sus botines amarrados con un nudo de cuero, no permitian que se tubiese por un vecino de la calle St. Honoré, ni por un mercader de bilar de la calle, ó de la galeria de Palacio, á mas que esparcia toda su persona un olor à ambar, que lo hubiera hecho pasar por un caballero en las antecamaras del rey,

—Este hombre no comprende sin duda mas que el aleman, dijo Sacromoros moviéndose en su tabladillo. ¡Eh caballero! ¡No os llaman asi?... mi principe... ¿con es-

to estareis contento?... ¿Ahora bien principio mio, quereis saber si morireis ahorcado?

Advertido el poeta por uno que le tiró de la capa, se volvió atropelladamente, y viendo toda aquella gente que lo miraba, se quedó él tambien miràndolos con serenidad y desprecio. Levántose un murmullo burlesco, y Lepetit cruzó sus brazos y esperó.

—¡Caballerito! repitió el gitano, des-
embozando su capa y mostrándose para au-
mentar el efecto de su prediccion con una
sotanilla de droguete azul sembrada de es-
trellas de oropel, á semejanza de un ángel
del Apocalipsis; apuesto á que estais crei-
do que solo se cuelgan, los que nacieron
al pié de la horca. Venid acá y os diré de
que modo habeis de morir; no me paga-
reis antes sino despues.

—¡Maldito! no quiero que te desespere
aguardando mi muerte y el precio de
tu profesía, le contestó Lepetit, sacando de
su bolsillo dos escudos y tirándoselos al
gitano con intencion de darle en la cara,
para castigarle su insolencia.

—Muchas gracias, le dijo Sacromoros

que vió venir à él los dos proyectiles , que cojió al vuelo con la destreza de un prestijiador , sin guardar rencor al desconocido, por su intencion vengativa y quedando contento de haber ganado dos escudos tan facilmente.

—Amigo , le gritó el poeta , que siempre tenía la palabra pronta y aguzada, otra vez no hables de horca sino à los bigardones.

—Ya , ya , mi caballero , le contestó el gitano , descubriéndose para saludarlo , no os escandalizeis de que haya hablado de horca y colgado: estas gentes que se embohan escuchándome , no os dejaràn una vara de cuerda. Vaya, enseñeme usted su mano.

—¡Yo! amigo mio , le dijo Lepetit , irritado de verse comprometido á estas contestaciones importunas , y determinado à concluir las , cete enseñaré mis manos cuando presentes tus dos orejas.”

Gracias á su vista penetrante , había reparado Lepetit , que el gitano solo tenia una oreja , y desde luego pensó y con razon , que la oreja que le faltaba había quedado clavada en algun poste. Sacromoros

que se habia quitado ligeramente su enorme gorro cómico adornado con el sol y la luna en campo azul, se apresuró á ponerselo y calarselo hasta las orejas, haciendo un visage mas feo que los otros, y sonriéndose delante de su denunciador, como para felicitarle por su perspicacia. Claudio no le devolvió risa por risa, y embozándose majestuosamente en su capa, alzando la cabeza, y andando de puntillas para parecer mas alto, atravesó el Puente.

—Ven ustedes ese delicado mozalvete, dijo Sacromoros, dirigiéndose à su auditorio, cuando el jóven estaba lo bastante retirado para no poder oirlo; tiene la talla de una marioneta, pero de un dia à otro será tan largo como una horca. Acuérdense ustedes de lo que digo.

En este momento, un hombre de calidad, á juzgarlo al menos por su vestido, su porte, su aire y sobre todo por la espada que ceñía con toda la elegancia de un antiguo cortesano, llegaba de la calle de plateros y llamaba á la puerta de la casa que hace esquina á esta calle. Sacromoros que lo había visto y no lo perdía de vista,

creyó que el jòven que acababa de pasar al otro lado del puente, iba en busca de este personage de edad madura y de exterior recomendable; pero Claudio Lepetit nada tenia que ver con él, y no trató de reunirsele antes que entrase en la casa, donde su llegada debía aguardarse con impaciencia, por que muchas personas se asomaron á las ventanas del segundo piso, y lo saludaron con señales de satisfaccion y de buena acogida.

— ¡He Desbarreaux! gritaron desde una silla de manos, conducida lentamente por dos criados vestidos de negro, que parecian mozos de botica. ¡Desbarreaux! repitiò Guy-Patin sacando la cabeza fuera de la portezuela y llamándo con gritos al viejo caballero que esperaba en el umbral.

— ¡Ah! caballero Guy-Patin, exclamó Lepetit que lo reconoció y se acercó à la silla que los conductores pusieron en tierra.

— Pero el hombre á quien el médico llamaba con voces y señas con la mano, no hizo caso, y como si fuese sordo y ciego, ni aun se volviò y entró. Apenas hubo entrado serraron las puertas con cerrojos, y las ventanas à la vez.

—Buenos dias caballero poeta , le dijo Guy-Patin con aspecto de mal humor, que manifestaba algun resentimiento contra él.

—Usted me perdonará , si parezco ingrato , no habiendo aun hecho tiempo para visitaros , respondió Lepetit , que estaba en pié y con el sombrero quitado delante de él: soi poeta como acabais de decir , lo que me autoriza para ser extravagante , caprichoso , tosco y casi desatento.

—Amigo mio , á todo pecado misericordia , le contestó el maligno doctor , que aceptó con tanta mas voluntad esta escusa , cuanto que se sentía simpatizado con el traductor de la *Escuela del interés y universalidad del amor*. Os reconvegno porque me habeis olvidado , y yo no os olvido.

—No tenia conocimiento de la ciudad , y en vista de su magnitud , se necesita tiempo para conocerla. Esta es la primera visita que hago al Puente nuevo.

—Doi gracias al Puente nuevo , que me proporciona veros bajo sus auspicios. ¿Sabéis que tenia ganas de veros?

—Efectivamente , olvidé deciros que vivía en la isla de Ntra. Sra. , calle de la

Muger sin cabeza, en la posada que dió el nombre á la calle.

—No hubiera yo ido personalmente á la posada de la Muger sin cabeza, replicó irónicamente Guy-Patin. Os aconsejo que no hagais alarde del alojamiento que habeis escogido, cuando os lleve á palacio, en casa del canciller y á las reuniones de las señoras mas respetables.

—¡Ah! yo os suplico me lleveis mui pronto, dijo con emocion Lepetit, teniendo un vago presentimiento de volver à ver á Angélica.

—Es necesario que aguardeis á que vuestro lancé de la abadía de S. Victor se halla olvidado un poco: se ha hablado mucho de ello en la córte, y aun se habla en la ciudad.

—¡Como es eso! interrumpió el poeta, que se sonrojó porque creyò que la ciudad y la córte, se hallaban instruidas de su encuentro con Angélica.

—No os asusteis, nada sucederá que os pueda incomodar, mucho mas que se ignora, seais vos el que dió golpes al padre Chevassut.

—¡Yo! replicó Claudio Lepetit, admirado de un dicho tan falto de verdad. Yo no he golpeado à nadie, os lo aseguro.

—El padre Chevassut lo ha dicho, ó al menos ha dejado que corra la noticia de tal modo, que estan muy deseosos de descubrir quien sea el autor de esta abominacion: por poco toma mano en el asunto la justicia, pero el procurador general se ha entremetido en el negocio y hablado á los canónigos de S. Victor para que la cosa no pasase adelante.

—De este modo caballero, si me conociesen por heroe de esta aventura que perjudicaría á mi honor, estas gentes me jugarian una mala partida?

—Ciertamente, porque os acusan haber profanado la iglesia, oyendo una confesion y haberos escaltado hasta el punto de injuriar y dar golpes al gran Chantre. ¡Que diablos! à otros han quemado que no hicieron tanto: y no quemarán á los Mazarinos, á los vendedores de antimonio y á los envenenadores de quinquina, que hacen mas daño.

—Os he repetido caballero todo lo que

ocurrió, y os juro de presente que no he faltado á la verdad.

—Así lo creo, dijo con viveza Guy-Patin, que le presentó su mano fuera de la portazuela, y he referido el hecho tal cual me lo contasteis, pero yo grito menos que veinte ó treinta frailes, dos ó tres mil personas honradas y diez mil devotos; por esto no me han dado oído y se han obstinado en compadecer al padre Chevassut, y en maldecir al impío, que os aconsejo ocultéis en vuestro pellejo lo mejor que podáis.

—Siento mucho lo que ha sucedido, caballero Guy-Patin, porque me hacen pasar por un impío para con aquella señorita que se confesaba....

—Y bien; ¿sabéis ya quien es? todo el mundo se pescuda, y nadie ha podido saberlo hasta ahora.

—Hace seis días que la busco por todo París, para saber quien sea esta amable señorita, exclamó Lepetit, cuyos suspiros revelaban su pensamiento.

—¡Que diantre! ¿pues que, la confesion que oísteis, dijo el médico riéndose, era tan alegre, que teneis curiosidad en conocer la

preciosa pecadora? Ese pécora del padre Chevassut, se ha hecho el misterioso conmigo, cuando le pregunté el nombre de la penitenta, à pesar que estaba interesado en que yo le dijera en cambio el vuestro. Dadme palabra que en adelante no ireis de este modo á escuchar à los confesonarios....

—A la verdad me he avergonzado de haber sido cojido en el lazo, y no soy yo ciertamente quien se divierta con las prácticas religiosas....

—No por eso dejareis de ser en su concepto un maestro de atheismo, aunque lo digais y hagais presente; ¡casar á un fraile, y escudriñar los secretos de la confesion!

—Pero señor, dicen eso para deshonorarme y perderme. Quieren que ella me desprecie y aborrezca....

—¿Quién es ella? No teneis la cabeza muy sana mi querido poeta. ¿Que os importa lo que digan y lo que piesen de un ser imaginario? ¿No os hallais fuera de causa? Nadie os pedirà cuenta de hechos y gestos, que se atribuyen á un individuo de la academia de los atheos....

¡De la academia de los atheos! repitió el jóven dando golpes en su frente. Es un complot infernal en contra mia.

—O mas bien contra la academia de los atheos: por eso quise avisarlo à Desbarreaux, que acaba de entrar en casa de Saint Pavin.

—No consentiré que se me haga este agravio, osclamó Claudio, que se veia espuesto à una mala prevencion por parte de Angélica. No quiero pasar poratheista. Voi en una carrera à S. Victor, y requeriré al mal informado padre Chevassut... .

—Diablo! lo requerireis para que os lleven preso à la Torrecilla Criminal ó à la oficial; ¿no es así?

—Se verá obligado á reparar mi honor y llamaré como testigo á mi amigo Pedro Pelletier....

—Buen negocio hareis! vuestro amigo Pelletier os ha negado, como lo hizo el apóstol con Jesucristo, de lo contrario lo hubieran encerrado á pan y agua. Creedme jóven, aquí hai un brasero bajo la ceniza, y no lo movais no sea que....

—¡Ella es! exclamò Claudio Lepetit,

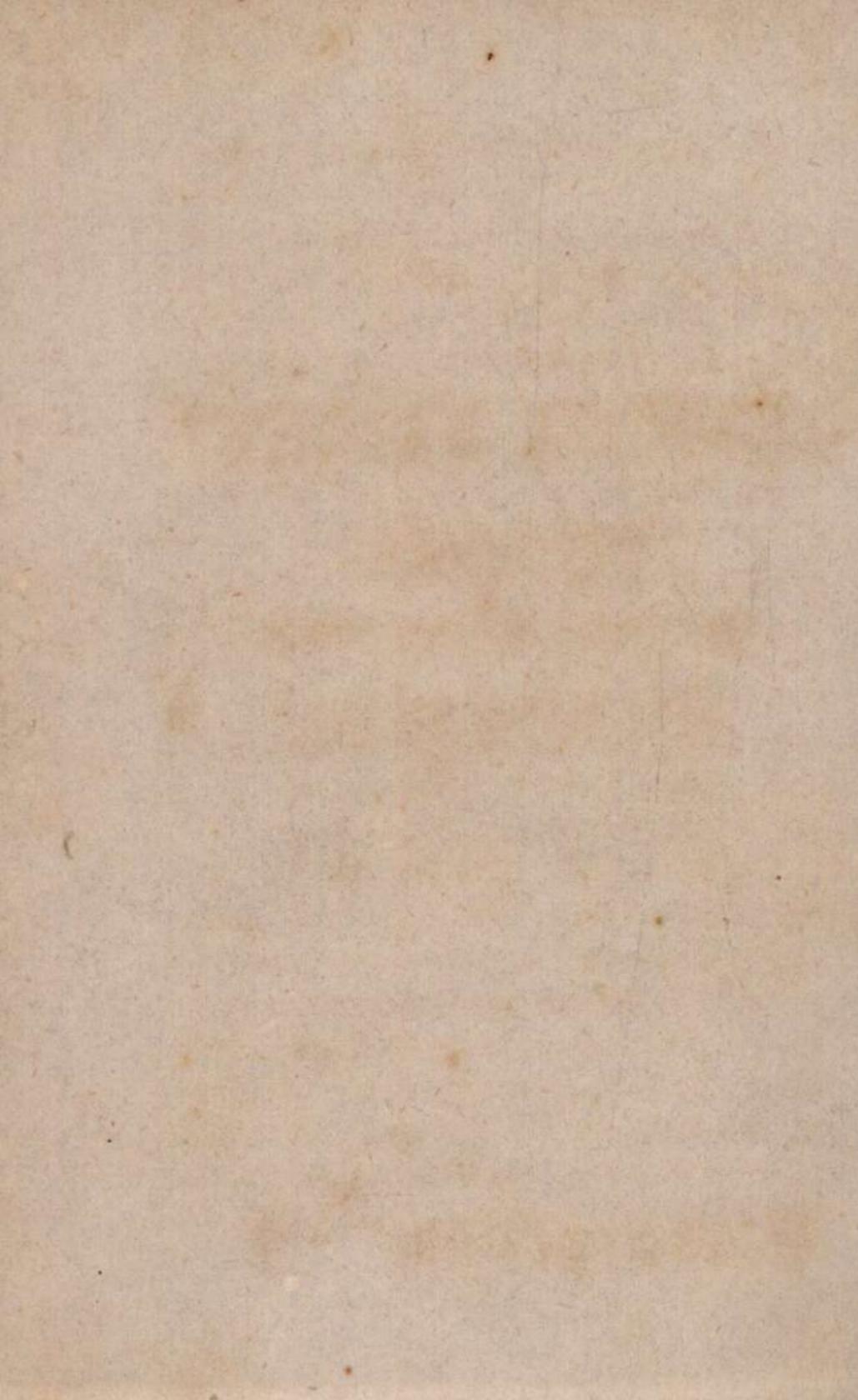
deshaciendo su mano de la de Guy-Patin, y hechando á correr hacia la plaza de Daubine.

— ¡Vaya el loco al diablo! dijo Guy-Patin, resentido de esta brusca è intempestiva retirada. Todos los poetas necesitan de algunos granos de Eléboro, pero á este deben aplicarse veinte. A la verdad, Pedro Pelletier me lo presentó con la esperanza de que yo lo curase. *Mens insana in corpore sano*, cosa imposible. Tanto peor, porque hay en este espíritu algo bueno. ¿Pero no es el amor quien lo vuelve loco?

— Esperaba Guy-Patin, que Claudio volveria á darle satisfaccion de su arranque presipitado; mandó pues á sus lacayos, que aguardaban el momento de tomar las varas de la silla, que le abriesen la portera, y salió de esta especie de cajon, para ir à ojear los libros que se hallaban de venta sobre el parapeto, sujetos con cuerdas y piedras, que el viento descomponia alguna vez. Se lamentaba en voz baja, de hallar éselentes obras, mezcladas con otras malas, y espuestas à la injuria del tiempo, al aire, al polvo y à los salpicones del lodo, cuando de repente

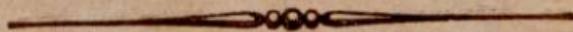
se oyeron grandes gritos que venian de la plaza de Dauhpine , y el bullicio que refluia de aquella parte , se esparció como un torrente desbordado que todo lo atropella. — ¡Ah! señor , entre usted le dijeron en tono lamentable los cargadores de la silla de Guy-Patin. Despachaos, salvémonos sin duda el puente va à caer.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



CLAUDIO LEPETIT

Y SU MONO.



Segunda parte.

Sábado 31 de Enero de 1846.

1

CLAUDIO LEPETIT

Y SU MONO.

Segunda parte.



CLAUDIO LEPETIT

Y

SU MONO.

VI.

EL PERRO RABIOSO.

CLAUDIO Lepetit vió á su Angélica, la preciosa penitenta del padre Chevassut, verla, reconocerla y marchar á su encuentro, fué pensarlo y hacerlo. Tambien Angélica lo vió y conoció, mas no pudo dirigirse hacia él ni esperarlo, porque su aya y el hombre que la acompañaba se la llevaron apresurando el paso, hacia la plaza Dauphine, y trataron de perderse entre el

gentío , antes que el poeta pudiese reunir-seles.

El hombre que iba con ella , y que à la par de Mad. Lemasle parecia encargado de cuidarla , podia merecer este encargo de gran confianza, por su espantosa fealdad, como por la severidad de sus costumbres , y la garantía de su edad. Su vestido desde luego era tan sombrío como debia serlo su carácter . à juzgarlo por su lúgubre fisonomía: no obstante á su ver , este vestido tenia algo desatinado y le parecia todo lo que podia concederse á la frivolidad de un jóven. El vestido convenia perfectamente con la figura de tal mamarracho, à quien no se le veía una faccion humana. Nariz larga y abarquillada sobre una boca sin labios, de estremadamente hundidos; carrillos descoloridos y colgando de arrugas , ojos vidriados como los de un muerto , y frente baja , no era todo lo bastante para completar su feísima cara: aquella boca que se abría como la de un sapo , ecalaba un aliento pestífero, sus mejillas estaban llenas de granujos blanquecinos que continuamente se reproducian con mas fuerza , sus na-

rizes acardenaladas como una remolacha y sus ojos empañados y à flor de cara, tenían el mirar de víbora, falzo y venenoso, que herian à una hermosa alma.

La naturaleza habia reunido todas sus fatalidades en un solo individuo, dándole cuerpo contra hecho, brazos cortos, espaldas cargadas, mucho vientre, piernas secas y la izquierda mas pequeña que la derecha. Bastaba ver esta reunion de deformidades para juzgar, que no podia contenerse en ella un corazon noble y elevado, que en tan horroroso conjunto muy luego se habria abatido, degradado y manchado: respecto à la inteligencia que no tiene las repugnancias y delicadezas del corazon, hallaba alli morada pues se manifestaba en aquella despreciable boca, se veia en aquellos ojos inmóviles y lívidos, se distinguia en aquellas facciones arrugadas, y en aquella cabeza de Medusa. Jamás hubo persona alguna en mayor relacion con el alma baja, viciosa y perversa, que la Providencia cubriò con ese exterior repugnante, como para auyentar toda confianza; al menos el abismo no estaba cubierto de flores, y con solo verlo

se sentía un horror indefinible é invencible.

Este personaje que ocupaba en la sociedad un rango eminente por su nacimiento, su caudal y sus empleos, tenia tan poca aprehension por la fea catadura de su físico, y por la penosa sensacion que causaba su vista, que no podia soportar que lo miraran y hubiera querido que todos fuesen ciegos para que no lo viesen. Una primera mirada lo incomodaba, la segunda se irritaba, la tercera le parecia una injuria y una provocacion. Nada escusaba que pudiera disminuir el efecto que acostumbraba producir: no solo andaba con la cabeza baja y hechado adelante el sombrero de gran ala, que con su sombra ocultaba parte de su rostro, sino que traia hasta sus ojos los grandes bucles de una peluca negra que caia sobre sus espaldas y de la que pendian largas melenas sobre su pecho. Su vestido de piés à cabeza era negro y para que su armilla y sus calzones no paresiesen muy mundanos á pesar de su color uniforme, vestía sobre todo una especie de toga igualmente negra guarnecida de armiños con mangas anchas, que no diferia del vestido de un abogado, sino

en que estaba abierta por delante y que se
hombreada como una sopalanda. El borda-
do de armiños caracterizaba al magistrado,
y à vista de esta insignia parlamentaria; to-
dos le dejaban la acera, ó se paraban con
respeto; tal era entouces el prestigio de la
autoridad judicial.

— Démonos priesa señorita, dijo este
desgraciado caballero, al notar que Claudio
Lepetit trataba de atravesar el gentío para
acercàrceles. El cielo está nublado y vá á
llover; he sentido caer algunas gotas y es-
tamos distantes de la isla de Ntra. Sra.

— Por vida nuestra! mi querida seño-
rita, dijo à media voz el aya; aqui està ese
maldito muchacho que os causò tanto mie-
do en S. Victor.

— Mad. Lemasle, es necesario que
vuelva atrás, dijo la jóven, que queria dar
al poeta tiempo para que la alcanzase;
creo que he dejado uno de mis guantes en
casa del mercader de la calle S. Honorè.
Ciertamente lo hé dejado...

— No es así, señorita, se acaba de caer
à vuestros piés, le contestó Mad. Lemasle
entregándoselo.

—A pesar de eso quiero volver, dijo Angélica, porque he mudado de opinion sobre el color de la tela que acabo de comprar.

—Señorita, gruñó su conductora que le tomó el brazo y se esforzó en conducirla hacia la calle de Harley: un hombre nos sigue.

—Si estuviéramos aquí à media noche, respondió la jóven sonriéndose, tendria miedo, pero à esta hora y tan claro, no tenemos que temer mas que à los que cortan los bolsillos y à los rateros. Si os parece iremos á oír ese gitano que dice la buena ventura.

—Vaya señorita! no se consigue sino llenarse de piojos, mezclándose con esa gentuza que se alimenta con paparruchas.

Angélica volvía á menudo la cabeza para trocar una mirada de inteligencia con Claudio Lepetit, y su corazon latía con tanta fuerza que el hombre negro que le daba el brazo, no debia equivocarse con esta emosion, que apenas podia ocultar con el eco de su voz alterada. Este hombre temblaba de cólera, y trató muchas veces

de imponer al desconocido que los seguia, mirándolo con espresion mezclada de sorpresa, desden y amenaza, pero él no dejaba de continuar su obsecion, que la jóven parecia alimentar, acortando el paso y volviendo la vista atrás. El poeta lleno de gozo por esta acogida tácita, en lo que parecia haber algo mas que benevolencia, seguia á alguna distancia, decidido à no separarse del intento que habia emprendido. Su intencion era muy marcada para que Angélica no la conociese y se alegrase, al mismo tiempo que su dueña y su guia se desesperaban unidos. De este modo dieron vueltas á la plaza Dauphine, tan turbados é inciertos unos como otros, pero con diferentes motivos. El aya y su siniestro acólito, se concertaban en voz baja, y Angélica y Claudio se hablaban con los ojos, como si ya se conociesen y entendiesen en el fondo de su corazon.

De repente se oyeron grandes gritos del lado de Pont-au-Change, y un terror pánico se comunicó á todos los que estaban en la plaza Dauphine. Oyéronse gritos por todos lados, y el gentío se precipitó con

impulso tumultuoso y unánime, sobre el Puente nuevo, donde el paso de los coches y de la gente de à pié se obstruyó por las que huían. Causose un desórden espantoso en esta confusion de gentes, que solo veían, un gran peligro que trataban de evitar disputandose el paso cuerpo à cuerpo: desgraciado del que caía porque lo ahogaban, y lo aplastaban, y en estas masas vivientes movidas solo por el egoismo no habia piedad. Los rateros estaban alerta, semejantes à los cuervos que huelen los muertos antes de la batalla y en el peligro, nadie pensaba en su bolsillo.

—Es fuego que han puesto en el Pont-au-Change decían unos: ¿no huelen ustedes el humo?

—Es temblor de tierra, decían otros: las casas de la plaza Dauphine tiemblan y están para caerse.

—Al perro, al perro, gritaban sin intervalo. Sálvese el que pueda; es un perro rabiendo que muerde á todo el mundo.

La plaza Dauphine quedó vacía en pocos instantes, dirijiéndose el gentío al Puente nuevo; dividiendose allí en dos rápidos

torrentes, que entraban por las dos avenidas del Puente, con voces de clamor alarmante y de asombro. Angélica que para no ser atropellada se abrigó en el quicio de una puerta cochera, se halló separada de su aya, del hombre que la escoltaba y de Claudio Lepetit que la seguía: este fué arrastrado à pesar de su resistencia por el gentío, y no pudo deshacerse de él en el momento en que el perro rabioso llegaba de la calle de Harly á la plaza y se dirigía derecho á Angélica, á quien le habia, sin duda, hecho notable, el adorno de las cintas encarnadas de su vestido.

Esta se refugió detrás de unos toneles que formaban las iladas de un teatro del que habian huido los titiriteros y que acababa de escalar el gran personaje que la habia abandonado bajamente. Este en lugar de defenderla la instaba á que subiese con él, pero ni aun la ayudaba á subirse porque veia à su frente al perro que se dirigia allí con la cabeza baja, los ojos ensangrentados y hechando espumarajos por la boca. Angélica tambien lo vió y para ponerse en seguro corrió à lo largo de los to-

neles sobre los que estaba en seguridad, aquel hombre comisionado para guardarla. Pero el perro queria una presa y se dirijia à la jóven Angélica.

Testigo Claudio Lepetit de esta escena que duró un instante, y que para el fué tan larga como dolorosa, hizo esfuerzos increíbles para librarse de su opresion, hechè por tierra à varias personas y empujó á otras con tanta energíá que al fin se vió libre y voló en defensa de Angélica. Esta cayó en el suelo al huir y ya el perro habia mordido el extremo de su vestido, cuando llegó Lepetit y lo atravesò con su espada, el que furioso trato de morder la oja que tenia su cuerpo atravesado y que le hizo espirar en una convulsion. Esta muerte fué victoreada con voces de alegríá y de triunfo.

El miedo y sobresalto privò á Angélica de conocimiento, y Claudio Lepetit antes de envainar su espada, se apresuró à socorrer á la jóven tendida sin movimiento sobre el suelo: la incorporó, la cojió en sus brazos y con esta preciosa carga se dirijió à una casa de la plaza, que habiendo pa-

sado el peligro acababa de entreabrir la puerta, pero en el camino fué detenido por el aya que reclamò sus derechos, y suplicó al jóven Lepetit dejase llevar á esta pobre desvanecida á casa de su padre. Claudio se ofreció á llevarla, y propuso buscar una silla de manos de arquiler, lo que fué aceptado para que se separase y sustraerse à sus importunos cuidados. No habia aun vuelto en si Angélica, cuando paso á los brazos de su aya Mad. Lemasle la que la rosiaba con una poca de agua fresca que trajeron por compasion. Inquieto Claudio Lepetit con lo que duraba aquel desvanecimiento, no se dió priesa para buscar la silla de manos y permanecia arrodillado delante de Angélica, tocando y besando aquellas manos frias è insensibles. Aquel hombre vestido de negro que hacía el papel de sigisbeo al lado de la bella jóven, habia bajado de su asilo cuando viò al perro muerto, pero no se atrevió á aprocsimarse inmediatamente á la dueña que lo llamaba, y se mantuvo à cierta distancia, indignado de la familiaridad que se tomaba el poeta en calidad de protector y libertador de la jóven, y muy

indeciso sobre el medio mas espedito y menos escabroso que podria tomar para que cesase. Vió al fin entre la multitud curiosa, à un alguacil del tribunal de Chatelet vestido de su uniforme, lo llamó y separó del gentío que rodeaba à la jóven á quien prodigaban todo el cuidado debido á su estado de síncope, le habló al oido designándole à Claudio Lepetit, que esperaba con ansiedad que Angélica habriese los ojos, y se mezcló en seguida entre las gentes como un espectador indiferente.

— Señorita decia el jóven, que inclinado hacia ella, espiaba el momento en que le fuese devuelto el uso de sus sentidos: ya no hay peligro; ese perverso animal cuya furia os causó tanto miedo está muerto, abrid los ojos y os serciorareis de la verdad.

— Caballero si gustais traed una silla de manos, exclamò la dueña, que conoció que su jóven compañera no tardaria en volver en si.

— ¡Que! ¿no he sido mordida? preguntó Angélica repetidas veces aun antes de haber podido abrir los ojos, que desde luego se fijaron en Lepetit.

—No, señorita, le respondió este con una timidez que no tenía, cuando le dirigía la palabra y no podía oírlo. He dado muerte al perro que estuvo próximo á morderos, y solo embistió a vuestro vestido del que podeis ver un pedazo en su boca.

En efecto los muchachos habian colgado el cadáver del perro sobre dos estacas unidas en forma de parigüela y lo paseaban en triunfo al rededor de la plaza, recojiendo en una gorrilla sucia la limosna voluntaria que la vista temible de aquel animal, arrancaba aun de los bolsillos mas cerrados. Ivan precedidos de algunos músicos del Puente nuevo que dirigian la marcha de la comitiva tocando el tambor y la flauta. Todas las ventanas de las casas estaban llenas de gentes que aplaudian, al mismo tiempo que el populacho daba sus vivas. Claudio Lepetit era el heroe de esta obacion, sin tomar parte ni manifestarse personalmente á los vivas, aplausos y miradas de este gentío: hubiera querido estar solo con Angélica que principiaba á reanimarse, olvidando por intervalos, que esta primera entrevista con la muger que amaba sin conocerla,

se verificaba en público, pero la miraba tiernamente, le hablaba de amor y le besaba la mano.

—Caballero, le dijo uno al oído, tocándole la espalda, suplico á usted oiga dos palabras; es asunto importante.

Claudio Lepetit volvió la cabeza para ver quien le hablaba, y reconociendo ser un alguacil de Chatelet, se imaginó que este hombre venía á ofrecer sus servicios á la jóven señorita y servirle de escolta cuando entrase en la silla de manos. Aceptò tacitamente esta asistencia oficiosa y se confirmó en su idea, al ver al buen alguacil separar la gente del corrillo con su varilla; pero apenas habia sido cojido por el alguacil del Chetelet, que le asió por el brazo presentándole su espada ensangrentada, la dueña ayudada del personaje misterioso que dió al alguacil las ordenes que este ejecutaba, se llevaron á Angélica, muy débil aun y admirada para oponer la menor resistencia ú objetar alguna cosa, y desapareció con ella, trás de un torbellino de gentes que se contaban las desgracias sucedidas por el perro rabioso, desde la salida

por el mercado hasta su muerte. No reparó desde luego Claudio Lepetit en esta desaparición, que sin duda habría impedido, y cuando lo hechó de ver, no podía ya alcanzar à la amable persona, que la casualidad le hizo encontrar segunda vez, y que creyó haber perdido para siempre.

—¿Pertenece à usted esta espada caballero? le decia el alguacil sin entregarla.

—Ciertamente es mia, respondió tratando de recojerla; la dejé metida en el vientre de ese maldito perro. Démela usted, y muchas gracias.

—Nones caballero, no se incomode usted, la conservaré y puede reclamarla del gran Chatellet, adonde suplico à usted que me siga.

—¿Y para que seguimos? dijo encolerizado Lepetit, que conoció no se le apretaba de aquel modo el brazo, sino para tenerlo seguro.

—No se conmueva usted tanto, caballero: quedará usted libre pagando la multa, y viendo romper vuestra espada en presencia del Preboste de Paris; pero os suplico que no hagais resistencia y que vengais conmigo.

—¿Que dice usted? exclamò el poeta, que buscaba á Angélica y no la encontraba à su lado. ¿Donde está? dijo tratàndo de desasirse de la mano robusta que lo detenia. ¿Que violencia es esta? ¡Por vida de sanes! si usted no me suelta señor alguacil....

— Os aseguro, caballero, replicó el alguacil sin soltar la presa, que nada teneis que temer, fuera de la multa....

—¿Que multa? dijo Lepetit, que tratò de componerse por la buena, cuando conoció que la fuerza no estaba de su parte. Pagarè la multa que sea necesaria, pero por Dios no me detengais mas tiempo porque sino ignoraré donde ha ido.

—No debo fijar vuestra multa. Venid al Chatellet y pronto se arreglará todo. Respecto á vuestra espada....

—Que incómodo está usted; replicó el poeta, que trató de huir y apoderarse de su espada para usarla en su defensa.

—Caballero, suplico á usted que no haga mala su causa, le decia el alguacil, luchando y defendiéndose con mucha serenidad y deferencia. Sin querer, habeis infringido la ordenanza de policia que prohi-

be en la ciudad, sacar la espada bajo cualquier pretesto....

—¡Que necia orden! dijo Lepetit mirando á todas partes por si descubria á Angélica y á su dueña. ¿No las vé usted? ¡Conque por respeto á esa ímbesil orden, hubiera debido cruzar los brazos, ó hechar à correr, permitiendo que ese maldito perro la mordiese!

—No soy yo quien ha dado la orden, pero si soy yo, quien debe hacerla respetar. Si no me seguís; usarè de la fuerza.

—No por Dios! Yo me rio de la orden y de usted. No tengo gusto en ir al Chatellet, y solo á ella seguiré.

—¡Ola alguacil! ¿parece que está usted de humor de divertirse ó burlarse? le dijeron los asistentes que no quisieron permanecer mas tiempo testigos pasivos de esta escena, mostrándose con amenazante intervencion. Mereciais que os calentasen bien las costillas. ¡Que! ¿teneis valor para reconvenir á este caballero, que ha matado el perro à riesgo de ser mordido y acometido de la rabia? ¡Ojalà que todos los que ciñen espada usasen de ella con tanto talento! Va-

ya, alguacil de mala ventura, entregadle su espada que no sois digno de tocar con vuestras manos; no os arriesgueis à contradecirlo ni violentarlo, por vuestra cabezudez: porque os obligariamos à que lo llevaseis en triunfo sobre vuestro pescuezo. Idos belitre... idos tonto dos veces, no sea que os hagámos pedazos vuestra varilla.... A cuento compadres, amarrémos à este hermoso alguacil, á la cola del perro rabioso. Nadie conocerà cual de los dos es el perro. Camaradas, un regocijo en honor de este caballero que mató al perro.

Mientras se disponia este regocijo, Claudio Lepetit desaparecia, ocultándose á los elojios y reconocimiento, que generalmente se tributaba à un acto de valor, sin apreciar el verdadero motivo: apenas diò gracias à los valientes que lo sacaron de manos del alguacil, y tomaron interés de hecho en su favor contra el agente de policia, se ocultó entre el gentío empujando y separando todo lo que se le oponia, mirando aquí y allí con atencion indagadora y fijando su vista en toda persona que de cualquier manera le recordaba ya fuese á

Angélica, ya à su aya, ó aquella féa caricatura de hombre, que vió con ellas. Pero por mas que recorriò la plaza en todos sus parajes, que se adelantó hasta el medio del Puente nuevo, andando los dos malecones del Horloge y de Orfevres, entrando en la calle de Harly para volver á la plaza Dauphine, no encontrò lo que buscaba ni adquiriò indicio alguno que pudiese decir su infructuosa investigacion. Al pasar por tercera vez el sitio donde atravesó con su espada al perro que babeaba y destrozaba con sus dientes la ropa de Angélica, le acometió una tristeza profunda.

—¿Es usted el que mató el perro? le dijo una voz que recordaba haber oido. Esto vale una buena recompensa de Mr. el Preboste de Paris.

—¡Ola, estás aqui, profeta de malagüero! repuso Claudio Lepetit, que tenia delante al gitano Sacromoros.

—Hay ofrecidos diez escudos de los fondos de ciudad, para el que mate un perro rabioso; ¿no pensais recojerlos?

—¡Valiente cosa! muy poco se me dà de los diez escudos, exclamó el poeta con

un gesto de enfado, Yo daría ciento porque ese perro no se habiese presentado.

—¡Ciento! replicó Sacromoros, cuya sonrisa espresaba sus deseos y su malicia. Ese señor perro ignoraba que os había de costar tan caro, de otro modo se hubiera guardado de venir, lo aseguro. ¿Pero no os arrepentís caballero, de haber hecho tan poco caso de mi horóscopo?

—Marcha amigo; yo no soy de esos crédulos necios que te hacen falta, le dijo bajito el poeta; pierdes tu tiempo y tu conversacion conmigo, y yo tambien pierdo el mio contigo. A fé mia no tengo humor para reirme y todas tus chilindrinas no bienen á cuento.

—¿Quiere usted caballero cederme vuestro derecho, para que yo reciba en vuestro nombre y lugar, los diez escudos del perro rabioso?

—Toma, y para ahorrarte el trabajo de ir à cobrar los diez escudos, te doy estos dos luises de oro, con condicion que rezaràs un poco por mi. Te doy esta limosna en nombre del amor que profeso à una hermosa señorita que adoro, y te aconsejo

que seas hombre de bien para que conserves la oreja que te queda.

—¡Oh! que dichosa será la dama que amais! Jamás encontraré un alma mas generosa, ni mas hidalga que la vuestra.

—Vaya bien, compañero, le dijo Lepetit, alegrándose de un pensamiento que le vino à las mientes. ¿Los astros, tus cartas, los dados y el diablo tu amo, no te habian anunciado esta mañana que ganarias hoy dos luises y dos escudos conmigo?

—Seguramente que si, caballero. Mi diablo que no es otro que mi bolsa vacía, me predijo que encontraria á Mad. la Fortuna en el Puente nuevo.

—¡Ah! si no fueras un tunante, si tu oficio no fuese una impostura.... balbució el jóven mirándolo con ojos llenos de duda y de impaciencia.

—¿Pregunte usted á estas gentes que piensan de mi? dijo Sacromoros con solemnidad, creyendo debia tomar el aire, y su tono de hechicero.

— Calla bergante, le dijo interrumpiéndolo Lepetit, à quien el deseo de saber el destino de su amada le inspiró la veleidad

de preguntar á ese charlatan que despreciaba. No me tengas por tan ridículo que dé fé á tus mentiras.... Pero si á cualquier precio pudiese descubrir el nombre de una persona....

— ¡Eso solo! contestò el gitano, que aparentaba mas seguridad en los casos difíciles. Los niños espósitos, no tienen mas que venir á mi, y saben el nombre de los padres que no conocen. ¿Pero usted caballero, conocerá los suyos, no es verdad?

— ¿Crees poder adivinar el nombre de una persona que nunca has visto? le dijo con vivacidad amorosa, y con esperanza.

— Ciertamente, contestó Sacromoros algo alterado con esta pregunta tan terminante, con tal que me enseñeis sus cabellos....

— ¡Sus cabellos! exclamò Lepetit, levantando sus hombros. Imbécil, ¿donde quieres que los tome? ¡Oh! si solo tuviese un rizo, que tesoro seria para mi, y cuanto lo besaria dia y noche. ¿No bastará que te se diga que es rubia, de aquel rubio dorado que los pintores y poetas atribuyen à las deidades? Rubia como los rayos del

sol y como el trigo maduro antes de la recoleccion.

— Ya veo que se trata de una muger, por la pasion que mostrais al hacer su retrato. En hora buena, presentadme un pañuelo que haya ella tocado.

— Tu quieres despacharte à tu gusto. ¿Te se antoja, que yo te suplique me digas donde encontraria, ese pañuelo que veneraria como una reliquia?

— Lo que yo necesito es alguna señal que pueda esclareserme, en mis observaciones, al través de regiones desconocidas. Me pedis un nombre; ¿y que nombre? ¿hay tantos en el mundo.... ¿Y esa muger rubia, es grande ó pequeña, bella ó mal hecha, vieja ó jòven?...

— Es la muger mas incomparable, respondió el poeta con entusiasmo, la mas preciosa, la mas graciosa, y la mas digna de ser amada.

— Seguramente, al oiros alabarla, se conoce que la amais, dijo Sacromoros tratando de darle importancia á su ciencia profética y ponerla à cubierto de un desaire. ¿Pero como es que amándola tanto igno-

rais, hasta su nombre? ¿sin duda la habreis visto? ¡oh! si yo tambien la hubiese visto....

—¿No estabas aquí cuando maté al perro? le dijo precipitadamente Claudio Lepetit; pero no, aun estabas sobre tu tablado y nada has visto....

—Al contrario estaba en la plaza, no lejos de usted y ví al perro que perseguía á la señorita de Neuville....

—¿A quien has nombrado? exclamó el jóven sacando al gitano del gentío que los rodeaba. Vuelve á repetir ese nombre, le decia en voz baja, con una turbacion y petulancia, que no dejó de inquietar à Sacromoros. ¿Ese nombre, cual es el nombre?

—¿He! señor no lo sabeis? le respondió el charlatan que temía aun que su interlocutor desconocido le hiciese una mala pasada. ¿A donde me llevais de este modo?... ¿Podrà haberos incomodado el nombre que he pronunciado? está en boca de todos, y à cualquiera que le hubierais preguntado os hubiera dicho lo mismo que yo.

—La señorita Neuville? replicó Lepetit, que ya se hallaba casi solo con Sacromoros en la calle de Harlay, y que fijaba

sobre él una mirada penetrante , en que el gitano creia ver una amenaza y una venganza. ¿Has nombrado á la señorita de Neuville?

—¿He hecho mal caballero? pues hai mil otras personas testigos del peligro que corria , á no ser por usted....

—Con que , amigo mio , interrumpiò transportado de gozo el poeta , poniendo en manos del gitano algunas piezas de oro que sacò de su faltriquera ; conque esa admirable persona se llama Angélica de Neuville?

—Hija única del primer presidente del tribunal criminal , à quien espero no volver á ver mas cara à cara.... ¿Pero me habeis dado oro , caballero? le dijo con gatzmoñería , haciendo como que le devolvía las monedas que brillaban en sus manos.

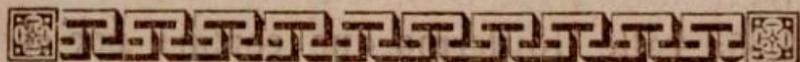
—Guardalas , guardalas amigo : no puedo pagarte lo bastante este aviso.... Dime una palabra : ¿en que cuartel de la ciudad habita ese presidente?

—Aguardad.... he.... en.... ¿que tonto soi! vive en la misma casa que el caballero procurador general , calle de san Luis en

la isla, en la esquina de la calle Guillermo....

Claudio Lepetit no tuvo paciencia para oír todas las señas hasta el fin, y ya estaba distante, cuando Sacromoros le hablaba aun.





VII.

LA SERENATA.

LA noche de aquel mismo día, el presidente Neuville con su hija y el procurador general Mr. de Harpedaille, se hallaban en la biblioteca y jugaban al algedrès con la mayor gravedad y silencio, al mismo tiempo que Angèlica leía, ó por mejor decir, tenía un libro en la mano para soñar á su placer, sin que la atormentasen con preguntas que le hubieran sido insoportables, en la disposicion en que se hallaba su espíritu.

El presidente vivía en la casa de Harpedaille, situada en el esquinazo de la pe-

queña calle Guillermo que confina por el muelle de los Balcones hoy de Orleans, con la calle de S. Luis en la Isla de N. S. que hoy también se llama de S. Luis. Esta isla formada de la reunión de dos islas, la de las Vacas y la de N. S. ambas pertenecientes al cabildo de la iglesia metropolitana, estaba en la época que hablamos, enteramente edificada tal cual hoy la vemos excepto que los hermosos edificios que decoran sus calles bien acordelados y contruidos, tenían por dueños y habitantes á los principales personajes de la magistratura y de la hacienda pública. La isla, como entonces y ahora la llaman, tenía el privilegio de ser el cuartel de moda, á principios del reinado de Luis XIV. La poblaban gentes acomodadas: su poca estension impedía que se aumentase la poblacion y que sus casas poseidas en herencia por familias nobles y poderosas que las habían levantado de cimientos, no tuviesen que temer la vecindad de nuevos edificios creados á su inmediacion por hombres de fortuna orgullosos é insolentes.

Era desde luego un cuartel muy agra-

dable para habitarse, esta isla rodeada de muelles magníficos, atravesada por calles aseadas y ventiladas, llenas de preciosas casas y edificios hermosos, y podía creerse que se vivía en otra población distinta de la de París tan desaceado, tan hediondo, tan fangoso oscuro y turbulento, á quien los refranes de todos los países se unieron para concederle esta reputacion entre todas las capitales del mundo. En la isla no habia ni un convento, ni iglesia que atonasen los oídos con sus campanas, como sucedia en otros cuarteles mas ó menos abundantes de campanarios, porque la iglesia parroquial de san Luis no era entonces mas que una mediana capilla, solo recomendable por la antigüedad de su fundacion. Allí no se estaba nunca incomodado con las voces de los vendedores que cunden en las calles de la ciudad, allí no habia tienda que afease la fachada de una casa, y el único trato que se hacia con gran disgusto de los parlamentarios y empleados que se creían dueños de la isla, tenian lugar en una posada llamada de la *Muger sin cabeza* por resultas de su muestra, y que

había dado este mismo nombre á la calle en la que de tiempo inmemorial estaba colgada. Esta antigüedad que se remontaba à la época en que deshabitada la isla, solo era frecuentada en la buena estacion de algunos paseantes ó jugadores de mano, esta antigüedad protegió á la posada y à su muestra, cuando Mariè asentista general de puentes en Francia, obtuvo en 1611 por cédula real, la concesion de la isla para labrar bajo un plano uniforme. Desde entonces la posada de la muger sin cabeza, conservaba el derecho de alojar y hospedar á las personas cuyos negocios ó gusto, hacian venir á la isla pasajeramente y que no hubieran encontrado en otra parte donde alquilar un cuarto ó una mesa. Es cierto, que esta posada no era ya como en otro tiempo el albergue de amantes y de borrachos, teatro de contiendas y de escesos. Todo habia cambiado, ecepto la famosa muestra histórica ó alegórica representádo á una muger, que habiendo perdido la cabeza la buscaba con mucho ahinco, y muy incómoda por no tenerla.

No lejos de la pequeña calle à quien

con esta muestra bautizó la boca del pueblo, se presentaba magestuosamente la casa de Harpedaille, en la calle de S. Luis rivalizando en arquitectura con los edificios contiguos, la mayor parte labrados por los diseños de Luis Leveau primer arquitecto de Luis XIII. En los dos grandes cuerpos de esta casa se hallaban alojados, el primero por el presidente Neuville y el segundo por Mr. de Harpedaille, procurador general en la cámara de justicia, y à quien pertenecía el edificio. Esta vecindad que hacía cerca de quince años ecsistia, produjo entre ambos una intimidad grande, ó si se quiere una costumbre de trato familiar, que la autoridad y gravedad de sus funciones magistrales, no les permitía hacer mas afectuoso y estrecho. En sus conexiones diarias de vida privada, eran casi tan etiqueteros, frios y ceremoniosos, como lo eran igualmente en sus relaciones cotidianas de vida pública; y si el uno no podia desentenderse que era presidente del tribunal de justicia; el otro recordaba continuamente su cargo de procurador del rey: por lo demás, el uno respecto al otro, se

tenian tanta simpatía y consideracion , como podian tener para el que mas.

La espaciosa biblioteca en que regularmente paraba el presidente Neuville , estaba toda llena de libros puestos en estantes de nogal esculpido , presentando sus lomos de becerro azul , ò de pergamino blanco á los que el polvo y el humo habia oscurecido los letreros y títulos. Estos grandes volúmenes apenas se movian de su sitio, y no eran mas útiles al presidente , que los de aquellas bibliotecas de aparato, que solo se componen de lomos de libros encolados sobre la madera como los que entonces se veian en casa de los empleados de hacienda. Solo Angèlica hacia uso de esta numerosa y bien escogida biblioteca , que su padre le abandonó, en una edad en que no sabia discernir la buena lectura de la mala, por lo que se dió á leer con preferencia novelas y poesia , pero este alimento , que sin eleccion daba á su imaginacion , quizá perjudicial, no perjudicó á su corazon ni á su espíritu, y solo este se desenvolvió y adquirió una esperiencia precoz, predisponiéndose su corazon à sentimientos tiernos , romànticos y

refinados. Pasaba pues Angélica la mayor parte del tiempo con los libros: pero, habia seis dias que no los habia tocado sino para disimular los continuos bochornos que encendian sus mejillas, las lágrimas que asomaban à su ojos, y las vagas emociones que sentía en su pecho. En estos seis dias se asomó mas veces à la ventana, que lo habia hecho en muchos años.

El presidente de Neuville era una de aquellas cabezas bien organizadas del Parlamento, que sostuviéron á la fronda y pusieron en tutela la monarquía, pero catorce años de reposo. apaciguaron esta fiebre parlamentaria, con que el pais se agitó algun tiempo, y la aparicion de Luis XIV que con mano fuerte recuperò el poder absoluto de las débiles manos del moribundo Mazarin, hizo que la magistratura entrase en sus límites legales. El presidente Neuville, como igualmente sus compañeros, y del mismo modo que su ambicioso gefe el cardinal de Retz, no se resintió ya de aquel fuego de rebellion, que en otro tiempo le hizo bajar à la calle en ropas rojas, en medio del populacho armado, y ni aun hubie-

ra tenido valor para rechazar ó prorogar el registro de un edicto real. Se limitaba á censurar reservadamente y à puerta cerrada, entre amigos seguros, los actos del gobierno, y sobre todo la conducta personal del jòven rey, que daba à su còrte ejemplos de galanterías, y que demostraba un gusto inmoderado por los placeres. Desde luego vivía distante de esa còrte brillante, que habia divinizado à Luis XIV; se concentraba á las ocupaciones rutineras de su estado, y à la calma monotonica de su casa, permaneciendo todo el dia en el palacio con los consejeros, con los abogados y con los acusados y por las noches en su biblioteca con su hija, con Mr. Herpedaille y un pequeño número de adictos que la muerte disminuía de año en año. Solo le quedaba de censorador, su cabezudez, que ejercia en este pequeño círculo, pero que nunca era mas tenaz y dura, que contra su hija, á quien sin embargo amaba todo lo que es capaz de amarse, sobre todo desde la perdida de su hijo, muerto de resultas de una comilona á la edad de veinte años.

Esta terquedad unas veces pelillosa,

y siempre inflexible era todo el carácter del anciano presidente, asociado à una devocion rígida, mas decidida por las prácticas exteriores que por las creencias y sentimientos religiosos: deberes que cumplia con el mismo zelo y puntualidad que sus obligaciones de magistratura. No faltaba à la misa el dia festivo, asi como no dejaba de asistir à la audiencia ó al consejo, en los dias de trabajo; entraba en Ntra. Sra. y se colocaba en su banco, con la misma gravedad que se presentaba en el tribunal. Este método de vida metòdica y regular, estas severas costumbres de la antigua magistratura, ese carácter terco y esa devocion ejemplar, todo se colegía de su placido semblante, en su fisonomía fria y no obstante venerable, en sus modales lentos, arreglados y nobles y en su hablar orgulloso conciso y cortante.

Tenia una bella cabeza de murmurador, con cabellos blancos cortados muy cortos, barba canosa acabada en punta, que conservaba como parte de costumbre parlamentaria, aunque se viò obligado à sacrificarla y se veia amenazado de tener que usar à su despecho la gran peluca redonda

de los abogados. Ya la usaba su amigo Mr. de Harpedaille, entregando su barba al imperio de la navaja, y el presidente le hubiera tenido tirria algun mas tiempo, sino hubiera inferido de este hecho, que las gentes del rey, no tenían las prerrogativas de los miembros del parlamento. Como procurador del rey no tenia Mr. de Harpedaille, la opinion de los de la Fronda cuyo santuario era siempre el Parlamento; pero en cambio, nunca se presentaba como contrario á estas opiniones y casi las aceptaba por parte del presidente Neuville. Satisfecho èste con esta deferencia obsequiosa se mostraba complacientemente dispuesto á abrazar las ideas fanáticas del procurador general, que se jactaba menos de ser buen católico, que de querer onadar con la espada de la ley à todos los enemigos del catolisismo. El presidente vestía un ancho ropon negro sin pieles ni caperuza, solo acompañado de un cuello, de modo que solo tenia que hecharse su ropa roja y su armiño para poder presentarse en susilla, òir en ceremonia à ver al rey á quien ya no se atrevia el parlamento á dirijir representaciones.

—Jaque à la reina , dijo Mr. Harpedaille , que de cuando en cuando hechaba una mirada furtiva à la jòven lectora, para observar su continente pensativo.

— ¡Jaque á la reina! repitió el presidente Neuville, tocando varias piezas del aljédres antes de jugar. Esa palabra me recuerda las barricadas de la Frond .

—Si , pero vuestra reina saldrà al menos con honor y solo perderá un peon que no podeis salvar.

—Ese peon es el Mazarin; la reina que empleó à ese foragido italiano , lo abandona y lo deja que se pierda como un tonto.

—Teneis vuestro caballo negro en peligro por haber querido salvar à vuestra reina y atacar á mi torre; dudo que escape.

—Escapará, si este muy temerario caballo puede ser tan temerario y hábil político, como nuestro coadjutor. Evitad este jaque á vuestro rey.

—Señorita , tenemos aqui el mejor juego del mundo , dijo Mr. de Harpedaille, tratando de romper la cavilacion de Angèlica, asercaos para verlo.

—La muchacha no lo entiende , res-

puso el presidente evitando así á su hija el fastidio de responder. No dejes tu lectura Angélica. ¿Ese libro que lees con tanto aínco, debe ser alguna buena obra? Dámelo y lo veré.

—No leía papà.... respondió sonrojándose, al mirar el libro que tenía en la mano sin saber cual era.

—¿Y que otra cosa puede hacerse con un libro en las manos? dijo irónicamente el presidente, que alargaba el brazo para tomar el libro.

—Creo haberme dormido, le respondió, dando el libro cerrado á su padre. Tomé de sobre la mesa este libro sin mirarlo....

—*Jacobi Gothofredi fontes quatuor juris civilis!* leyó el presidente en el título del libro. ¿Desde cuando hija mia, estudiás el derecho civil en latin?

—Ella misma confiesa que no leía en ese libro dijo Mr. de Harpedaille que lo habia conocido. Preguntadle señor presidente en que pensaba. Mucho me alegraría que fuese en nuestro matrimonio, que à mi pesar tardará mucho....

—Esta clase de negocios deben llegar à su punto, para ser bien recibidos, replicó Mr. de Neuville , ecsaminando la posicion de su juego en el aljedrès.

—Por eso se me hace tarde el dia de mañana para celebrar el contrato y verificar las bodas al dia siguiente.

—¡Pasado mañana! balbució Angélica, que no tenía valor para contrariar la voluntad de su padre , ante quien temblaba.

—Vamos Mr. Harpedaille , le dijo el presidente con tono de reprension , no os humilleis señor procurador del rey , á esos melindres y à esas lisonjas de galan: el casamiento no es para nosotros , lo que para las gentes del mundo , negocio de placer y diversion , para nosotros el casamiento debe ser una obra cristiana , un deber de ciudadano , una cosa santa.

—¡Ay Dios mio! exclamò involuntariamente Angélica estremeciéndose al ruido de una puerta que se cerraba en la calle.

—¡Que es eso? dijo el presidente que oyó la exclamacion y el estremecimiento de su hija. Desde la caida del puente de Maria hace ocho años , ¡como vuela el tiempo!

siempre estoi temiendo que las aguas fuertes se lleven el de Tournelle.

—Creí que llamaban á la puerta de la calle.... repondió timidamente la jóven, de quien Mr. de Harpedaille adivinó el pensamiento.

—No, dijo este fijando su vista en Angèlica de modo que le hizo bajar la suya; es alguno que entra en la casa del frente, en casa de ese atheo donde se come carne en cuaresma.

—¡En cueresma! replicó Mr. Neuville con indignacion, preguntando con la vista al procurador del rey. Habia motivo para formar....

—Ciertamente tenemos leyes y ordenanzas que han previsto este caso; ¿pero y como probar este crimen?

—Dar un decreto, en virtud del que pueda registrarse la casa, y todos los que se encuentren en ella formarles causa y que declaren.

—No hai duda; pero si no se encontraban pruebas del crimen que se supone, este rigor estraordinario daria motivo para que los impíos y espiritus fuertes levantasen la

voz acusando de persecucion al clero, y haciendo responsable à la religion.

—Acà entre nosotros Mr. de Harpedaille, os confieso que no puedo creer en la existencia de una academia de atheos; este seria un hecho demasiado grande.

—¡Ah señor presidente! ojalá que esta execrable compañía no existiera. Acordaos de lo que vuestro desgraciado hijo declaró en el lecho de la muerte.

—Estaba delirando y no debe fiarse de palabras de un moribundo que tiene la cabeza descompuesta, y se horroriza con la idea del infierno.

—No tenia tan perdida la cabeza que no conociese el valor de las palabras y de las cosas. En diversas ocasiones lo dijo al padre Chevassut que lo asistía, à vos mismo y á mi, que le cerrè los ojos. «He sido, decia; recibido filosofo en la academia de los atheos.»

—¡Ah! ¡tened Dios mio piedad de el. El pobre muchacho no sabia lo que hacia. Toda mi vida me acordaré de la mala accion que hizo poco antes de su muerte, profanando una imagen de la virgen, y

tambien me acordaré al mismo tiempo lo que todos os debemos....

—Señor presidente, el antiguo renombre del padre, absolvía al hijo, dijo en tono declamatorio Mr. de Harpedaille, que espresamente sucitó esta conversacion delante de Angélica, toda conmovida al oír en boca de su padre, la confianza que le habia hecho su confesor.

—Hemos sido imprudentes en hablar de esto, dijo el presidente en voz baja, señalando á su hija que lo escuchaba.

—Creia en verdad que estabamos solos, repuso el procurador del rey, simulando la sorpresa y el sentimiento. Puede que nada halla oído.

—Solo he oído lo que ya sabia, dijo Angélica, que tenia las mejillas llenas de lágrimas y su pecho de sollozos.

—¿Sabias que tu hermano, que en paz descance, le preguntó admirado el presidente, ultrajó en la calle una imagen de Ntra. Sra.?

—Lo sabia, contestó con nueva esplosion de lágrimas: el reverendo padre Chevassut me lo ha contado todo.

—Siendo así, sabes el incomparable servicio que nos ha hecho Mr. de Harpedaille, oscureciendo este horrible negocio?

—Ha salvado de este modo el honor de vuestro nombre; también salvó la vida de mi hermano, que el cielo no quiso gozase mucho tiempo.

—Pues bien, hija mía, ya que sabes el servicio que nos ha hecho, debes alegrarte de que tu mano sea la recompensa.

Angélica bajó los ojos y guardó silencio, pero sus suspiros y sollozos daban á conocer su viva emoción; trató de pronunciar algunas palabras que se confundieron entre sus labios, ó solo formaron un sonido inarticulado. Mr. de Harpedaille se apresuró á responder por ella.

—La recompensa á mi ver es de tan alto precio, dijo con aire maligno, que me persuado que aun no he hecho lo bastante para merecerla, bien que no cesaré de esforzarme para hacerme digno de ella. Mi reconocimiento señorita os asegura de un afecto y de un respetuoso rendimiento....

—¿No os avergonzais Mr. de Harpedaille de hablarle en estilo retumbante de

Febo á esta pequeña jóven? le interrumpió Mr. de Neuville. Volvámos á nuestra partida de algedrés.

—Las gracias que dirijo á la señorita Angélica señor presidente, y el gozo que le manifiesto de estar prócsimo à ser su marido; se dirijen igualmente à vos, que habeis tenido la bondad de elegirme para vuestro yerno, y confiarme la felicidad de vuestra hija única.

—¡Felicidad! dijo entre si la pobre víctima que nunca tuvo mas horror à este casamiento que entonces, comparando con Mr. de Harpedaille al bello desconocido, que dos veces se le habia presentado para dejarla un recuerdo profundo y encantador.

—A un lado cumplimientos, yerno mio, le dijo Mr. de Neuville, me parece que basta de representacion de pactor de la Iliada. A vuestros jaques señor procurador general.

Angélica levantó la cabeza poniendo atencion; ya no lloraba y latía su corazon con violencia; se oia en la calle y debajo de los balcones de la biblioteca, bibrar y sonar las cuerdas de un laud que el músico

templaba antes de tocarlo y muy luego el sonido del instrumento, formó una sonata suave y melancólica que por intervalos tomaba la entonacion de una voz humana, aunque esta deliciosa música no tuviese acompañamiento vocal que sostener: el tacto suave y bien espresado del tocador del laud imitaba casi al cante. Mr. de Harpedaille dió un golpe con el pié y lanzó una mirada à Angèlica de desafio. El presidente de Neuville, no habia aun reparado en esta especie de serenata.

— Esos detestables borrachos, están incomodando el reposo de la vecindad, re-funfuñò entre dientes el procurador del rey, volviendo el puño á una ventana cuyas persianas estaban cerradas y la cortina corrida. Hay en esa casa un infame que se llama Desbarreaux, y que pagará por todos.

— Este Desbarreaux tiene amigos en la córte, no lo dudeis, y el gran vicario de Ntra. Sra. decía que no se atreveria à obligarlo à devolver el pan bendito. Es noble y de buena familia, rico.... ¿No fué consejero en el parlamento antes de los sucesos de la Fronda? A lo menos su padre lo era, y

el hijo por haber dicho algunas palabras mal sonantes y con olor à heregía, le obligaron, me parece, à vender su cargo....

—Si consigo hacerme de las pruebas que necesito, dijo el procurador del rey, habrá una bien sonada.

—Se dice que Desbarreaux es caritativo con los pobres, y tiene hoy una vida muy arreglada.... Vuestro peon está en peligro y yo lo cojo.... ¡Bueno! ¿que se oye en la calle?

—Los atheistas dan esta noche un baile, respondió Mr. de Harpedaille rechinando los dientes: ¡paciencia! yo les aseguro otro baile en la plaza de Greve.

—Perdeis un caballo, yerno mio, dijo jovialmente Mr. de Neuville. Estos atheos acabarán mal.... No os incomodeis; jaque al rey.

—Concluiràn como deberian acabar todos los atheistas, por ser quemados vivos en la tierra, y arder por una eternidad en los infiernos. Se necesita un gran ejemplar.

—Jaque al rey, ¡oh! mucho os costará evitar el mate pero seriamente, ¿que ocurre en la calle? hay serenata.

—¡Serenata! repitió con acento irritado Mr. de Harpedaille mirando á Angélica, que se ponía colorada, y pálida sucesivamente. Es una serenata que dan en obsequio al demonio, porque no hay muger en su reunion.... ¡Que! ¿os vais? dijo á la jóven señorita que se levantaba con precaucion y se disponía á salir de la sala. ¿A donde vais? le preguntó en tono casi imperativo.

—Me retiro à mi cuarto, le contestò la jóven balbuciendo, y volviéndose à sentar confusa. Me hallo indispuesta.... No estoi buena....

—He aquí una indisposicion muy repentina para que pueda asustarnos, dijo el presidente. Esos son vapores que atacan à las muchachas y que desaparecen casándose. Basta con ponerse al aire, hija mia, hàbre un poco la ventana para respirar.

—No lo hagais señorita, exclamò el procurador del rey, á quien inquietò semejante consejo. El aire no puede ménos de seros perjudicial.

—Me encuentro mejor en este momento, dijo enagenada con la melodía que

embalsamaba su corazón, pero en verdad añadió, haciendo un esfuerzo sobre si misma, no creo estar en el caso de poder realizar pasado mañana este casamiento.

—¿Que dices? preguntò el presidente con aspereza y autoridad. Seria preciso que pasado mañana estuvieses muy mala....

—Temo estarlo, continuó Angèlica, sintiéndose animada por aquel laud, que parecia hablarle de amor. Os suplico papá que mandeis llamar mañana á Mr. Guy-Patin, porque ciertamente no estoi restablecida de mi caida funesta

—¿Que caida? preguntó Mr. Neuville, que por un momento se separó del aljedrès, y miró à su hija con interés.

—¡Pues que! ¿Mr. Harpedaille no os lo ha referido? Creí cuando entre aqui, que hablabais de esta aventura.

—¿De que aventura? preguntó con mas ahinco Mr. Neuville, que se ofendió de que le hubiesen ocultado lo que debía saber.

— Nada, casi nada, se apresurò á decir Mr. de Harpedaille. Creí del caso no incomodaros con la desgracia, que en efecto pudo haber sucedido, y que no sucedió.

Gracias á Dios estamos libres de cierto susto.... un perro rabioso....

—¡Un perro rabioso! exclamó Mr. Neuville juntando las manos con horror, y mirando si el perro estaba allí.

—Conduje á la señorita Angélica á las tiendas de la calle de san Honorato, para comprar las telas de seda y los encajes, que quiero ofrecerle como regalo de boda; solo siento que aun no las haya comprado, sin duda porque las hayó demasiado buenas....

—Dejemos eso, le dijo el presidente aun temeroso respecto à su hija. Veámos de una vez, que sucedió con el perro.

—Cuando volvíamos, y atravesando la plaza Dauphine que estaba llena de gente, gritaron de lejos; *un perro rabiando!* Todos trataron de huir y en un instante la opresion fué tal, que no podíamos salir de allí. La sañorita Angélica tuvo miedo y se separò de mi brazo. El perro....

—Caballero diga usted las cosas como ellas son, dijo con viveza Angèlica, que no podía sufrir se privase al jóven desconocido, del elogio que merecia por su valor. Con-

vengo en que tuve miedo y el miedo es propio de mi sexo y de mi edad, pero usted tuvo mas miedo que yo....

—Si hubiera tenido armas, señorita, lo hubierais visto, le contestó Mr. Harpedaille, confuso de que le hechasen en cara su cobardía.

—Por mi parte no se que fuè de usted durante el peligro, y lo cierto es que aquel, furioso perro me persiguió, y que caí....

—¡Vive Dios! ¿y te mordió? exclamó Mr. Neuville, que se levantó turbado para acercarse á su hija.

—No señor, gracias al cielo y tambien gracias á un digno caballero, que con espada en mano se lanzó derecho al perro, y lo mató.

—Ciertamente bendito sea ese caballero, sea quien fuese, que te librò de la mordedura del perro. ¿Sabes su nombre?

—¡Su nombre! replicó desdeñosamente Mr. de Harpedaille. ¿Acaso esa clase de gentes, tienen nombre? ¡Llamar caballero á un tuno, á un paseante vagumundo! Si, un caballero muy propio para servir en las galeras del rey, ò para adornar una horca.

—¿Se atreve usted á calumniar de ese modo, al hombre á quien debo la vida? le interrumpió Angélica, con generosa energía.

—¿Y porque tratais de caballero à un ratero del Puente nuevo, que espero veremos en Grevè?

—En hora buena caballero; si no habeis tenido ànimo para defender á una muger, que quieren que sea vuestra, le replicó con indignacion y desprecio Angélica, no lleveis al menos vuestra cobardía al estremo, de injuriar delante de mí, al que me ha defendido con tanto valor.

—Dejemos eso, dijo el presidente Neuville, que impidió asi, que esta disputa tomase mas cuerpo. Señorita reflexione usted con quien habla, y ante quien lo haceis.

—Es necesario hacer callar á este maldito rascador de laud; exclamò bajo Mr. de Harpedaille, que necesitaba descargar su cólera sobre alguien.

Habrió con estrépito la ventana mas procsima y sacó la cabeza para ver al músico, que embosado en su capa, se mantenía en piè en medio de la calle desierta y silenciosa. A primera vista conoció al jóven

de la plaza Dauphine, y lo reconoció también muda y trémula la señorita Neuville, que se habia acercado á la balaustrada. El procurador del rey dudó un momento el partido que tomaría. El laud dejò de sonar, pero el tocador no abandonaba su puesto.

—¡He! cantor para aves nocturnas, le gritò Mr. de Harpedaille, engruesando la voz para intimidarlo, ¿no podiais ir con vuestro laud á otra parte donde no se oyesse, como hacia la torre de Nesle, a quien acabará de derribar vuestra música?

Claudio Lepetit, no respondió á esta insolente interpelacion, pero sacó la espada de la vaina y la levantó al aire á modo de desafio.

—Señor, añadió el procurador general que tenía miedo de la espada aun en la distancia en que se hallaba, no sabeis hacer mejor empleo de vuestra música, para instruir animales como perros, osos ó monos? Este es el oficio que debéis tomar.

—También es este el oficio que tengo para divertirme, le contestó el poeta con risa burlesca. Traeré aquí un mono maestro que os enseñará lo que será de nosotros. Vere-

mos cual de los dos , el mono ò usted es-
mas feo y hace mas gestos ; y mi mono os
enseñará tambien á tener educacion y á no
insultar á personas que no conoceis, que
ningun daño os hacen y que con tal con-
ducta, dais á entender que sois un Hotentote
residente en Paris.

La ventana se cerró de repente.





VIII.

LA ACADEMIA DE LOS ATHEOS.

APENAS Mr. de Harpedaille habia cerrado la ventana donde se asomó con Angèlica, apenas Claudio Lepetit concluyó la frase injuriosa que decidió la precipitada retirada del procurador general, cuando se abrió una ventana del segundo piso de la casa fronteriza à la de Mr. de Harpedaille, dejando ver una sala iluminada con bugías en la que se oían voces, canto, risas toques de vasos, tenedores y platos, anuncio de un alegre festin. Un hombre cuya sombra, se presentaba sobre un fondo luminoso, apareció vacilante en esta ventana con un

vaso en una mano y una botella en la otra.

—Señor músico, gritó este hombre saludando muchas veces al tañedor del laud que en la oscuridad no podia distinguir al individuo á quien contestó con igual número de saludos. Muchas gracias por el placer que nos habeis proporcionado á todos , y un brindis por vuestro cuidado.

Al decir estas palabras el convidado que hablaba en nombre de la compañía, llenó su vaso hasta el borde y se lo bebió de un golpe.

—Señor bebedor , muchas gracias por vuestro brindis , contestò Claudio Lepetit dudando si lo aceptaria como un acto de política, ò como una burla. Aunque el todo de mi música està dedicada à una persona que no pertenece á vuestra alegre reunion, sin embargo me place que usted y los suyos crean tener parte en ella , y me conceptuo pagado de mi trabajo, con vuestro agradecimiento.

Estas palabras dichas á la vez con nobleza y política à un mismo tiempo , fueron oidas por toda la reunion de la cena, que guardaba profundo silencio ínterin

hablaba Lepetit, y pudieron inferir de la elegancia de las palabras y del modo de decir, que este tañedor no era un músico de profesion á quien pudieran gratificar. Un aplauso general resonó en la sala de la cena, y el que habia brindado anteriormente se presentó de nuevo en la ventana, de donde se habia seperado para hablar algunas palabras con sus compañeros.

—Caballero, dijo llenando su vaso y levantándolo; seais lo que fueseis, judío, turco, ó católico, sois hombre de educacion y mis amigos que se han reunido aquí para festejar la santa é inmortal filosofía, van tambien reunidos à beber à vuestra salud.

El hombre asomado à la ventana, movió su vaso en distintas direcciones y signos misteriosos, que fueron el preludio de un brindis general en el que los vasos se tocaron unos con otros. Claudio Lepetit, para no ser menos político que estas gentes que demostraban tener un vino alegre y cortesano, tomó de nuevo su laud y se puso á tocar una sinfonía, en que dominaba aquel tono lánguido y lastimero que los italianos califican de amoroso. En este

tono ejecutado con delicadeza y sentimiento esquisito se sobrepujó, imaginándose entreveer en cada ventana de la casa de Harpedaille à Angélica, sin embargo de que todas ellas y la casa toda, se hallaba enteramente á oscuras y silenciosa. Al concluir la sinfonía, se dejó oír una triple salva de aplausos en la sala de la cena.

—¡Ah señor! sois un músico hábil, dijo el convidado que apareció de nuevo à la ventana, y que se presentó sin vaso ni botella. Tengo el honor de suplicaros en nombre de todos los que estamos aqui reunidos, que tengais la bondad de venir á cenar con nosotros.

—Esto escede à todas vuestras cortesías anteriores, le contestò Lepetit, que en su primer impulso, iba á reusar el convite. ¿No os sorprenderiais algo, al verme aceptar sin mas ceremonia, que la usada por la estatua del comendador, en el convidado de piedra?

—Lo han oido ustedes señores, dijo uno en el interior de la sala: este hombre, quisiera representar con nosotros el papel de comendador de piedra.

—Bueno, repuso otro riéndose, aunque la misma estatua de piedra viniese à sentarse con nosotros en esta mesa, le diría lo mismo que le dijo D. Juan....

—Silencio señores, interrumpió una persona que creyò ver en la respuesta, una alucion epigramática á la comedia del convidado de piedra, en la que el obstinado atheo es arrastrado à los infiernos por la estatua del comendador: es necesario callarse, no estamos en nuestra casa.

—Caballero, dijo perplejo el convidado, aguardando en el balcon la respuesta definitiva. ¿Tiene usted la bondad de aceptar?

—Seguramente seria una groseria reusar, lo que se ofrece de buena voluntad, le contestó Claudio Lepetit, que lo habia pensado, y creyó que su amor podria sacar algun provecho, de esta introducion imprevisada, en una casa tan inmediata á la de Mr. Harpedaille. Soy con usted, caballero.

—Tened la bondad de aguardar un instante, voy á abriros la puerta de la calle, porque aquí no tenemos criados.

Cerraron la ventana, y por el tiempo que tardaban en abrir la puerta, creyó Lepetit que lo habian engañado con una chanza, que juraba en su interior castigar á palos ó con la espada, segun la clase de los sugetos que se hubiesen burlado à su costa. Este retardo solo era causado, por un conciliábulo tenido entre los concurrentes sobre el modo de recibirlo: al fin uno de estos bajó con su bujía en la mano, y lo introdujo en la casa despues de saludarlo en el umbral con tanta mas atencion, quanto que el convidado se recomendaba á primera vista por su noble porte y semblante. Despues de cerrada la puerta cuidadosamente con cerrojos y trancas, siguió el poeta á su introductor que le precedía con la luz y lo miraba al descuido, deseoso de saber quien era el personaje, que quizá con demasiada ligereza, habian admitido en una sociedad cuyos personajes se conocian todos por esperiencia, y que ni aun concientian à su rededor la curiosidad parlanchina de sus criados. Claudio Lepetit por el contrario solo pensaba en instalarse en esta casa, como en una fortaleza desde donde sitiaria la

casa de Harpedaille , hasta introducirse vencedor en la plaza.

Cuando llegó à la sala del festin , y luego de saludar à la reunion con su gracia acostumbrada, hubo un mormullo lisonjero, provocado por su belleza y sus nobles modales; todos se levantaron antes que el dueño diese el ejemplo , creyendo tener à la vista uno de los mas agradables personajes de la còrte, y el nombre de Peguirblen duque de Lauzun corrió de boca en boca: efectivamente, habia alguna semejanza entre el cortés Lauzun amante de la duquesa de Montpensier y el poeta Claudio Lepetit, hijo de un sastre de Poitiers. Desbarreaux que precidia el convite que daba à sus amigos, convidò de nuevo al introducido á tomar asiento.

—Perdonen ustedes , dijo este quitándose la capa y mostrando su vestido negro que le sentaba à las mil maravillas, perdonen ustedes de haber entrado como un intruso; pero deseaba mucho presentarme y dar gracias personalmente á los que tanto me han favorecido antes de conocerme. Temo que mi conversacion no sea suficiente

para pagar mi escote, pero á su falta tengo mi laud que suplirá por ella.

—Caballero, respondió Desbarreaux, con aquella urbanidad que en nada cedia á la del nuevo convidado, haremos de modo que no os halleis estraño en nuestra compañía, y nos arreglaremos à vuestro lenguaje que parece ser de buena escuela.

—Con la lectura de los grandes escritores de nuestro tiempo me he formado como soy, le replicó modestamente el jóven Lepetit.

—Ahora señores, llenemos los vasos, dijo Desbarreaux que solo bebia agua y comia muy sobriamente, se trata de honrar à nuestro convidado, que como lo espero, añadió malignamente, no nos tratarà como la estatua del comendador trató à D. Juan.

Durante el brindis á su bien venida, dirijio Claudio Lepetit sus miradas á su rededor y trató con un ecsamen rápido de los convidados, de conocer el sitio á que una casualidad lo habia conducido. El número de los convidados era diez y nueve; habia un asiento vacio al entrar Lepetit, que lo ocupó reemplazando asi al ausente.

Allí habia caras de todas especies, la mayor parte viejas arrugadas y sin dientes, pero todas ecepto la de Desbarreaux de aspecto vulgar y aun trivial; à mas tenian algunas señales de vicios: la embriaguez y disolucion estaban pintadas en sus facciones mas alteradas por los ecesos que por la edad. El vestido de estos personajes, no daba grande idea de su fortuna, ni de su rango en la sociedad: nada mas comun, mas sencillo y sobre todo nada mas abandonado que su vestimenta, nada propia de una sociedad honrada: uno tenia una mala armilla que dejaba ver sus hilos y apénas se acordaba de su primitivo color; otro parecia haberse salpicado al intento de lodo, y no reparaba que la salpicadura llegaba hasta su cara; este tenía un vestido en que no cabía, tanto habia engrosado desde que el sastre lo habia vestido de nuevo; por el contrario, esotro había adelgazado tan considerablemente que no parecia que sus vestidos se hubiesen hecho para su cuerpo; otro conservaba aun la moda del tiempo de Luis XIII; otro á no dudarlo había comprado su equipaje en los pilares del merca-

do, entre ellos no se encontraban cuatro que usasen de peluca, que habia llegado à ser indispensable aun para la clase mas humilde, á menos que no la remplasasen muy largos y hermosos cabellos. En cuanto á sus manos ni indicaban aseo y menos nobleza; no solo eran cortas, gruesas y rojas, sino mas ó menos sucias, mas ó menos manchadas con tinta.

Solo el dueño de la casa diferia de esta estraña sociedad; tenía lo que entonces se decia *gran semblante* que era como estenderse á su distincion y carácter de la fisonomía, mas bien que de la regularidad de su semblante y de la perfeccion de cada una de sus facciones. Tenía Desbarreaux mas de sesenta años, pero conservaba una noble espresion, un mirar fino y animado, una sonrisa atractiva aunque sardónica, y no habia perdido al envejecer aquel aire suelto de cabeza que solo pertenece á la juventud y se mantenía tan bien hecho, como lo habia sido en su mejor tiempo. Es verdad que cuidaba con un esmero asiduo y minucioso, los restos de esta juventud tardia; usaba las telas mas apreciiables y soli-

citadas, las sintas mas anchas, ricos encajes, y todo maravillosamente acomodado à su edad en el color, forma y ornato. Tenía un aseo escesivo que le ahorraba el afeite, si bien su cutis se mantenía bello, principalmente á la luz que disimula la caparrosa, sus manos blancas y gruesas salian con gracia fuera de sus puños de encaje como para hacerse admirar. En una palabra, Desbarreaux reunía la dignidad de magistrado, la gracia de un cortesano y la franqueza de un hombre que ha recibido una educacion esmerada.

—Me parece que no conocéis á ninguno de estos señores, dijo Desbarreaux á Claudio Lepetit, que visiblemente estaba admirado de lo que veía. Estos señores por su parte tampoco os conocen, aunque un hombre de vuestra clase, deba ser bien conocido en el mundo....

—Caballero, le respondió el poeta sonrojándose, no es extraño que estos señores y yo, jamás nos hayamos visto: nunca he estado en Paris.

—No lo dudo, replicó Desbarreaux, porque la córte no reside en Paris, y se pa-

sea de Versailles à san German y de san German á Fontainebleau.

—No voy á la còrte , contestó Lepetit, que quiso poner fin á suposiciones impertunas , sino punsantes , que le recordaban la inferioridad de su nacimiento y de su fortuna. He viajado.... y hace muy poco lleguè de Jerusalem....

—¿De Jerusalem! repitieron diez ò doce voces con inflecciones chocarreras , ó burlescas. ¿Pues que , se vá aun à Jerusalem?

—¿Ha ido usted caballero en peregrinacion? le preguntó un pelicofre que guiñó, tocando el codo à su vecino.

—¿No es allí , le preguntó otro , donde Jesus de Nazareth fué crucificado entre dos ladrones, por haberse llamado rey de los judios?

—Caballero , añadiò otro sonriéndose, ¿que os parece lo que se dice de ese admirable suceso?

—Este señor no es un teólogo , interrumpiò Desbarreaux , imponiendo silencio á sus huespedes con su gesto y sus miradas: el señor es un viajero que ha tenido la curiosidad de visitar este pais , teatro de

los acontecimientos de la Biblia, y le apruebo , que haya querido de algun modo, palpar ciertos puntos de este libro. Muy bueno es , sin duda , creer , pero tambien es bueno ver ; ¿no es así caballero? ¿Pero no comeis?

—No tengo ganas , y solo he entrado para acompañaros , respondió friamente Claudio Lepetit, à quien las risas y los cuchicheos , habian desconcertado un poco y estubo tentado de despedirse de la reunion de estos señores descorteses. Permittedme caballero , dijo dirijiéndose à Desbarreaux que habia simpatizado con él, no fastidiaros con la relacion de mis viajes: los viajantes por lo comun , son fastidiosos embusteros; y no quiero por todo el oro del mundo, que me confundieseis con esta clase de gente.

—Cualquier viaje referido por un hombre de talento, une lo útil à lo agradable, y si no temiera abusar de vuestra paciencia, os suplicaría me describieseis los sitios que habeis visto.... Pero me reservo, añadió, juzgando que sus huespedes no serian un auditorio complaciente , me reservo preguntaros sobre este particular en otra ocasion. Estos

señores que han hecho algun aprecio de mi vino, no prestarian la atencion debida, y tenemos aquí pocas cabezas propias para una conversacion seria y seguida. ¿No bebeis?

—Vaciaré ese vaso solo por no desagradaros, le dijo Lepetit, que al mismo tiempo lanzó una mirada amenazadora à cierto burlon de la reunion; beberé sino lo tomais à mal, por vuestra generosa hospitalidad, suplicandoos recibais mis buenos deseos, por vos y todo lo que os pertenece.

—Lo acepto caballero, repuso Desbarreaux, que veía la violencia y el despecho concentrado en el jóven, à quien el viaje á Jerusalem habia hecho perder el concepto en el espíritu de los convidados. Me creo dichoso en haberos encontrado y deseo volveros à hallar en adelante.

—Maestro dijo una facha rubicunda animada con una gran carcajada. ¿Pensais hacer alguna cruzada á Jerusalem para buscar el nido de la Urraca?

—Oid maestro añadió otro, menos ebrio, pero mas maligno que el precedente; recomendar vuestra alma á las oraciones de este buen señor.

—Caballero, añadió un tercero, desidnos si el templo de Salomon es tan maravilloso de ver, como la Samaritana del Puente Nuevo?

—¿Y el calvario? preguntó otro, ¿no es una especie de Montmatre, esepito que no tiene burros?

—¡Bah! dijo una quinta persona entonando una cancion báquica; plantaremos viñas allì, y darán la verdadera lacrima christi.

—Una sola palabra para instruirnos, caballero; ¿ha encontrado usted en todos sus viajes algun pais que no esté poseido de la creencia de un Dios?

—¡Señores, señores! os escedeis exclamó, Desbarreaux, que impidió así que su convidado prorrumpiese en injurias contra los impertinentes preguntadores. Caballero, le dijo á Lepetit con duplicada atencion; no hagais caso de las locuras de esos filosofos chilindrineros.

—Conosco señor los efectos del vino, le respondió Lepetit que empezaba á incomodarse del papel que representaba, y no me ofendo. Estos señores, añadió epigra-

micamente para hacerlos callar, tienen un vino agradablemente heretico y galanamente atheista; y dirijiéndose al que le acababa de hacer la pregunta le contestó. He visto muchos pueblos incrédulos y desmoralizados; particulares y aun reuniones libertinas, hombres que á su desenfreno añaden haber perdido su educacion, pero no he encontrado un pueblo que no reconosca un Dios, ni aun los mismo que lo niegan lo creen, porque es un medio ridículo, que han adoptado para disculpar sus desórdenes, temen al mismo que niegan y han llegado á convertirse en bestias desenfrenadas y sucias.

—¡Oh! la contestacion es un poco fuerte! dijo sonriéndose Desbarreaux, que con una mirada reprendió la imprudencia de sus amigos. Hablan así sin mala intencion y os suplico que no les hagais caso. Se divierten entre dos vinos, en jugar à los atheistas, para honrar como dicen, la memoria de mi antecesor Geoffroy Vallie que se tituló el azote de Dios, por burla, y fuè quemado vivo en tiempo que se quemaban los filosofos.

—Habrà mucho tiempo de eso, repuso

el poeta, que ignoraba este episodio trágico del reinado de Enrique III. Hoy día no quemarán á nadie.

—No debería ser, replicó Desbarreaux meneando la cabeza; pero aun tenemos miembros de justicia que se calentarian con esa leña.

—Entonces, me admira mas que estos señores hablen tan inconsideradamente porque si la gente de justicia tienen el gusto por las hogueras, los de iglesia no dejarían de llevar voluntariamente hazes de leña y mecha. Hablo de aquella gente de iglesia que por desgracia no falta, ignorantes, mal intencionados, bellacos, coléricos, implacables....

—Parece que conocéis bien la tierra que pisais, exclamó Desbarreaux, encantado con esta especie de profesion de feé. En estos últimos dias uno de esos gazmoños, ha encendido el fuego contra un jóven que por casualidad ó ligereza, oyó una confesion....

—¡Como! ¿esa historia ha cundido tanto, que ha llegado á vuestros oidos? dijo Claudio Lepetit, que estuvo à punto de

descubrirse declarándose el autor del escándalo ocurrido en la abadía de S. Victor. Ese canónigo debe ser un mal hombre ó al menos un loco que debería encerrarse.

—Si hubiesen descubierto al jóven lo habrían preso, juzgado y puede ser.... Mr. Guy-Patin lo conoce, pero ha jurado ante el canciller, que no dirá su nombre aunque le apliquen el tormento. No así el padre Chevassut, tal es el nombre del encolerizado fraile.

—¿Guarda rencor á Mr. Guy-Patin y lo hacia citar en el parlamento como complice del delito? Lo sé, y estoi agradecido á Mr. Guy-Patin....

—¡Usted caballero! repuso Mr. Desbarreaux, que no comprendió, que reconocimiento podía inspirar semejante hecho, en una persona que no tenía interes en la cuestion.

—Sin duda, dijo Claudio Lepetit saliendo hábilmente del paso que había dado: he oido asegurar que este jóven es poeta, y como yo lo soy, debo tomar interés por él sea quien fuese, por espíritu de cuerpo y en virtud de nuestro título de hermanos en poesía.

—¡Que! sois poeta caballero, repuso Desbarreaux, que creyó desde luego que el desconocido se chanceaba ¡Un poeta! un poeta señores!

—¡Un poeta! exclamaron todos los convidados, que se agitaban, se levantaban é interpelaban confusamente. Que dé pruebas de su calidad, que diga su nombre, que recite algunos versos.

—Os suplico me permitais que no me nombre, dijo atentamente Claudio Lepetit, porque me avergonzaría de ser entonces mas desconocido, que antes.

—No os sorprendais de esta peticion, dijo Desbarreaux, que había tomado la mano al poeta en señal de fraternidad literaria. Os encontráis entre poetas.

—¡Poetas! repitió Lepetit, que le costó mucho persuadirse que su huesped no se chanceaba, ¿Estos señores son poetas? repitió algo avergonzado de la fea figura que hacian los poetas cuando se les vé de cerca y sobre todo en la mesa. ¡Poetas! balbució con verdadera consternacion.

—Poetas ó escritores, le contestó Desbarreaux que estaba muy acostumbrado al

talante de los literatos de Paris, para dejar de adivinar la causa de la admiracion de su jóven cohermano, que no podía creer lo que sus ojos veian. Todos tienen talento, algunos glorias, su nombre á llegado á vuestros oidos....

—¿Está Mr. Chapelain entre estos señores? preguntó con temor Lepetit, que temblaba de hallar á este gran crítico entre tales borrachos y disolutos.

—No, ciertamente respondió Desbarreaux, pero aquí teneis uno que vale tanto como él, y designó al mejor vestido de la reunion: es Mr. de Mezerai, que ha hecho la hermosa historia de Francia, que envidiarían los Thucidides y Tácitos de la antigüedad, si pudieran leerla en el sitio donde se hallan.

—Todos somos Tácitos y Thucidides caballero, para admirar vuestra obra, replicó Claudio Lepetit, que vió con sentimiento á Mezerai prócsimo á caer muerto de embriaguez.

—Aquí teneis á Mr. Ysarn autor de la pieza del *Luis de oro*, esa obra maestra, que otros han querido apropiarse, porque no

le puso su nombre. Este es Mr. Pedro de Lalame el único de la sociedad que como yo, solo bebe agua: no tiene salud, pero en contra su talento es de los mas grandes. Este otro es Mr. Juan Francisco de Salles, señor de Tous, que compuso en verso *los sentimientos de honor, ó las máximas del sabio*. Aquel....

—¿No es de vuestra sociedad Moliere? preguntó á media voz Lepetit, que no hubiera estado muy satisfecho con una respuesta afirmativa.

—No: ni estos señores querrian admitirlo á pesar de su habilidad en la comedia, porque se ha burlado de nosotros en su *Festin de piedra*.

—Moliere es un cómico inimitable, dijo el poeta, no comprendiendo la razon que podía hacer desechar al autor del *Festin de piedra*. ¿Y Corneille?

—Tenemos entre nosotros varios académicos, respondió Desbarreaux, que trataba de asegurar la talía personal de sus convidados. Mr. de Mazerai á quien os he hecho conocer, y el célebre Mr. Bautru.... ¡Desgracia! no es ya nuestro sócio, porque

ha ido el año pasado á saber lo que pasa en...

—¿Viaja? dijo càndidamente Lepetit, engañado con el lenguaje filosofico de Desbarreaux: ¿regresará pronto, no es así?

—Nunca, caballero, porque ha muerto y está enterrado, respondió Desbarreaux con gravedad, imaginándose que querian sondear su opinion sobre la muerte.

—Lo siento, porque era uno de los mas bellos talentos del mundo, y Mr. de Monconys me ha referido muchas veces sus gracias.

—Quien sabe si las hará aun donde está, dijo Desbarreaux que continuó enumerando el nombre y cualidades de sus amigos. Ese que está ahí es el señor de Touches que ha traducido del italiano muchas cosas preciosas: mas allá está el mas amable discípulo de Epicuro, la Chapelle.

—¿Y en nuestro maestro y padre de todos, quien no reconocerá al ilustre ó incomparable Jacobo Desbarreaux? exclamó con voz acatarrada el Epicuro Claudio de Huillier, por sobre nombre la Chapelle, que Lepetit reconoció ser el que lo llamó por la ventana.

— ¡Desbarreaux! replicò Lepetit alargando la mano á la Chapelle, que le puso en ella una botella, creyendo no podía ofrecerle cosa mejor. Vuestro nombre está muy venerado en Poitiers donde yo me he criado. Siempre se acordarán de voz y de los escelentes sonetos que dejasteis allí á vuestro paso....

—Hace de eso veinte años, dijo Desbarreaux, enjugando una lágrima sobre su mejilla: entonces daba vuelta á Francia con un amigo que he perdido, Picot....

—Maestro, no es acertado llorar por lo que ha dejado de ecsistir, dijo placenteramente la Chapelle, y que es como si nunca hubiera sido. Picot murió, tanto peor para él que no gustará jamás del sabor del vino: ¿y cuantos otros han muerto tambien, á quienes amabamos y eran nuestros hermanos en filosofía? Nicolás Faret, Francisco Maynard, Claudio de Estoile, d' Esternot y nuestro gefe, nuestro profeta el gran Theophilo.

—Es verdad, un filosofo no debe derramar lágrimas como un niño, contestó Desbarreaux fortaleciendo su corazon. ¡Pi-

cot, mi querido Picot! todos nos reuniremos á tí en la nada. ¿Y bien caballero no nos mostrareis vuestros versos? dijo á Lepetit.

—Silencio! escuchemos! versos! se oyó por toda la sala. Silencio reiremos despues! son versos de Poitiers. Escuchad, escuchad, ó hecharse á dormir.

—Señores no me haré el desdeñoso, dijo Claudio Lepetit, que se lisonjeaba en su amor propio de poeta, de tener esta ocasion de manifestar sus versos y someterlos al juicio de oyentes competentes, sino imparciales y benévolos.

—Soy de opinion que los acompañe con su instrumento, dijo un burlon que se ocultó con su vecino, porque la música al menos encubrirá las palabras.

—Desde mi llegada á Paris, prosiguió el poeta, que hizo como sino huviese oido el epigrama, para no verse obligado á responder, he principiado un poema en que hago la crítica de los principales sitios de esta gran ciudad, quizá para vengarme del daño que me ha hecho, ocultándome una persona... pero no importa: no me arre-

piento, la sátira está hecha y pido perdón á las gentes de Paris. De este modo me dirijo á la Samaritana del Puente nuevo.

Saludemos la Samaritana
su fantasma no es nada imponente,
é inclinada á través de esa fuente,
se la vè por sus ondas vagar.

Cristalinas bulléndo se ajitan,
bien pudiera el Creador de este mundo
el raudal de esas aguas fecundo,
en el nectar de Baco trocar.

—¡Admirable! ¡prodijiosa! ¡hechicera!
¡milagrosa! exclamaron en coro todos los
poetas, á quienes la envidia agusaba la
sonrisa, é inflamaba sus ojos.

Desbarreaux, con franqueza dió la mano al poeta y le dijo. No hay cosa mas picante en el *gabinete satirico*.

—¡Que desgracia que no se halle presente Saint-Pavin! ¿donde diantres estará? dijo uno.

—Me animais señores, á que os comunique estas frioleras dijo Lepetit, á quien los aplausos y elogios, dieron humor para mostrarse poeta. He aquí una que espero

será de vuestro agrado por el rasgo atrevido que la termina: me ha ocurrido hayer paseándome pesaroso por el calvario del Cementerio de los santos Inocentes.

—Caballero, le dijo la Chapelle asiendolo por la manga, no habéis muy mal de esos pobres muertos; no pueden contestaros.

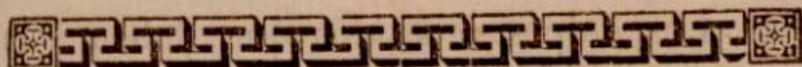
—Os prevengo que no son versos festivos, respondió Lepetit, quien los recitó con voz sombría, y con un pensamiento algo mas lúgubre, que el que tuvo al componerlos.

Al atravesar por este
fatídico cementerio,
por los que yacen en èl
nuestra plegaria elevemos;
y al ver tan yertas cenizas
contemplemos un momento,
que es la vida un leve soplo
flor que se agosta bien presto.
Aquí hacinados se encuentran
los libertinos sin seso,
los ilustres campeones,
los de fecundo talento
y los necios consumados:
y aun también están aquellos
grandes hombres, que adquirieran
inmensos lauros del cielo,

cual los Alejandro, Cesares,
 Scpiones y Pompeyos,
 que retaron à la muerte
 y á su golpe sucumbieron:
 oscura es la eternidad,
 es insondable misterio;
 pues en verdad al morir,
 donde se va no sabemos.

Estos hermosos versos impregnados de un esepitismo amargo, y de una melancolía profunda, recitados con el aire y el tono propio del objeto, se conformaban muy bien con los sentimientos de la reunion para no conmoverta. Huvo un intèrvalo de silencio entre la pieza y los aplausos que estallaron con entusiasmo repetidas veces. Desbarreaux á quien esta alocucion al Cementerio de los santos Inocentes había renovado la memoria de su amigo Picot, abrazó á Claudio Lepetit derramando lágrimas.

Esta ovacion poética se turbó de repente, por el ruido del aldabon de la puerta cochera. Llamaban fuerte y sin interrupcion.



IX.

LA SOMBRA DE THEOPHILO.

—¿**Q**UIEN llama á estas horas y de este modo? preguntó Desbarreaux, interrogándose á si mismo y mirando á sus compañeros asorados.

—Quizá sea un difunto de los santos Inocentes, que habrá oído que hablan de él, dijo la Chapelle, y vendrá á saber lo que quieren.

—Pues bien, señores, es nuestro hermano Saint-Pavin! exclamó uno de los bebedores, disponiéndose á seguir bebiendo. ¿Pero que voz tan lamentable trae esta noche?

Los golpes repetidos que daban á la puerta, estaban efectivamente acompañados de una especie de quejido inarticulado, que oscurecía los golpes del aldabon. Sin embargo se oía por intervalos: *¡en nombre de Dios!* *¡en nombre del cielo!* que la voz repetía con gemidos y algunas veces con voces suplicatorias. Desbarreaux mandó abrir la ventana y escuchar; entonces la voz era mas clara y todos reconocieron ser la de Saint-Pavin, aunque debilitada, cascada y llena de un asombro indefinible.

—Señores, amigos míos, decía llamando mas fuerte, sin dar oído á lo que le decian, abrid en nombre de Dios y de todos los santos.

—Ciertamente es Saint-Pavin en persona, exclamó riéndose Desbarreaux, però á no dudarlo viene borracho, cuando para que le habran invoca el nombre de Dios y de los santos.

—Hablará del Dios del vino, dijo la Chapelle con su buen humor acostumbrado: dentro de poco invocará al Dios de amor y aun á los Dioses del Olimpo.

—Quizá se habrá prendido fuego en

alguna parte, dijo Lepetit, que se lanzó con inquietud á la ventana y miró la casa de Harpedaille.

Uno de la reunion había ido á introducir al convidado tardío, que subió la escalera dando profundos suspiros, y continuando sus súplicas por Dios y por los santos. Desbarreaux frunció las cejas, sus hijos la mayor parte ebrios, rompieron en risotadas y se preguntaban donde habria encontrado Saint-Pavin á Dios en el camino. Claudio Lepetit que conocía las poesias poco solidas de Saint-Pavin se alegraba de ver à su autor: se presentó á la entrada de la sala, y se paró levantando los ojos y los brazos al cielo. Era un hombre pequeño y grueso, con el aspecto mas desagradable y ridículo: cabeza disforme embutida en las espaldas, vientre protuberante, un espinazo acompañado de cierto conjunto de huesos y carne, formando punta á modo de campanario segun su expresion burlesca, su cuerpo diminuto sobre piernas desmesuradamente largas, brazos que podían alcanzar á las rodillas sin bajarse, todo esto formaba un conjunto, que huviera podido equivocarse con un molino de

viento. Su cara no correspondía á esta figura grotesca; era apasible delicada y aun graciosa; en sus ojos se veían destellos de ingenio, que hacían olvidar su larga nariz y su ancha boca de zapo.

Dionisio Sanguin de Saint-Pavin, tenía 60 años, hijo de un Presidente de la sala de pesquisas, emparentado con el canciller Seguir, tenía por su casa un patrimonio que le permitía ser poeta, sin estar á sueldo de ningun gran señor. Consiguió la abadía de Livry que conservó hasta su muerte, aunque nunca se presentó en ella sino como en una casa de campo, donde recibía á sus amigos, á quienes trataba mas bien como Epicuro, que como Abad. El principe de Condé, á quien gustaba la conversacion instructiva y amena de Sant-Pavin, solía pasar un par de dias en su compañía despues de sus campañas. El huesped de Condé, habría sido buscado por todos los bellos espíritus de la córte y de los estrados, si hubiera querido responder á las proposiciones que se le hacían de todas partes, pero prefería vivir solitariamente con sus libros, y en el comercio íntimo de un pequeño

número de amigos. Pasaba en Paris los meses de invierno , en una habitacion que ocupaba solo desde la muerte de su maestro como él llamaba á Theophilo Viaud: esta habitacion situada en el ángulo del melecón de los plateros y frente al caballo de bronce , le proporcionaba una vista magnífica que se extendía del lado de Saint-Cloud al de S. German , recordándole el campo donde tan bien gozaba de los encantos poéticos.

Sin embargo de ser Abad, profesaba como Theophilo el atheismo y epicurismo, pero como no publicaba sus peligrosas opiniones en sus escritos , ó al menos no publicaba sino piezas inofensivas diseminadas en la reunion de poesias, no pudo ser presa de las quisquillas judiciales , como lo fué Theophilo , que hubo de ser quemado vivo, por una sentencia del tribunal criminal del parlamento. No se atrevieron á molestarlo con una causa , porque tenía muchos apasionados poderosos, tambien se hallaba á la cabeza de un partido filosofico y de escritores , que hubieran formado causa con él. Su carácter bueno, servicial y dulce;

aunque débil y vacilante no le atraía enemigos, y esta debilidad de voluntad sin duda era una singular desconfianza de sí mismo, que le obligaba y vivir dominado. Muerto Theophilo le dominaba su memoria; pero era fácil de conocer à los que le trataban particularmente y con corazón franco, que á la memoria de su amigo sucedía el influjo de su hermano el abate Sanguin, y el de Claudio Joly Cura de la parroquia de san Nicolàs. Saint-Pavin, que mas que todo quería el reposo y su libertad, tarde ó temprano, debía abandonar unas ideas, que se veía forzado á sostener en una continua lucha del corazón. Desbarreaux trabajaba en vano en sostenerlo en las ideas de atheismo, que los dolores de la gota batían en brecha.

Este pequeño molino de viento, como el mismo se llamaba, aplicando quizá la comparacion á lo moral y lo físico á la vez, sin duda hubo de tener alguna fuerte agitación, cuando aparecía con señales de una emocion á un tiempo dolorosa y espantosa, pálido, las facciones alteradas, los ojos hoscos, los cabellos desordenados y casi

herizados sobre su frente, el cuello y la cabeza desnuda, el vestido apenas abotonado en una palabra, con la presencia y aspecto de un hombre que acaba de librarse de un gran peligro y teme aun recaer en él. Traía bajo su brazo una cartera de marroquí negro, que puso sobre sus rodillas al sentarse en un sillón, cubriendo con las manos su cara, y azorado y sollozando. Todos los concurrentes se consternaron de tanto espanto y dolor, antes de saber lo que lo causaba.

—Señores y amigos míos, dijo Saint-Pavin con acento lastimoso y afligido: arrepentios, arrepentios, arrepentios.

—¿Que es esto, mi pobre Saint-Pavin? le preguntó con compasión Desbarreaux, que se había acercado á él y trataba de soltarle las manos, que tenía cruzadas.

—No me toques de ese modo, me quemas! gritaba Saint-Pavin, luchando para librarse del contacto de su amigo.

—¿Que te ha sucedido, mi querido Pavin? le preguntó Desbarreaux admirado de lo que veía y oía: ¿te han sorprendido algunos ladrones? ¿has cometido algun ase-

sinato? ¿estas herido? ¿se ha quemado ó destruido tu abadía de Livry?

— ¡El fuego, el fuego eterno! repitió estremeciéndose Saint-Pavin, que tenía su cabeza trastornada; Lo veo, lo vuelvo á ver! exclamó con un movimiento de horror, juntando las manos y dirijiendo su vista á un objeto que solo era visible para él.

— Está loco, principiaron á decir los que lo rodeaban: debe ser un acceso de calentura ardiente; se habrá escapado de las uñas de la medicina.

— Saint-Pavin, le dijo la Chapelle, presentándole un vaso lleno, bebe este brebaje baquico y anacreontico y te alibiarás.

— Puede ser dijo otro que se haya entretenido en leer la imitacion de Jesucristo, puesta en verso por Pedro Corneille, y esto lo habrá ecsaltado.

— La imitacion, añadió otro, tiene cosas, que llaman la atencion de un filósofo racional y nada se pierde en leerla, aunque sea en versos, tragi-cómicos.

— No señores, lo que ha leído es el Saul cristiano, dijo un tercero, ó pienso mas bien que serán las poesias cristianas

de Mr. Godeau , obispo de Grassé.

—Acaben ustedes con sus impertinencias , dijo Desbarreaux , que había conseguido calmar un poco á su amigo. Ahora sabremos lo que ha sido.

—¡Ah, mi pobre Desbarreaux! exclamó Saint-Pavin, arrojándose al cuello y abrazando á su amigo. ¡Condenado, condenado!

—¿De quien hablas, à quien te dirijes? le preguntó Desbarreaux , à quien impacientaba esta escena. ¿Vienes de oír el sermón del padre Chevassut? ¿Que tonteras nos cuenta? estamos representando alguna comedia? Esos cuentos son buenos para que los refieras à tus frailes de Livry ; pero ¡à nosotros!

—Señores y amigos míos, repitió Saint-Pavin , con una nueva esplosion de lágrimas y lamentos , arrepentios , arrepentios, ¡en nombre del Cielo!

—Todavía lo mismo, dijo Desbarreaux, enfadado y ofendido. No valía la pena de venir tan tarde , para turbar de este modo nuestra reunion.

—Veamos Saint-Pavin le dijo la Chappelle, que queria llevarlo á la mesa , sien-

tate y bebamos. No te arrepentiras de haber bebido este rico vino.

—Si Saint-Pavin no quiere hablar, dijo uno de los asociados, lo condenaremos al tormento ordinario, es decir à que beba seis vasos de agua pura.

—Me parece que conosco el enigma, dijo Lalanne, à los que le rodeaban. Recuerden ustedes, que en nuestra última reunion estuvimos conformes en creer que los animales son de la misma especie, del hombre y que no tienen, ni mas ni menos alma que él. Saint-Pavin, único que no convino en ello, nos convida à arrepentirnos de nuestra opinion, trayéndonos alguna gran prueba en contrario, con perjuicio de los señores animales.

—Chanceandose dijo otro. Los teólogos creen que los animales no tienen alma, porque en ningun casuista ni santo padre se lee, que un gato se haya condenado por comerse un raton, un mono por morder à su amo, un cuervo por....

—Si no estás malo, le decía Desbarreaux, si no has perdido tu fortuna, ó algun pariente, ¿que tienes?

—¡He visto, contestó Sain-Pavin, mirando con estupor à su al rededor, he visto.... he visto.... la sombra de Theophilo.

—¡La sombra de Theophilo! exclamaron los concurrentes à esta estraña accion, riéndose unos, encojiendo otros los hombros y todos incrédulos.

—La sombra de Theophilo, replicò Desbarreaux, con el acento magestuoso de un gran sacerdote, està aquí en medio de nosotros.

—¿Tu tambien la estàs viendo? le preguntó Saint-Pavin, cuya zozobra empezó de nuevo aunque no veía, la sombra que su amigo decía ver.

—Siempre està, donde nosotros nos hallamos, continuó Desbarreaux en el mismo tono; su espíritu nos inspira y nos dirige, sus escritos y palabras se hallan grabados en nuestra memoria, y nosotros ejecutaremos el hermoso plan que había formado para....

—Callate Desbarreaux, y no blasfemes, le dijo interrumpiéndolo Saint-Pavin é impidiéndole concluir su frase. No soy yo, es

Theophilo el que nos convida al arrepentimiento. ¡Arrepentamonos todos!

—Ahora te toca callar , le dijo brusca-
mente Desbarreaux, si has venido tan tarde
para chacharear de este modo , podias ha-
berte quedado en tu casa , ó mejor en la
del abate tu hermano. Abre amigo mio
los ojos à la luz de la sabiduría , piensa,
obra y habla , como corresponde hacerlo á
Saint-Pavin.

—Saint-Pavin abjura su vida pasada,
esclamó con el entusiasmo de un neofito
del tiempo de la persecucion ; Saint-Pavin
se arrepiente . Saint-Pavin se convierte y
Saint-Pavin reconoce la ecsistencia de un
Dios , de un Dios bueno y justo , pero ter-
rible , y se arrodilla y lo adora.

—¿Sueñas ó estás loco? le dijo Des-
barreaux suspendiéndolo , en el momento
que doblaba la rodilla.

—Está loco ¡pobre Saint-Pavin , está
loco! se dijeron unos à otros los convida-
dos , volviéndole las espaldas y sentándose
en la mesa. Bebamos por su restableci-
miento.

—Te ruego encarecidamente mi anti-

guo amigo, le dijo Desbarreaux apretando las manos de Saint-Pavin, que se tranquilizaba gradualmente, que nos instruyas de lo que ha pasado.

—Para eso he venido, repuso Saint-Pavin con voz sorda y alterada. Oid como se me apareció la sombra de Theophilo.

Estas palabras dichas con un tono de seguridad y con conocida buena fé, impusieron silencio al auditorio, que prestò oidos al narrador. Claudio Lepetit aunque fuertemente impresionado por este episodio de la cena misteriosa, no solo no lo entendía, sino que dirigiéndosus ojos y pensamiento, hacia una ventana del primer piso de la casa de Harpedzille, en la que acababa de ver luz como si huviesen abierto el postigo, y sobre cuyos vidrios parecía la sombra de un hombre ó una muger, no pensaba en otra cosa, y no se atrevió à interrumpir la relacion de Saint-Pavin, aproximandose à una ventana de la sala, que olvidaron cerrar; mas siendole insoportable esta sujecion, ansiaba porque se presentase un pretexto para despedirse de esta reunion de poetas, borrachos y locos.

—Bien sabeis señores y amigos míos, dijo Saint-Pavin, la admiracion y respeto que profesaba à nuestro gran Theophilo, que me parecerá desde ahora bien pequeño y desdichado en presencia del Dios formidable, que con ustedes he negado y desconocido, y que reconosco prosternàndome ante él...

—Dejemos à un lado esas capuchinadas, ó te quito la partida, le dijo Desbarreaux con indignacion casi fanática.

—Mi hermano estaba en mi casa al penerse el sol, continuó Saint-Pavin, y desde la ventana de mi gabinete que tiene vista al Sena, asistiamos juntos á ese espléndido espectàculo del fin del dia, cuando rojo é inflamado el sol como un horno, parece sumerjirse en el horizonte y desaparece para dar luz en otro hemisferio. Admiraba en silencio las tintas de las nubes que podrian creerse abrazadas, y consideraba con cierta turbacion los reflejos de fuego, que el occidente repartía á toda la naturaleza....

—He aquí à nuestro poeta bucolico elevàndose en descripciones poéticas, dijo entre dientes Mezerai, que era demasiado his-

toriador , para gustar de la poesia. Vamos al caso , al caso.

—Sentí que mis párpados se humedecian y que mi corazon se enternecía. Ah! exclamé , ¡que hermoso es esto!

—Si la obra es buena , me replicó mi hermano, ¿no será preciso alabar al obrero?

—¡El obrero! le dije , sí , la casualidad es un Dios escelente y poderoso.

—¡La casualidad! ¿No ves pobre ciego, por todas partes marcado el dedo de Dios único , inmutable y eterno , que adoramos nosotros los cristianos?

— Pues bien si ese Dios ecsiste, que se presente y creeré en él.

—Se presentará algun dia, quizá muy pronto, me contestó en tono profético, y le pido sin cesar, mi querido hermano, que no se muestre por la sentencia de Baltazar, escrita con letras de fuego , en las paredes de la sala del banquete. Estas palabras à pesar mio , me hicieron impresion querido Desbarreaux , porque recordé que esta noche nos reuniamos à cenar en vuestra casa. Mi hermano se fué , y á mi me atacó un sueño invencible , al que me abandoné en

mi sillón. Ignoro el tiempo que dormí, pero cuando me desperté estaba la noche muy entrada y me hallé en tinieblas con un horror, que nunca había experimentado. Me levanté para venir donde me aguardaban, y antes de haberme pergeñado para salir, saqué de una gaveta la reunión de mis poesías filosóficas que había ofrecido traerlos.... Apenas las tomé, oí en la escalera una voz lastimera que nada tenía de humano y que no ostante parecía la de Theophilo, que me llama por mi nombre. No me cuidé de ver lo que era, pero la voz siempre mas cercana repetía:

«Saint-Pavin, estás condenado!»

—De ningún modo puede pintarse el sonido de esta voz, que salía como de las entrañas de la tierra.

—Estabas soñando amigo, le dijo Desbarreaux, con una especie de desden y de despecho que no podía disimular. Habrás á menudo sueño yo con mi amigo Picot, y tu imaginacion te ha presentado una vana fantasma, que es preciso desechar.

—No, yo no soñaba, contestó Saint-

Pavin con enerjía , estaba temblando , espantado al punto de caer desmayado , pero conservaba todo mi sentido , y os juro que mis oídos no se equivocaron: *Saint-Pavin, estoi condenado, condenado, condenado para una eternidad!* Aun me parece que lo oigo! No fué solo oír la voz ; los escalones crujían al paso del que subía y la voz se acercaba con los pasos. La puerta que estaba cerrada se abrió por si misma y ví.... ¡Ah! señores ví.... á Theophilo tal cual estaba el día que murió, hace cuarenta años día por día , hora por hora; lo reconocí muy bien , y el me conoció y se sonrió, pero de un modo tan triste , que se conocía padecía mucho , para poder tener un movimiento de gozo. Me arrojé á tierra y pedí perdón sin atreverme à mirarlo , al mismo tiempo que venía hacia mí y sus pasos resonaban en el suelo más y más cerca ; iba á tocarme y me ví rodeado de llamas que me quemaban hasta la médula de los huesos , sin ofender mis vestidos. «*Theophilo, le dije , me abrazo me quemo ; librame!*

—Ahora yá sabes lo que sufro, me dijo, arrepientete.

—Querido Saint-Pavin, estás mucho mas malo de lo que yo temía, le dijo Desbarreaux, con incredulidad: necesitas un médico: que llamen un médico.

—¡Un médico! exclamó ecsaltado Saint-Pavin. El verdadero médico, es el médico de las almas corrompidas ó asesinas; es el Dios de la verdad, el Dios del Evangelio....

—Desgraciado, le dijo interrumpiendolo Desbarreaux, blasfemas contra la razon. Saint-Pavin, en nombre de Theophilo, te pido que vuelvas en tí.

—En nombre de Theophilo señores y amigos mios, replicó Saint-Pavin, cuya ecsaltacion crecía por efecto de la contradicion, arrepentios, retractaos

—Saint-Pavin, no soy yá tu amigo, desde hoy te desprecio y aborresco. Puedes ser tan débil y pusilanime cuanto se te antoje, pero deja que nosotros continuemos siendo espíritus fuertes.

—Veámos la conclusion de esta novela, dijo la Chapelle que era uno de los menos conmovidos del auditorio.—¿Te ha dicho Theophilo, si había viñas en el infierno, y si el vino que allí se bebe es tan bueno co-

mo el que nos ha dado Desbarreaux.—¡A la salud de la sombra de Theophilo!

—¡Impíos, desgraciados de vosotros! exclamò Saint-Pavin, con toda la enerjía de un profeta irritado. Dentro de poco no tendreis tiempo para arrepetiros, y la diestra del Señor, pesará sobre vosotros. Impíos arrepentios; el cielo os lo avisa, y el mismo Theophilo os lo dice por mi boca, arrepentios, arrepentios, arrepentios atheistas.

—Cerrad esa ventana, dijo Desbarreaux á uno de los concurrentes, descontento de la pusilanimidad que advertía en sus convidados sobrecogidos. Si se oyesen desde la calle, las extravagancias de Saint-Pavin, perdería mi honor y me señalarian con el dedo como un santurron.

—Quiero saber no ostante, que se ha hecho la sombra de Theophilo despues de este sainete, dijo la Chapelle.

—Se abismó en las entrañas de la tierra, como la estatua en el festin del codvidado de piedra? dijo uno de la concurrencia.

—No, repuso Saint-Pavin, estaba siempre delante de mi, ecsalando un fuego que consumía mis carnes. Me armé de resolu-

ción desesperada, di un salto atrás cerrando los ojos para no ver esa figura que me dañaba; en seguida corrí á la puerta, bajé los escalones de la escalera de dos en dos, á riesgo de romperme las piernas y salí á la calle, pero la sombra corría y saltaba tan vivo como yo, teniéndola siempre á tres pasos de distancia y repitiendo lugubramente ¡Saint-Pavin arrepiéntete, arrepiéntete para que no te condenes!

—Al ver Desbarreaux el terror que había producido en sus compañeros este relato, dijo: señores los católicos comparados con nosotros son grandes filósofos.

—Volvíme una vez, continuó Saint-Pavin para suplicarle anegado en lágrimas, que me dejase en paz, mas no tuve el valor necesario para decirselo y el aspecto de su rostro pálido me quitó el habla. Seguí el pretil de los plateros, siempre seguido del espectro y oyendo sus lamentos; llegué á las inmediaciones de la Iglesia de Ntra. Sra. y si hubiese estado abierta, habría entrado para abjurar mis errores, proclamando el santo nombre de Dios. Desde que estaba como protegido por la Catedral me dejó la

fantasma , pero volvió á parecer , luego que huve pisado el puente rojo , dándome caza con tanto mas empeño quanto mas me aprosimaba á esta casa. Creí no solo que me consumiria con el contacto de su ardor interior, sino que me arrastraria consigo á la condenacion eterna.... Me sofocaba y no pude encomendarme á Dios. Cuando llamé á la puerta de esta casa. ¡Ah! en el momento estendió sus brazos para cojerme , y hice la señal de la cruz encomendando mi alma á Dios....

—Señores , dijo Desbarreaux , conjuro á ustedes á que olviden los sueños de este pobre Saint-Pavin: el mismo se avergonzará cuando recobre su buen sentido.

—Señores y amigos míos, repuso Saint-Pavin , dandose golpes en el pecho: perdonenme ustedes el escándalo que les he dado , y haberles aconsejado mal. Ahora os presento mi ejemplo para que lo imiten. Arrepentios retractaos.... Oid.

Llamaban con intervalos á la puerta cochera , con una especie de reserva y de misterio , y como los convidados no esperaban ya ninguno de los suyos , se reunie-

ron unos con otros y no se movieron, convidándose solo con miradas mutuas para bajar á abrir la puerta. Claudio Lepetit menos turbado que sus compañeros, probablemente porque no le punzaba la conciencia, tomó una luz, pero Desbarreaux era demasiado atento para permitir, que se incomodara, y bajó por sí mismo á ver quien llamaba.

—Será la sombra de Theophilo gritaba Saint-Pavin tapándose la cara, oigamos lo que nos dice señores; arrepentios, arrepentios, retractaos.

La concurrencia en silencio esperaba con ansiedad. Desbarreaux había abierto la puerta, y se notó un coloquio en voz baja entre él y la persona que iba á introducir. Esta persona que no tenía la voz de un alma en pena, siguió al fin á su introductor hasta la sala del convite. La mayor parte creian ver entrar alguna sombra ó fantasma del otro mundo, mas vieron la cabeza ciceroniana de Mr. Guy-Patin que entraba. Los mas miedosos no pudieron contener una carcajada de risa, que el irascible médico acojió frunciendo sus cejas olimpicas.

— ¡Que diantres! ¿os reís caballeros? dijo con tono burlon; pues no está el tiempo para risas. Dentro de un cuarto de hora, estareis en la cárcel real.

Todos los que no se habian levantado para recibir á Guy-Patin dejaron sus asientos y se disponían para salir en tumulto.

—Apaguense las luces dijo Desbarreaux, y creerán que se acabó la reunion, y demos las gracias á Mr. Guy-Patin por haberse incomodado en venir á avisarnos personalmente.

—Sin pretender aleccionaros, señores, dijo el Dr. Guy-Patin, os diré que no he querido pertenecer á vuestra academia, porque confieso que amo la libertad en la opinion y en la filosofía, mas que en toda otra cosa: mas tambien creo que no será vuestra persecucion por ese amor á la libertad. Estaba esta noche en casa de Mr. el Canciller, cuando le avisaron que vuestra academia se hallaba reunida en casa de Desbarreaux y que podía sorprenderse en una sola red con tal que diese la órden, ó al menos su licencia, lo que no quiso hacer sin consultar á muchas personas reco-

mendables que hizo llamar. Sé por buen conducto que este concejo mandará arres-taros, para que os juzguen criminalmente, por cuya razon me he presentado á avisaros, para que el nido esté vacío, cuando el pa-jarero venga à buscar los pájaros.

—A dios mis amigos, dijo Desbarreaux apretando las manos que encontraba en la oscuridad. Es evidente que se desidan á perseguirnos; esta es una tormenta que pa-rará, y el cielo volverà á serenarse. Hasta entonces paciencia, prudencia y silencio.

—Maestro, no nos dejeis dormir vues-tro vino de hoy mucho tiempo, dijo la Chapelle. ¿Cuándo será vuestra prócsima cena?

—Yá no soy atheista, exclamó Saint-Pavin tirando su cartera sobre la mesa, y olvidando sin duda lo que contenía. He abjurado las doctrinas de Theophilo, y no quiero condenarme como él: desde hoy soy penitente en el gremio de la iglesia catòlica.

—¿Quién es este apostata? preguntó riendo Mr. Guy-Patin. Este mismo len-guaje tenía prócsimo á morir, ese diablo vestido de encarnado de Mazarino.

—Es el pobre Saint-Pavin que está de-
mente, le respondió Desbarreaux. Os su-
plico amigo que lo canduscáis á su casa y
que lo asistais durante su locura.

—Ayudenme ustedes señores á ponerlo
en mi silla de manos que he dejado á cua-
tro pasos de aquí. ¡Es posible que Saint-
Pavin crea en Dios! Si tal es à no dudarlo
se acerca el fin del mundo y no estoi lejos
que suceda creer yo, en el antimonio y en
la quinquina.

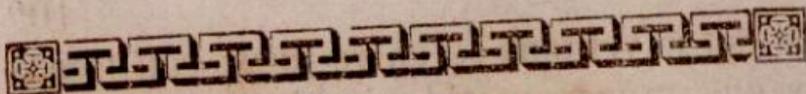
Cuatro poetas menos ebrios que los
demás, cojieron en sus brazos à Saint-Pavin,
que empezaba à gritar de nuevo, *arrepentios*,
imitando la voz de la sombra de Theo-
philo, y lo transportaron á la silla del mé-
dico que lo acompañó á pié hasta su casa.
Los convidados se separaron sin bulla, des-
pues de haber recojido à tientas sus som-
breros y capas que mudaron unos al ca-
prichos de la casualidad y se dispersaron
por aquí y por allí, para volver á sus ca-
sas, alegrándose de no estar mejor vestidos y
de no tener un sueldo en sus bolsillos, por-
que era tarde y los ladrones ocupaban sus
puestos.

Al ver Claudio Lepetit al Dr. Guy-Patin se volvió de espaldas, para que no lo viese reunido à una sociedad de la que ignoraba su verdadera institucion, y como las luces estaban apagadas se guardó de hablar para no ser conocido por la voz, aunque Desbarreaux preguntase varias veces, que se había hecho de su convidado. Buscó silenciosamente su laud, su capa y sombrero; el primero lo halló facilmente, pero la capa y sombrero que tomó por suyos, no lo eran, y conoció muy luego al hallarse en la calle y que Desbarreaux hubo cerrado la puerta con llave y cerrojo, el cambio que había hecho con una capa viejísima y apesando á tabaco y un fieltro, que al ponerlo en su cabeza sintió un peso como si fuese un casquete de plomo.

A pesar de esta desagradable metamorfosis de su tocador, se paró delante de una ventana de la casa de Harpedaille donde había luz y en la que le pareció ver la sombra de una persona en pié, inmovil y medio cubierta con las cortinas; su imaginacion daba forma y color á esta vision vaga é indesisa y creyó conocer en ella á Angélica.

Al fin la ventana se entre-abrió con tiento y una muger vestida de blanco como una fantasma se asomó por ella. Yá no dudaba Claudio Lepetit que sería la señorita de Neuville, y estendiendo los brazos hacia ella iba à hablarla, cuando unos gritos repetidos, capaces de despertar todo aquel cuartel, se oyeron del piso alto é hicieron correr al jóven, y cuando llamaba con fuerza á la puerta de la posada de la Muger sin cabeza, oía aun las voces de ¡al ladron, al ladron, ladrones!





X.

EL PRESTE JUAN.

AQUELLA tarde debía firmarse el contrato matrimonial de Angélica, en la casa de Harpedaille. El procurador general y el presidente habían convidado à sus familias y amigos para este acto que no podía ser muy divertido, atendida la edad y categoría de la mayor parte de los concurrentes. El único pasatiempo que los convidados podían esperar en casa del anciano presidente de Neuville, se limitaba al juego del Ajedrez y al de la Sombra que estaba entonces en boga, ó à conversaciones parlamentarias. Esta casa era de fisonomía muy seria

y muy monotoná en tiempos ordinarios, para que huviesen hecho venir el gracioso mono arlequin, ó al famoso titiritero Brioché, que tenían entrada en los salones y estrados à la moda. Respecto al refresco, no prometía ser muy escojido ni abundante, porque el encargo de estos detalles interiores estaba entregado á la inesperiencia y avaricia del ama de llaves Lemasle. Angélica cuyo espíritu se elevaba en estasis hacia los espacios infinitos de la ilusion y que disfrutaba lo menos posible de la vida real, nose hubiera dignado ocupar de semejantes miserias; á mas que en las circunstancias en que se hallaba, mas bien que agasajar à los convidados, habria empleado con gusto, toda su inteligencia en crear enfados y sinsabores á las personas que se reunian para festejar su desgracia. En todo el dia no había salido de su cuarto, donde estaba llorando, recordando y esperando.

En la biblioteca, iluminada con una araña y candeleros de cristal, quiso el presidente reunir la sociedad, porque le parecía que la firma de un contrato semejante, era cosa bastante seria y debía estar

rodeada de una especie de solemnidad austera; por esto quiso, que se creyesen transportados al estudio de un notario, entre legajos de papeles y cartones, ya que el notario iba á desempeñar su cargo, en una reunion mundana. Hizo solo levantar el esterado de esparto, que segun antigua costumbre de la magistratura, cubría el piso de la sala, y poner en su lugar un tapiz de lana que servia en las grandes ocasiones: el sillón de trabajo, el bufete y los papeles judiciales, fueron colocados en otro sitio: pero nada se añadió al adorno de esta elevada y estensa sala, cuyas paredes estaban cubiertas con estantes de libros y cuyo techo pintado, representaba un suceso mitológico. En los intermedios de las ventanas habian colocado mesas de juego de naipes permitidos en el mundo parlamentario, la Oca, la Sombra el Cuatrillo &c. y en medio de la sala una pequeña mesa con tapiz de sarga verde, para el notario.

Sin embargo de no ser mas de las siete, se hallaban ya reunidos la mayor parte de los convidados. Esta concurrencia se componía de los presidentes y presidentas, con-

cejeros y concejeras, procuradores y abogados con sus mugeres, sin verse mas que vestidos negros en los hombres, y tocadores muy cargados de adornos en las mugeres, porque solo en la córte se hallaba buen gusto, sencillez y elegancia. Las señoras llevaban modas que hacia quince años no se usaban, ó que debian usarse quince años despues; por lo demàs mucho cabello rizado muchos rizos la mayor parte postizos, mucho adorno de oro y de plata pesados y magníficos, mucha perla y encajes, muchas telas de seda, mucha cinta, en fin todo lo que podía proporcionar un tocador y vestido rico y hermoso, pero á todo esto, había precedido el genio del mal gusto en el modo de colocar tan buenas cosas. El presidente y su yerno, ambos vestidos de ceremonia, hacían los honores de la noche. La futura que se decía detenida en su cuarto por los preparativos de su tocador, aun no había parecido, y Mr. de Harpedaille con ojo inquieto y sombrío miraba de continuo la puerta, por donde Angélica debía entrar; pero esta puerta permaneció cerrada, y nada anunciaba que la novia se dis-

pusiese á presentarse à tan impaciente reunion.

Felicitaban y cumplimentaban en alta voz al esposo, pero en voz baja decian. «Es monstruosamente féo, tan viejo, tan diforme, tan gazmoño, tan malo y tan falso!» Hombres y mugeres se apostaban á satirizar mas ó menos acremente á este desgraciado esposo. Apesar de la carrera rápida y brillante que Mr. Harpedaille había hecho en la magistratura, tenía pocos amigos: se le tenía por un intrigante hipócrita, protegido por el clero y gente devota, porque los tenía engañados con la apariencia de un ardiente y perspicaz zelo religioso, siendo en realidad un bribon de mala fé. Respecto à su futura esposa todos deseaban verla; los hombres para juzgar por sí las impresiones que podrian causarle el nuevo estado y las mugeres para desahogar su crítica malevola, à espensas de su persona y de su adorno. Ya empezaban á admirarse, à escándalizarse y à resentirse de la ausencia de la novia, cuando entró el notario acompañado de su pasante, ambos con ropaje negro golilla y bonete cuadrado. Los

hicieron sentar delante de la mesa donde se acabó de confrontar el contrato escrito en pergamino.

—Yerno mio, dijo el presidente que no creía posible una resistencia de parte de su hija; he aquí reunidos todos nuestros amigos, el contrato se leerà luego que llegue el reverendo padre Chevassut que ha ofrecido venir y estar presente, y no creo tarde mucho, porque ya han dado las oraciones. En consecuencia hacedme el favor de ir á dentro y sabed, que cosa impide á mi hija presentarse en la sala.

—No ignoráis señor presidente, respondió el procurador del rey, para no dar lugar à la concurrencia à sospechas poco favorables, que vuestra hija se quejaba mucho de dolor de cabeza hayer, y.... Desde luego se me ha dicho que aun estaba en manos de la costurera.

—Una niña que se casa, dijo Mr. de Neuville, en cuya boca hubiera estado mal una chanza, jamás està mejor prendida, que con su rubor y su obediencia: pero le perdono su corta tardanza, que tendrá por objeto agradar mas á su esposo.

En este instante paraba á la puerta de la casa, la gótica silla de manos de Mr. Guy-Patin. Sin embargo de hallarse la puerta iluminada, no ostante estar el vestíbulo y antecamaras llenas de sillas con sus conductores, el anciano médico había gritado á los suyos en latín, *Stá.*, con voz tan aguda, que sus criados de boticario vestidos de negro, no osaron dar un paso mas. Al momento sacó la cabeza por la portezuela y llamó á un hombre que estaba sentado sobre un poyete con un gran mono á sus piés. Este hombre, sobre el que no caían los reflejos de las luces de las ventanas ni de la puerta, que daban hasta la calle mucha claridad, segun su aspecto, parecía ser uno de esos italianos ò bohemios vagamundos, que con frecuencia se hallan en las ferias, y enseñan al son de sus instrumentos las habilidades de un animal, mono, oso, perro ó zorro, á quienes han enseñado algun ejercicio de ajilidad, ó de vueltas singulares y sorprendentes, no tenía distinguibles sus facciones cubiertas por un ancho sombrero, que debía creerse había elegido al intento, tan poco se veía su ves-

tido, envuelto como estaba en su gran capa; pero se distinguía su guitarra adornada con moños y cintas amarillas y se veía su mono vestido de marqués con tanta escrupulosidad y exactitud, que podía decirse un compendio vivo de marqués. Este mono tenía una casaca de seda de color de escarlata guarnecida de cintas y canutos bastante gruesos de plata, medias encarnadas que hacían resaltar sus delgadas piernas, zapatos que podían calzar à un niño, y una espada pendiente de un cinturón que levantaba por detrás el faldón de la casaca. Su cara era un continuo visage, pero humanizado en cierto modo por una peluca rubia que contrastaba maravillosamente con el color del animal, que no podía aclarar, ni el colorete ni la procsimidad de la corbata; tenía en su mano un sombrero con plumas y siempre estaba pronto á obedecer à su amo, á la menor señal que este le hiciese.

—Hola! señor del mono, dijo gritando Guy-Patin que tenía una predilección decidida por esta especie de animales, quizá porque encontraba en la malicia de los monos, alguna analogía con la suya.—¿Quién

de ustedes dos, amigos míos, es el instructor y amo del otro?

—Caballero, respondió titubeando el hombre à quien se dirigía la pregunta, y que no se adelantó hacia el doctor, como se lo mandaba su condicion de portador del mono. Caballero, añadió con tono camandulero, alguna vez me ha sucedido, ser yo el mono de este prodigioso animal.

—Acercate un poco, que yo vea esa bestia maligna, le contestó Guy-Patin, que bajo el disfraz que tenía Lepetit no le conoció, por llevar una pequeña peluca ahumada y una barba sucia y encrespada entre la que apenas se veía la mitad de su cara ennegrecida con carbon.

—No hay otro semejante en el universo, dijo Lepetit disfrazando la voz é imitando el acento provincial. Y bien señor. ¿Cree usted que las gentes de esta casa queran verlo? He querido entrar, pero los lacayos me lo han impedido, amenazando de darme de palos sino me retiraba.

—Voto á brios! estos lacayos son unos chanflones que no saben tratar las gentes. Estoy muy seguro que este mono di-

vertiría mucho á la sociedad de esta casa.

—¡Oh! no hay duda, y usted caballero haría muy bien en introducirnos á mi mono y á mí: uno y otro se lo agradeceríamos mucho.

—Buen hombre, yo lo deseo: ¿pero quien pagará? dijo el avaro doctor. Los bailarines deben pagar los violines, y yo no estoy en situacion de regalar á la reunion, con este pequeño espectáculo. De buena gana daría un escudo para ello, pero no, la roña de un segundo.

—No le dé à usted cuidado por esa bagatela, le replicó Lepetit, que à poco mas se hace traicion, declarando que no pensaba llevar dinero. He llegado á París con mi mono, y á nadie conocemos en esta gran ciudad: lo que nos falta es, ser conocidos para que nos aprecien en lo que valemos. ¡Ah! mi buen señor, presentenos usted á esa bella reunion y solo pido un escudo, con un papirote para mi mono

—Toma el escudo, le dijo Guy-Patin, muy contento de divertir la concurrencia con tan poco dinero y de divertirse él mismo. Has lo mejor que sepas, lo que quieras.

— Agradesco caballero, le dijo Lepetit que desde este momento auguró bien de su disfraz; y al recibir el dinero le decía; —no sentireis el haberlo gastado.

Guy-Patin, le mandó seguir la silla que llevaron al vestíbulo, y allí lo protejió contra los lacayos, que quisieron echarlo brutalmente y solo lo dejaron pasar bajo la garantía del doctor.

Este se reía ya á carcajada viendo al mono andar con la mano en la cadera y saludando con el sombrero á los que se inclinaban para mirarlo de mas cerca. Guy-Patin entró en la sala, donde ya se disponían à leer el contrato, al estrépito de las risotadas de los lacayos, precedidos del mono á quien no intimidó la vista de la concurrencia y que andaba con paso firme y casi imponente, prodigando graciosos saludos á derecha é izquierda. Detrás del médico se deslizaba Lepetit avergonzado de su disfraz, apenas atreviéndose à levantar los ojos, pero dirijiéndolos rápidamente sobre aquella concurrencia para descubrir á Angélica. Mucho se hubiera turbado al verla, pero mucho mas lo sorprendió no verla. Su ca-

beza ofuscada por la pasion concibió de un golpe cien ideas tristes y mortificantes para explicarse la ausencia de Angélica. ¿Estaba ya casada? ¿La había ya conducido su marido à la habitacion nupcial. La vista del notario lo tranquilizó y fortificó su valor. Este matrimonio de que oyó hablar riéndose con los mozos portadores de las sillas, no estaba consumado; solo se firmaba el contrato.

Una risa y alegría general fué la acogida del mono, creyendo cada uno que esta era una divertida sorpresa, que el presidente había proporcionado á sus huéspedes: mas este á quien la indignacion puso sonrojado, se mostró muy poco inclinado á tolerar esta comedia en su presencia.

—Hechen ustedes, hechen fuera, ese mal animal, exclamó disponiéndose á unir el efecto al precepto y levantando el pié para hechar al mono.

—Este es uno de mis enfermos que os presento, le dijo Guy-Patin que lo sorprendió en medio de un gesto temible. Pide el honor insigne de divertir á la sociedad y ofrece hacerla reir, si se le concede

audiencia. Apuesto à que ese digno mono, no es Mazarino.

—¡Que es esto doctor! repuso el presidente encarnado de cólera. ¿Nos traeis aquí, las farsas del Puente nuevo? No es tiempo ni momento.

—Bien á fé mía! todos los momentos y lugares, son buenos para reirse, le contestó Guy-Patin, que siempre y en todas partes hablaba con franqueza. Encontré à este buen mono à vuestra puerta, y aunque seguro que no era de los convidados, he creido tendria buena acogida de los concurrentes.

—Pero querido doctor, usted no piensa le dijo el presidente, que con ningun otro habria guardado las consideraciones, que con su médico, que no tratamos hoy de reirnos porque vamos à leer y à firmar, el contrato de matrimonio de mi hija, con Mr. Harpedaille.

—Mayor razon para reirse, mi querido presidente. Los esponsales que se celebran con júbilo y alegría son muy felices. En la antigüedad se hacía ruido con nueces, se sacudía con bojigas que tenían peso den-

trose cantaba el *Hymenio*. Escuchad el proverbio popular *Bodas alegres bajo los saues*: es decir canto, baile, festejo, amorcillos, no disgustan á los rigoristas de hoy.

—Mas al fin doctor, un mono no es decente que esté en esta solemnidad, decía el presidente, al que las risas de los concurrentes intercedían en vano en favor del mono. ¡Que dirán de nosotros buen Dios! Mi querido doctor, os suplico que hagais cesar este escándalo que ya ha durado mucho.

—Yo soy quien paga esta diversion, interrumpió Guy-Patin, con aquel aire y tono de superioridad que tomaba cara à cara con sus visitados. Sufrid que yo lo presento á los circunstantes, que ni se escandalizarán mucho, ni por eso dejarán despues de oir vuestro contrato.

—No, me es imposible tolerar esa enormidad, dijo el presidente al oido á Guy-Patin: me haceis perder el honor.

—¡El honor! repitió el médico mofándose. Sois un insensato en colocar el honor en esta especie de cosas. Acordaos que nuestro gran Luis XIII tenía monos, pájaros, bufones y moros negros, y yo pienso que

nunca se creyó deshonrado. Por el contrario ese tuno italiano, el señor Mazarino, solo tenía poetas y aduladores á su servicio ¿y ese perillan fué por eso mas honrado?

—Está bien: pero acabad prontamente con vuestro mono, dijo suspirando el presidente Neuville. Solo por vos puede esto consentirse.

A despecho de su gravedad ordinaria, se prestaron los concurrentes de muy buen grado, al intermedio cómico debido al jocoso Guy-Patin; se colocaron al rededor del mono, y las carcajadas se renovaban á cada instante mas fuertes y unanimes. Algo peor fué, cuando Claudio Lepetit consiguiendo á una señal que le hizo el doctor para que empezasen las habilidades del mono, se puso á tocar la guitarra para que el mono bailase un minuet con todos los pasos y suspenciones de este noble baile, que se le dió el nombre de *por bajo*, porque los piés no se separaban del suelo. Jamás danzarin alguno observó mejor la medida, ni arregló mas su baile al estilo de la música. Todos se pasmaban, y no hubo con-cejero por viejo que fuera, por magestuoso

y empelucado que estuviese, que pudiese sostener su seriedad y contener la risa. El presidente Neuville estaba de espaldas à esta escena divertida, manifestando su descontento con gestos de espresiva indignacion.

Al minuet sucedió la sarabanda en la que el mono dió à conocer su habilidad en el baile, ejecutando con destreza los saltos, las vueltas y figuras de este baile. Los aplausos le indemnizaron su trabajo y los confites caian en tan gran número á su alrededor, que no tenía manos para cojerlos todos, aunque se los comía con la boca llena. Claudio Lepetit no pensaba en su mono, y tocaba maquinalmente su laud, fijando la vista sobre una puerta del fondo de la sala, que se figuraba comunicaria con la habitacion de Angélica, su corazon latía con fuerza y hubiera podido conocerse su emocion á pesar de la tizne que le ocultaba su fisonomía. Por distracion, ó al menos por unas de aquellas reminiscencias, que se parecen mucho á un designio calculado con anterioridad, tocó justamente la sinfonía que Mr. Harpedaille interrumpió la noche anterior, abriendo la ventana, é interpe-

lando al músico. El presidente Neuville, no tenía memoria musical y no recordó haber oído esta sinfonía, que fué conocida por Angélica y que de repente la decidió á salir á la sala.

Entró pues con Mr. de Harpedaille, y à primera vista adivinó quien era aquel tocador de laúd, que al verla bajó inmediatamente su cabeza sobre el instrumento. Tambien Mr. de Harpedaille había conocido la música de la vispera y sospechó que el músico pudiese ser el mismo, aunque el de presente tenía la apariencia de un pobre andrajoso, cuando el otro parecía ser un caballero. Angélica supo disimular y obró como una muger yá hecha y acostumbrada al disimulo. Llamó en su auxilio todos los recuerdos de su lectura de novelas, para no comprometer al hombre que amaba, y mostrarse indiferente delante de él. Su palidez aumentada con sus vestidos blancos y rodeada como de una nube de encajes que colgaban de su peinado, se atribuyó al pudor de una jóven al frente de los preliminares de su casamiento: pero el procurador del rey, vió en esto un indicio

de complicidad ó de inteligencia con aquel rival desconocido , que era osado introducirse disfrazado en casa del padre de Angélica. No manifestó su cólera y para evitar un escándalo desagradable y embarazoso para todos , se acercó como por casualidad al tocador que estaba mudo é inmóvil , pero animándose así mismo á continuar su papel y ocultar sus mas vivas emociones. Mr. Harpedaille le tocó con los dedos y se inclinó para hablarle al oido , entretanto que la novia se hallaba rodeada y fatigada, con las miradas, caricias y felicitaciones de los convidados , que le impedían ver lo que pasaba en el extremo de la sala. Contentísimo Guy-Patin de las cualidades extraordinarias del mono danzador, lo trataba con una consideracion que no se hubiera dignado conceder á los seres humanos , dirigiéndole la palabra con tanta formalidad, como si aguardase contestacion.

—La verdad sea dicha , saldreis de aquí inmediatamente, le decía bajito el procurador del rey á Claudio Lepetit , que le costaba mucho contenerse en los limites del respeto , cara á cara con el hombre que

odiaba con toda la energía de su amor por Angélica. Salid pues, seais quien fueseis y no volvais mas.

—Caballero, le respondió el poeta con calma, pero mordiéndose los labios y apretando los puños: saldré luego que haya concluido lo que está empezado.

—¡Infeliz! le dijo Mr. Harpedaille, guardate de que te haga prender atado de piés y manos.

—Os creo muy justo para cometer semejante iniquidad, le contestó humildemente Lepetit, que se hizo gran violencia para conservar su incógnito. Soy un hombre de honor, que jamás he obrado mal y he sido conducido aquí bajo los auspicios de Mr. Guy-Patin.

—Buen oficio por cierto ha tomado Mr. Guy-Patin, habló entre dientes Mr. de Harpedaille, que quería destruir ò confirmarse en sus sospechas. Sal, dijo con acento mas dulce, vete con tu mono; no nos importunes mas con esas locuras y te ofresco tres Luises de oro...

—Os agradezco vuestra oferta, le contestó Lepetit levantando la voz à proposito,

¿que dirá Mr. Guy-Patin, que dirán estas nobles personas?

—¿Como Mr. Harpedaille! exclamò el médico, que acudió al oír su nombre muy claramente pronunciado por el hombre conductor del mono. ¿Conspira usted contra nuestros placeres? ¿ignora usted que soy yo el que dá esta fiesta para distraer el humor negro de vuestra novia?

—¿Que hay, que ocurre? dijo Angèlica fingiendo ver por primera vez el mono. ¡Oh! que gracioso y lindo animal.

—Pues señorita, le dijo Mr. Guy-Patin, si yo no hubiera contenido á Mr. de Harpedaille y al señor presidente, no lo habriais visto.

—Pues estoi muy contenta de verlo, dijo Angèlica afectando reirse, al mismo tiempo que las lágrimas caian de sus ojos al mirar al dueño del mono.

—Si no estuviese tan cansado, nos volvería à bailar el minuet y la sarabanda, pero interin reposa veremos que otra cosa sabe hacer. Señor notario, esperad un momento y el señor mono os cederà el sitio. Hola el hombre, principiad la comedia.

—Sí, la comedia me parece muy chistosa, dijo Angèlica à quien no se atrevió á contradecir Mr. Harpedaille, fingiendo prepararse para una gran diversion ¿Como se llama vuestro mono señor? añadió tímidamente.

—El Preste Juan, respondió Lepetit, el que viéndose animado y casi protegido por Angèlica, empezó desde luego de nuevo su papel.

—Dar à un animal de esta especie el nombre de Preste, exclamó con un gesto de coraje Mr. de Harpedaille. ¿Lo ha oido usted señor presidente? añadió dirijiéndose à Mr. de Neuville, que pensaba en que Mr. Guy-Patin abusaba del consentimiento tácito que le había dado. A este mono le han llamado Preste Juan por su amo, que sin duda será algun mal bohemo idólatra.

—Caballero usted se equivoca, replicó Claudio Lepetit con un acentò lleno de política y de buen gusto que agradó à todos y diò que pensar à Guy-Patin. Ese nombre es muy decente, y le fuè puesto á mi mono por el ilustre viajero Mr. de Monconys, que visitò el Africa y el Asia y

Hegò hasta las fronteras de un gran imperio vecino de la China , gobernado por un rey que se titula Preste Juan. El mono era de ese pais y fuè conducido al nuestro....

—He buen hombre, parece que entendis bien la geografía, le dijo Guy-Patin que trataba de reconocer bajo aquel disfraz, à alguno que habia visto anteriormente en otra parte. A no haber muerto Mr. de Monconys, se creeria que erais vos.... Pero volvamos á Preste Juan.

—Preste Juan , dijo Lepetit , que tenia deseos de vengarse ostensiblemente de Mr. Harpedaille , à quien instintivamente odiaba como hombre y magistrado , tanto como podía aborrecerlo de hecho , como futuro marido de Angélica. Preste Juan repitió , hecha una mirada de un lado y otro de la sala y señala la persona mas fea que se halle en esta honrada sociedad , á la que pediré perdon en tu nomdre por la libertad que te tomas.

—Hola amigo mio , exclamó alegremente Guy-Patin , haciendo cortesías al mono, te suplico que no hagas caso de que estoi aquí.

Mas el mono , despues de mirar rápidamente á toda la concurrencia, de la que algunos temian ser notados por el mono, fijó su atencion en Mr. de Harpedaille , à quien Claudio Lepetit regularmente le indicaria con alguna señal de inteligencia comun entre ambos ; al momento se lanzó de un salto enfrente del procurador del rey, se arrodilló cómicamente à sus piés, le hizo la mamola y en seguida le volvió las espaldas de un modo poco decente aun por parte de un mono; en seguida volvió à la carga sentado sobre su tracera , le enseñó los dientes á Mr. de Harpedaille , que estaba confuso de vergüenza y de cólera. Una risotada general, nada caritativa, dió prueba que el mono no había tenido mala eleccion en su víctima.

—Consolaos señor procurador general, le dijo malignamente Guy-Patin; esta es solo la opinion del mono , y la señorita Angélica no participará de ella comó Mr. el mono.

—Este tunante de Preste Juan , no hubiera podido acomodarse con el difunto cardenal Mazarino , repuso Lepetit, acor-

dandose del tema del Dr., y que con placer quiso acariciar indirectamente. Veamos.

—Preste Juan te gustan los cardenales?

Al oír este nombre movió el mono los ojos inflamados à un lado y otro, crujió los dientes, gritó de un modo amenazador y sacó su pequeña espada, esgrimiéndola á derecha é izquierda.

—He aquí un mono que tiene mas talento que la mayor parte de los hombres, dijo Guy-Patin, apuesto á que se pronunciará contra el antimonio.

—¿Cual es la mas bonita, la mas graciosa, la mas divina persona de esta concurrencia? preguntó Claudio Lepetit á Preste Juan, metiéndole entre los dedos, un papel enrollado que el mono debía entregar á la primera señal. ¿No la conoces?

El mono que solo obraba conforme á las miradas de su amo, aparentó buscar la que se le pedía, y se fué en derechura à Angélica, que enrogeció con esta preferencia y con los estrepitosos aplausos de Guy-Patin. Preste Juan se prosternó tres veces, cara en tierra de la señorita Neuville, la miró con ternura y languidamente,

puso la mano sobre su corazón, suspiró, gimió y le tiró un beso con la punta de los dedos, é incando una rodilla en tierra, le presentó el papel que la jóven no quería recibir ni reñusar aviertamente pero viendo que Mr. de Harpedaille se le acercaba para cojer el papel lo tomó y lo guardó en su corsé.

—Este es un billete, exclamó el procurador del rey con voz tonante. Se atreve el insolente.... Dadme ese billete señorita.

—Satisfecho Lepetit de la recepcion de su billete y meditando despedirse con estrepito. Preste Juan, dijo, has el poeta.

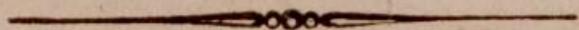
El mono había como olido el contrato que estaba sobre la mesa verde, aguardando que lo firmaran. Saltó encima lo enrolló en su mano, lo mordió é hizo pedazos con sus dientes, à pesar de los gritos y esfuerzos del notario, haciendo como que representaba los furoros poéticos de la inspiracion. Mas de repente dejó el pergamino y corrió à hecharse sobre el padre Chevassut que acababa de entrar, sorprendido de ver á un mono haciendo farsas en casa del presidente Neuville, à donde había sido con-

vidado para la firma del contrato de matrimonio. El mono à quien la vista del hàbito monástico del canónigo puso furioso, zamarreaba y arañaba al desgraciado confesor de Angélica , con grande satisfaccion del poeta que se veía vengado de este modo por su mono. El padre Chevassut creía estarselas habiendo con el diablo , y daba gritos lamentables, acompañados de ecsorsismos y oraciones. Toda la reunion se hallaba en tumulto , la señorita de Neuville se desvaneció y la condujeron á su cuarto. Los lacayos llamados para socorrer al padre Chevassut ; trabajosamente lo sacaron de manos del mono todo ensangrentado de los arañes de Preste Juan que hecharon á palos y á su amo , hasta la calle.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

CLAUDIO LEPETIT

Y SU MONO.

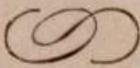


Tercera parte.

CLAUDIO LEPETIT

1721 NOV 27

CLAUDIO LEPETIT



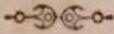
CLAUDIO LEPETIT

Y SU MONO.

Novela escrita en francés por el célebre

PAUL JACOB.

Traducida al castellano por D. J. N. E.



TOMO II.



© Cádiz.

IMPRESA DE NUÑEZ Y ARJONA,
calle de San José, número 46.

1846.

Es propiedad de sus editores.



CLAUDIO LEPETIT

Y

SU MONO.

I.

EL PACTO.

SI Claudio Lepetit hubiera tenido su espada à la mano, le habría empleado en castigar à los lacayos que se escedieron en ejecutar las òrdenes, que les diera Mr. Harpedaille, al extremo de pegarle con las varas de las sillas, bajo el pretesto de castigar la insolencia de su mono. Varias veces los amenazó con su gesto, sus miradas y su voz, pero los lacayos á quien se hallaba en-

tregado, se divertían en maltratarlo, tanto mas cuanto no tenían represalias. Hallóse pues insultado, mofado, magullado y humillado, à la puerta de aquella casa, donde poco antes había sido acogido con un favor inesperado. Su mono que había participado de su mala suerte parecía mas descorazonado que él mismo: el desgraciado Preste Juan se había vengado inutilmente con sus araños y mordiscos, contra sus adversarios, solo cedió al número y debió à su pronta fuga haber salvado la vida en este combate desigual. La mitad de su vestido de marqués quedó en manos de sus vencedores y avergonzado de volverse à ver mono, se refugió gruñendo entre las piernas de su amo, que quiso echarle à puntapiés, pero lo vió dócil, humilde, temeroso y como arrepentido, y no lo verificó.

—Mala bestia, le dijo, con una mezcla de cólera y tristeza, mira como me pagas todo lo que he hecho por ti! Has hecho que me hechen ignominiosamente y me golpeen los lacayos: debería matarte con mis propias manos: me arrepiento de no haberte vendido à cualquier chalan despues de la muerte

de mi padre. Hubiera obrado con mas talento si te hubiese arrojado al rio, con una piedra al cuello.... Me he visto deshonrado ante la que amo; he sido infamado por un rival que aborresco, he sido espulsado como un leproso de aquella casa en que tanto me costò introducirme; y todo esto detestable Preste Juan, por tu causa. Vete no quiero verte mas y te abandono al que quiera recojerte.

El poeta hizo un movimiento para alejarse, mandando al mono que no lo siguiese; pero el animal que comprendió la intencion de su amo, se agarró con las dos manos de él, y manifestó con una pantomima tierna y cómica á la vez, que estaba resuelto á no separarse de él, se le oia un quejido suplicatorio, fijaba sus ojos llenos de lágrimas, sobre el rostro del jóven y parecia que le hablaba moviendo los labios y enseñándole sus dientes blancos dispuestos à morder. Lepetit no fuè insensible á estas súplicas mudas, en las que entrevía como un deseo de serle útil y prestarle mejor ayuda en sus amores.

—Tienes razon mi pobre Preste Juan,

le dijo con dulzura y mirándolo como a un amigo à quien se perdona: no podemos separarnos y viviremos juntos como te lo he prometido. Es verdad que me has perjudicado, pero de un modo ò de otro, repararás el daño: desde luego empezastes muy bien tu papel, para no perdonarte su mal fin. En el fondo de mi corazon no me desagradaba que hayas arañado á ese maldito fraile que me buscó camorra, á pretesto de la confesion. Merecía que lo huvieses puesto peor y te agradezco que tan alegremente lo hayas zamarreado.... ¡Pero como volver á ver á Angélica!

Así se entretenía Claudio Lepetit hablando á media voz consigo mismo y con su mono, sin notar que desde que salió de casa de Mr. Harpedaille, estaba observado por una especie de mendigo andrajoso que se le acercò y le tiró de la manga. El poeta se volvió bruscamente temeroso de una nueva agresion, pero se serenó pensando que en caso de tener que defenderse, tenia que haberlas con un hombre solo. Este hombre que ocultaba la mayor parte de su cara con un parche y largos cabellos rojos caidos so-

bre sus ojos y sus rubicundas mejillas, se embozaba magestuosamente en una rapienta capa por cuyos agujeros se dejaban ver colgando algunos girones de su chamarreta de paño burdo rojiso; llevaba sobre la estremidad de la cabeza, un casquete de acero, que servía menos para cubrirla, que para sostener su cabellera postiza: sus piernas estaban adornadas con pedazos de hierro sujetos con cordelillos, y sus pies hinchados que á penas cabian en unos anchos alpargates, parecian pertenecer, mas bien que à un ser humano, à un Hipopotamo. Segun el uso de los mendigos, tenía en su mano una escudilla y en la otra un grueso palo guarnecido de hierro.

—¿Pides limosna? le preguntó Lepetit, que se puso en guardia contra un ataque imprevisto. Compadre, la hora no es la mas apropósito

—Muchas gracias Caballero, dijo con tono burlesco, el impertinente mendigo, recibiendo graciosamente la moneda que le hecharon en la escudilla.

—A tu camino y dejame, repuso el jóven con impaciencia, al mismo tiempo

que su mono rechinaba los dientes y gruñía encolerizado.

—Tiento señor, la calle es del rey, y ambos estamos en ella, le contestó el pobre sonriéndose y guiñándole con el ojo. Os aconsejo que paseis vos, por que segun la ordenanza de policia, no deben hallarse en las calles de la ciudad despues de puesto el sol, los hombres que enseñan animales. A màs mi amable caballero, con ese equipaje correis riesgo de dormir esta noche en el Chatelest.

—Buen hombre, sí quieres no detenerte mas, te doi un escudo. Buenas noches. y encomiendame à Dios, si es que crees en Dios.

—En verdad que creo en Dios! exclamó el mendigo, que se ofendió de esta sospecha de atheísmo, cuando no hubiera hecho mas que reirse si lo hubiesen sospechado de ladron ó asesino. Desde luego acepto vuestro escudo, con el que beberé á la salud de un gran matador de perros rabiosos.

—¡Que decis! dijo admirado Lepetit, que no dudó que este pobre maligno lo había reconocido bajo su disfraz.

—Me alegro mucho de haberos encontrado, señor, y desde luego os doi gracias por la recompensa que me disteis y que dividí con aquel tunante sarjento, à quien el señor procurador del rey mandó que os arrestase. Llevámos el perro al oficio del teniente de policía y nos entregaron la cantidad que tan heroicamente ganasteis para nosotros. Diez escudos nuevos....

—Pues bien; te dí ese regalo, en reconocimiento asia tí. Ahora retirate de aquí, y no estorbes mis designios.

—¡Oh! mi gracioso señor, yo sé cuales son vuestros designios, dijo el mendigo lanzando una mirada espresiva à las ventanas alumbradas del presidente Neuville. Allí dentro hay una preciosa señorita, que ha cautivado vuestro corazon como en garlito, cuando la socorriais contra el perro que la perseguía....

—Calla! interrumpió Lepetit, que le puso la mano en la espalda como para llevarlo à un sitio mas oscuro. ¿Quien eres que me conoces?

—Soy vuestro amigo y muy reconocido servidor, le contestó el mendigo. Me ti-

rasteis dos escudos á la cara en mi teatro del Puente Nuevo: me disteis otros tres en la mano, por saber el nombre de la señorita de Neuville y sois causa de que tuvise mi parte en la recompensa del perro....

—Está bien ¿pero quien te ha dicho que yo amo á esa adorable Angélica, que quieren casar á mi pesar, y á no dudarlo á pesar suyo?

—¡Ya querido caballero! En el traje en que me veis, no podeis convenceros que yo sepa amar: mas es cierto lo que conocí desde luego, y es que estabais enamorado, y no juraré que estuvieseis por.... ¡Que diablo! la muchacha es bonita

—No me ocultes nada de lo que sabes, le dijo el poeta registrando sus bolsillos que en contró vacíos, por que el mendigo sin cumplimiento los habia limpiado ya... Te recompensaré con largueza y no te quejarás de mi generosidad. ¿Es cierto que la señorita Neuville me ama? ¿Crees que consiente en amarme?

— Mejor os respondería si estuviese en su interior; pero bajo mi palabra sin adularos os aseguro que os quiere mas, que al marido que va á tener.

—¿Cual? Mr. de Harpedaille! exclamó Claudio Lepetit con, un furor concentrado. Aun no está en poder de esa figura de marido.

—Ciertamente esta noche no: pero mañana se verificarà el casamiento, ante una numerosa reunion en la iglesia de San Victor.

—¡Mañana! murmuró entre dientes Lepetit, llevando las manos à la frente.... No se hará ese casamiento. Yo impediré que se haga.

—¡Hola! por mi parte yo no me opongo, y aun si hay algun dinero que ganar, ofresco á usted mi auxilio y asistencia, señor enamorado.

—¿Mañana dices? preguntò Claudio Lepetit en cuya cabeza rodaban mil proyectos contrarios. Aun que peresca.... primero lo mataré.

—Despacio, despacio, no matemos à nadie os suplico, no sea que otro negocio peor se atravesase, contentemonos, si os parece, con alagar vuestra pasion. ¿Hay que llevar algun billete á la señorita? ¿que seducir à los lacayos, endormecer perros,

abrir puertas , escalar ventanas , ó acechar?
Aqui me teneis.

—Lo que se necesita es poner obstáculos á este detestable casamiento ; es necesario que la señorita de Neuville no caiga en poder de ese horrible marido.

—Me ocuparé con gusto en esto segun lo deseais , y aun en el caso que os decidierais à robarla , os ayudaria con mano fuerte.

—¡Un rapto! repitió con viveza Lepetit , lisonjeado con la idea que le habian sugerido. Sin duda no queda otra esperanza que la.... del rapto de Angèlica.

—Esto es poco mas de nada , con tal que ella no se oponga. Un rapto no cuesta tanto como algunos piensan.... seis ó siete piezas de oro....

—Oye , le dijo Lepetit tomándole la mano , como para realizar un pacto con él. ¿Quieres ganar cincuenta Luises?

—¡Cincuenta Luises! exclamó el mendigo quitándose el parche y levantando sus melenas para que pudiera conocerlo. Soy Sacromoros.

—¿El jugador de horóscopos del Puen-

te Nuevo? Poco me importa lo que seas, con tal que me ayudes en el rapto de Angélica.

—Mi nombre os garantiza de lo que puedo hacer por serviros. En el patio de los milagros, encontraré una docena de buenos compañeros, que se arriesgaran á ser ahorcados por poco precio, y mediando vuestros cincuenta Luises, me ofrezco á llevarlo todo bien y á cabo.

—No tenemos tiempo que perder para realizar este rapto, porque mañana, mañana.... ¡Gran Dios! No: este matrimonio no se verificará.

—Eso os pertenece á vos, porque yo no tengo interés en ver perpetuar la raza de los procuradores del rey. Hagamos el rapto esta noche, mañana....

—¡Esta noche! dijo con fuego Claudio Lepetit, que levantó los ojos á la ventana que sabía era la del cuarto de Angélica. Pero no está avisada....

— Bueno por cierto ¿acaso es necesario prevenir á las muchachas que se quieren robar? basta con gritar á fuego, meter bulla en las inmediaciones, y en el interin

acuden de todas partes; cuatro ó cinco de mis buhos disfrazados y enmascarados, penetrarán en la casa, despertarán à la niña y la sacarán de grado ó por fuerza....

—Esto la asustaría y me atraería su odio.... No, nunca consentiré que pongan mano sobre ella....

—Consiento de todo corazón que solo sea la vuestra; pero disponed y veamos vuestros cincuenta luises si son de peso.

—Quiero aun esperar hasta mañana, hasta el último momento. Puede que Angélica encuentre por si misma el modo de retardar è impedir este casamiento....

—Esperémos si tal es vuestra voluntad: esperémos á que vaya á la iglesia y allí la robaremos delante del altar.

—El lance es un poco atrevido y sin embargo me conviene mas que otro, por que al menos en este extremo no tendría otro partido que tomar. Es posible y es verosímil que la señorita Neuville.... Tiene mi carta en su poder, la leerá.... ¡si yo pudiera verla y hablarla!

—¿Quereis saber mi opinion, señor enamorado? Este casamiento se realizará, si-

no disponeis alguna cosa, y nada podrá impedirlo sino el rapto....

—Así lo comprendo yo tambien, dijo entre dientes Lepetit, que estaba pensativo. ¿Pero puedo contar con tigo? añadió mirándolo con desconfianza. No se trata aquí de echar un horóscopo, ni de leer la buena ventura en las manos, ò en los planetas la suerte de las personas, se trata de un golpe de mano.

—¿No os he dicho quien soy? ¿No habeis oido aplaudir mis travesuras? ¿No sabeis que infinitas veces se me han encargado comisiones mucho mas difíciles que esta? ¿No soy Sacromoros, primer ministro del gran Coesre del Patio de los milagros, principe de los pordioseros y duque de los Buhos?

—Suspende esa faramalla y ojarasca de palabras, dijo el poeta arrepentido de haberse declarado demasiado con un miserable de su especie: A vuestro camino, buen hombre. ya se os ha socorrido.

—¡Hola buen hijo, le dijo Sacromoros con arrogancia, hechándole una mirada penetrante y venenosa; á estas horas somos compadres y compañeros.

—La culpa es mia de haberme chanceado con vos, le contestó Lepetit, ansiando por retirarse, para evitar una penosa y embarazosa esplicacion. Buenas noches.

—Nada de eso caballero, repuso Sacromoros deteniéndolo con mano fuerte. Yo quiero serviros en vuestros amores, pero á condicion que del mismo modo me servireis en mis negocios. Yo verificarè el raptò de la niña que amais, y en revancha me dareis....

—Por última vez os digo que no necesito vuestros servicios, y os suplico no me importuneis mas sobre este particular.

—Deveras! pues hablabais de otro modo hace un instante, le contestó Sacromoros burlándose. Pero sabed que necesito que me hagias un servicio de amigo....

—Tunante, yo debería.... exclamó Lepetit levantando la mano como para pegar al indiscreto é insolente mendigo. Guardate de....

—Y usted guardese de que vaya à denunciar vuestro complot á Mr. el procurador general, que os guardaria mañana con cerrojos....

—¡Infeliz! prorrumpió Lepetit, que entonces conoció, estaba amercado de aquel hombre, si tuvieras la desgracia de hacerme daño con tu lengua....

—Vamos, dejemos amenazas y disputas, mi pequeño camarada, le dijo Sacromoros dándole un golpecito en la barriga con familiaridad. Quedemos amigos por nuestro comun interés y ayudemonos lo mejor que podamos. Disponed de mi y de los míos, pero que yo disponga también de vos.

—¿Quieres mas dinero, no es así? ¿Cuanto me vas á hacer gastar por tu silencio? Mira que no soy rico, te lo advierto.

—Lo que voy á pedir os empobrecerá, y puede enriquecerme. Dadme los estatutos de la academia de los atheos.

—¡La academia de los atheos! replicó Lepetit que no se acordó de la cena de la noche anterior. ¿Y que es eso?

—Vaya, no os hagais el ignorante señor mio; dijo con gracia el bohemio. Sabemos que perteneceis á esta academia.

—¡Yo! ni he sido, ni soy de ninguna academia, é ignoro lo que entendeis por academia de los atheos.

—He aquí un mentir con gracia....
¿Conque no sois uno de los veinte de esa academia, que tiene sus secciones en casa de Mr. Desbarreaux?

—¿Desbarreaux? repuso Claudio Lepetit, que con oír este nombre recordó lo pasado. ¿No es el que vive en esta casa.

—Justamente, en esa casa donde cenasteis à noche con los de vuestra academia. No lo negueis porque todo lo sé.

—Efectivamente, entré á noche en esa casa convidado por las personas que allí cenaban y que jamás he visto ni conocido.

—A otro perro con ese hueso. Permitted os es, el defenderos, y estad seguro que no os denunciaré si me dais los estatutos.

—¿Que estatutos, ni que diablos? exclamó impaciente el poeta, de esta insistencia y de los desmentís que le acompañaban. Quiero que me ahorquen, si comprendo....

—No se trata de ser ó no ser ahorcado, mi querido académico, sino de satisfacer mi deseo.

—¿Eres algun demonio encarnizado en atormentarme? le dijo el jóven, haciendo

un esfuerzo para escaparse de esta especie de violencia. Te juro que no soy la persona que buscas, porque no tengo conecion alguna con la academia de los atheos.

—Si, si, se que sontendreis ese decir hasta la tortura, y lo apruebo. Pero à mi me ímporta poco haceros confesar, que perteneceis á esa academia; lo que si me ímporta es, que me faciliteis los estatutos, que se dicen ser escelentes.

—Todavía! Ya esto es burlarse mucho de mi, aparta tunante, largate de aquí belitre, sino hago señas à mi mono para que te embista.

—Que embista: dijo Sacromoros, hechándose atràs y presentando su palo para defenderse del mono, pronto á ejecutar las órdenes de su amo. Pensadlo bien porque el caso lo requiere. Poseo vuestro secreto, y puedo hacer uso deél contra vos; pero prefiero estemos en buena inteligencia y aun seros útil con todo mi poder, con tal que tengais en cuenta mi proceder. Reclamo los estatutos.

—Ya te he dicho que no los tengo, si es que ecsisten, y ahora añado que me costa-

ría mucho trabajo el encontrarlos y tenerlos.

— Mr. Desbarreaux os los darà, si se lo pedis bajo un pretesto cualquiera, y de no, dirijios à cualquier otro de vuestra Academia que os los darà, y en seguida los pondreis en mis manos: por último los necesito, los necesito mañana....

— ¡Mañana! repitió Lepetit pasmado de tanta imprudencia, bajo mi palabra de honor, aunque yo quisiera....

— Lo querreis ciertamente, porque si mañana á la hora de celebrar ese casamiento que tanto os atormenta no me lo habeis entregado....

— Si al menos supiera donde tomarlo! Ecsije de mi lo que esté á mi alcance, pero no lo que no depende de mi voluntad.

— Es cosa convenida que me los dareis mañana antes que empiece la danza: de lo contrario, bello señor enamorado, harè que os arresten y conduscan preso, interin Mr. de Harpedaille, á quien deseo todo mal, se casa sin vuestra licencia.

— Ah miserable! si me jugases esa pasada, te la pagaria con una estocada que te

librase de una vez de la horca y de la rueda.

—Es negocio concluido, señor espada-chin. Mañana al punto de medio dia, me encontrareis en la Iglesia de San Victor, aguardando vuestras ordenes y los estatutos que me habeis prometido. A este precio, robaré toda la boda con la novia.

—¿Tendràs hombres seguros y decididos? No se lo que he de hacer.... pero nada importa morir, à trueque de no verla casada con otro.

—Rapto, rapto, mi muy querido señor, esto es lo que agrada á las muchachas. Sin embargo, no olvideis mis cincuenta lises de oro. Hasta mañana.

—Hasta mañana, respondiò Claudio Lepetit con melancolía, si Dios quiere.

Apesar de la apariencia de paralítico Edemático que demostraba Sacromoros, he-
chó à correr con soltura y entró en la próc-
sima calle, antes que una patrulla de á ca-
ballo que había oido de lejos, se aprocsima-
se y lo viesen correr por la calle. Estaba
Claudio Lepetit muy preocupado con el
casamiento de Angèlica y tambien con la
conversacion tenida con el bohemio, para

conocer el motivo de su ida precipitada y ni aun advirtió por el ruido que hacian los caballos al pisar el empedrado, que se hallaba rodeado por los alguaciles de la patrulla, que ivan á turbar el sosiego de sus sueños quizá con alguna violencia, que su primer movimiento le aconsejó rechazar á viva fuerza, por lo que uno de los de à caballo, lo quiso sujetar por la valona; alzó el brazo como si tuviera un arma dando á entender que no sufriría que pusiesen mano sobre él: este simulacro de resistencia acompañado de una orgullosa y amenazante espreccion de rostro, contuvo á los alguaciles, que solo arrestaban en las calles de Paris á los ladrones y vagamundos, y que no reconcian en Claudio Leptit, ni el aire ni la actitud de esta clase de gentes, y si por el contrario una planta y mirar seguro. Desde luego el jefe de la patrulla creyò ver en Lepetit, un hombre de calidad disfrazado, á causa de alguna intriga amorosa, mucho mas notando su noble figura, sus manos blancas y camisa fina, que desmentían lo vulgar de su vestido. Se quitó el sombrero y lo saludó, dirijiéndole la palabra con a

tencion , admirándose los otros de la cortesía de su gefe y cuchicheando entre ellos. El mono que temió algun maltrato, se ocultò tràs su amo y levantó una punta de la capa que lo guarecía para espiar lo que pasaba y estar pronto á usar de sus dientes y sus uñas. Aun se resentía de los golpes que le dieran los lacayos de Mr. de Harpedaille, promoviendo los recuerdos de sus riñones y omoplato desollado. Temblaba como un azogado con la aprension de una nueva paliza.

—Caballero, que llevais à estas horas un mono por las calles, ¿no sabeis que la ordenanza de policia me impone la obligacion de conducirlos al Chatelet?

—Nada tengo que hacer en el Chatelet, respondió tranquilamente Claudio Lepetit, á quien la procsimidad de la señora de Neuville parecía influirle animo para resistir, aunque no se hallaba presente para animarlo con sus vista. Sé el camino del Chatelet, y podrè ir si quiero, sin que me conduzcan.

—En tal caso, caballero, tomaos el trabajo de seguirnos con vuestro compañero,

porque todos vamos despacio y os escoltaremos.

—No tengo necesidad de escolta, repuso con altanería Lepetit, que creyó que la audacia lo sacaría de su difícil posición.

—Usted ha contravenido á la ordenanza, que prohíbe llevar de noche animales por la calle, y debéis pagar la multa.

—Señores, contestó el poeta, que no estaba de humor de dejarse arrestar y que lo prendieran como á un miserable, ¿quien creéis que sea?

—Caballero, la ordenanza está espesa y no distingue personas, y á menos que no vivais en alguna de estas casas, debéis ser aprendido con vuestro mono.

—Vivo en esta casa, dijo el jóven señalando la de Desbarreaux; he bajado á la calle para cojer á mi mono que se había huido y que iba y causar daño en la de los vecinos. Mi mono ya está amarrado, y yo os doi las buenas noches.

—¿Habítis en esta casa? le dijo el oficial, señalando con la mano la casa que Lepetit le había marcado, sin disponerse á entrar en ella.

—No tengo ganas de entrar todavía le contestó el poeta. Espero aquí á uno que no puede tardar.

—No somos señor de los que tenemos muchas tragaderas. Usted no vive en esa casa que dice, y vendreis con nosotros al Chatelet.

—No iré si ustedes quieren, y no creo useis rigor para obligarme.

—Sin duda lo harémos con mucho sentimiento, pero usted no querrá que faltemos á nuestra obligacion. Por lo tanto entrad en vuestra casa, ó quedais preso.

—Apestado te veas! exclamó Lepetit, que oyendo abrir una ventana de la casa de Harpedaille, no quiso aparecer en una situacion equívoca á vista de Angélica y se determinó espontaneamente à llamar en la casa de Desbarreaux.

Llamó con tiento, despues mas fuerte y mas fuerte, sin que ningun ruido interior significase que había gente. Solo se veía con luz la ventana del gabinete donde trabajaba Mr. Desbarreaux. En cuanto á la ventana que se abrió en casa de Mr. de Harpedaille, debía ser la del cuarto de Angélica, mas

se mantenía en completa oscuridad, distinguiéndose apenas una forma blanquesina que se arrimaba y separaba alternativamente en el fondo de la habitación. Creyó Claudio Lepetit, fuese Angélica, que aguardaba un momento favorable para transmitirle la respuesta de su carta, y volviéndose de espaldas á la puerta donde llamaba para imponer á la patrulla, se quitó con respeto el sombrero y saludó varias veces puesta la mano derecha sobre su corazón, de tal modo, que los alguaciles creyeron que se burlaba de ellos, y rompieron en una murmuración que contuvo el oficial.

—Caballero, ya habeis abusado largo tiempo de nuestra paciencia, dijo á Claudio Lepetit el oficial arrimando su caballo para asirlo.

—Al primero que dé un paso adelante lo mato, exclamó el jóven que profirió esta amenaza, á la aventura, con una emoción propia á hacerla mas temible á la gente de la patrulla. No soy lo que creéis en vista de mi equipaje, y en cuanto al mono os lo entrego en rehenes....

Claudio Lepetit, creyendo sustraerse

de un arresto eminente entregando al inocente autor de su situacion, presentó al gefe de la patrulla la cuerda con que el mono estaba amarrado, pero adivinando éste la intencion de su amo y no dándole ménos cuidado que á él ir preso al Chatelet, se escapó llevando tras él la cuerda, pasó gruñendo entre las piernas de los caballos, que se levantaron de manos, se lanzó sobre la pared de la casa de Harpedaille, se asió de las cornisas y llegó en un abrir y cerrar de ojos al primer piso y á la misma ventana que acababan de abrir y que cerraron con estrépito. El grito de espanto que salió de la ventana en el momento de cerrarla, no desconcertó al mono que creyéndose libre, se puso en equilibrio en la balaustrada de hierro, desafió con muecas visajes y gestos satíricos á la patrulla, tirándoles calisas que cojía de la pared arrancándolas con las uñas. Claudio envidiaba la suerte de su mono, mas no le pasó por la cabeza intentar un escalamiento semejante: sin embargo, sintió haber causado este susto á la señorita de Neuville, que se retiró de la ventana; desde luego no podia

esperar en la calle á que bajase Preste Juan, y le abandonó á su suerte.

Desbarreaux se decidió al fin á preguntar, quien llamaba.

—¿Quien está aí? dijo à través de la cerradura, mandando callar á su criado, que le pedía que se salvase por los tejados antes que le prendiesen.

—Es el autor de *París ridículo*, á quien acojisteis tan bien ayer noche, y que viene á daros las gracias, le contestó Lepetit.

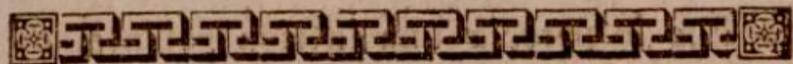
—¡Ya os conosco caballero! repuso Desbarreaux, y tendría gran placer en recibirnos.... Pero no estais solo y ya es tarde.

—Estàn aquí unos buenos señores alguaciles de la patrulla, que me han librado de los ladrones y que creo las mejores gentes del mundo.

—¿Me prometeis, no obstante que no entrarán con vos?

—Porqué han de entrar? estos señores no lo dan por poetas.

—Comprendo; teneis noticias que darme.... ¿Os envía algunos de nuestros hermanos?.... Gros-René, descorre el cerrojo, y abre la puerta.



II.

EL NEOPHITO.

DESDE que Claudio Lepetit hubo entrado en casa de Desbarreaux, dando las buenas noches á las gentes de la patrulla, que nada les importaba arrestar à un señor de la córte, y que creyendo tenían que haberlas con uno de los mas poderosos segun se los indicaba su porte y continente que tanto había influido en su favor, se dió prisa la patrulla por alejarse sin hacer caso del mono que les gruñía y provocaba. Estas guardias nocturnas de la tranquilidad pública temían comprometerse con personas de calidad, y respetaban religiosamente todo

lo que le parecía una intriga galante; no turbaban las citas, ni las serenatas, ni las disputas amorosas, ni aun las riñas á espada en mano entre los caballeros. Cerraban espresamente los ojos y los oídos si sospechaban que el autor de un delito ó de un crimen, tenía favor para que lo absolvieran es decir, un nombre, caudal, crédito, y todo lo que constituía entonces la impunidad. Muchas veces se había visto en esta época, á jóvenes señoritos atacar y despojar al que pasaba de noche por las calles, por solo divertirse, y á veces servirse de sus mismas armas contra las patrullas que tomaban la defensa del vecino oprimido, molestado, robado y apaleado.

—Mucho me engaño, si no es este el mismo señor duque de Lauzun, dijo el gefe á sus alguaciles, quienes dividían con él su escrúpulo y prudencia, lo he visto dos veces por haberlo arrestado ébrio, saliendo de una cena, queriendo cortarle las orejas á todo el que encontraba.

—Mi gefe, repuso uno de los de la patrulla, la casa donde ese señor ha entrado me parece ser la de los atheístas que se re-

conoció y registró la otra noche.

—Señores, les dijo el gefe; nuestra obligacion es aprehender y hechar mano á los pillos y vagos, pero no el mezclarnos en los negocios de los príncipes.

Desbarreaux introdujo en su casa al jóven desconocido y su convidado la noche anterior, por que lo suponía portador oficioso de alguna noticia interesante á la academia de los atheos, y tambien por una simpatía hacia este jóven poeta, cuyo talento, tono y modales, le recomendaban á las gentes de buen gusto y buena compañía. Claudio Lepetit, se vió obligado á refugiarse en casa de su huesped de la noche anterior para sustraerse de un arresto eminente, ò al menos de una mala pasada de la patrulla, por lo tanto ni sabia que pretesto dar á su visita, cuando se le abrió la puerta y solo despues de los cumplimientos de costumbre, se acordò de la imperiosa coedicion que le impusiera Sacromoros, y pensò en el medio de hacerse de los estatutos que le pedian por precio del rapto de Angélica. Desbarreaux lo condujo á su gabinete de estudio, que presentaba un caos

de libros, de estampas y papeles, à tal punto, que fuè necesario desocupar una silla para que Claudio pudiese sentarse. El desórden material de esta habitacion, daba á entender la confusion que tenia Desbarreaux en sus ideas, en su lectura y ensayos literarios: Todo lo emprendia y nada concluia; las obras largas, le fastidiaban desde el principio, y pasaba continuamente de una idea à otra, principiando cada noche un nuevo poema, un nuevo tratado filosòfico, una nueva obra històrica, crítica ò caprichosa; jamàs habia leído un tomo seguido, solo habia concluido, canciones, epígramas, sonetos sin embargo de que hubiese acometido todo género y todo estilo.

—Y bien! dijo Desbarreaux sin reparar desde luego, que el poeta tenia un vestido muy diferente del que llevaba veinte y cuatro horas antes; ¿quien os envia? ¿qué habeis sabido? ¿El canciller echa aun leña al fuego contra nosotros?

—Nada se, le contestò Lepetit, acordándose entònces, de la acelerada dispersion de los convidados en la noche anterior.

A nadie he visto , y he aqui que salgo de mi pequeño parnaso , para venir al vuestro , à daros gracias por la buena y grata acogida que me hicisteis.

—¿Còmo! ¿Ni uno de nuestros académicos ha ido á visitaros? Ni la Chapelle, ni Mezerai , ni de Torches , ni otro alguno de los admiradores de vuestros hermosos versos?

—Ninguno ha venido , le contestò el jóven poeta enseñando los agujeros de su capa y la grasa de su sombrero , sin embargo de haberme dejado estas memorias de su conocimiento, y esperaba hubiesen conocido que mi sombrero y mi capa no estaban echos para ellos.

—Efectivamente , dijo sonriéndose Desbarreaux , reparando en la metamorfosis que se habia obrado en el equipaje del poeta: nuestros bellos espíritus andarian con gusto en cueros, si el pudor público no se los impidiese; quisieran solo estar vestidos de sus glorias y cubiertos con su orgullo.

—Su gloria tiene mas agujeros que manchas , y su orgullo es tan pesado como

grasiento, sobre la cabeza de un simple mortal.

— En nombre de nuestros amigos os suplico dispenseis, por que me parece les guardais rencor, por que os han vestido con sus espolios. ¡Maldicion! ese es el famoso sombrero de la Chapelle y la galana capa de Isarn, que le atribuye el honor de haber servido en los hombros de Enrique IV.

— ¡He aquí una capa bien honrada! exclamò el poeta que buscaba una transicion decorosa para hablar de la academia de atheos y de sus estatutos.

— Aquí señor habeis hallado, repuso Desbarreaux, que no quiso guardar bajo el golpe de un epigrama, escritores que no dejan de tener mèritos, y cuyas obras ciertamente estimais; pero que no se recomiendan por la de sus sastres.

— Señor! balbució Lepetit, poniéndose colorado, por que consideró la alusion como dirigida á su nacimiento.

— Nada me digais, desde hayer comprendí que no estabais acostumbrado á ver la poesia en tan mal equipaje, y que no

esperais nada del talento que se presenta bajo el exterior de un mendigo. ¿No conocisteis que yo estaba algo turbado al presentaros à estos andrajos? ¿Y vos mismo que extraño atavío es ese? Sin duda habeis creido complacerme acomodandoos á las trazas de nuestros académicos. ¿Creisteis encontrarles aqui presentes? En verdad, que os pareceis ahora á aquel jòven pisa verde rozagante, que tocaba el laud bajo las ventanas de alguna hermosa dama, y que algunos decian ser el señor duque de Lauzun.

—Me he visto forzado á tomar este disfraz dijo Lepetit á Desbarreaux, aprovechando la ocasion de darse tono: si me descubriesen podria sucederme algun mal y me oculto tanto mas cuanto hace ocho dias que sin levantar mano me andan buscando.

—¡Os buscan! repuso Desbarreaux con viveza, y à quien esta confesion diò que sospechar de este visitador nocturno.

—Usted lo sabe bien caballero, puesto que á noche hablabais de mi negocio, y dijisteis que yo corria gran riesgo....

—Yo he dicho eso! exclamó Desbarreaux, admirado del dicho que le atribuian. ¿Y como podia yo hablar tal cosa cuando no os conozco?

—Me conocéis por mi lance en la abadía de San Victor y por la riña con el padre Chevassut respecto á la confesion....

—¿Qué! ¿sois vos el que se burló de la confesion, de la Iglesia y del Chantre de San Victor y de sus reconvenciones y reprehensiones?

—He aqui lo sucedido en cuatro palabras: he tenido ladesgracia de oír una confesion y deser sorprendido por el padre Chevassut que queria delatarme en justicia, y conducirme á las prisiones del provisorato como hereje, profanador del Sacramento, y atheo....

—¿Atheo! repitiò Desbarreaux riendose y frotándose las manos con satisfaccion: llegará el tiempo que todo el mundo lo sea.

—Este escándalo, sucedió en la iglesia de la abadía de San Victor, continuò Lepetit y me hubieran puesto á resguardo sin el apoyo de Mr. Guy-Patin.

—El me refirió vuestra aventura, pero no quiso decirme vuestro nombre aunque se lo insté, porque pensè inmediatamente que la persona que se las tuvo así, con ese temible padre Chevassut debia ser un espíritu fuerte, y añadió riéndose, es mi pasión por los espíritus fuertes.

—Aun cuando hubiese sido tres veces mas temible, hubiera hecho lo mismo, y traté de un modo arrogante á ese ridículo fanático.

—Lo celebro mucho, y si cuando Mr. Guy-Patin me contò el lance hubierais estado presente os habria abrazado. ¡Cuánto se hubiera alegrado mi amigo Picot de conoceros, èl que tanto rabiaba con la confesion. Decia á menudo que daria de buena gana trescientas libras por oír la confesion de uua muchacha.... Por poco lo muelen à palos un dia, en la iglesia de Lyon....

—Ya veis interrumpió Lepetit que no hago mal en ocultarme, hasta que mi negocio se adormezca.

—¡Oh! Ya pasó la bulla que armò el padre Chevassut, y de presente estais li-

bre de inquietud. Ignoran vuestro nombre.... ¿Còmo os llamais si gustais decirlo?

—Claudio Lepetit.... No es uno de aquellos nombres que brillan por su clase y que se recomiendan por una larga série de ascendientes ilustres; pero yo me comprometo á hacerlo tan célebre como el que mas por mis escritos entre los poetas.

—Acepto , y aplaudo el pronóstico, querido señor, exclamó Desbarreaux apretándole la mano de un modo cordial y afectuoso. Los versos que recitasteis delante de mí , son los mejores y mas imponentes que se han hecho: sobre todo en aquel pasaje en que pintasteis la muerte tal cual es, la nada de todas las cosas , me han dado una idea elevada de vos. ¿Y no habeis publicado algunas poesias en vuestro nombre?

—Hace cinco años que un amigo mio, publicó una traduccion en verso del original español de D. Antonio Piedra-Buena.

—¿*La escuela del interés , y la universidad de amor?* Me acuerdo haberlo leído cuando se imprimió , y encontrè muy buenos pasajes.

—Si no es lisonja vuestra, me haceis mucho honor dijo Lepetit que tenia vocacion y todo el entusiasmo de un poeta: sin embargo este mezquino ensayo de mi musa, no halló ni lectores, ni compradores, y habria renunciado á las letras, creyendo al público injusto....

Se paró, para mirar á la ventana que se hallaba cerrada pero que se oian golpecitos en los cristales dados por fuera, como si alguien llamara. Tambien Desbarreaux habia oido este ruido, sin atinar con el motivo, por que no percibia la vibracion cristalina del vidrio: escuchaba con ansiedad, achacaba à su oido permanecer en duda. Claudio que seguia oyendo estos golpes mesurados é iguales, antes de ir á averiguar la causa, señaló la ventana con la mano como indicando la direccion de donde salian. Desbarreaux selevantó precipitadamente descorriò la cortina, y entre abrió los cristales: puso sus manos sobre los ojos y diò un grito de sorpresa y casi de terror, cuando un ser animado pasó rapidamente delante de èl y vino à echarse à los pies de Lepetit. Este rompió en una carcajada

de risa, al ver á su mono, que se había librado de los algnaciles y parecia estar muy contento por haberse reunido á su amo. Desbarreaux no comprendía que especie de marioneta era aquella vestida de marqués, y cuando se aseguró que era un mono, se decía asi mismo, si podria ser la aparicion súbita de este animal, algun chasco preparado por algunos burlunes, para probar su ánimo, y hacerle creer en el diablo, adoptò esta idea tanto mas, cuanto que creyó ser una maquinacion de esta especie, la escena horrorosa que había trastornado la cabeza de Saint-Pavin.

—¿Qué es esto señor? le dijo con seriedad al jóven, á quien supuso cómplice de esta chuscada. ¿Se burlan de nosotros?

—Este mono es mio, le contestó Lepetit, y os pido le perdoneis su atrevida entrada en esta casa; hace poco hizo que me echaran de la en que yo estaba encarnizándose con sus uñas y sus dientes, contra mi enemigo el padre Chevassut....

—No os reprendo que tengais un mono, porque un mono es el compendio del hombre, ó mas bien, el hombre es un

mono perfeccionado y civilizado; pero ¿cómo es que vuestro mono se haya aventurado à buscaros aquí? ¿es solo su instinto el que lo conduce?...

—¡Ah! exclamó el poeta notando que el mono tenia una carta sellada, que la presentaba con una pantomina misteriosa, que ni le habia enseñado ni mandado á esta bestia inteligente: ¡una carta! ¡y una carta de ella! Dámela Preste Juan, dámela pronto, y gracias.

Se la quitò á viva fuerza, rompió la lema y sin pedir licencia á su huesped para leer esta misiva, la recorrió con tres ojeadas, y volvió à principiar su lectura, como si ignorase el contenido, derramando lágrimas de gozo que corrian por sus mejillas y turbaba su vista: se paraba á enjuagarlas y en seguida principiando por la primera línea lee otra vez el billete palabra por palabra, letra por letra, sin poder definir bien su sentido, porque se hallaba dividido entre el temor de esperar mucho, y el de no esperar lo bastante, segun los términos ambiguos y oscuros de este billete que le remitía Angélica.

«¿Qué he hecho para mereceros tanto interés? ¿y que puedo hacer para pagaros-lo? Consideradme como muerta para el mundo y para todo lo que hay feliz en la tierra, á pesar de esto, hasta exhalar mi último suspiro, que no tardará mucho, sentiré no hallarme en estado de manifestaros mi extremo agradecimiento hácia vos. La pobre víctima que van à conducir al sacrificio no tiene otro consuelo, sino pensar que vos la compadeceis; pero la compadeceriais mas si pudieseis ver el fondo de su corazon. La obediencia á nuestros padres, es à veces una arma, que volvemos contra nosotros mismos para atravesar nuestro pecho. ¡Quiera Dios que yo muera mañana ante el altar! entónces solo, se conocerá la violencia que se me ha hecho.»

Después de haber analizado Claudio Lepetit esta carta de mil modos, en la que veia una repugnancia invencible al matrimonio fijado para el dia siguiente, concluyó que sus pretensiones y persegui-mientos no eran visto con despecho, y que encontraria en la señorita Neuville mucho favor, sino apoyo para todo lo que em-

prendiese. Su amor se ensanchó con esta convicción que lo animó à emprenderlo todo, aunque el tiempo era corto y que las probabilidades le eran contrarias. Se decidió mas que nunca por el proyecto del rapto, abandonándose, al volver á leer el papel, besándolo y mojándolo con sus lágrimas, á un sueño que le ofrecia la perspectiva, del feliz y próximo desenlace de todas sus esperanzas. El mono que se creía dichoso por haber cumplido bien una comision tan delicada, trayendo á su amo la contestacion de la carta que habia remitido à Angélica, esperaba en recompensa recibir elogios caricias y confites, mas enfadado porque no le hacian caso, hizo presente su persona y su servicio, con saltos, contorciones, muecas y gritos, hasta que su amo levantò la cabeza y lo mirò. Desbarreaux consideraba con tanta desconfianza como admiracion, al jóven poeta leyendo y meditando una carta de que un mono habia sido portador.

— Todo lo que veo, caballero no puede ménos de maravillarme, dijo friamente, y no comprendo esta comedia.

—No os ocultaré que estoi en el colmo del gozo , le respondió Lepetit que llevaba á sus lábios y arrimaba à su corazon el papel que el mono queria quitarle para imitar sus demostraciones amorosas. He aquí donde está escrito mi destino.

—¿Qué contiene ese papel? preguntò Desbarreaux , que creyò haber sido chasqueado. A fè mia caballero , si no hubiese encontrado tanta razon y juicio en vuestras palabras y en vuestros versos, creería ahora , que os habiais vuelto loco....

—Si amigo , estoi loco de felicidad, repuso el poeta , cuya ecsaltacion se aumentaba cada vez que miraba la carta.

—Pero por último: ¿que os ha sucedido? dadme noticia del suceso , para que yo me regocije con vos , y con vuestro mono que me parece no está de mal humor.

—Sebed, señor; que amo à la mas adorable criatura , y que ella no me aborrece puesto que me escribe por este estilo.

—Es un libro màgico que solo comprenden los amantes , dijo Desbarreaux, devolviéndole la carta que Claudio Lepetit le habia demostrado por via de ensanchar

su corazón, que á veces se satisface sin reflexión. Con su vista adivino que os aman.

—¡Que me aman! repitió varias veces el jóven con transporte. ¿Creeis que me ama? ¿No dudais que me ame?

—Al menos me lo parece, y casi lo juraré dijo Desbarreaux con bondad, aunque yo nada entiendo del lenguaje de los amantes.

—Ella me ama, ó no está léjos de amarme. Me amaré, lo aseguro, porque estoi á punto de sacrificarle mi vida.

—Este amor es parecido al de la religion, y vos teneis aquel fervor de fé que constituye à los màrtires. Yo no tengo vuestra edad, y por eso los mejores ojos de una mujer, me hallarian frio é indiferente. Sin embargo, mi sangre no está aun tan helada que no hierva y chispée por otros sentimientos que me son tan caros, como os pueden ser vuestros amores. He sido jóven y enamorado como vos, y entónces no tenia ese ardor, esas impaciencias y furores que me ponen hoy....

—Ahora á mi vez no os comprendo yó, le dijo el poeta preocupado del verdadero

motivo de su visita.

—Jóven, el amor que ahora me domina es el de la filosofía el de la verdad y de la razon.

—Dispensadme señor, que os haya molestado con las locuras de mi juventud, le dijo con gravedad Lepetit, que no tuvo trabajo en buscar un pretesto para entrar en materia, que se le vino á la mano. Me haceis recordar el motivo particular que me decidiò á visitaros.

—¿Y cual es? replicò Desbarreaux, turbado con este introitque anunciaba una conversacion de otra naturaleza que la precedente.

—Os he dicho que hace poco estoi en Paris; mas àntes de venir habia oido hablar de una sociedad que se reunia para tratar de las cuestiones mas árduas sobre religion, la moral y la política; desde entónces por las noticias que me daban, me sentì lleno de admiracion hácia los que se reunian y de las grandes cosas que se trataban....

—¿Serà verdad que hayais oido hablar de mi academia? le preguntó Desbarreaux

inquieto y lisongeadó à la vez de esta noticia.

—¿Pues qué ignorais que se habla de ello en toda la Francia? Los devotos la maldicen, los filósofos la aplauden y los envidiosos la calumnian.

—Tal es la suerte de la verdad, á su triunfo precede la persecucion y la injusticia, mas al fin triunfa.

—La casualidad dispone tantas cosas en este mundo....

—Todo lo dispone la casualidad; solo ella es señor soberano de todo lo que existe y ecsistirá, exclamó el atheo con petulancia.

—Muchas veces se creería, al ver como suceden las cosas, repuso el jóven, que daba gracias à la casualidad por el encuentro de la señorita Neuville. La casualidad me introdujo ayer en el santuario de vuestra academia....

—¿Quién os lo ha dicho? Solo visteis escritores que cenaban y bebían en silencio; no otra cosa.

—He visto y oído lo bastante para conocer que me hallaba en la academia de los atheos.

—¿Que quereis decir con eso? repuso Desbarreaux, temeroso aun de que se le tendia un lazo.

— Quiero reclamar el honor de ser admitido en la academia, bajo vuestros auspicios....

—¡Vos! exclamó Desbarreaux, teniéndose sobre la defensiva, y dudando descubrir su secreto. ¿Tendriais valor para correr ese riesgo?

— El peligro no puede detener á un hombre de bien, en lo que cree ser su deber. A mas el peligro aquí, no me parece considerable.

—Sin embargo, estábais en mi casa cuando Mr. Guy-Patin se presentó para avisarnos que el Canciller habia dado órdenes rigorosas contra nosotros. Este buen aviso impidió que fuéramos cogidos en el garlito, y á la noche cuando las gentes del teniente de policía hizo el reconocimiento de mi casa solo me encontraron á mi y á mi criado durmiendo, ó fingiendo dormir.

—Aun cuando os hubiesen sorprendido á todos en la mesa, ¿qué mal podia resultar? ¿No hay libertad de pensar como uno

quiere? ¿estamos en tiempo en que hay leyes, penas y verdugos para las opiniones?

—Estamos en un tiempo, dijo Desbarreaux con tristeza, en que se quemaria vivo, al que se le convenciese de atheismo.

—¡De atheismo! repitió Lepetit, á quien esta sola palabra causó un torrente amargo de pensamientos y presentimientos lúgubres.

En este momento el mono, que no habia podido conseguir fijar la atencion de su amo, con saltos y contorsiones, se aburríó de no haber obtenido una mirada; dejó de hacerse el gracioso y de saltar al redor de Claudio que lo rechazaba y separaba con manos y piés, y empezó á andar por el gabinete para hallar algo con que divertirse solitariamente, todo lo ecsaminó todo lo husmeó, todo lo tocó, puso y quitó veinte veces unos mismos objetos, dispersó los papeles, ojeó los libros, metió sus dedos en la tinta, y los imprimió en todo lo que tocaba, se comió el lacre y puso sobre su cabeza en forma de cofia la game-lla llena de serrin que servia para secar los escritos, rompió ó melló los cortaplumas,

derramó una limeta de tinta encarnada sobre un magnífico retrato grabado por Nautenil y cometió una porcion de averias que ni Desbarreaux, ni Lepetit observaron, tan absortos estaban en su conversacion, el uno viendo el modo de poder conseguir los estatutos de la academia de los atheos y el otro preguntando y ecsaminando al neóphito que solicitaba formar parte de esta academia.

La malignidad de Preste Juan se ejercitaba con todo lo que atraia su curiosidad; parecia como que queria vengarze de la indiferencia ú olvido de su amo. Se habia agazapado debajo de la mesa y allí se entretenia en romper los libros que habia reunido á su alrededor, con tanta calma y silencio, como si estuviese cumpliendo algun encargo con órden y discrecion. Despues de haber hecho un monton de papeles rotos, se disgustó de este modo de pasar su tiempo, y para hallar otro, recorrió todo el gabinete, tocando, mudando, husmeando lo que ya habia husmeado, tocado y mudado. Descubrió en un rincon la cartera que Saint-Pavin habia traído y dejado la

víspera en la noche en la sala de cena: esta cartera con una cerradura de secreto en cuya placa exterior se veía esta impia leyenda; ¡*Deus numen!* imitación de la célebre negativa de Bruto, antes de la batalla de Pharsalia; esta cartera digo, encerraba las poesias que su dueño había compuesto para la academia de los atheos.

El deseo de Saint-Pavin era destrozarlas en presencia de sus cohermanos, incitándolos así á que adjurasen sus errores; pero su turbación y la tropelia de su separación, no le permitiéron ejecutar su pensamiento, y la cartera olvidada sobre una silla, fué recogida por el criado de Desbarreaux y conducida à su gavinete. El mono hizo cuanto pudo para abrir la cerradura, sacudiéndola, husmándola, tirándole mordiscos con sus dientes y procurando rasgarla con sus manos; mas viendo inútiles todas sus tentativas, esperó conseguir algo con la dulzura y empezó à lamer, chupar, y acariciar la piel, temiendo le opusiera la misma resistencia; cada vez deseaba mas conseguir su intento, así que torcía en todos sentidos la cartera, y concluyó abrazán-

dola y llevándola fuera del gabinete.

—Es necesario que lo penseis, dijo Debarreaux à Lepetit, que insistia en formar parte con los atheistas: esperad y esperemos.

Esperar! ¿y para que? he tomado mi resolución, añadió el poeta, abochornándose de mentir de este modo; me creo propósito para ser atheista.

—Os advierto, que el oficio nada vale hoy dia: tenemos enemigos poderosos, entre otros el malvado padre Chevassut á quien conoceis y Mr. de Harpedaille procurador general en el tribunal de justicia, el mas furioso de los fanáticos....

—¡Mr. de Harpedaille! balbució Claudio, á quien ese nombre detestable, dió deseos de reunirse à los enemigos del procurador. Yo lo odio.

—Os aconsejo que dejeis pasar la borrasca no es momento para embarcaros con nosotros en un mar lleno de escollos: sin embargo, nos veremos à menudo, y con mucha voluntad os instruiré en la filosofía de los atheista, que aparentais aprobar.

—¿No teneis algun libro ó anuncios de vuestra doctrina, caballero? le interrumpió Lepetit, á quien horrorizaba ese atheismo que finjia aprobar.

—Los libros que lo contuvieran, amigo mio, serian quemados por manos de verdugo, y quizá lo seria tambien el autor y al que se lo encontraran.

—Pero almenos ¿no puedo saber el reglamento de vuestra academia? con qué condiciones podré ser recibido.

—Efectivamente tenemos nuestros estatutos compuestos por el ilustre Theofilo y que contienen un compedio de nuestras opiniones. Os lo prestaré para que lo estudiéis, por que importa lo sepais de memoria el dia de vuestro recibimiento.

—Os suplico que no tardeis en dármelo, porque deseo ser admitido en esta honrada sociedad.

—Aquí lo teneis, dijo Desbarreaux sacando de una cómoda cierto folleto impreso, que presentó al jóven prosélito. Penetraos bien de su espíritu y conservarlo bien en vuestra memoria. Luego que lo sepais perfectamente, lo quemareis.

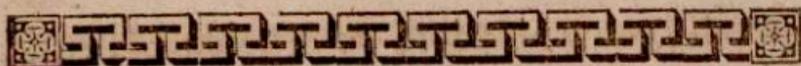
— ¡Cuánto os lo agradezco! repuso Lepetit, que desde luego que tuvo en sus manos los estatutos, que Desbarreaux estaba ya arrepentido de haberle dado, se levantó para retirarse. Pronto volveré y esta misma noche, voy á meditar sobre los estatutos de vuestra academia donde me parece que no estaré de mas. Espero que me reservareis el sillón vacante de Mr. de Saint-Pavin.

— ¡Ay de mi! ¡que duelo, que decadencia! El pobre Saint-Pavin, se halla hoy á merced de los médicos y de los clérigos, locos y católicos.

Claudio Lepetit, á quien esta larga conversacion sobre la academia de los atheos, habia turbado, entristecido é indignado, se apresuró á salir despidiéndose de Mr. Desbarreaux que queria detenerlo aun: pretestó un fuerte dolor de cabeza causado por la intensa aplicacion y reflexiones á que se habia entregado para tomar el partido de los atheos. No se acordó de llamar á su mono, mas éste que lo esperaba en la escalera, lo siguió á la calle llevándose sin que lo hubiesen visto la cartera que o-

cultaba con cuidado á su espalda. Al salir Claudio de casa de Desbarreaux, no pensó en otra cosa que en mirar la ventana del cuarto de Angélica.





III.

EL RAPTO.

EL casamiento de la señorita de Neuville con Mr. de Harpedaille, debia celebrarse al medio dia , en la iglesia de San Victor. Desde las diez empezaron á llegar uno tras otro y de dos en dos cerca de la audiencia criminal conocida por la Tournelle, la gerigonza y cortadores de bolsillos que Sacromoros habia convidado á la ceremonia, para emplearlos en lo que fuese necesario. La Tournelle que ha dado su nombre al puente de piedra que hoy se pasa para ir del cuartel de San Victor á la Isla de San Luis , dió igualmente su nombre à la sala

de justicia del parlamento que juzgaba de los negocios criminales. Era una antigua torre redonda, rodeada de casas antiguas construidas orijinariamente para defensa de Paris en la punta oriental de las paredes del claustro de la universidad: servia entonces de prision provisional á los condenados á presidio, ó la cadena, que debian ir à galeras. Estos condenados felices en haber escapado de la horca, ó de la rueda entraban en esta prision como las almas del purgatorio en el paraiso, y tenian la vida mas alegre posible, bailando, cantando y bebiendo hasta que llegaba el momento de conducirlos á su destino, à un puerto de mar del Occéano ó del Mediterráneo. Los alrededores de la Tournelle donde se veian algunos corrales y almacenes de madera, sin una sola casa, à ecepcion de una horrenda taberna que los barqueros y trabajadores habian ya abandonado; region impracticable al carruage, terreno movedizo lleno de agujeros y surcos, baranca de barro y greda siempre húmeda, estaba tan desierta tan mal opinada y tan peligrosa, como los alrededores de Bicétre.

Sacromoros, el primero que llegó al sitio designado, distribuyó billetes con números y órdenes á los cincuenta que habia convocado. Solos los que tuviesen billete debian tener parte en el botin de esta expedicion, concebida y dirigida como si se tratase de la conquista de una provincia ó del asalto de una ciudad. Sacromoros tomó el disfráz de un peregrino, para introducirse con mas facilidad entre el gentío piadoso que se agolparia al rededor de los novios. Estaba vestido con sayal negro con el cuello lleno de conchas; lo cubria un sombrero de ala muy ancha caido por delante, con imàgenes de plomo y de cobre en forma de diadema, calzado con sandalias de madera amarradas à sus piés desnudos, con tiras de cuero. Un cordon de cañamo rodeaba sus riñones y un enorme rosario de boje pendia de su cintura. En una mano tenia un gran palo blanco y en la otra un cajoncillo con cristal, en el que se veian pretendidas reliquias tomadas en el osario de los santos inocentes, y en la horca de Montfaucon. Una cruz blanca formada en su espalda, daba á entender que habia hecho

voto de ir à Jerusalem, ó mas bien que volvia con aquellas hermosas reliquias, que escitaban al mas alto grado, la devocion y la caridad de los que pasaban; por lo que habia ya reunido una gruesa colecta al venir del patio de los milagros al campo de la Tournelle.

Las gerigonzas que habia escojido, para que le ayudasen entre los mas experimentados del patio de los milagros, estaban como él, armados en guerra, es decir, disfrazados cada uno segun sus atribuciones especiales en el reino argótico, de donde el hospital de Bicetre sacaba cada dia los mejores archicofrades. Habia tunos ó gente de la mazuca vestidos de andrajos militares y la cabeza liada con paños, los brazos en cabestrillo y piernas colgando, para contra-hacer soldados estropeados: habia enclenques que por medio de polvos, unguentos y grasas se habian formado úlceras espantosas, que mostraban á su placer fingiendo padecer mucho, aunque su pellejo bajo estas llagas horribles y vivas, estuviese tan sano como el resto del cuerpo: los hidrópicos, paralíticos y enfermos desempeñaban admirablemente

su papel al punto de engañar à los médicos en la apariencia, y sabian el modo de detener ó aumentar sus pulsaciones segun querian aumentar ó disminuir su aparente fiebre; los estropeados saltaban à pié cojillo ó se arrastraban ayudados de muletas: en cuato á los fulleros, borrachos que solo salian de la taberna para robar con qué beber, solo se notaban por su cara encendida y sus narices llenas de pupas, porque no se sujetaban á librea alguna particular y preferian embozarse en una capa rapienta que les daba cierto aire magestuoso. Estos fulleros, sino eran los mejores escamoteadores de bolsillo, entre los súbditos del gran Coesrre, pasanban por los mas hàbiles y temibles, hacian uso de su cuchillo, y mataban á un hombre con tanta indiferencia cómo á sus pulgas. Creyó Sacromoros inútil mandar otras especies de pillos, como los *urfanos*, los *limadores*, los *mercachifles*, y *guilopos*, &c. que por la naturaleza de su industria y la timidez de su carácter, no podian presentarse á la puerta ni en el interior de una iglesia, y solo habrian servido para incomodar en un golpe de mano y ni aun para cu-

brir los preparativos.

—Hijos míos, dijo Sacromoros á esta tropa escojida de ladrones, tendremos buen dia en san Victor. Los señores del parlamento están convidados á la boda de uno de ellos, y yo igualmente os he convidado por la singular afinidad que reina entre ellos y nosotros, semejantes á la caza y los cazadores, al bigardo y la horca, al gato y al raton, al tocino y la olla. En su consecuencia bravos muchachos, debemos registrar los bolsillos de esos prados cerrados, para ver si tienen algun pedazo de cordel con que ahorcarnos tarde ó temprano.

—Tengo gran temor de no encontrar otra cosa alguna, replicó uno de la jeringonza, que pronosticaba mal de esta expedicion contra los del parlamento.

—Collon! exclamó el gitano: ¿esperas morir en tu cama como un rey haragan? acuérdate de nuestro venerable rey de Tunes que visitaba su reino argótico triunfalmente tirado por dos grandes perros negros, fué á Burdeos para que lo ahorcasen.

—Y podrá ser que tú le sigas, replicó

el ostinado escamoteador de bolsillos, sin intimidarse del murmullo de sus compañeros.

—Nada raro tendria, porque una horca dura mas que un emperador de gitanos; pero entre tanto no dejaré de hacer gallardamente mi oficio y no pienso que se enmohezca la ocasion de hoy. Aqui teneis para que esteis alerta un escudo blanco de tres libras, para cada uno de vosotros favoritos mios, para que no penseis que se os manda trabajar á solo pérdida.

—¡Viva Sacromoros! gritaron todos los gitanos, recibiendo la gratificacion que se les ofrecia: ¡que sea ahorcado el último de todos nosotros!

—Creo que no os desagradará, pero antes de llegar à ese extremo, cuento haber cortado mas cordones de bolsas que sean necesarios para apretar el gazonate à todos los alguaciles del mundo: por eso el dia que me ahorquen habrá tanta concurrencia que ninguno de vosotros saldrá con las manos vacias.

—¡Viva Sacromoros! gritaron los de la gerigonza, con visiones, contorciones y gestos burlones: morirá siendo gran Coesrre.

—Yo no deseo que nuestro gran Coesrre se vaya á unir al último rey de Tunes, que por la barba de mi padre ni lo conozco ni lo he visto, pero si me viese en su lugar y dignidad, quitaria el imperio de los mendigos y pondria en todo su honor al patio de los milagros.

—¡Viva! ¡viva! ¡viva! Sacromoros! nuestro gran Coesrre está viejo y débil, sin voluntad ni poder; ¿no es tiempo ya que su reinado acabe?....

—Boca cerrada, belitres, trapaceros, enclenques, morralla y fulleros, interrumpió el gitano. Los buenos habitantes de la Tournelle se asoman á las ventanas y se imaginan que van á librarlos; no permanecemos mucho, por temor á los guardianes. A mas no teneis bastante tiempo para beber y comer el escudo que os he entregado.... Pero aqui faltan dos fulleros; Agujeros por todas partes, y Machaca hierro.

—Agujeros por todas partes, respondió uno, al pasar por la calle de las lencerias, vió una pieza de lienzo, que parecia estar esperando que alguno la cojiese, la sacó del sitio donde estaba colocada, pero no die-

ron licencia para que se hiciese camisas por que lo arrestaron inmediatamente, y la pieza de lienzo se halla ahora muy incomoda por estar participando del arresto en el Chatallet. El prócsimo ahorcado será él.

—Machaca hierro, está castigado, dijo otro, por haber traspasado sus atribuciones, se dió el tono de un enclenque, se hizo una magnífica *pierna de Dios* con arina, escrofularia y sangre de buey, pero un cirujano lo encontró, tuvo piedad de él, y lo obligó á que se dejase curar en medio de la calle y las supuestas úlceras le fueron lavadas y limpiadas con agua muy clara: los papamoscas testigos de la cura, se indignaron à punto de apalear à Machaca hierro rompiéndole un brazo y haciéndole heridas verdaderas.

—Procurémos, dijo Sacromoros, que no se note su ausencia y tengamos cada uno tres manos, para meterlas en las faltriqueras ajenas. Atended al órden de las ceremonias. Desde las once, los amigos de los desposados y los curiosos vendrán á la Iglesia de san Victor, donde como en los alrededores habrá gentío. Vosotros enclenques

poneos en el camino de la boda enseñando vuestros tumores , inchazones y cánceres, gritando y lagrimeando de modo que se compadezcan los ojos , las orejas y las faltriqueras del mismo modo que se os paga para dejar el puesto ; vosotros buboneros haced jestos doloridos , y decid que no os admirará morir pronto de peste; vosotros estropeados y muleteros paseaos con altanería en la Iglesia preguntando si vendrá el duque de Beufort , con quien habeis militado en la armada, ó bien el mariscal de Turennes que fué vuestro general en muchas campañas gloriosas , vosotros pillos en general , saltando á pié cojito y con muleta no dejéis de estropear como podais las piernas de los concurrentes para aumentar la confusión y el tumulto....

—¿El botín será comun y repartido despues , segun las clases de saqueadores? interrumpió un fullero , que se distinguía por su atroz figura.

—Si, mis pollitos, cada uno llevará su ganancia al patio de los milagros , y esta tarde se hará el reparto entre todos , segun el privilegio y mérito de unos y de otros.

al que retenga un ochavo ú ocultase una blanca, lo condeno á ser colgado por las orejas durante una hora, para que se acostumbre á serlo por el pescuezo. Al que venga sin haber escarvado cosa alguna será azotado con ortigas.

—Monseñor archicofrade, dijo otro fullero que habia consultado con los suyos, ¿robaremos tambien la abadía?

—¡Hola! en esto emprenderiais una tarea peligrosa, valerosas gentes de uña y rufianes, veo que nada hay pesado, ni que queme para vosotros; pero por esta vez no toqueis á nada de la abadía, ni á los vasos sagrados de la iglesia, buscad vuestra pobre vida en la bolsa de vuestros buenos amigos del parlamento.... idos donde teneis que hacer, guitonead, pordiosead, suplicad como buenos pordioseros de la tuna, hasta que entre la boda; entónces aguardando la señal que será un graznido de ave rapiña, tomad los mejores sitios, y echad el ojo á los mejores y mayores bolsillos. A esta señal vosotros pillos empezad la danza, echad vuestros frascos de fuego en lo mas espeso de la barahunda, gritad que la iglesia se

quema, en seguida abrid vuestros morteretes haciendo tanto humo que parezca tinieblas, al abrigo de las que despojaremos á todo el mundo que no pensará sino en huir y librarse de empujones. Todo os los entrego para que saqueis lo mas posible, escepto la novia á quien me reservo.

—Es decir ¿qué os reservais las mas ricas joyas? repuso un fullero, zeloso de esta reserva. La novia me gusta à mi.

—Tunante, le dijo Sacromoros pelliscándole en un brazo que aparentaba estar medio podrido, tal era el color de las llagas que se le veían, no te olvides que soy el rey de esta fiesta y que tengo derecho al mejor pedazo del guisado. Si te atreves á ponerle la mano encima, yo te pondré el cuchillo.

—Es justicia lo que dice Sacromoros, dijeron los pillos que se pusieron del partido de éste. Estos villanos de fulleros nunca están contentos.

—A creerlos, dijo un mazuco, el oro y la plata se ha hecho para ellos, y para nosotros el cobre y el hierro.

—Los fulleros se han hecho muy tira-

nos , dijeron la morralla: quisieran oprimir á todo el reino de los mendigos , estos malvados. Ganan mas que nosotros y casi nada traen à nuestro tesoro general.

—Hola! hola! estais muy envanecidos con vuestras úlceras y vuestras postemas, dijo un tuno que se iba arrimando echando mano à su cuchillo , pero á pesar de todos los diablos verdes y negros , sabriamos hacer unas llagas mas temibles y que os durarian mas; buhos infernales.

— ¡Hola! compañeros y hermanos , interrumpió Sacromoros , permaneced en paz y no tengais esas disputas de borrasqueros, que divierten à los que pasan y hacen ladrar à los perros. Venios à la boda majos mios , y procurad conduciros como sabeis. El gran Coesrre tiene la vista sobre vosotros.

Ya se hiban aglomerando multitud de curiosos en rededor de la Iglesia de San Victor , ocupando la carrera que los novios debian traer viniendo de la isla de nuestra señora. La Iglesia estaba llena antes que los parientes, amigos y convidados hubiesen llegado. Los nombres de Harpedaille y de

Neuville se oían de boca en boca y había en los corrillos ciertos oradores officiosos, que daban noticias mas ó ménos ciertas sobre las familias, el caudal el carácter y procedentes de ambos esposos. Las campanas no habían dejado de repicar desde muy de mañana y los campaneros esperanzados de una buena gratificación no se sentían cansados de este ensordecedor repiqueteo.

Entre este concurso popular se veía à Claudio Lepetit, vestido como lo estaba la primera vez que vió á Angèlica con la sola diferencia, que su sombrero con plumas, en vez de estar inclinado sobre la oreja izquierda, quedando así el rostro descubier-
to, le caía sobre los ojos y daba sombra à sus facciones alteradas con vivas y punzantes emociones. Se hallaba en pié é inmóvil bajo la bóveda de la portada gótica que servía de entrada principal à la abadía de San Victor y que se habria sobre un gran patio rodeado de edificios, al fondo de los que se hallaba la iglesia, donde el público era recibido á toda hora del dia. Respaldado sobre la pared y con los brazos cruzados en su capa no hacía caso de ese gentío que le

daba codazos, lo empujaba y oprimía: miraba atentamente á su rededor sin reparar en aquellas personas estrambóticas que veía al pasar y que se paraban una tras otras à su frente; oía ruido vago y lejano sin entender lo que decían, las risotadas y gritos que se daban à su lado: muchas veces salió solamente de esta muda ansiedad, para acercarse á alguno que no le parecia extraño á la boda y preguntar con turbada distraccion y voz ronca apagada, si se verificaba ó no el matrimonio. La respuesta afirmativa que le daban, le despedazaba el corazon.

—¡Hola monseñor! le dijo una voz gangosa que no conoció al pronto. Os estoy muy agradecido de haber hablado á S. M. por nosotros.

—No, no, este matrimonio no se realizará, se decía à si mismo Claudio Lepetit, á quien su interlocutor le tiraba de la manga, sin conseguir que reparase en él.

—Desde que me prometisteis proteger los intereses del pergamino, le dijo la persona que se le habia arrimado, que no era otro que el hermano Eustaquio portero de la

abadia , se ha dado por el rey una órden importante para los pergamineros de la universidad....

—Hermano , le dijo el poeta, acordándose de este fanático defensor del pergamino. ¿Pedro Pelletier está en casa?

—Aun no ha sacado hoy el pié de su celda , pero no creais que esté trabajádo en sus iluminaciones; duerme, y sueña despierto. Este hombre nada ama tanto como la pereza , á pesar de su prodigioso talento para escribir é iluminar.... ¿no habeis visto algunas de sus obras? ¿No habeis vuelto á visitarlo me parece, despues de lo que pasó en la iglesia? Siempre he creido que fuisteis vos , quien tuvo la gran disputa con el gran chantre , pero á nadie lo he dicho sino al hermano Pedro , que no está conforme....

—¿Bajará el hermano Pedro al coro para el casamiento que se prepara? preguntó Lepetit deseoso é impaciente por evadir las preguntas indiscretas del portero.

—¡Oh! para eso seria necesario que bajase su celda con su cama , su sillón y su mesa. Ya sabeis que no es muy piadoso, y

se le sospecha que apenas es cristiano; copia voluntariamente los libros de las horas de coro, pero en revancha nunca los lee; es un mal fraile, y un excelente obreiro.... Os diré confidencialmente, que han querido citarlo à capítulo, para preguntarle sobre ciertos artículos de fé....

—¿Su celda, preguntó distraído Lepetit, está á la bajada del gran claustro, en un largo corredor que está frente á la escalera?

—Puede jurarse que habeis estado en ella cien veces. ¿Quiere usted que lo lleve? Os enseñaré de paso el pergamino que he preparado para el famoso Mr. Jarry, que ha confesado que no se fabrica otro igual en ninguna universidad de Francia.... Presumo que sois tambien gran conocedor, aunque seais un gran personaje. ¿Que especie de escritura ó pintura hacéis sobre pergamino?...

—Id, os suplico, y decid al hermano Pelletier que me aguarde en su celda, le contestó bruscamente Claudio Lepetit que comprendió por el murmullo y refluencia del pueblo que el acompañamiento de la

boda se apróximaba , el que todo fuera de sí , los ojos saltando , pálidos y temblando los labios , cubierto de un sudor frio , se mezcló con el gentío , donde no se atrevió á seguirlo el hermano Eustaquio.

La desventaja de la talla del jóven poeta , fué causa que se hallase como perdido entre aquella turba , que cada vez era mas compacta y ajitada. Todas las cabezas sobre pujaban la suya , y aunque se levantaba de puntillas para descubrir al lejos el objeto que buscaba inutilmente hacia algunas horas , no pudo conseguirlo porque su vista le estaba impedida por todas partes , y los sombreros inmediatos formaban una muralla impenetrable. Requirió con imperio à los que le rodeaban para que le hiciesen sitio , pero nadie se incomodó , ni aun volvieron los ojos para mirarlo porque la llegada de los esposos atraia toda la atencion de los espectadores que cuidaban de ver , sin dárselos nada por los que no veian. Lepetit, cada vez mas apretado en este tornillo viviente presintió el momento en que seria ahogado , y se sirvió de sus manos , para desasirse de la opresion del popula-

cho , auxiliado por una especie de peregrino que empleó su fuerza y la autoridad de su traje, para contener y separar á esta multitud obediente, al aspecto de un sombrero adornado con tantas imágenes , y de una capa guarnecida de conchas. El peregrino habia asido á Lepetit por el brazo, y lo conducia rápidamente á la iglesia donde ámbos entraron á pesar del obstáculo del gentío que embarazaba las avenidas y llenaba el interior , nave , cruceros y capillas: solo el altar mayor y el coro destinado para los monjes de San Victor no habia sido invadido , gracias á la intervencion de los alguaciles de policía que fué necesario pedir para mantener un poco de orden en esta turbulenta reunion.

Estaba ya dispuesto Claudio Lepetit á dar gracias á su guia, que aun no habia mirado, atribuyéndole á un instinto de caridad cristiana, el servicio que este desconocido acababa de prestarle , facilitándole un pasaje por entre multitud de gente grosera , que no hubieran cedido una pulgada de terreno, por súplicas , amenazas, ni con violencia, cuando advirtió, y no sin sor-

presa, que el peregrino que marchaba paso á paso delante de él, tenía enérgicos asistentes en cierta clase de mendigos y en ciertos individuos de aspecto sospechoso, que le hablaban al oído ó se sonreían con inteligencia.

Llegaron ambos hasta la balaustrada de hierro que rodeaba el santuario, y desde lo alto de cuatro gradas, que subieron á duras penas, atravesando una cuadruple hilera de curiosos, dominaban todo el gentío y podían dirijir su vista á todas las partes de la iglesia. Las campanas repicaban á vuelo, y el ruido confuso del gentío, acercándose mas y mas anunciaban que los esposos estaban próximos á parecer. En este momento Claudio Lepetit, llena el alma de dolor, de rabiá y desesperacion, se hallò cara á cara con el peregrino, al que aun no habia dirijido la palabra; quedóse estupefacto, con su vista fija y la boca entreabierta, al reconocer á Sacromoros que le preguntaba con los ojos si estaba pronto á cumplir su promesa.

—¡Eres tú! exclamó el jóven con angustia y tomándole las manos entre la suyas,

como hace un amigo con otro. ¡Ah! temia que me hubieseis olvidado.

—¿Y vos hermoso señor, le dijo el gitano con truhaneria que encerraba un fondo de malicia y de perfidia, habeis hecho alguna cosa para mí?

—Jamás pensé que este casamiento se realizase, dijo Lepetit descorazonado, me parecía que ella debia aborrecerlo mas que yo le aborresco.

—En vos consiste que tenga ó no lugar.... pero hablemos poco y obremos mucho, porque ya llegan los novios.

—¿Has venido para prestarme el auxilio necesario? le preguntó con viveza el poeta, que por una especie de inspiracion comprendió, que podria ganar la puerta lateral que comunicaba de la iglesia al convento, en el caso de no conseguirse robar á Angélica.

— Os daré señor, mejor auxilio del que creéis: pero antes, ¿donde están los estatutos de la academia de los atheos? ¿donde los cincuenta luises.

— Aquí tengo la suma y los papeles, le dijo Lepetit, que ya los habia medio sa-

cado de la faltriquera y volvió à introducir por prudencia, mas que por desconfianza.

—En hora buena , dadmelos señor , repitió Sacromoros, tendiendo su ancha mano con dedos callosos á la faltriquera de Claudio , que guardaba la entrada maquinalmente.

—Es esto lo que me has ofrecido? replicó el jóven, indicando con un movimiento de cabeza , el aspecto general de esta número-sa concurrencia , entre la que no circulaba otra preocupacion , que la de curiosidad , y que parecia mal preparado para ser el foco de un gran tumulto. Lo que estas gentes quieren es un casamiento.

—Ya lo verémos: pero vos sois el amo de elejir por ellos. Entregadme los estatutos y los cincuenta luises y....

—De buena gana , con tal que muevas aquí tal desórden que me facilites arrancar la novia del altar.

—Es cosa convenida , mi querido enamorado , y en el instante que los esposos esten en su puesto , daré la señal á mi gente que solo la aguardan para poner el desórden y confusion en planta en el concurso,

y favorecer el rapto. Así , que dadme esos bellos estatutos y esos luises de oro limpios.

—Dinero en mano y obrar , dijo Lepetit, que no quiso espolearse á ser engañado. Cumpliré mi palabra al mismo tiempo que tú cumplas la tuya.

—¡Ah señor! pensais jugar al mas sagaz, le contestó Sacromoros ofendido de la desconfianza que se le manifestaba, en una ocasion en que estaba decidido á servir con franqueza los intereses de los amantes. Yo deberia castigaros de juzgar tan mal de mi: pero nada importa , quiero pasar por lo que querais , y voy á mostraros un poco de mi poder antes de ecsijir la recompesa, pero guardaos de engañarme.

—¡Dios mio! balbució Claudio , que titubeaba y se ponía cada vez mas pálido, á medida que el acompañamiento se acercaba al altar.

—Valor! le dijo el gitano , que conoció que le iba á faltar al jóven la resolucion. ¿Será necesario tambien à vos?... ¿robaré la muchacha contra su voluntad? Decidlo y con algunas piezas de oro mas os la llevaremos hasta Pontoise si lo quereis.

—¡Miserable! repuso el amante horrorizado del auxilio que se le ofrecia: que nadie sea osado tocarla con un dedo....

—He! he! señor poeta errante, al fin os he encontrado, interrumpió con voz gruesa Guy-Patin, que estaba en el sitio reservado á las familias de los novios, y que lo dejó para venir con gran trabajo á donde estaba Claudio Lepetit, á quien sorprendia muy desagradablemente dándole golpes en la espalda.

—Ah! perdone usted señor, balbució el poeta, que miraba con terror á Sacromoros, para saber si se preparaba á dar la señal.

—Por qué diablos os haceis invicible á vuestros amigos? continuó él con malicia, por que yo soi muy vuestro para convenir en que os he visto ayer noche. Voto á sanes, la comedia habria sido completa, á no ser la batalla del mono con el desgraciado padre Chevassut, que está en guerra con todo el mundo....

—Caballero, ruégoos encarecidamente, dijo Lepetit á media voz, que no solo tenia ojos para la desposada.... pueden oiros....

—Pero tambien pueden conoceros. ¿No

esaquí mismo, donde tratasteis mal al dicho reverendo y á la confesion?

—Señor, señor teneis tan á corazon el perderme. Ved lo que habeis hecho; me miran y se preguntan quien soi yo....

—En verdad sois bastante bello, para que las mugeres os guíen con el ojo y el corazon, los hombres á la vista de vuestros vestidos os tienen por uno de los mas perfumados cortesanos de Versailles. Al caso, ¿os han convidado al casamiento con motivo de las gracias de vuestro mono?

—Caballero, un tunante acaba de robaros vuestro bolsillo, le dijo á Guy-Patin el gitano siendo él mismo el que con destreza se la habia estraído, haciéndolo pasar de la faltriquera del doctor á la suya. Ved, le dijo señalando á un venerable limpia bolsas, ahí le teneis pidiendo perdon á Dios de haberos robado. Sin embargo no griteis *ladrones* por no escandalizar, pero idos á él y haced que la vomite.

—Compadre, le respondió Guy-Patin, á quien no engañó con esta ficcion y hechó una mirada aterradora sobre Sacromoros, muchas gracias por el aviso. No grites tu

al ladrón, de lo contrario haré yo tu *eco* añadió sacando su bolsillo de la faltriquera del pillo; ves á robar donde yo no esté.

—Este generoso proceder vale una recompensa, dijo agradecido Sacromoros. Ahora caballero, no os apresureis á huir y tened cuidado con vuestro bolsillo.

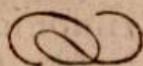
Las voces del órgano presidieron y anunciaron la ceremonia. Los esposos estaban delante del altar; Mr. de Harpedaille con semblante radioso y aire de triunfo, Angélica pintada en sus facciones el dolor; el uno mas feo, mas repugnante mas horrible en su gozo, que púrpuraba sus mejillas y ensangrentaba sus ojos; la otra mas bonita, mas seductora mas adoradable, apesar de la palidez, de sus lágrimas y de aquella emosion creciente, que la hacia mirar aun lado y otro del gentío con mirada inquieta. Vió entónces á Claudio Lepetit que contemplaba inmovil y resignado, y comprendió que no permaneceria espectador indiferente de este odioso matrimonio, y esperó con ansiedad pero con un destello de esperanza. Claudio se indignaba con sus miradas y daba prisa á Sacromoros para que ejecutase

el rapto. Guy-Patin se habia vuelto para saludar y decir alguna palabra atenta á los que acababan de llegar. Todos ocupaban su sitio. Los esposos se habian arrodillado al lado uno de otro, y el sacerdote que debia casarlos subia las gradas del altar. ¡Era el padre Chevassut!

—He aquí el momento: dijo Sacromoros á Claudio Lepetit, presentando su mano abierta. Voy à dar la primer señal. ¿Y los cincuenta luises?

—Aquí están, le respondió el jóven latándole violentamente el corazon: en ese bolsillo hay triple cantidad de la que te he ofrecido.

—¿Y los estatutos de la academia de los atheos? preguntó el gitano que habia levantado sus brazos por encima de su cabeza, ya es tiempo que dé la segunda señal.... ¡Hou, houhou, houhouhou!





IV.

LA CELDA.

IMITÓ Sacromoros con tanta perfeccion el silvido de un mochuelo, que todos los que lo oyeron creyeron que el pájaro se hallaba anidado en alguna corniza, pero miraron este silvido como de fatal agüero para los esposos. Claudio se aprocsimó á Angélica que no lo perdió de vista y esperaba algun acontecimiento. Mr. de Harpedaille inquieto con el motivo que podria distraer así à la señorita Neuville, miró de reojo por el lado que ella miraba, y reconoció con rabia al jóven que creia ser su rival preferido: mas antes de decidirse á tomar un

partido y hacer salir de la iglesia à este desconocido que aborrecia como à un enemigo declarado, la señal del gitano habia ya producido su efecto. La gerigonza mezclada entre el gentío, se pusieron en movimiento; unos abrieron cajetas llenas de ingredientes fumigatorios, rompieron botellas que contenian raices combustibles y pusieron en movimiento pequeños fuelles que arrojaban un humo negro y punzante; otros encendieron triquitraques que arrojados al suelo, corrian encendidos entre las piernas de los asistentes, y quemaron polvos de lycopode en estufillas ocultas bajo sus capas; estos tiraron al aire ceniza y hollin, que caia por todas partes sobre los concurrentes; aquellos sembraron asafétida por donde pasaban y todos á una voz gritaban, *fuego, fuego*, grito que en un momento se hizo general. Entónces presentaba la iglesia, un horrible espetáculo de desórden. El humo que en veinte partes diferentes de la iglesia se elevaba en espesas nubes, ocupando toda la nave, hizo creer la realidad de un incendio, porque en esta oscuridad ficticia, se veian brillar

aquí y allí , llamas y luces siniestras. Todos querían huir y este apresuramiento unánime hacia imposible la fuga. Obstruidas las puertas por gentes que se ahogaban, no daban paso á nadie, y mientras mas se aumentaba el aprieto , mayor era la desesperacion y el furor de los desgraciados que se esforzaban á sustraerse del peligro del fuego , y que luchaban ciegamente unos contra otros. Los gritos de terror , se mezclaban con los de dolor mas penetrantes y confusos que aquellos. Este gentío movido en todos sentidos por el temor y dominado por el sentimiento instintivo de la conservacion , se empujaba , se atropelleba , se paraba y torcía como un elemento; era un caos de cabezas que topaban unas con otras , de brazos que se lastimaban , de pies que se ajitaban, de cuerpos que se aglomeraban. Ni las mugeres , ni los niños , ni los ancianos, gozaban privilegio para ser considerados ni respetados en este conflicto tumultuoso , el mas fuerte oprimia al mas débil. En esta maza viviente todo era un brutal egoismo, en que cada individuo hubiera sacrificado á los otros , por salvarse asi mismo.

Los cómplices de Sacromoros en nada reparaban, sin embargo de no aprovecharse de la cuota que se les habian ofrecido. Los cojos habian recobrado sus piernas, los mancos usaban de sus manos, los paralíticos habrian desafiado al mas ligero, los enfermos estaban ya curados. Solo Dios sabe la abundante cosecha de bolsillos, collares, zarcillos, anillos, y cinturones que cojian estas gentes honradas, que en aquel momento no temian ni á los alguaciles de la cuadrilla de à caballo, ni la consecuencia de sus maldades en la otra vida. Fulleros enclenques, pillos y morrallas, pasaban revista á todas las faltriqueras, con maravillosa destreza y à veces sus manos se encontraban encarnizadas en un mismo objeto y faltriquera. No necesitaban, ni se daban tiempo para quitar las bolsas del pelo, desenganchar los zarcillos y arrancar cinturones, tiraban, desgarraban y cortaban todo lo que hacia resistencia: se llevaban las orejas con los pendientes que las adornaban, casi ahorcaban á las mugeres al arrancarles los collares con violencia, robaban las capas cubriéndose con ellas por detras y ponién-

doselas inmediatamente con lijereza. Continuaban las voces *fuego* y à ninguno le ocurría gritar á los *ladrones*, ni aun á los que maquinalmente defendían sus bienes.

Sacromoros que se habia reservado los ópinos despojos de los señores del parlamento, no por eso dejaba de dirigir las operaciones de su cuadrilla dando gritos agudos que resonaban entre el clamor general. No se olvidó de despojar completamente á Mr. Harpedaille, que se dejó robar sin decir palabra y que no sintió á qué manos pasaba su bolsillo, sus puños de encaje, sus armiños y hasta su gorro de procurador del rey. Estaba atortolado y sin hallar á su lado la que ya creía poseer como muger: estendió á su rededor las manos esperando encontrarla: divagó en el vapor opaco y fétido que le rodeaba, sus ojos pitañosos y lagrimosos, pero no vió á Angélica, y en cambio recibió en las manos algunos golpes que con placer le diera Sacromoros con su palo de peregrino, que no podia tener mejor uso. Tambien el presidente Neuville, estaba atormentado con pensar que habia sido de su hija y pregun-

taba por ella á su yerno , que se esplicaba á si mismo la desaparicion, con la presencia del rival desconocido, que encontró inmediato á la novia cuando el tumulto principió.

— ¿Es usted Mr. Guy-Patin , dijo el presidente al médico á quien creyó reconocer en la gazapela ¿á visto usted á mi hija?

—Creo que està segura , le contestó Guy-Patin , sin sospechar un rapto. Un bello jóven la llevaba desvanecida en sus brazos. ¡Mal haya el Mazarino!

Al verlo se hubiera creido que era el piadoso Eneas, salvando del saco de Troya à su padre Anchises y sus pennates.

— Este es un rapto, repuso rechinando los dientes Mr. de Harpedaille, rapto en lugar santo , frente al altar , y en la misa del casamiento.

—No , replicó el presidente Neuville, no es rapto, alguna alma caritativa que quiso poner en seguridad á mi pobre hija....

— Os digo que es un rapto , repitió el procurador general; rapto ecsecrable , sacrilego , digno del último suplicio. El raptor morirá en la rueda.

—Esto parece haber sido una falsa alarma, dijo el presidente que tuvo bastante prudencia para no moverse de su sitio, en vez de comprometerse entre el gentío desenfrenado.

—¡Quien lo duda! dijo Mr. Guy-Patin, que tuvo bastante presencia de espíritu para conservar su bolsa. Los ladrones han fraguado todo el alboroto.

—El raptor es el que habrá apostado raterillos y vagamundos para cometer ese desorden, añadió Mr. de Harpedaille, cuyo furor estaba en su colmo.

—Desde luego pensé que se había pegado fuego á la iglesia y á la abadía, pero gracias à Dios veo que no hay nada.

—Brazos y piernas rotas, costillas hundidas, liciaduras, magulladuras, esto habrá, añadió Guy-Patin frotandose alegremente las manos. ¡Buen lance para los cortadores de carne humana, llamados cirujanos y para esos verdugos de médicos que matan impunemente con grandes dosis de antimonio.

El humo, que había sido tan espeso que no podían distinguirse los objetos á tres pa-

sos de distancia, principiaba á disiparse, y por grados se iba restableciendo la calma en las gentes que ya no tenían que temer el fuego y se echaban en cara no haberlo tenido de los ladrones. Estos cargados de botin no aguardaron á que estallase el resentimiento general contra ellos con injurias y amenazas. Los pillos que tuvieron parte en esta expedicion atrevida, atravesaron el gentío aun conmovido y temeroso, sin ser vistos ni detenidos, ganando por diferentes caminos el patio de los milagros, donde aguardaron hasta la tarde á su jefe Sacromoros que no habia parecido.

En el momento de la señal dada por Sacromoros á sus compañeros, se deslizó Claudio Lepetit hasta llegar á Angélica y le dijo al oido que no se inquietase por lo que sucediese, que se confiase á él que estaba allí para cuidarla; mas esta prevencion dicha con inquietud, produjo un efecto contrario al que aguardaba Lepetit, por que la imaginacion de Angélica se preocupó de tal modo con lo que pudiera suceder, que los preludios de esta terrible escena de desorden y espanto, la cojieron sin fuerza ni

voluntad: entònces conoció que amaba á aquel jóven que solo habia venido allí por ella, y que tenia proyectos que no se atrevia á aprobar con su voto. Miró tiernamente à Lepetit de un modo que parecia decirle: «me entrego à vos y à mi destino» é inclinando la cabeza sobre el hombro del jóven, que se adelantó à recibirla, perdió el movimiento. Ya el humo se habia esparcido por la iglesia, ya el pueblo se precipitaba à las puertas gritando ¡fuego! y Lepetit creyó aquel momento favorable y arrebató entre sus brazos à la señorita Neuville, à quien cuidó de tapar con su capa al llevàrsela. En las primeras angustias de un terror pánico, los concurrentes y aun Mr. de Harpedaille y el mismo presidente de Neuville, no repararon en este rapto ejecutado con singular ligereza y con rara felicidad. Claudio Lepetit desapareció entre una nube de humo, que Sacromoros levantó detrás de él antes que pudiesen notar la ausencia de la novia, y de su silla desocupada. El único que vió la accion del poeta fué Guy-Patin.

—Haceis amigo mio lo que debió hacer el esposo dijo él médico animándolo,

con un gesto. Así sabreis lo que pesa una muger.

—En nombre del cielo os pido que no me nomeis, respondió con tono suplicatorio Lepetit, que no por eso abandonó su empresa.

El gentío se agolpó á la puerta principal sin acordarse de la lateral que comunicaba con el convento, por eso Claudio no encontró obstáculo que lo detuviese. Hacia esta puerta se dirigió temblando de encontrarla cerrada; afortunadamente no lo estaba y en ello tuvo un gozo, como en verse fuera de la iglesia con su preciosa carga. Atravesó rápidamente el gran claustro sin ver una figura humana porque todos los frailes estaban convocados al coro para asistir al casamiento de Mr. de Harpedaille y oír una alocucion del padre Chevassut á los esposos; volvió la cabeza para cerciorarse que no lo seguian, y se persuadió que el cielo aprobaba su intento, pues todo parecia favorecerlo. Subió aceleradamente la escalera que conducia á las celdas de los frailes y atravesó cuan largo era el corredor donde estaban sus puertas has-

ta llegar á la de Pelletier , que era la última. Varias veces volvió la cabeza asustado con el eco de sus pasos que lo seguia , y al fin se paró estremecido á la puerta de la celda de Pelletier, sobre la que habia escrito su amigo este mote filosófico y casi epicuro , aunque tomado de S. Agustin: *otium domini labor est*. Escuchó de nuevo reteniendo su respiracion que chillaba en sus pulmones sin resuello. En el interior de la celda reinaba un profundo silencio , y el pensamiento de que Pedro Pelletier no estuviese en ella , á poco lo rinde y desespera. Llamó y nadie respondió; llamó mas fuerte y un pequeño ruido le dió á entender que alguien venia á abrirle. Claudio se preguntaba con ansiedad , si era aquella la celda de su amigo, en la que solo habia entrado una vez sobre tarde sin imaginar que podria tener necesidad de conocerla. El mismo Pedro Pelletier le abrió la puerta bostezando , y retrocedió admirado á la vista de Lepetit, que sin dirigirle la palabra penetró en la celda oscura y depositó á Angélica sobre el colchon que el fraile dejara con sentimiento. Este cerró tranquila-

mente la puerta porque no habia visto lo que Claudio ocultaba bajo su capa.

—Al fin ete aquí, amigo pasajero, le dijo con un gesto de reconvencion. Creí que te hubieras vuelto á Jerusalem y que pasarían dos años sin escribirme. Hace diez dias que estás en Paris y apenas te he visto....

—Habla mas bajo, te suplico, interrumpió Claudio Lepetit, que cayó desfallecido, de cansancio y emocion, sobre un banco lleno de libros revueltos.

—¿Y porqué? todas las celdas están vacías; nuestros hermanos están en el coro, con motivo de no se qué casamiento solemne, en el que nuestro gran chantre predicará....

—¡Ah! amigo mio cállate; si se sospechase que yo estoy aquí, estaba perdido y perdido con ella.

—¿Claudio, mi pobre Claudio, te has vuelto loco? le dijo el hermano Pedro, mirándolo con tierna compasion. ¿Es la poesía ó el amor quien te ha trastornado el espíritu? Ya caigo; habia olvidado tu altercacion con el padre Chevassut, y el rencor que te conserva el santo hombre.

— Pedro, ¿no oyes pasos en el corredor? le preguntó Lepetit cuya escaltacion aumentaba, léjos de disminuirse. Escucha.... escucha....

—No hay nadie, dijo Pedro Pelletier, que escuchó por complacer á su amigo. En tal caso, nadie puede ser sino el hermauo Eustaquio....

—No abras la puerta á alma viviente, exclamó el poeta poniéndose delante del lego, que se disponia á mirar al corredor.

—Me estremeces de veras Claudio, le dijo abrasándolo afectuosamente Pedro Pelletier: ¿te persiguen? ¿es preciso que te ocultes? ¿has cometido alguna nueva imprudencia? ¿has hecho algun epigrama ó sátira contra algun poderoso, ó has escrito algunos versos atrevidos, en parage público?

—¿Estamos seguros en la celda? le preguntó con seriedad y tristeza Lepetit, que tenia el ojo fijo, sobre la desvanecida Angélica.

—¿Qué quieres decir con eso? repuso el lego, que dudaba aun del estado de la razon de su amigo: ¿qué tienes que temer? explícate, me afliges y me asustas.

—Pedro cuento contigo para que me hagas un gran servicio: es preciso que me ocultes en tu celda con ella.

—¡Callad! repitió el lego, que aun no comprendia el sentido de esta palabra, y que insistia en creer turbada la razon de su amigo.

—Si llaman á la puerta, no abras, si te llaman no respondas, interin estamos ocultos aquí.

—¿Y porqué te ocultas? ¿porqué quieres que yo tambien me oculte? Vamos Claudio, confiesame francamente lo que te haya sucedido: ¿es alguna riña, ó algun desafio el que te obliga à ocultarte así? ¿Ha conseguido el padre Chevassut, alguna orden contra tí? ¿que es pues? acaba de decirlo.

—Amigo mio, le respondió Lepetit, bajando la voz como si alguien lo escuchase, he robado à Angélica.

—¡Angélica! repuso el lego aturdido, à quien este nombre no trajo ningun recuerdo, y que ni aun creyó fuese de muger.

—Te acordaràs de aquella señorita de calidad que conocí en la iglesia cuando el padre Chevassut le oia la confesion.

—Ya! dijo Pedro Pelletier, haciendo un esfuerzo à su memoria, para hallar alguna idea medio borrada de este hecho. ¡Cabeza loca!

—Iban á casarla con un hombre que aborrece y que no puede amar, à decir verdad á un mónstruo de fealdad é indignidad, al procurador general del rey, en la sala de justicia, Mr. de Harpedaille. Solo habia un modo de librarla de este mónstruo, y fué necesario robarla.

—Robarla! dijo el hermano lego, uniendo sus manos, y fijando una mirada de consternacion sobre el raptor. ¡Robar una muger, gran Dios!

—¿Debia, ni podia dejar que se consumase ese matrimonio? no, mil veces no. Me habria muerto de rábia y desesperacion y preferí robarla.

—Dices tú que has robado una muger á su marido! tú Claudio! no te creo, no has podido cometer semejante crimen.

—El crimen es mas bien de su padre, que la sacrificaba, que entregaba á la pobre niña, à un viejo y horroroso marido. Verdaderamente un crimen efectivo no me

hubiera detenido para libertar y poseer á mi Angélica: ahora es mia, y primero me quitarán la vida que separarme de ella.

—Desgraciado que has hecho? te perseguirán, te descubrirán y te castigarán, este rapto puede conducirte á galeras.

—Vamos Pedro, no me entristezcas ántes de tiempo: à lo hecho pecho, y si en vez de galeras fuese la horca no me desdeciria.

—Pero ¿cuándo y cómo has ejecutado esa mala accion? le dijo el lego con voz ahogada y lágrimas en los ojos.

—Ahora mismo, y aquí mismo en la iglesia de S. Victor, amparado de un tumulto hecho en los concurrentes....

—¡Que dices! en la iglesia y durante la celebracion del matrimonio? pero eso es imposible, todos lo hubieran visto y lo habrian impedido....

—Sí, si todos no hubiesen huido, porque se gritaba ¡fuego! ¡fuego! la iglesia estaba llena de humo y temo que se quemé....

—Nuestra iglesia! exclamó Pelletier

que aun oia el rumor y los gritos de la muchedumbre. Corramos y vamos à auxiliarlos.

—No irás, ni saldrás, le dijo Lepetit deteniéndolo. Necesito de tu socorro para llevarla fuera de la abadía....

—¡Señor que es lo que veo! interrumpió el lego que hasta entónces no habia visto à la jóven tendida sobre la cama, y que se imaginó ser una vision, apesar de los gestos de su amigo que le indicaba à Angélica como la persona robada.

—Pedro no la asustes con esas exclamaciones ridículas; por el contrario sosiégala unido à mí para que vuelva en sí.

—¡Una muger en mi celda! dijo Pedro Pelletier, sin atreverse à mirarla cara á cara. ¿Que pensarian de mí, si se supiese....

—Eres realmente mi amigo? le dijo en voz baja el poeta, temblando que una expresion imprudente aumentase la turbacion de Angélica.

—Soy tu hermano, soy otro tú, repuso el lego, con la efusion de la amistad mas decidida: mi querido Claudio, dispon de mí, à tu placer.

— Pues bien, dámos asilo á los dos hasta la noche, y en llegando, condúcenos fuera de la abadía: lo demás Dios lo hará.

— Claudio, aun es tiempo, reflexiona lo que emprendes, y vuelve atrás si es posible al borde del precipicio. Hoy ó mañana te prenderán y te acusarán de haber cometido un raptó, y recibirás el castigo. Créeme, restituye esa muger á su marido, yo me encargo de llevarla....

— Cállate, le interrumpió Lepetit, irritado con semejante propuesta que lo hizo reir de compasión.

— Caballero, dijo la señorita Neuville que acababa de recobrar sus sentidos, y que miraba á su rededor atónita sin poder comprender dónde se hallaba. Caballero, repitió tímidamente dirijiéndose à Claudio Lepetit, á quien reconoció y à quien no se atrevía á mirar; ¿á dónde me ha traído usted? ¿dónde está mi padre? ¿qué ha sucedido? este es un sueño, no es verdad?

— El sueño, el sueño terrible que se ha disipado, es vuestra union con Mr. de Harpedaille, respondió el raptor con respeto y ternura.

—Esa union que se hacia contra mi voluntad , me hubiera matado muy pronto de pesar: ¿pero estais seguros que no se verificará?

—Sería necesario para eso , que volviereis à poder de los que os tiranizan. No quiera Dios que tal acontezca señorita.

—No es el pesar de haber perdido á Mr. de Harpedaille, al contrario , ahora le odio mas que nunca. ¿Pero donde estoy?

—En la celda de un hermano lego amigo mio, que no nos hará traicion, y delante del que podemos hablar con libertad.

—Tengo la cabeza trastornada , dijo Angélica pasándose la mano por la frente y levantándose con trabajo no me acuerdo....

—Si tuviese alguna cosa que poder ofrecer à esta señorita, dijo Pelletier á Claudio.... Aquí no hay mas que agua....

—No salgas , le contestó el amante, que tuvo la delicadeza de no querer quedarse solo con Angélica. Solo necesita reposo.

—Ahora bien, mi querido caballero, dijo Angélica sonriéndose con suave melan-

colía. Referidme lo que ha pasado.

—Estàbais á punto de ser esposa de Mr. de Harpedaille y la providencia no lo ha permitido: ocurrió un gran tumulto entre los concurrentes , gritaron que habia preso fuego en la iglesia: todos huian en desórden , y yo solo pensé en vos.

—He aquí, me parece, la segunda vez que me salvais la vida , dijo ella , con una emocion que hacia temblar su voz; si señor, el cielo os ha enviado dos veces para socorrerme ; antes de ayer contra un perro rabioso y hoy contra un incendio....

—Nada deseo tanto como estar siempre comisionado en la guarda de vuestra persona, y de una vida que me es mas querida que la mia.

—¿Mi padre corrió algun riesgo en ese alboroto? ¿vió que vos me librateis del aprieto?

—Nadie me ha visto ; ó al ménos me ha conocido, todos tenian bastante con pensar en si mismo y no en negocios ajenos; á mas el humo era tan espeso y punzante que los ojos nada percibian. Estoy seguro, que à estas horas, están muy empeñados en

saber dónde parais y cómo salísteis de la iglesia, porque yo os tenia cubierta con mi capa....

—Mi padre pues, està en el duro trance de no tener noticias mias, si muero ó vivo, ni si volveré....

—Le harémos saber lo mas pronto posible, que estais sana y salva y que os presentareis à él cuando no temais ser violentada à casaros con quien no amais, mas hasta entónces os aconsejo, os conjuro, á que no os presenteis.

—No quiero casarme con Mr. de Harpedaille dijo Angélica, á quien esta firme resolucion dió ánimo para bajarse de la cama y fué recibida en los brazos de su amante. No me casaré con él, repitió con enerjía, y antes moriré.

—No morireis, le contestó Lepetit con entusiasmo, el que se aventuró á apretarla contra su pecho: vivireis para ser feliz y para hacer dichoso á un hombre que os ama, y que està pronto á derramar su sangre por vos.

—Ignoro señor quienseais, pero os creo muy honrado para querer engañar á una

jóven de distincion que en nada os ha perjudicado y que no os perjudicaria por precio alguno. Desde ahora ecsisten entre vos y yo, vínculos de reconocimiento, que no pienso romper, y me lisonjea mucho deberos la vida á vos mas bien que à otro. ¿Me habeis dicho vuestro nombre?

—Mi nombre! ¿qué importa mi nombre, aun oscurecido, y que espera un rayo de gloria para brillar á vuestra vista? Me llaman Claudio Lepetit.

—¡Claudio Lepetit! repitió la señorita Neuville, en quien este nombre encontró eco. Ese es tambien el nombre del autor de un precioso libro en versos....

—Nunca he tenido mas vanidad en ser poeta, que cuando supe que leiais mi obra, interrumpió sonrojándose Lepetit, que sacó de su pecho y le presentó el volúmen de *la escuela del interés y universidad de amor*, que encontró sobre el banco en la iglesia de S. Victor, despues del primer encuentro con la penitente del padre Chevassut.

—¡El autor vos de la *escuela del interés*! exclamó Angélica, con aquella especie de orgullo que siente una muger, al descu-

brir un mérito nuevo en el hombre que ama. ¡Sois poeta y no me lo deciais! Si, he leído vuestro libro con extremo placer y lo volveré á leer con mas gusto, desde que conozco al que lo ha compuesto. Ya veis que no soy del todo ignorante....

—Claudio, le dijo ingenuamente Pelletier, estabas muy léjos de prever que tus poesias te grangeasen el corazon de esta bella persona.

—Si os parece saldremos de aquí, dijo Angélica que ignoraba hubiese sido robada; vos mismo me conduciréis á casa de mi padre, y le direis lo que habeis hecho para conservarle su hija: no os desmentiré....

—Silencio interrumpió el lego, que puso el oido sobre la cerradura; alguien hay en la escalera y viene de este lado....

—No nos movámos, no sea que nos descubran, dijo Claudio Lepetit á la señorita Neuville á quien tenia abrazada. Es preciso que lo sepais señorita, si me arrestan y me juzgan, seré condenado á galeras porque os he arrebatado por via de raptó.

—¡Un raptó balbució Angélica; á quien

se le cayó al suelo la corona de laurel.
¡Condenado á galeras!

—Hermano Pedro, dijo el portero que rascaba suavemente la puerta: abrid sin temor, soy yo: vengo á informaros de lo que ha pasado....

—Hermano, Eustaquio, os suplico que me dejéis le respondió el lego, para cortar un monólogo del portero, estoi trabajando.

—¡Ah trabajais! ¿escribis ó pintais? En ámbos casos estareis contento con mi pergamino; ¿es blanco fino unido y pastoso?...

—No digais à nadie que estoi aqui encerrado, para poder concluir esta iluminacion que dibujé ayer. Me siento con ganas de trabajar.

—Muy bien. ¡Cuànto daría por veros á menudo con tales ganas!... ¿habeis oido la zambra? ¿No creiais que ardia la abadía? pues no ha sido mas que una falsa alarma inventada por los escamoteadores de bolsillos. El padre Chevassut ha hecho cerrar las puertas del convento. El casamiento que debia celebrarse, ya no se hará: la novia ha desaparecido, y se cree la robaron á viva fuerza....

—A mi nada me importa eso , le dijo Pedro Pelletier con impaciencia. ¿Se os ha puesto sobre el corazon turbar así mi labor?

El hermano portero fué sensible á esta reconvencion, que el lego no le había aun dirijido , y se marchó inmediatamente , admirándose del ardor laborioso , que por primera vez veía en Pedro Pelletier.

Angélica , que comprendió la posicion en que se encontraba el poeta por su causa, no hablaba una palabra ; pero bajaba la cabeza y lloraba , no sabiendo lo que podia aguardar y debia esperar. Claudio Lepetit sentia caer las lágrimas sobre su mano , y se indignaba de no poderlas enjugar con mil juramentos de amor , que sus ojos no podian espresar tan elocuentemente como sus lábios. Pedro Pelletier se estremecía al pensar , podia ocurrirle á uno de sus superiores llamar á su puerta y mandarle comparecer. Un paso grave y mesurado se aproximaba á la celda: llamaron fuerte con el puño de un baston que resonó en el umbral.

—¿Dormis, amigo Pedro? dijo Guy-Patin con acento agudo. Abrid sino estais dur-

miendo para que pueda reir hasta hartarme en vuestra celda. He visto con mis ojos el rápto de las sabinas, es decir, el rápto de los bolsillos, de las capas y todo lo que puede robarse en este mundo, comprendida una graciosa novia, la señorita de Neuville.... *¡quis temperet à risu!*

—Caballero, interrumpió Claudio Lepetit, contra-haciendo su voz, el hermano Pedro Pelletier murió ayer, y mañana lo enterramos.

—¡Pedro ha muerto! exclamó el médico sorprendido y afligido con esta noticia; ¡muerto sin haberme avisado! ¡muerto quizá de una dosis de emético! ¡muerto este excelente fraile. ¡Ay de mi! es la suerte de los buenos y de los malos, *mors omnia vincit*. ¡Pobre Pedro, le gustaba tanto dormir! De profundis!





V.

EL GITANO.

EL presidente Neuville y el procurador general regresaron á la casa de Harpedaille, donde los recibió madama Lemasle con gritos y gemidos: nada sabian de la suerte de Angélica. Todas las personas que se hallaron al rededor del altar mayor, á distancia de poder ver á los esposos, fueron inutilmente preguntados y ninguno daba indicios que pudiesen servir á las indagaciones que Mr. de Harpedaille dirijia por si mismo, en jubon y destocado, equipaje poco imponente en que lo dejára Sacromoros despues

de darle buenos golpes en los dedos.

Solo un muchacho contó , haber visto à un jóven caballero , llevarse la novia bajo su capa , pero no supo dar otras señas que indicasen la pista del raptor. Guy-Patin, tuvo la habilidad de evitar un interrogatorio, que le habria incomodado, metiéndose en la abadía , antes que de orden del padre Chevassut , se hubiesen cerrado las puertas. Por lo demás , se formó proceso verbal en forma, sobre el atentado cometido en la iglesia, sin omitir nada de lo que podia caracterizar el rápto perpetrado con circunstancias inauditas de violencia, sacrilegio y tenebrosa premeditacion. En seguida se llenó de espías todo el cuartel de S. Victor , de alguaciles y soldados que reconocian las casas y las personas; pero ni aun les pasó por la ímaginacion registrar la abadía.

Sentado Mr. Neuville en su biblioteca y delante de un bufete ; caida su blanca cabeza sobre sus manos , derramaba en silencio làgrimas , que se habria abochornado manifestar, y no respondia á las tempestuosas alocuciones de Mr. de Harpedai-

lle. Este cuya horrible figura, se hacía mas horrorosa con la espresion animada de cólera y zelos que le dominaban, se paseaba á pasos largos, cojeando, todo lo largo de la sala, golpeando con los piés, parándose por intervalos delante del presidente, escuchaba inmóvil; sucesivamente iba de la puerta à la ventana, levantaba los puños como amenazando à un enemigo ausente, mordía, hasta sacarse sangre, sus labios cárdenos, empujaba brutalmente los muebles y suspirando como un buey que se derriba. Aun no habia pensado en remediar el desórden que los ladrones pusieron en su vestidura de novio, y no vió que en estas evoluciones frenéticas, su peluca estropeada con tantos sacudimientos, concluyó por caersele de la cabeza y cubrir al caer uno de los caballetes de la chimenea.

—Yo encontrarè al raptor, aunque se ocultáse en las entrañas de la tierra, decia, haciendo horribles gestos de furor: quiero verlo puesto en la rueda en Greve. Pero vos señor presidente, no manifestais ninguna emocion por lo que ha sucedido, antes bien, estais con una calma y clemencia

à la vista de todo esto, que cualquiera pensaria que no teneis ningun interés; que vuestra hija no lo es, y que yo no soy vuestro yerno.

—¡Que reconvencion tan importuna, señor! dijo à media voz el presidente Neuville, continuando con su cara entre las manos. ¿No estais viendo mis làgrimas?

—En verdad, no es este negocio de làgrimas, sino de arrestar, de juzgar, condenar y mandar la ejecucion del culpable.

—¿Y ese culpable, quien es, y donde está? ¿existe acaso mas que en vuestra imaginacion, señor procurador general?

—¿Si ecsiste? ¿sois vos señor presidente el que aun lo dudais? ¿no os he dicho, que he vuelto à ver en la iglesia á aquel jóven desconocido que hace tres dias sigue à vuestra hija, el que mató al perro rabioso en la plaza Dauphine, el que se introdujo disfrazado trayendo un mono en la concurrencia, ante la que debia firmarse el contrato matrimonial, aquel en fin, que por conducto de su mono, entregó un billete à Angélica, billete que ha rehusado ostinadamente dejarme leer, ese rival insolente

que dia y noche està delante de esta casa y que tiene inteligencia con vuestra hija?

—Señor procurador general, dijo con dignidad el presidente, ultrajais à mi hija y à mí, con tales calumnias.

—¡Hojalá fuesen calumnias! afirmo, señor, y lo digo condolido, que vuestra hija ama á ese jóven....

—Una jóven de buena familia, solo ama al marido que le dan sus padres, y ella os amaria sino la hubiesemos perdido....

—¡Perdido! exclamó Mr. de Harpedaille con mas rábia que sentimiento. Os juro que pronto se hallará, y de no....

—El cielo os oiga y ausilie: pero yo no puedo desechar los mas fatales presentimientos: temo que mi hija haya muerto.

—¡Muerto! repitió el procurador general que no participaba de los temores del presidente Nenville. ¿Creeis que haya atentado à su ecsitencia?

—No: pero ha habido en las puertas de la iglesia gentes lastimadas, sofocadas en la opresion, caidas al suelo.... si ella fuese una de las víctimas....

—No, he visto yo por mis ojos los

muertos y heridos: toda es gente del pueblo y de lo mas bajo, no hay motivo para temerlo.

—¿Y á dónde puede haber ido? ¿cómo saldria de la iglesia, cuando las puertas estaban obstruidas y sin que nadie la viese? Semejantes hechos forzarian á creer en las brujas. Si se ha ocultado en alguna parte para dejar pasar el peligro, volverá sin duda aunque sea sola.

—Creedme, señor presidente, estaba de acuerdo con ese audaz mozuelo que ha cometido el rápto, y que la tiene consigo sin duda de buena voluntad.

—Si así fuese juro por mi salvacion, que la maldeciria, exclamó el presidente Neuville, levantando las manos al cielo.

En esto entró un criado y advirtió á Mr. de Harpedaille, que un hombre queria hablarle en negocio de justicia, diciendo ser urgente. Creyó el procurador, que venian á traerle noticias de Angélica y de su raptor. La esperanza de vengarse brilló en sus ojos de chacal y se despidió del presidente, que lloraba como un niño por la idea de que nunca volveria á ver á su

hija. Los consuelos y seguridades que este anciano recibía de su yerno no hacían mas que aumentar su aflicción, porque empezaba à sospechar, que Angélica tenía una adversión invencible, al esposo que quería darle, y sintió por primera vez en su vida, que tenía corazón de padre

—Bergante ¿eres tú? dijo el procurador del rey à Sacromoros, á quien reconoció bajo su traje de peregrino, al gitano, que al quitarse el sombrero se quitó también su larga barba y cabellos postizos.

—¿Qué tienes que decirme de nuevo de los atheistas? despacha, porque no es lo que mas me importa.

—Si os incomodo, señor, le respondió Sacromoros con tono embaucador, volveré mañana, aun que hace tres horas estoy esperando.... en este instante....

—Quédate, tunante, y veamos que traes.... Al caso, ¿sabes algo particular respecto al alboroto ocurrido en S. Victor?

—¿Qué alboroto señor? replicó haciéndose el sorprendido é ignorante. Sé, que vuestro matrimonio, se ha celebrado con gran pompa esta mañana.

—Si no sabes mas que eso, estás muy atrazado de noticias. ¡Mi matrimonio! está aplazado, dijo Mr. de Harpedaille torciendo la boca y frunciendo las cejas. Han robado á mi muger

—Han robado à la señora procuradora general! exclamó irónicamente Sacromoros, que se gozaba en la cólera y desasociago de Mr. de Harpedaille. ¡He aquí un rápto maravilloso! el tal que se ha atrevido á emprenderlo no es rana, lo aseguro; es un golpe maestro que me deslumbra.

—No te rias, no sea que vayas preso por complice de esta fechoria. Que me entreguen el ráptor, y haré con él un ejemplar memorable para los raptores que le sigan.

—No me rio, señor, mas bien lloraré de ver á un honorable magistrado como vos, sin peluca y vestido como un bailarín.

—Sí, los ladrones de la cuadrilla me pusieron en este lastimoso estado durante el alboroto.... Pero estoy pensando que puedes servirme mejor que ningun otro....

—Procedamos con órden si os parece, monseñor, interrumpió el gitano, sacando

de su belludo pecho, los papeles que le di-
ra Claudio Lepetit. Desde luego teneis que
entregarme una suma de tres mil francos
en moneda sonante y de curso, segun nues-
tro ajuste.

— ¡Nuestro ajuste! dijo Mr. de Harpe-
daille, á quien solo preocupaba el rápto de
Angélica. ¿Qué personage representas con
tus conchas y rosario de peregrino? ¡Mise-
rable! ¿te atreves á vestir ese traje piadoso
como si fueras un santo varon?

— Monseñor, los espías toman impu-
nemente todos los trages que les acomodan,
le respondió con desvergüenza el gi-
tano. No hubiera dudado para lograr mis
designios, vestirme con las insignias de pro-
curador general. Pero pagadme las tres mil
libras prometidas, en cambio de este pe-
dazo de papel.

— *Academia de los atheos*, leyó Mr.
Harpedaille, desplegando el papelon im-
preso, que le presentaba Sacromoros.

— Y bien, ¿estais satisfecho? le pregun-
tó con aire de suficiencia mezclado con
malicia. ¿No he hecho bien mi papel? ¿creeis
que todos los peregrinos que van á Roma,

traen tan preciosos papeluchos? ahí teneis esos estatutos de la academia de los atheos.

—No son bastante tres mil libras para recompensar tan bella adquisicion, dijo el procurador general, á quien el gozo de poseer estos estatutos, hizo olvidar todos los contra-tiempos de su casamiento. Aquí dentro hay materia para condenar á veinte atheistas, sin que ninguno pueda quejarse de haber sido mal juzgado.

—Dadme la recompesa tan grande como querais, dijo descaradamente Sacromoros, pero no acepto ménos de tres mil libras.

—Tendràs cuatro mil contestó Mr. de Harpedaille, he escrito al señor Canciller para que te haga entregar esa suma.

—Nada tengo que hacer con el señor Canciller, sino con vos monseñor, replicó lazándole una mirada de reojo Sacromoros, que se temió le tendiese un lazo. Pagadme, monseñor, en el acto, puesto que teneis la mecánica en la mano.

—Importa que veas al señor Canciller, y que le cuentes como han venido estos papeles á tus manos.

—Por vida mia! señor procurador general, le dijo con arrogancia el gitano, esto no es lo convenido.

—Monseñor el Canciller te preguntará; tú le responderás, y si le agradan tus respuestas, te doblaré la cantidad.

No veré á vuestro Canciller, dijo Sacromoros encolerizado: no llevaré el embolismo que estais escribiendo, que no puede ser otra cosa, que una orden para que me detengan en las prisiones del rey. ¿Lo ois? añadió con tono amenazador: os aconsejo que me despacheis.

—¡Hola! asesino desvergonzado, dijo Mr. de Harpedaille, que se levantò para llamar á sus criados; parece que te aventuras hasta á amenazarme?...

—¡Hola! señor procurador general, replicò con insolencia el gitano, mirándolo cara á cara y apretándole el brazo con tanta fuerza, que le dejó señalados los dedos en él. Ahora estamos solos, vos sin arneses de caperuza encajada, sin porteros, escribanos ni alguaciles; y yo sin hierro ni esposas, armado con este puño, que puede con un golpe haceros saltar la tapa de los sesos y

caso de necesidad , con cierto cuchillo....

—¿Tendrias intencion de asesinarme? dijo Mr. de Harpedaille, pálido y temblando y á merced de aquel mal hombre.

—De la intencion al hecho , solo habria la distancia que hay del puño á la hoja, le contestó Sacromoros teniéndolo siempre asegurado. Mientras que hablamos así tranquilamente de nuestros negocios , continuó diciéndole con befa , deberia yo preguntaros cuanto vale una oreja.

—Voy á contaros los cuatro mil francos que habeis ganado , le dijo con terror el procurador general reparando que el gitano no tenía mas de una oreja.

—¿Estimais , monseñor , que vuestras dos orejas puedan remplazar la que me falta? preguntó alegremente Sacromoros guiñándole con malicia.

—En efecto , es inútil que vayais en casa del señor Canciller , dijo Mr. de Harpedaille , que no creía pagar ni aun con las dos orejas.

—Acordaos de esto , monseñor , repuso el gitano, que gustaba la venganza de prolongar el terror de Mr. de Harpedaille. Ha-

ce diez años, y entónces no erais aun procurador general en la sala de justicia, sino solo consejero, aunque bien acostumbrado á juzgar y condenar gente de poca valía. Tal era vuestro oficio, y le dabais gran importancia, porque la picota, la rueda y la horca, no estaban para dar gracias á vos. Un dia presentaron ante los jueces, un jóven piojoso que habia pedido limosna en la prosecion del voto de Luis XIII, de feliz memoria: este aprendís de mendigo confesó su oficio y se escusaba con que la caridad de las gentes de la prosecion, solo le había producido seis sueldos, y cuatro dineros, jurando que no volverian á cojerlo y que en adelante no pordiosearia mas que en las ferias. Los señores estaban decididos á perdonar al muchacho sin hacerle pagar la multa, pero otro juez mas terrible, que por cierto fuisteis vos, habló tanto y tan bien que se le concedió una oreja del pacífico....

¿Y que te importa á tí una oreja? exclamó el procurador general, que esperaba con la entrada de alguno librarse de las represalias.

—Lo mismo os digo yo. ¿Que necesidad

teneis de dos orejas, monseñor? pero aun no es tiempo que os las corte y consiento en que las conserveis hasta que estén maduras. Solamente estad entendido, que me pertenecen y que solo teneis su uso.

—¡Ah! esas chanzas te costarán bien caras! se decia así mismo Mr. de Harpedaille, yo tiraré tan fuertemente de la oreja que te queda, que la cabeza la seguirá al patíbulo.

—Entretanto seamos buenos compañeros, dijo Sacromoros con aire de pillo: pagadme las cuatro mil libras, y á mas el arrendamiento de vuestras dos orejas.

—Este tunante las pagará todas juntas, decia en vos baja el procurador general, abriendo al mismo tiempo un cofre muy lleno de luises y doblones.

—Cuatro mil libras son las que necesito, ni mas, ni ménos, exclamó el gitano, á quien la vista del oro puso de buen humor.

—Ea pues, monseñor, meted vos mismo las manos, porque la mia puede tener liria: poned separadas las cuatro mil libras en este saco, monseñor, os creo muy hon-

rado para que me perjudiqueis en un escudo. ¿Están bien aquí dentro las cuatro mil libras?

—Podeis contarlas con vuestras manos, le dijo Mr. de Harpedaille, entregándole el saco y mostrándole la puerta.

—He aquí, mi amable monseñor, un negocio arreglado; pero el segundo está pendiente. Cuanto me pagais por el alquiler de vuestras orejas?...

—Esto es ya demasiado, dijo el procurador general, que quiso llamar gente, pero que fué detenido en su sitio por el puño vigoroso del gitano.

—No tenemos necesidad de testigos, como para un acto celebrado ante escribano. Arreglémonos amistosamente.

—¡Infeliz! no puedo oponer la fuerza á tus violencias, exclamó Mr. de Harpedaille, con los ojos encolerizados y echando espumas por la boca. Si quereis cometer un hurto, hacedlo á vuestro riesgo y peligro. Ese cofre está abierto, tomad, quitad, y llevaos lo que os dé la gana.

—¡Quitad! monseñor, yo no soy un ladrón, exclamó Sacromoros con mages-

tuoso desden. Os reclamo sí, el precio de dos excelentes orejas que hacen convenientemente su oficio y no ceden á otras en figura; orejas, que son tan mias, que no tengo mas que alargar la mano para tomarlas, orejas que consiento dejaros en depósito mediante un premio.

—¡Aun lo mismo! tomad, tomadlo todo, dijo el procurador general, á quien se le agotaba la paciencia y el espíritu con esta lucha. En nombre del cielo te pido que te retires.

—Por complaceros monseñor, tomaré unos cincuenta doblones, que no es el tercio valor de vuestras orejas, y despues para que quedemos buenos amigos, jurareis sobre este crucifijo que nunca me reconvendreis sobre este trato.

—Estás abusando de que no tengo defensa, infame; decia entre dientes el procurador del rey, á quien Sacromoros arrastraba ácia el crucifijo.

—¿Os parece este juramento mas considerable que algun otro? Ea, jurad con la mano levantada que no me reconvendreis por el negocio de vuestras orejas.... jurad

por vuestra sangre, repitió con voz siniestra dejando ver el brillante acero de su puñal.

—Lo juro; respondió Mr. de Harpedaille dejándose caer sobre un sillón: Vete detestable bribon, sal y ten cuidado....

—Estoy muy descuidado con vuestro juramento, al que no os atreveréis á faltar. ¿No estais contento con nuestro pequeño tráfico? Os quedais dueño de vuestras queridas orejas, tanto cuanto dure nuestro arrendamiento; poseeis esos preciosos estatutos de la academia de los atheos....

—Te he dicho que te vayas, bellaco execrable; decía el procurador del rey animado é indignado. Procura no caer en mis manos....

—Mejor hariais, mi leal señor, en contemplarme en vez de amenazarme, le dijo Sacromoros, moviendo la cabeza con singular espocision de fisionomía. En la ocurrencia actual podré serviros, y en cualquier caso difícil y urgente puedo ayudaros mas que otro alguno. Desde ahora estoi determinado á trabajar para vivir, y emplear mis ganancias en obras de piedad....

—Cesa de importunarme , interrumpió Mr. de Harpedaille, con un movimiento desdeñoso y colérico que moderó en el momento.

—Atended , estoy seguro que os serviré bien , mi buen señor. Por ejemplo: ¿no deseariais hallar á vuestra muger?

—¡Que dices! ¿podrias volverme á Angélica? dijo estremecido de gozo y esperanza el procurador del rey , que sé abalanzó al gitano para abrazarlo casi con transporte. ¿No me engañas? ¿conoces á su raptor? ¿sabes donde la oculta ese bribon? ¿puedes volvermela?

—¡He aquí la inconstancia de los hombres! Hace poco era un tunante digno de la horca y de la rueda y aun de quemarme en aceite hirviendo , y ahora....

—Y ahora serás mi salvador y mi amigo, repuso Mr. de Harpedaille fuera de sí, con la esperanza de recobrar á Angélica, y olvidando su carácter de magistrado , como los grandes ultrajes que acababa de sufrir, para arrancarle el secreto á Sacromoros.

—En cuanto à vuestro amigo, no lo soy ni quiero serlo monseñor, le dijo con risa

sardónica: prefiero vuestro dinero á vuestra amistad.

—Te daré lo que quieras sí me descubres al raptor, le contestó Mr. de Harpedaille, con acento de súplica la mas esforzada.

—Vaya, ¿y que queriais hacer? Es necesario que nos entendamos: ¿à quien quereis encontrar, á la niña robada, ó al raptor?

—A los dos. Me vengaré de ese hombre que me ha ultrajado, y á la que casi era mi muger. Dime, quién es?

—Nuevo trato con nuevas condiciones. Ofrecedme una nueva cantidad, con un salvo conducto en blanco y mañana....

—¡Mañana! interrumpió el procurador del rey, agitándose y marchando á grandes pasos por el gabinete. ¡Mañana! será ya tarde. No, ahora mismo....

—Pues buscad otro que os sirva mas pronto: por mi parte no puedo, y me retiro. Si podeis aguardar hasta mañana al amanecer, quedareis contento de mí.

—Mañana! y hasta entónces que será de ella, estando á merced de su raptor. Sin duda alguna tu lo conoces.

—Lo conozco lo mismo que vos , por haberlo visto y hablado con él , nada mas; ni aun sé su nombre , ni me dá cuidado ignorarlo.

—Lo conozco yo? repitió Mr. de Harpedaille , trayendo á su memoria todas las sospechas que habia concebido desde el momento del rápto , y que pasaban de una á otra persona.

—Sin duda: ¿no acompañabais á la señorita Neuville , cuando ese jóven galan, mató al perro rabioso en la plaza Dauphine?

—Estaba cierto que él debia ser , dijo el procurador del rey , haciendo interiormente el mas solemne juramento de vengarse. ¡Ah! entregamelo , entregamelo.

—¿No entró anoche en casa del presidente Neuville , para enseñar un mono adiestrado? ya veis que lo conocéis tanto como yo.

—Oh! lo conozco, solo lo he visto las dos veces que has dicho y tambien otras al rededor de la casa , y tambien lo ví en la iglesia antes del alboroto.

—Igualmente le ví yo y le hablé: mas

en cuanto á decir quien sea , no puedo á ménos de ser como lo creo de la academia de los atheos.

— ¡Será cierto! dijo con petulancia el procurador del rey , que asentó desde entónces sus proyectos de venganza sobre esta vaga acusacion. ¿Serà un atheista?

— Seguramente , puesto que he recibido de su mano los estatutos de su academia , que os he entregado: á mas era uno de los de la cena que se tuvo la otra noche en casa de Mr. Desbarreau; y la noche anterior no asistió á la reunion que se verificó en la casa de Mr. Saint-Pavin , porque prefirió quedarse en el Puente Nuevo para esperar , ahora lo comprendo , que pasase la señorita Neuville , como sucedió. Por lo demás , es la cara mas hermosa que puede verse.

— ¡Atheista , atheista! murmuraba Mr. de Harpedaille , cuyo furor se aumentaba, con el elogio prodigado à la beldad de su rival. ¡Qué placer tendré en condenarlo a fuego!

— ¡Y bien! monseñor; dijo el insaciable gitano, que mas bien hubiera dejado de

tomar, que pedir, ¿cuanto me gratificareis por esto?

—He aquí una prenda de mi reconocimiento, le respondió el procurador general, que vació su mano llena de monedas de oro, en las dos manos unidas de Sacromoros. No regatearé por un servicio de esta naturaleza, porque en esto no paga el Canciller, soy yo solo el que paga. Ves á apoderarte del raptor....

—Mañana, replicó el gitano, ya que habia hecho su plan para hallar la pista del jóven poeta, á quien iba à hacer traicion con tan poco escrupulo, como tuvo para servirlo. Me recomiendo á vuestra generosidad monseñor, para que taseis el precio del servicio que voy á haceros, cuando no tengais mas que condenar al fuego á vuestro atheista.

—¿Me devolverás á Angélica sana y salva? continuó Mr. de Harpedaille, que trataba de engañarse á si mismo, sobre los riesgos á que está continuamente espuesta una muger robada....

—Mañana: repitió Sacromoros con obstinacion. Jamás un mismo sol verá servir

à dos amos, el uno contra otro. Mañana al amanecer, tendreis noticias mias.

— ¡Mañana! repitió tristemente el procurador del rey, que se desesperaba con la idea de haber de dejar á su futura, una noche entera en poder de su amado rival.... Hasta mañana pues, añadió suspirando: necesito pensar en mi venganza para aguardar tanto tiempo.... mañana....

Daban las ocho en el reloj de S. Victor, cuando con mucho silencio se habria la puerta de la celda de Pedro Pelletier. El lego se presentó el primero con una linterna encendida en la mano, la que levantó para que su luz se esparciese lo mas lejos posible en la oscuridad del corredor, que nadie habia pisado desde el anochecer. Escuchó con cuidado y no oyó ruido que pudiese indicar la presencia de alguno de los individuos de la abadía. Todos se hallaban encerrados en sus celdas durmiendo, hasta el toque de maitines. Despues de haberse asegurado Pedro Pelletier de que nada habia que temer en la escalera, en los clàustros y el jardin, salió con paso lento al corredor é hizo señal à Claudio Lepetit pa-

ra que lo siguiese con precaucion. Este no se hizo esperar y lo siguió sosteniendo à Angélica, embozado en su capa y cubierta la cabeza con la capucha negra de Pelletier: ella, estaba pálida como la muerte y próxima á desfallecer á cada paso que daba, bien que su amante la animaba para que tuviese valor y esperanza, entónces lo miraba con tímida espresion de ternura mezclada con melancolía y hacía un nuevo esfuerzo.

Bajaron lentamente al jardin, conducidos por el lego que los precedia, á quien preguntaban el camino que debian seguir, entraron en las calles de bojes y anduvieron mas vivo. El aire fresco de la noche habia reanimado á la señorita Neuville, y acababan de disiparse sus temores: desde aquel momento se creía unida á la suerte del hombre que tanto se habia comprometido por ella, y no tenia ya remordimientos por seguirlo, como si fuese su legítima esposa; solo se echaba en cara el disgusto, que su rápto debió causar á su padre y se huviera estremecido de presentarse ante él. La luna que salía del horizonte hacía inútil

la luz de la linterna y revestía con blanca claridad todos los objetos inmóviles, que tomaban formas y apariencias fantásticas: los árboles apenas cubiertos con nuevas hojas, la copa del boje y los almedillos, cambiando de figura con un reflejo ó una sombra, se pintaban como seres animados, se movían se alejaban y acercaban. A cada instante Angélica asustada tendía sus brazos á esta fantasma que al momento se convertía en ramas y follages, alumbrados por la luna, y movidos por el aire. Llegaron al fin á la estremidad del recinto de la abadía, y Pedro Pelletier abrió con mucho trabajo una pequeña puerta secreta, cuya cerradura enmohecida no habia sentido la acción de la llave, hacia muchos meses; la vigorosa mano del lego, triunfó de esta dificultad é hizo ceder la resistencia del pestillo, que no quiso cerrarse de nuevo. Claudio y Pedro se abrazaron silenciosamente.

—¿A donde caminas así, pobre incensato? dijo el lego á su amigo, cuyas lágrimas se mezclaban con las suyas en las mejillas: ;Te pierdes desgraciado!

—Callate Pedro, le dijo Claudio en

voz baja, temblando de ver disiparse la resolución de Angélica. El hombre no está perdido, cuando le aman. Te doy gracias por el auxilio que nos has dado, no esperaba yo menos de tu antigua amistad, debiendo tu, en desquite, esperarlo todo de la mía.

—Insisto en mi idea: ámbos debeis ir á casa del presidente Neuville, hecharos á sus piés y suplicarle que consienta vuestro matrimonio.

—Hablas como un fraile que ignora lo que pasa en el mundo. El señor presidente reprenderia á su hija y mandaria prenderme.

—Yo os acompañaré á ella, dijo Angélica, que oyó estas últimas palabras, y que no ocultaba ya sus sentimientos para con el jóven poeta. Os he dado mi palabra.

—Querida Angélica! exclamó Claudio trasportado de gozo y agradecimiento. Arrastraria mil muertes por no verme separado de vos un solo instante. De que me serviria la vida, sin poderosla consagrar. Pero mi dicha està en su colmo; consentís que os ame, y no dudais amarme algun dia.

—Apresuraos á buscar un alojamiento seguro, les dijo el hermano lego, que miraba con inquietud, alumbrada la taberna de los mendigos. Aquí no estais bien.

—Adios, mi amigo Pedro, le dijo Lepetit abrazándole de nuevo. Cuando estemos casados, vendrás á regocijarte con el espectáculo de nuestra felicidad, á que tu has contribuido hoy, y si no fueses fraile profeso, ahorcaras los habitos, para habitar y vivir con nosotros fraternalmente. Entónces dormirias cuanto quisieras.

—Adios y muchas gracias, hermano mio, añadió la señorita Neuville alargando su mano helada á Pedro Pelletier, quiera Dios, que seais vos quien nos case.

Claudio Lepetit se llevó á Angélica, y ambos aceleraron el paso sin hablarse una palabra, pero se miraban á menudo con aquella sonrisa, que sale del alma y que expresa un secreto enagenamiento, apretándose un brazo contra otro. Ya habian olvidado á Pedro Pelletier, á la abadía de S. Vitor, al peligro que les amenazaba y hasta el albergue que iban á buscar, antes de perder de vista la poterna que Pedro habia

cerrado tras él: tampoco habian reparado que alguien los seguia. Es cierto que caminaban por un terreno blando y barroso, que se pegaba á su calzado y sofocaba el ruido de los pasos. Al hombre que los seguia se le oía por intervalos una risa falsa y comprimida.

No pudo Pedro Pelletier, conseguir mover la llave en la cerradura, cerró pues la puerta y la aseguró por dentro con piedras: en seguida tomó su linterna y llegó al convento distraido y preocupado: no podía desechár de la memoria, las terribles consecuencias de un rápto ejecutado con circunstancias tan visibles, y se abandonaba á los mas sombríos presentimientos. De repente y al salir del gran cláustro, por una boveda que conducia á la escalera de las celdas, se sintió detenido por una mano robusta y que cayó con pesadez sobre su brazo, é hizo caer en tierra la linterna que llevaba, que antes de apagarse despidió un reflejo que le permitió ver la cara irritada y amenazadora del padre Chevassut, con quien quedaba á oscuras y en peligro: bajó la cabeza y aguardó su fallo.

—De donde venis, hombre abominable?
le preguntò el gran chantre con voz tonan-
te, que el eco repitiò mas lúgubre y solemne.

FIN DE LA TERCERA PARTE.

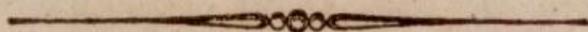
123
—the same way, double the amount
in regard to the same, or the same
in the case of the same, or the same

THE END OF THE FIRST PART

FIN DE LA PREMIERE PARTIE.



CLAUDIO LEPETIT
Y SU MONO.



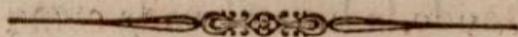
Cuarta parte.



CLAUDIO LEPETIT

Y

SU MONO.



VI.

EL PERDON DE UNA INFAMIA.

Todo entregado Claudio Lepetit á la dicha de poseer á Angélica, no se cuidaba de buscar un asilo para ocultarse con ella; habia bajado por un sendero resbaladizo á un ribazo del rio, donde hizo sentar á su lado á la jóven niña que temblaba de frio y de miedo. El Sena se estendía à sus piés como un mantel de plata, y á su frente la otra ribera accidentalmente iluminada con los

*

rayos de la luna parecía ostentar una ciudad magnífica, cuyos muros eran de alabastro y los tejados de nácar perla: en medio del río se veía la isla de Ntra. Sra. con aspecto de ciudadela flotante, de la que una parte negra y tenebrosa parecía haber sido calcinada por un incendio. El cielo que cubría este panorama nocturno, se desplegaba como un docel de terciopelo salpicado de estrellas, estando la luna elevada como un carbunco oriental, como se lee en los cuentos árabes. Un viento que suave apenas tocaba la superficie del agua, conducía los olores balsámicos de los campos vecinos; cuyos árboles frutales estaban en flor y parecían al lejos copos de nieve: pero entre estos perfumes de primavera, había un olor nauseabundo, traído por las ecsalaciones que emanaban de la carne de puerco asada, de la francachela que se tenía en la taberna de los mendigos.

—Ahora que estamos solos, dijo el poeta ecsaltándose con la vista de tan hermoso cuadro, y cara á cara con ese cielo estrellado, que nos oye y nos mira, tengo necesidad de manifestaros cuán feliz soy.

—¿Y á donde me conducireis? repuso tristemente Angélica, cuya fascinacion se disipaba por momentos y daba lugar á reflexión con temor sobre el porvenir. Soy de parecer, como os he dicho, que vayamos á casa de mi padre y que le manifestemos todo....

—¡Angélica! repitió Claudio con amargura, es decir, que sois de parecer que me encarcelen y me juzguen por crimen de rápto.

—¡Oh! no lo creais así, le contestó ella toda conmovida. Daria mil veces mi vida por salvar la vuestra, y me parece desde luego, que una y otra están unidas de tal suerte, que no forman mas que una. Mas no por eso, estoy menos inquieta, por el riesgo que correis....

—Me importa poco el riesgo, solo veo la dicha de vivir con vos hasta la muerte. Sí, moriré antes que perderos.

—No me perdereis; mi padre tan rígido y altivo como parece, tiene sin duda algun amor por su hija única....

—Esa ternura y amor, no han impedido que os sacrifique á un hombre que

aborreceis y abominais , y si yo no hubiese acudido á vuestro socorro, Angélica, seriais á estas horas muger lejitima de Mr. de Harpedaille , sin poderlo remediar.

—Gracias á Dios , no ha sido así , ni sucederá , os lo aseguro , apesar de toda la sumicion que debo á mi honrado padre.

—Respeto á Mr. de Neuville, porque es vuestro padre ; pero si Mr. de Harpedaille , se valiese de la autoridad del presidente para casarse con vos, lo mataria....

—No, Mr. de Harpedaille comprenderá que no puede casarse con una muger contra su voluntad, y se retirará de su propósito....

—No os fieis de eso Angélica , Mr. de Harpedaille nunca renunciará voluntariamente à vuestro enlace, y yo en verdad haría lo mismo en su lugar. Importa pues que esteis algunos dias oculta, durante los que buscaré un sacerdote , que nos case en secreto.

—¿Sin el consentimiento de mi padre?
¡Ay de mi! ¿que será de nosotros si nos maldice?

—Bien, si lo quereis, nuestro matrimo-

nio no se verificará , sin que Mr. de Neuville con el tiempo , y nuestros ruegos , se decida à consentirlo y aprobarlo.

—Haré lo que creais sea mejor á nuestro comun interès , repuso Angélica con resignacion; me entrego á vos y á vuestra conducta.

—He aquí lo que pienso hacer , si os agrada. Nos alojaremos en la posada donde vivo desde mi llegada á Paris....

—¿No temeis que el teniente de policía mande registrar todas las posadas de Paris , para descubriros?

—Teneis razon , será mas prudente salir de la ciudad , y alojarnos en alguna casa de campo aislada.

—Si , pero no teniendo mi pobre padre noticias mias, creerá que he muerto y vestirà luto con pesar.

—Le escribireis que estais sana y salva , pero que no os presentareis á él , hasta estar segura que no os sacrificarà.

—Me abandono á todo lo que querais mandarme, y cierro los ojos á todo lo que pueda suceder.

—¡Querida y adorada Angélica! esclama

mó Lepetit con entusiasmo y abrazándola, venga lo que quiera que sea , si soy amado.

Una sonrisa maligna, que varias veces habia interrumpido el diálogo de los dos amantes , llegó con mas fuerzas á sus oidos. La señorita Neuville volvió la cabeza , y percibió á poca distancia á un hombre agachado con las piernas cruzadas al modo de los gitanos ; dió un pequeño grito de espanto y se levantó azorada. Claudio que vió al momento el objeto de su susto , la dejó para ir derecho á este hombre , que no lo esperó y se retiró , siempre riéndose.

El jóven, espada en mano se dirigía al desconocido, que al fin parò á pié firme, ostentando prepararse para un ataque. A un rayo de la luna que cayó sobre la cara de esta especie de espadachin , que tenia espada y daga , reconoció Lepetit á Sacromoros bajo este nuevo disfraz. Este no trataba de ocultarse y desde luego acogió familiarmente al jóven , como antiguo conocido. Se hallaba ébrio.

—Oiga, nene ¿cuàndo acabarás con esa jóven señorita? le gritó entre dos husmos, de ajos , grasas y vino.

—A tu camino, borracho, le dijo Claudio Lepetit, mastrándole con la punta de la espada, el que debia seguir: pasa, ó te corto la lengua.

—Maldito, ingrato que olvida mis buenos servicios, dijo el gitano aprocsimándose con aire de desconfianza. ¿No me debes á mi tener en tus brazos á tu princesa? Seria mas decoroso para tí, darme gracias, mi compañero, y hostezarme vino.

—Este hombre, dijo Claudio á Angélica, ha bebido mas de lo regular. Dejémoslo ladrar à la luna y vámosnos.

—Vámosnos, repitió Sacromoros, que gorgeando una cancion charra, seguia los pasos á los dos amantes, deseosos de perderlo de vista.

—¿A donde piensas ir de ese modo? le preguntó con firmeza Lepetit, volviendo furioso à aquel miserable, que no los perdía de vista y les seguia los pasos.

—Voy á donde vayais vos, mi capitan, repuso Sacromoros, á quien el vino soltó la lengua, me alejaré un tiro de mosquete; no os disgusteis, estimo mucho á vuestra graciosa compañera, no os incomodeis mis

nobles enamorados , yo soy sordo y ciego.

—Este hombre , tiene malas intenciones , dijo la señorita Neuville, que trataba de llevarse á Claudio, tratemos de librarlos de él huyendo.

—Yo haré de modo que no nos espie mas , dijo Claudio , el que trasportado de cólera, soltó la mano de Angélica y se lanzó contra Sacromoros , con la espada levantada. Infame! le gritó , te mando que no te muevas de aquí hasta que hayamos atravesado el puente , sino yo te....

—Ya , ya, fuera amenazas y furia , dijo el gitano , que habia cruzado sus brazos sobre el pecho, y miraba con desden á su adversario. No me impedireis, buen señor, seais principe , ó hijo del rey, disfrazado, que siga el camino que me conviene , sin necesidad de daros cuenta de mis operaciones....

—Te impediré que adelantes un paso, le interrumpió Lepetit furioso , apretando el puño de su espada que blandía.

—Eso nos queda por ver , dijo Sacromoros sonriéndose. Oid, hidalgo de gotera; hoy ha habido un convenio entre nosotros

y aunque me ofrecieran todo el oro que existe en las cajas del rey, no me volveria contra vos, porque la fé de un pacto dura de un sol á otro, y no recobraré la libertad de obrar hasta el alba de mañana. Antes de esta hora, nada temais de mi.

—En ningun tiempo, te tengo miedo, le dijo Lepetit con impaciencia, despues de haber oido esta declaracion, que no comprendió, y que trató como conversacion de borracho. Te he prohibido dar un paso adelante, repitió con tono decidido aunque con calma, guardate de faltar á lo mandado.

—Respondes mal á mi atencion, y yo deberia sin mas escrupulos arrestarte desde luego con esa muchacha, sin aguardar á mañana....

—Esto es ya demasiado, exclamó Lepetit, indignado al extremo: si tuviera un palo, te cargaria de leña y te obligaria á cesar en tus impertinecias; pero solo tengo mi espada, y te amonesto que permanescas en este sitio, sopena de recibir en tu vientre toda esta buena hoja....

—Vaya, he quí conque meterme mie-

do, dijo Sacromoros, que se arrojó sobre la espada que le presentaba el jóven poeta, y se atravesó. Ay! esto pica.

Cayó inmediatamente sobre su sangre, y saltó hasta donde estaba Angélica, dando gemidos que se debilitaban por momentos. Creyó Claudio Lepetit haberlo muerto, y conmovido con este suceso, que causó involuntariamente, metió la espada ensangrentada en la vaina y se unió con tristeza à Angélica, dándole el brazo sin hablar una palabra, y se la llevó con paso precipitado hácia el puente de la Tournelle. La señorita Neuville, vió caer al hombre que se obstinaba en perseguirlos y á quien no intimidaba la presencia de una espada desnuda: habia sentido caer en su mano algunas gotas de sangre, y sin embargo, le costaba mucho creer que Claudio se hubiese servido de su arma contra un borracho. No se atrevió á preguntarle si habia cometido un homicidio, hasta que el herido, dió un silvido agudo, á modo de señal, que sirvió de anuncio á la vez á los gitanos, reunidos en la mesa de la taberna, y á los soldados encargados de guardar

los presos de la Tournelle.

Estos se armaron inmediatamente, salieron y se apostaron á la entrada del puente, que en aquel momento atravesaban los dos fugitivos, disponiéndose á resistir un ataque: aquellos dejaron sus vasos llenos y se esparcieron con luces, por los alrededores de la taberna. Muy luego hallaron á Sacromoros caido en el fango y atravesado el vientre con una estocada: dieron gritos de venganza, y entraron en su guarida conduciendo al moribundo que no podia hablar, pero que les hacia señas de perseguir á su asesino. La guarnicion de la Tournelle, permaneció algun tiempo en observacion á la cabeza del puente y no se retiró á su cuerpo de guardia hasta haberse asegurado, que los gitanos no tenian proyecto hostil y que estaban bebiendo como de costumbre en su horrorosa taberna de donde salian, gritos, risotadas y canciones salvages.

—¿Habeis matado á ese hombre? preguntó Angélica, con acento de lástima y reconvencion, viendo á los gitanos correr á un lado y otro, llamarse y mover sus luces.

—El mismo se atravesó, respondió

Claudio, pesaroso de no haber tenido mas paciencia, ó al menos mas prudencia en su disputa con un borracho.

—¡Que aumento de confusiones y desgracias! dijo para sí Angélica. ¡Un hombre muerto! Ya no es solo el raptor, sino el asesino el que comparecerá en justicia.

—Estoy en verdad, inocente de esta muerte, ¡pero que importa! tened entendido Angélica, que por poseeros no habria vacilado en cometer un crimen....

—No digais eso Claudio, me estremezco. Ahora ya no os doy priesa para que comparescamos delante de mi padre: Mr. Neuville, es primer presidente de la Tournelle criminal, y aunque fueseis su yerno, no titubearia en pedir contra vos le aplicacion de la ley....

—¡Soy à vuestros ojos muy desgraciado porque ese miserable se lanzó sobre mi espada: teneis miedo de estar unida al destino de un hombre, que se ha comprometido en un rápto y homicidio: no veis otro resultado para mí, sino una condenacion infamante?...

—Claudio, le respondió con noble afec-

to, interin no comprendia bien lo pasado, dudaba si entregarme ó no à seguir vuestra suerte: mas ahora que sé hasta que extremo habeis llegado, para desconcertar é impedir mi casamiento con Mr. de Harpedaille, ahora que conosco mejor las consecuencias de un rápto, acompañado de tan graves circunstancias, ahora que os veo espuesto á nuevos peligros, por ese homicidio involuntario, no debo ni quiero separar mi suerte de la vuestra, y os seguiré al extremo del mundo, como debe hacerlo una muger con su marido.

—¡Adorable Angélica! exclamó conmovido y agradecido à estas señales de verdadero afecto: solo la muerte podrá desunirnos, y es la única cosa que temo en adelante. Ah! decidme que me amais, ó permitidme que me lo repita en vuestra presencia.

En este mismo momento, la silla de Guy-Patin paraba à la puerta de Desbarreaux, y el médico à quien Gros-René habia introducido con grandes dificultades en el gabinete del gefe de los atheistas, le dirigió una larga alocucion en voz baja, que

Desbarreaux solo interrumpió con exclamaciones de admiracion y gestos de inquietud. Guy-Patin tenia su cara sombría, sus ojos vizcos lanzaban miradas oblicuas, su boca, se contraia en movimientos irascibles, su voz sorda, tenia entonaciones ásperas y vibrantes: se agitaba y saltaba como si estuviese sentado en un manojo de espinas: movia con un estremecimiento nervioso su pierna derecha, cruzada sobre la izquierda, y se entregaba á cada instante á una pantomima impetuosa é indignada. Oia cuando hablaba, todo ruido extraño, y algunas veces suspendia su discurso para oir mejor.

—Sois un hombre extraño, dijo con petulancia. Siempre dudais de todo. En horabuena, no creais en Dios, pero creedme á mí.

—Creo en vuestra amistad y en todos vuestros buenos sentimientos hácia mi, le respondió tranquilamente Desbarreaux, pero no puedo creer, que un hombre á quien no he hecho ningun mal y que por el contrario he recibido con toda atencion, sea tan infame que me haga traicion....

—Bueno: yo os aconsejo que rehabilitéis la especie humana. En efecto, es maravilloso que un hombre sea traidor y venda á su mejor amigo.

—Ese hombre no es mi amigo, pero pensé que fuese digno de serlo, y desde luego le he demostrado toda mi confianza....

—¿Quién se vuelve contra vos? ¡Ah! mi querido Desbarrraux, que inocencia la vuestra, en escoger un amigo antes de haberlo probado con el tiempo y la adversidad. *El bribon de Mazarino*, solicitaba que yo fuese su amigo, pero salí de ese mal paso, y me burlé de sus depravadas intenciones. Los charlatanes que nos envenenan con vino emético, han venido á mi con grandes ofertas de amistad, mas yo he declarado la guerra á esos vendedores de veneno. ¡Un amigo! *bone deus* ¡un amigo! *rara avis in terris*.

—El Canciller tiene en su poder los estatutos de nuestra academia, redactados por el gran Theophilo. Pues bien, apuesto á que no los publica, porque seria el trastorno y ruina de toda supersticion y la gloria de la verdadera filosofía. Me alegro

que los devotos tengan nuestros estatutos.

—¡Hola! ¿y no estariáis aun mas contento, si os quemasen con esos bellos estatutos? ¿Pero quién es ese falso amigo que los ha entregado?

—¿No lo conoceis? con vuestro nombre se me recomendó. Es Claudio Lepetit.

—¿Cómo! ¿nuestro poeta de Poitiers? interrumpió Guy-Patin, que al momento tomó la defensa del jóven poeta. Es imposible.

—¡Imposible! estais ahora tan incrédulo como lo estaba yo hace un momento, y os doy gracias por el honor que dispensais á vuestro protegido.

—¿Protegido? sí, me intereso mucho por ese jóven, y jamàs lo creeré capaz de tan baja traicion.

—Lo mismo me ha sucedido á mí, y apesar de la apariencia, he preferido suponer cualquiera cosa, mas bien que tenerlo por un mal hombre. ¿No es el que con mucha desenvoltura castigó el padre Chevassut, en la iglesia de S. Victor?

—Silencio sobre este acontecimiento, hay formado un voluminoso próceso cri-

minal, no lo despertemos ya que está dormido. Ese Claudio Lepetit, y respondo con la cabeza, no es capaz de una acción desleal, y si le entregasteis vuestros estatutos habrá podido estraviarlos ó perderlos, pero nunca traficar bajamente.... De todos modos los estatutos están en manos del Canciller, y hareis muy bien en prepararos para recibir la visita de la gente de justicia, arrojando al fuego, como os lo he suplicado, todo lo que pueda comprometeros.

—No tendré valor, repuso suspirando, de ver consumir por las llamas, las preciosas reliquias de mi pobre amigo Picot.

—Pues es necesario hacerlo, á menos que no prefierais que os quemén á vos mismo. Despachaos, à ponerlos blanco como la nieve, quemando todo eso.

—Quemar los versos filosóficos de mi amigo Picot? dijo Desbarreaux, abriendo un carton lleno de papeles amarillosos y apolillados.

—Quemadlos, quemadlos mi querido atheo, le repitió vivamente Guy-Patin, atisando el fuego de la chimenea, y trayendo así el carton que Desbarreaux queria rete-

ner. Estad seguro que antes que amanezca vendrán á hacer un registro à vuestra casa y que sereis conducido á la càrcel bajo el menor pretesto. El Canciller que aprecia vuestro mérito, y tuvo amistad con vuestro padre, repugnaba emplear contra vos este medio de rigor, pero Mr. de Harpedaille, encareció el interés de la religion y se comprometió á encontrar entre vuestros papeles, las pruebas irrecusables del complot de los atheistas para destruir de simientos la iglesia católica.... Así quemadlo todo.

—Me parece que voy á ver morir por segunda vez à mi amigo Picot, dijo Desbarreaux, que acercó á la llama un cuaderno manuscrito, y lo retiró prontamente para hechar sobre él la última mirada. En este cuaderno hay furiosos ataques contra la ecsistencia de un Dios....

—Vamos, fuera esa indigna debilidad, le replicó el médico quitándole de las manos todos los papeles y arrojándolos al fuego.

—¡Qué habeis hecho! exclamó Desbarreaux, que los habria recogido de la chimenea, si Guy-Patin no lo hubiese impe-

dido. ¡Si al menos hubiera podido releerlos y conservarlos en mi memoria! Sobre todo siento la pérdida de un memorable retrato del incrédulo....

—Esto no es todo lo que debeis quemar. No guardéis ni un papel de vuestras propias obras.

—Nada me importan despues de haber sacrificado las de mi amigo Picot, respondió tristemente Desbarreaux, que vació varios cartones para alimentar el fuego que Guy-Patin atizaba con maligno placer. ¡Que las cenizas de estos poemas se unan en un mismo holocausto! Así son las cosas de este mundo; brillan por un momento y desaparecen como el humo.

—*Sic gloria transit*, exclamó el médico, que frotaba sus manos y se las calentaba en las llamas que las canciones de Picot y los sonetos de Desbarreaux levantaban en la chimenea. ¿Está aquí todo? ¿Os queda un soneto blasfemo?

—Por fortuna todos los se de memoria, se dijo à sí mismo Desbarreaux, que veia arder sus manuscritos.

—Al menos eso no os traera ningun

perjuicio, dijo Guy-Patin, tomando su baston y su sombrero: no os desollarán vivo para ver lo que ocultais en el corazon. Adios pues maestro; ¡quiera ese Dios que negais, guardaros de caer en las uñas del procurador general!

—Así lo creo, contestó violentamente Desbarreaux. ¿No ha sido ese gasmoño de Saint-Pavin, el que ha hecho traicion á nuestro secreto para que lo absolviesen?

—El desgraciado se acusaria primero así mismo, que acusaros: á más, en esta hora que hablamos, está muy malo y creo que muera ó quede atontado, lo tengo en cama solidamente amarrado, con un casquete de nieve sobre el craneo y emplastos por todo el cuerpo.

—Loco, desgraciado! dijo Desbarreaux con acento de desdeñosa piedad. Va à comulgar por pascuas.

—Si no fuere antes, debidamente confesado, ecsortado y oleado. Que importa como se muere, ¿no es morir siempre? Yo me resignaria á dar este paso sin temor ni sentimiento, con tal de poder abrazar antes á mi querido hijo Cárlos, que me des-

terraron esos desapiadados devotos. Ah! hicieron lo que no se atrevió á hacer ese odioso Mazarino, privando á la Francia del hombre mas sábio que ha tenido.

—La vida os es penosa y amarga sin él ; lo mismo me sucede á mi, desde que enterré á mi pobre Picot.

—Cuando se pierde un buen amigo, Desbarreaux, aunque se tengan otros, se siente la necesidad de creer en la inmortalidad del alma.

Desbarreaux nada respondió y enjugó sus lágrimas, Guy-Patin respetó su silencio y le dió las buenas noches. A pocos instantes de haber salido el médico, se hallaba el gefe de los atheos sumerjido en una profunda tristeza y letargo, caída la cabeza sobre sus manos, fijos los ojos en la chimenea llena de papeles quemados, donde seperteaban aun las fugitivas chispas y preguntándose si su amigo Picot, estaria realmente muerto.

Llamaron dos veces á la puerta de la calle. Gros-René abrió y entraron dos personas. Nada habia oido Desbarreaux, levantó la cabeza y se volvió precipitadamen-

te , cuando su criado le avisó que un jóven acompañado de una señora esperaban que los introdujesen. Desbarreaux se habia olvidado de prevenir á su criado que la puerta no debia abrirse , turbado , inquieto y descontento , no sabia que resolver , cuando se le presentó Claudio Lepetit con Angélica de la mano.

Su llegada sorprendió en alto grado al amo de la casa , que se adelantó política , aunque friamente para recibirlos , mirando con curiosidad y desconfianza á esta muger desconocida que bajaba los ojos y ocultaba su rostro en los pliegues de una capucha de fraile. Hizo seña á Gros-René para que saliese del cuarto , y convidó al jóven y á la desconocida á que tomasen asiento , sin perderlos de vista un instante: pronosticó de esta estraña visita que Claudio Lepetit no habia delinquido contra él , y que sus sospechas provocadas por la relacion de Guy-Patin , eran injuriosas á uno y á otro , sin embargo sufría un resentimiento vago contra el poeta , à quien veía muy ajitado y de quien tenia una desconfianza instintiva.

— ;Me conoceis caballero? le dijo Le-

petit , con tanta emocion , que apenas se oia su voz. Me habeis autorizado con vuestras bondades à venir á hecharme à vuestros piés , y solicitar de vos, me hagais un inmenso y singular servicio.

—Siempre que pueda seros útil caballero , lo haré de todo corazon , le respondió Desbarreaux , con temor.

—He aquí en dos palabras , de lo que se trata , dijo Claudio , lisonjeandose conseguir lo que queria: amaba á una noble señorita, y su padre se habria negado á casarnos , porque yo no tengo ni nacimiento ni caudal. En consecuencia la he robado....

—¡Robado! repitió Desbarreaux , que comprendió que la heroina del rápto , se hallaba delante de él. Esto se llama arrastrar en malilla.

—Era el solo medio de conseguir casarnos , y por llegar à este caso habria jugado mas fuerte si era necesario. Gracias á Dios , he salido bien de mi empresa que no era medianamente espuesta, y me hallo en el colmo de mis deseos, porque esta persona que amo , se halla ya reunida à mi.

Por último señores, ¿en que puedo

serviros? interrumpió Desbarreaux, que no atinaba el porqué los mezclaban en un negocio de rápto.

—La familia de esta señorita es poderosa, y se harán pesquisas extraordinarias, para saber donde se oculta con su raptor. Hace poco que he llegado á Paris, no tengo amigos y vivo en una posada donde pronto me descubrirán....

—Deseais que vaya à ver y negociar el asunto, con el padre de la señorita? dijo Desbarreaux, que no podia imaginarse que le pidiesen asilo.

—Ese paso seria peligroso, le contestó Claudio, y nada conseguiriais; es mas acertado ganar tiempo y aburrirlos en las pesquisas que harán en todo Paris. Desde luego registraràn las posadas, pero no pensaràn en hacerlo en las casas particulares. En vuestra casa estariamos seguros....

—¡En mi casa! repitió Desbarreaux con sonrisa triste é irónica. ¡En mi casa señor! menos espuesto estariais en la plaza pública.

—¡Cómo tal! ¿que quereis decir? replicó el poeta, haciendo un movimiento de

desconfianza é inquietud. ¿He hecho mal en haber recurrido á vuestra generosidad?

—No, caballero; y os juro que os serviria de todo corazon: pero la verdad es, que yo mismo estoy espuesto á una persecucion judicial....

—¡Vos! exclamó Lepetit, que no conoció á la primera palabra el carácter de esta persecucion, pero que se acordó rápidamente de su traicion á Desbarreaux.

—Yo no se hasta donde llegarán. Ya veis estoy libre aun, aunque espero me lleven á la càrcel esta misma noche.

—A la càrcel, dijo Lepetit atónito y desolado, como si se creyese causante del peligro de su huesped. ¿Y porqué á la càrcel?

—¿No lo sabeis? le preguntó Desbarreaux, que lo observaba y atribuia su turbacion al remordimiento de una mala accion.

—¿Quién lo diria? á nadie he visto hoy que pudiese habermelo dicho. ¡Vos en la càrcel, Mr. Desbarreaux! no puedo creerlo.

—Lo creereis cuando lo veais. He sido indignamente vendido por un falso amigo,

que me ha robado unos papeles secretos....

—¡Es posible! dijo bajito el jóven pálido y temblando, que comprendió se dirijan á él estas reconvenciones. ¡Que imprudencia!

—Ignoro los pormenores de este asunto. Sé únicamente que el Canciller tiene en sus manos estos papeles, muy buenos para perderme.

—¡Qué papeles son! exclamó Lepetit, que ya no dudaba de las fatales consecuencias de su culpable pacto con Sacromoros. ¿Los estatutos de vuestra academia?

—¡Ah señor! decidme que los habeis perdido; le dijo con viveza Desbarreaux, decidme que os los han sustraído, para que yo no os reconvenga.

—Reconvenidme, repuso Claudio, tapándose la cara con las manos para no dejar ver su rubor y sus lágrimas. Reconvenidme, condenadme y vengaos.... Soi un desgraciado, os he hecho traicion, he traficado con vuestro secreto y os he entregado à vuestros enemigos.

—Reusaba creerlo, dijo Desbarreaux con melancolía. y aun ahora me resisto á

daros crédito, tan buena era la opinion que habia formado de vos.

—Decid señor que á nadie habeis hecho traicion, le dijo á media voz Angélica, que padecia por verse obligada á negar su aprecio á un hombre que amaba. Por mi parte no lo creo, os lo juro, mucho me costaría veros culpable de una bajeza. Desmentíos, os lo suplico....

—¡Como señor! ¿á tal punto habeis abusado de mi hospitalidad y confianza? dijo Desbarreaux indignado de semejante perfidia. ¿Os habeis cubierto con la capa de mis ideas y opiniones, para conocer bajamente mi vida privada, para robarme mis secretos, espiar mi conducta y reunir medios de asesinarme?....

—No cabe duda en que soy muy culpable; pero no he hecho tan odioso cálculo.... Me arrojo á vuestros piés....

—Ahorraos semejante vergüenza, repuso Desbarreaux deteniéndolo. Vuestro arrepentimiento me conmovirá mas, si es verdadero y no ceremonioso.

—Pido perdon, continuó el poeta, con acento dolorido y afligido. Nunca me per-

donaré á mi mismo , y Dios me es testigo....

—¡Señor! por el honor de ese mismo Dios, no lo tomeis en boca para este negocio, interrumpió el atheo dando con impaciencia un golpe con el pié.

—Soy menos culpable de lo que parece. Sabed lo que ha pasado. Un infame que habia sorprendido el secreto de mi amor á la señorita de Neuville....

—¡La señorita de Neuville, hija del primer presidente de la Tournelle! se dijo así mismo Desbarreaux, prescintiendo en el momento la grave responsabilidad que pesaria sobre él, haciendose cómplice ó al menos contemplando al raptor. Seguid señor....

—Este hombre me amenazó con que se opondria à todos mis designios, y hacerme arrestar por la justicia en el momento del casamiento de la señorita Neuville con Mr. Harpedaille, sino le entregaba de cualquier modo los estatutos de la academia de los atheos; sabeis ó debeis adivinar lo demás: vine à vuestra casa sin dañada intencion, porque la patrulla me o-

bligó à buscar un ailo en ella. Aquí recibí mi bajo proceder, una carta que recibí por conducto de mi mono, y que os dí á leer como recordareis. Hubiera sido capaz de cometer mayor crimen por impedir esta odiosa union y asegurarme la posecion de una muger adorada: fingí haberme decidido por vuestras doctrinas y querer entrar en vuestra academia.

—¿A quién entregasteis nuestros estatutos? ¿en manos del Canciller?

—En las de un miserable charlatan del puente nuevo, que encontré en la calle y que no conocia.

—¿Uno llamado Sacromoros, especie de gitano, que me han dicho hace un mes no cesa de espionar bajo diversos disfraces nuestras reuniones, nuestras cenas y nuestros pasos, y que es el ajente misterioso del procurador general en la sala de justicia?

—El mismo: me vendió su auxilio para realizar el rápto que tuve el atrevimiento de emprender en la iglesia....

—En nombre del cielo, dijo Angélica à Desbarreaux, nuestra suerte está en vues-

tras manos; no nos perdáis, ni perdáis a este jóven temerario.

—Le dí los estatutos que me confiasteis, y veo que ese traidor los ha vendido por algun dinero al Canciller.

—Quisiera que cualquiera otro, y no vos, hubiera cometido esta accion desleal, repuso suspirando el gefe de la academia de los atheos. Me sentía dispuesto à contraer verdadera amistad con vos, y ya formaba hermosos proyectos, en los que reemplazabais á mi pobre amigo Picot. ¡Estaba tan prevenido en vuestro favor! vuestro porte, vuestro carácter, vuestro talento, todo me parecia perfecto. ¡Cuanto me habeis engañado!

En este momento se oyó ruido en la calle y se vió al través de los cristales de la ventana pasar, una claridad rojisa y vacilante que aclaraba las fachadas de las casas vecinas. Desbarreaux y Lepetit acudieron á un tiempo á la ventana, ámbos personalmente interesados en seber la causa de este rumor de la isla naturalmente en calma y apacible, el dia y la noche. Angélica esperaba toda conmovida y temblando. Des-

barreaux y Lepetit, que con igual precaucion se aprocsimaron à la ventana, levantando una punta de las cortinas para mirar: se separaron repentinamente por temor de ser vistos, por tener las caras pegadas à los vidrios volviéndose à su sitio en silencio.

Habian visto con la claridad de los achones, á Mr. de Harpedaille acompañado por gente de la patrulla que lo traian à su casa....

—Señor, dijo el poeta Lepetit, despues de un intévalo de muda reflexion, conozco todo el mal que he podido haceros y quiero sufrir la pena. Id y ved á Mr. Harpedaille y decidle que teneis en vuestro poder al raptor de la señorita Neuville.

—¡Ah señor! no lo hagais, le decia Angélica, suplicándole unidas sus manos y volviéndo sus ojos llenos de làgrimas hácia Desbarreaux, que permaneci6 impasible.

—El agradecimiento de Mr. Harpedaille, os garantizarà de los peligros á que yo os he espuesto, continuaba diciendo Lepetit, resignado á este sacrificio doloroso. Id, id.

—Todo os lo puedo perdonar, menos

el que no me conozcais, dijo Desbarreaux con generosa indignacion. ¡Yo entregaros à vuestros enemigos, à vuestros jueces y verdugos! He aquí un ultraje que no creia mecer y que me parece peor que todo.

—¡Pero señor! ¿no os he entregado yo á vuestros enemigos? ¿no soy yo el causante de los pesares que os atormentan? ¿no os he sido pérfido y traidor? Pensadlo señor, os he motivado un negocio en que se juzga vuestra libertad y vuestro honor.

—¡Mi honor! dijo con viveza Desbarreaux. Suceda lo que sucediere mi honor quedará ileso, y no creo que lo empañen jamás.

—¡Señor, señor! No lo delateis, decia Angélica llorando: sería condenado á una pena infame, y yo moriria de pesar.

—Tranquilizaos señorita, le respondió el honrado atheo; aunque no se hubiese puesto en mis manos, lo buscaria para ayudarle, por la sola razon, que nos debemos ayudar unos à otros: mas se ha fiado de mi buena fé, y lo defenderé como á mi propio hermano.

—Aumentais la vergüenza que tengo

de haberos ofendido: dijo congojado Lepetit anegado en lágrimas de ternura. Tanta grandeza de alma, me hace mas despreciable á mis propios ojos, Angélica, le dijo hechándose en los brazos del anciano, es un amigo, es un padre.

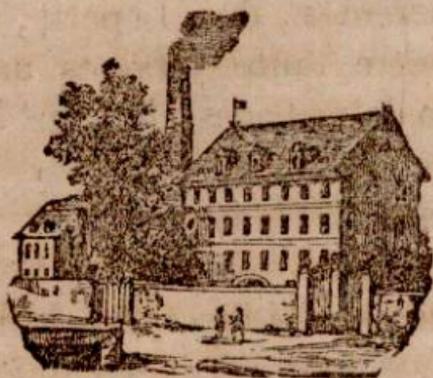
—Esperémos hijos míos, que este mal tiempo pasará, le dijo Desbarreaux, participando apesar suyo la emocion de los dos amantes: esperémos que sereis dichosos, es decir casados, ya que es vuestro mutuo deseo y que todo tendrá el fin que deseais....

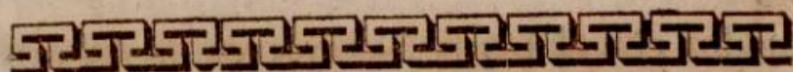
—Esperémos, dijo Lepetit, con aire sombrío: entre tanto estamos uno y otro bajo el peso de una acusacion, vos de atheismo y yo de rápto.

—Tambien tenémos uno y otro con que defendernos, respondió alegremente Desbarreaux; vos invocando el amor y yo la filosofía. Ahora mi nuevo amigo, pensemos que las gentes de justicia nada tardaran en venir aquí: sería mas prudente que buscáseis en otra parte un albergue mas seguro. Pero aguardad: arriba hay una pequeña habitacion, que en vida habitaba mi

pobre amigo Picot, y que nadie ha ocupado desde su muerte: pienso que los alguaciles se contentarán con arrestarme, y que no irán arriba á buscaros. Silencio, escuchad.

Se habia reunido mucha gente con luces en la calle y delante de la casa de Desbarreaux, llamaron con fuerza á la puerta cochera y una voz gañidora gritaba à cada golpe del aldabon, en nombre del rey, por el rey.





VII.

EL PRESTE JUAN.

EL mismo Desbarreaux bajó á abrir la puerta de la calle: despues de haber ocultado en la antigua habitacion de su amigo Picot , à los amantes , inquietos por el temor de verse pronto separados. Gros-René todo trémulo , se metió en el fondo de la bodega, luego que vió á los alguaciles y gente vestida de negro. Mr. de Harpedaille estaba vestido con la toga de procurador general, acompañado de un escribano y de varios ajentes de policia, que traian hachones encendidos en sus manos , y venian ar-

mados con alabardas. La presencia del procurador del rey y de su escolta, no intimidó al gefe de los atheos, aparentando admirarse de este aparato judicial, que movió à los vecinos á asomarse á las ventanas.

—Servidor de usted, caballero, dijo á Mr. Harpedaille, á quien conoció á primera vista ¿que es esto? ¿que quieren ustedes en mi casa?

—Mejor estaremos alla dentro para decirlo, le respondió el procurador general que entró en la casa con el escribano y el oficial de la tropa que dejaron fuera. Aquí teneis una órden de monseñor el Canciller por la que os instruireis de nuestra comision.

—Me hallais muy dispuesto á mostraros todos los papeles que poseo sin omitir ninguno, repuso Desbarreaux, que habia leído rápidamente la órden del Canciller, invitando al procurador del rey, á que personalmente se presentase en casa del *acusado* para descubrir las piezas y pruebas de la acusacion. Pero os suplico que antes me digais el crimen de que se me acusa.

—Os lo diré señor, luego que haya revisado vuestros papeles. Como me pareceis dispuesto á no poner obstáculos al mandato de monseñor el Canciller, no usaré de rigor, y consiento que permanezcais libre interin formo mi proseso verbal.

—En esta órden no se dice que pueda atentarse à mi libertad, contestó con altivez Desbarreaux. He tenido el honor de ser consejero del parlamento, caballero, y se de que modo debe procederse para hacerlo con equidad. Voy á presentaros todos mis papeles de cualquiera naturaleza que sean, pero no os aventureis à arrestarme, sino en buena y valida forma, porque habria escàndalo.

—Caballero, no nos alterémos, dijo friamente Mr. de Harpedaille. Soy el procurador del rey en la sala de justicia.

—En verdad señor, dijo Desbarreaux, haciendose el sorprendido y afectando una respetuosa sumision; de mucha importancia debe ser el objeto que os ocupa, para que vengais en persona y á estas horas de la noche, á tomar mano en detalles indignos de vuestro cargo.

—Nada es indigno de nosotros caballero, cuando solo tratamos de cumplir bien nuestra deber, à presencia de Dios, y de nuestra conciencia. Deseo que penseis como yo.

—Yo creo que ámbos tenemos que hacer aquí, diferente papel, vos como procurador del rey, y yo como acusado, aunque no se me ha dicho el crimen de que se me acusa.... Venid señor y buscad con que molestar y perder á un hombre, que á nadie ha hecho daño en su vida.

Desbarreaux, condujo al gabinete al procurador general seguido del escribano y del gefe de la escolta: los hizo sentar y puso á su disposicion todos los papeles que se encontraban en la sala. Inmediatamente empezó Mr. de Harpedaille á registrar en las gabetas y cartones, ecsaminando con mirar avido, desconfiado y recelozo del contenido de cada pliego escrito que venia á sus manos. El escribano esperaba callado y con la pluma en la mano, á que le mandasen formar sumaria.

En cuanto á Desbarreaux, tomó de la biblioteca un volumen de poesias de Theo-

philo y las leyó con igual admiracion de los pensamientos y de los versos, haciendose extraño á las operaciones de la justicia, que buscaba en sus papeles los elementos de un proceso criminal. Muchas veces se distrajo de su atenta lectura, por el ruido de algun ligero paso en el piso superior, los que no oyó Mr. de Harpedaille por hallarse embebido en el trabajo de su registro. Desbarreaux se arrepintió de haber encerrado á los dos amantes en un mismo cuarto. Al cabo de dos horas de minusioso registro, solo habia hallado Mr. de Harpedaille, piezas insignificantes, listas, nombres, cartas equívocas y versos festivos.

— Señor, dijo el procurador general, observando la impresion que causaba à Desbarreaux, la presentacion de una lista de nombres: ¿quereis decirme el uso de esta lista y esplicarme que significan los números, y que coneccion tienen con los nombres?

— Con mucho gusto, aunque tenga vergüenza en decirlo. Esos son pobres á quienes doy limosna todos los meses, y tengo costumbre de apuntar despues del nombre de cada uno de ellos, la cantidad que les

doy, que por cierto es bien corta.

—Basta: interrumpió con sequedad Mr. de Harpedaille. ¿Que carta es esta en que os ruegan concurrir con Mr. de Saint-Pavin?

—Es del cura de S. Nicolàs que me convida á oír su sermon, y no falté por cierto à su convite.

—Fuisteis vos al sermon! exclamó Mr. de Harpedaille, que no queria creerlo. ¡Al sermon un atheista como vos!...

—¡Atheista caballero! ¿quién os lo ha dicho? ni à vos ni à nadie debo dar cuenta de mis pensamientos, y no se halla ley que me fuese á creer en Dios, sino es esta mi voluntad. No me llameis pues atheista sin que yo os autorise á ello, lo que no he hecho.

—De este modo, ¿confesais que no se os puede obligar á creer en Dios? repuso el procurador general, haciendo señal al escribano.

—¡Ah señor! por el honor de ese mismo Dios y de vuestra conciencia, que hace un instante invocabais, no interpreteis el sentido de mis palabras.

—¿Y esta otra carta? dijo Mr. de Harpedaille, leyendo en vos alta este pasaje: «En el lecho de la muerte y à presencia de la nada, salí del polvo y vuelvo á él: he sido y aun soy algo, pero dentro de pocos instantes no seré nada. Conservad mi recuerdo, que me sobrevivirá solo por algun tiempo, y sepultadme en vuestra memoria.»

—Es la despedida de un jóven que prometió mucho; el hijo del presidente Neuville....

—¡Desgraciado! muerto por efecto de vuestros desórdenes, muerto culpado de un sacrilegio horrible, muerto inconfeso, muerto condenado y maldecido.

—Señor, vuestro ministerio no os faculta para que me insulteis en mi casa: me quejaré al Canciller, y si fuese preciso al rey....

—Mejor hariais en confesarlo todo y arrepentiros, y entónces quizá habria alguna indulgencia para vos, y vuestros complicés.... Responded á mis preguntas: ¿no sois el director de una secta impía, que se nombra academia de los atheos?

—Nada tengo que responderos sobre esto: hacedme comparecer legalmente ante vos, formulad vuestro interrogatorio, y entonces sabré lo que he de decir.

—Con algunas palabras, podriais evitar un mal negocio.... ¿No habeis entregado á un jóven, los estatutos de vuestra academia?

—Careadme con ese jóven, á quien segun decis, he entregado esos estatutos, y que no veo aquí presente.

—¿Quién es ese jóven? ¿cual es su nombre? ¿donde vive? ¿sin duda lo conoceis?

—Señor procurador general, dijo Desbarreaux levantándose, luego que hayais concluido vuestra comision segun la órden del señor Canciller, me hareis el favor de permitir que me ausente á dormir, porque muy pronto será media noche y el sueño me llama, à pesar del respeto que os es debido. Siento que mis papeles no os hayan pagado mejor el trabajo que os habeis tomado: no se lo esperaban en verdad, ni que habiais de verlos.

—Sois un poco temerario en burlaros de este modo, exclamó airado Mr. de Har-

pedaille. Verémos mañana lo que se hace con vos.

Interin esto pasaba, reinaba en la isla de Ntra. Sra. una agitacion extraordinaria, de que hombre alguno se acordaba haber visto tanta gente à media noche en la calle: la de la muger sin cabeza era centro de esta agitacion, que se comunicaba á las calles vecinas. Las puertas y ventanas de las casas, estaban abiertas como si fuese medio dia. Aquí estaban asomados à las ventanas, allí bajaban y se reunian en las puertas y los curiosos formaban grupos en la calle.

Solo se encontraban gentes medio vestidas en equipaje de noche, piés desnudos en chinelas, la cabeza cubierta con el antiguo y mejestuoso gorro de algodón, algunos con la priesa de saber y ver, se hallaban aun como salieron de la cama. Las mugeres en nagüillas y jubón arrimaban sus caras á los cristales ó se asomaban con discrecion á la ventana, olvidando el desorden de tu tocador. Ninguna, no obstante podia contar con la obscuridad de la noche porque todos tenian linternas, faroles, hachas ó bujías, que por el número parecia

una iluminacion general del cuartel.

—Es el diablo, decia uno con gesto de terror, es negro y velludo, y tiene cuernos; hecha fuego por los ojos, boca y narices.

—Apostaria á que es el alma del viejo Maclou, decia otro santiguandose: Maclou al morir ofreció que nos desesperaria.

—Ha entrado en la cocina del recaudador de contribuciones, añadió este, y se ha encolerizado, tirándolo todo, rompiendolo todo y hechándolo todo á perder.

—Desapareció por la chimenea, cuando yo lo perseguí con una escoba, replicó el otro: si es el diablo ha tenido mas miedo que yo.

—Robó un jamon que estaba colgado de un garabato, para comerlo el santo dia de pascua, dijo un recién llegado, y aun estamos en cuaresma.

—Ha robado en mi alacena, un ànsar gordo que reservaba à causa del ayuno, repuso un otro, y se lo comia huyendo.

—¡Oh! no puede ser otra cosa, que un espíritu maligno que hace de las suyas: ¿no deberia llamarse à un clerigo que lo escorcizase?...

—¿Qué paparruchas se dicen ahí? exclamó con desprecio un vecino de la calle de la muger sin cabeza. No hay mas diablo, que el que en su caletre se han figurado algunos vecinos honrados haber vito. Es un gran mono, que està con su amo en la posada.

—¡Un mono! repitieron todos, con despecho é incredulidad. ¿Un mono ha hecho tanta fechoria? ha robado las cocinas, ha revuelto las legías y á puesto á todos en terror, alborotándolos á todos? ¿un mono ciertamente? merece que matasen á ese vil animal.

Llamaron á golpes repetidos á la puerta de la posada sin que nadie respondiese, porque el posadero que veia aquel gentío agolpado delante de la casa, temia no se introdujesen si abria la puerta, y se aprovechasen de esto los ladrones para robarlo todo; á mas sabia que el culpado se hallaba en la casa, y no queria esponerlo à un castigo demasiado cruel, que habria privado á la posada de uno de sus mejores huéspedes: esperaba à que se aburriesen de estar en la puerta y que cada uno volviese

à su cama despues de haber oido contar las vueltas y maldades del mono. Subió quedito al tercer piso donde estaba la habitacion de Claudio Lepetit y lo llamó en voz baja por su nombre , porque ignoraba que estubiese fuera. Concluyó del silencio á este llamamiento reiterado, que Claudio Lepetit tenia el sueño pesado ó mal humor. Desde luego no oyó ruido en el cuarto y presumió que el mono corria aun de tejado en tejado.

Efectivamente Preste Juan era el alborotador del cuartel. Claudio salió al amanecer dejando à su mono amarrado , sin pensar en su alimento. El pobre Preste Juan , que desde su llegada á Paris, se veia muy descuidado y no comia á sus horas regulares , se indignaba del abandono en que su amo lo tenia y se predisponia á la rebellion. Semejante á un amante á quien la ingratitude de su querida lo ecsita á la desesperacion , se habia ya encolerizado á punto de morder al jóven y rechinarle los dientes á vista del látigo que lo corregía. Su resentimiento llegó este dia á su colmo: lo olvidaron y dejaron amarrado y ayunó hasta la noche como un cartujo. Gritó , gimió,

suspiró; nadie oyó sus quejas ni vino á socorrerlo, y el hambre aumentaba á cada instante su furor, hasta que trató de recobrar su libertad. Roer su cadena, estirla en todos sentidos, torcerla y sacudirla fué su constante operacion durante dos horas, concluyendo por romper la cadena, de la que aun le quedó asido un largo pedazo. Cuando se vió libre tiró los muebles, arrancó las tapicerias, hizo mil pedazos todo lo que pudo romper, y solo dejó de trabajar con sus dientes y sus manos, cuando hubo acabado su faena de desorden y destruccion.

Entre los objetos que el mono habia tomado con mas cariño y perseverancia, se hallaba la cartera que el dia antes estrajo del gabinete de Desbarreaux: esta cartera de marroquí negro olvidada por Saint-Pavin en casa de su amigo, pudo desaparecer sin que este lo notase, porque no vió el depósito que le habian dejado, por eso no notó Desbarreaux que el mono se llevaba alguna cosa. Por su parte Claudio Lepetit, todo absorto en su preocupacion amorosa, no hizo caso de la pantomima de

Preste Juan, que ocultaba la cartera robada, unas veces á su derecha, otras á su izquierda segun el sitio que ocupaba andando con su amo, que entró en la posada de la muger sin cabeza, sin mirar una sola vez al ladron. Quedó pues el mono en posesion de la cartera, que besaba y acariciaba como para demostrarle admiracion y ternura: alguna veces la mecia en sus brazos como à un niño en mantillas; en seguida le clavaba sus uñas y la mordía á dentelladas, la tiraba al suelo con furor, la volvía à tomar con cariño y siempre calculando el modo de abrirla con maña, ó por fuerza. Esta cartera fué su diversion y por decirlo así, el macho de carga de todo el dia, que pasó tristemente amarrado á la cadena y sin comer. La arañó, la desolló, la mordió, pero no consiguió ver lo que contenía, á despecho de su rábia y violencia contra la inocente cartera, que guardaba tan bien su secreto.

Desde que Preste Juan hubo hecho del cuarto de su amo un espantoso y verdadero laberinto, se encolerizó de no hallar un pequeño pedazo de pan con que entre-

tener sus dientes , y desde entónces solo pensó en procurarse alimento: rompió los cristales de la ventana y se arrojó al tejado por el agujero que habia hecho; recorrió sucesivamente varias de las casas vecinas, hizo varias averias y concluyó por introducirse en las cocinas encontrando de que proveerse para mas dilatado ayuno. Se atracó á espensas de otro , y cuando estuvo repleto , continuó sus raterias para hacerse de provisiones de reserva. Volvia á depositar en el cuarto de Cláudio, todo lo que le parecia ni muy caliente ni muy pesado y habia reunido gran cantidad de comestibles como si temiese carestía , antes que los vecinos se alarmasen y lo persiguieran. Entonces se retiró prudentemente á su fortaleza y no salió mas, á pesar de la curiosidad natural de su especie , que de cuando en cuando lo impulsaba á acercarse á la ventana y sacar fuera su hocico: pero inmediatamente entraba á su huronera, tirándole un mordisco al jamon ó bien al ànzar asado que habia ocultado entre los mejores vestidos de su amo. Cuando empezaron à gritar *al Mono* y à llamar

*

con fuerza á la posada, tuvo miedo y remordimiento, temió ser castigado, y se escondió temblando entre dos colchones para no oír las voces amenazadoras que parecían dirigirse á él, permaneciendo algunos instantes en su escondite haciéndose el muerto.

Mas como un mono no se somete voluntariamente á la inmovilidad y al silencio, olvidó pronto Preste Juan, el mal estado de su conciencia, y no pensó mas en el castigo que merecia por sus robos: se entretuvo en jugar con los muebles y ropa, que veinte veces habian ya pasado por sus manos dejando señas de su diversion; mordiscó, achuchó y rompió cuanto pudo y encontró casualmente su querida cartera que tomó de nuevo haciendo esfuerzos para abrirla, lo que no consiguió mejor que anteriormente, y solo llegó á fuerza de sacudirla, á conseguir que se deslizase un papel que se agarró á la cerradura de modo que ni podia entrar ni salir. Preste Juan arrancó un pedazo y dejó lo demas. Habia mudado de capricho, y ni se acordaba ni nada se le daba del peligro que acababa

de pasar; mas salton, mas alegre y mas maligno que nunca, saltó desde en medio del cuarto à la ventana donde hizo mil pedazos el único cristal que quedaba; y apareció repentinamente en el borde de la corniza exterior, donde se sentó agachado, echada la cola sobre sus lomos y enroscada en su pierna; tenia en sus manos la cartera negra que movia en el aire como si fuese una onda; miraba con desvergüenza à las gentes y los insultaba con gestos y contorsiones burlescas.

Un grito general marcó la aparicion del mono, el que señalaban todas las manos, así como todos los ojos se dirijian á él. Preste Juan no se asustó y juzgando que todos los brazos que estaban levantados hácia él no podian dañarlo, ejecutó saltos y vueltas que le grangearon muchos partidarios, entre sus mas irritados enemigos: se reian de sus posturas, de sus saltos, de sus evoluciones y de su catadura: nadie pensaba ya en hacerle daño y todos convenian en que aquel mono sobrepujaba à los monos mejor enseñados. Preste Juan no abandonaba su cartera, que le servia de

juguete, pasándola de una mano á otra, tirándola al aire y cogiéndola al vuelo: la levantaba con el pié y la atrapaba con los dientes, se echaba de codos, se sentaba y acostaba sobre ella, la arrimaba á sus oídos y fingia escucharla, la acercaba á sus narices y aparentaba olerla, la paseaba rápidamente por todo su cuerpo y en seguida imitaba las pantomimas de su amo leyendo, escribiendo y componiendo. Presentaba fisonomias irrisibles y gestos extravagantes, se entretenia con mil locuras que divertian al público, cuando de repente se paró dando un grito de guerra poniéndose en actitud de combate. Habia visto al padre Chevassut.

El padre Chevassut aguardaba en casa del presidente Neuville el resultado de la pesquisa que Mr. Harpedaille se habia encargado hacerse por sí mismo de los papeles de Desbarreaux: esperaba que este registro le proporcionaria las pruebas necesarias para entablar una causa, que envolveria á los veinte individuos de la academia de atheos y se regocijaba en su intencion de la ventaja que se sacaria con esta

causa criminal, destinada principalmente à aterrorizar á los indiferentes é incrédulos en materia de religion. El procurador general movido con especialidad por su odio y venganza contra un rival preferido, simpatizaba con todos los proyectos de rigor en que pudiera comprender á Cláudio Lepetit, y à pesar de su fanática hipocresia por la destruccion de la heregía y del atheismo, nada pesaba mas sobre su corazon que echarle mano al raptor de Angélica. Lisonjeado de antemano por Mr. Harpedaille el gran chantre de San Victor del buen suceso de la pesquisa judicial que tenia efecto en aquel propio momento en la casa de Desbarreaux, triunfaba y daba gracias á la providencia con tanto gozo que apenas podia disimularlo y aparentar tristeza y austeridad conforme al gran sentimiento de Mr. de Neuville, que solo pensaba en su hija robada. Hubo frecuentes intévalos de silencio en la visita del padre que lloraba al acordarse de su hija, y del fraile que se reia con la idea de una grande satisfaccion prometida à la religion ultrajada. Su desatiento y su cólera llegó

al extremo cuando Mr. Harpedaille le dijo que de la pesquisa no habia resultado aprehender algunos papeles importantes que pudiesen fundar la acusacion contra los atheistas y sus doctrinas.

—¡Ah señor procurador general! la revocacion del edicto de Nantes, se atraza mas de veinte años.

El padre Chevassut no sospechaba complicidad con los atheos en Mr. de Harpedaille, pero sí debilidad ó ceguera: se persuadia que las pruebas mas agravantes contra Desbarreaux y su pandilla debieron haber estado en sus manos sin que conociese su valor, y sintió no haber asistido en persona para vijilar la pesquisa. El padre Chevassut fué á recibir al procurador general hasta la calle, para saber mas pronto el éxito del paso que acababa de darse sin fruto alguno. Reusó entrar de nuevo en casa del presidente y quiso irse à su abadía. No habia oido el ruido que se hacia y propagaba por toda la isla, tan aborto estaba en sus planes de vindicta religiosa y de perder y anonadar la compañía de los atheos; pero Mr. de Harpedaille

que no estaba por su parte menos preocupado con motivo del rapto de Angélica, y que se hallaba desesperado por no haber hallado nada en casa de Desbarraux, hizo alto en la agitacion singular que reinaba en la calle de San Luis, viendo al vecindario en las ventanas y en las puertas de las casas, luces, grapos y conciliábulos por todas partes, gritos y risotadas. Nadie diria que eran las doce de la noche. Parecia la fiesta de Candelaria.

Mr. de Harpedaille se informó de lo que pasaba: aquí le decian que eran ladrones, allí que eran almas en pena, mas allá le hablaron de un crimen espantoso, en otra parte de un incendio. Insistió en que el padre Chevassut aceptase una escolta de alguaciles que lo acompañasen á San Victor, pero el fraile que tenia un genio intratable, respondió bruscamente à las atenciones del procurador general y quiso que lo dejasen ir solo. En vano lo detuvo por la manga Mr. de Harpedaille dirigiéndole las más espresivas instancias: nada bastó.

—Mejor guardado estoy por la divina providencia que por vuestros alguaciles,

le dijo al gran chantre con dureza: no me quitarán un cabello de la cabeza, sin la voluntad de Dios y cualquiera cosa que me suceda, próspera ó adversa, bendeciré su voluntad. Mañana, lo mas pronto que podais, venid á interrogar à ese mal lego Pedro Pelletier, que està en la càrcel de la abadía, sin duda ha cometido alguna vil accion.

—Os he dicho, mi reverendo padre, que este negocio corresponde á la oficialidad y no à la sala de justicia. Nada tengo que hacer en esto.

—Ya veis que este negocio os importa mas de lo que pensais, porque este mal lego ha debido andar en el rapto de la señorita Neuville, pues se ha encontrado en su celda la corona nupcial y el velo de esta señorita. Nada ha querido responder sobre este hecho, ni otros no menos graves....

—Padre mio, al amanecer estaré en la abadía con el escribano: entretanto cuidad que las puertas estén bien cerradas. Pero creed en mi esperiencia, el raptor no tiene por cómplice á vuestro lego, y no es una

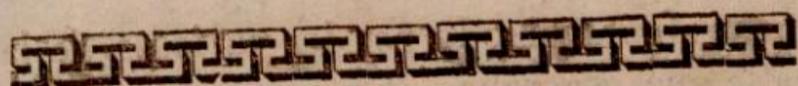
abadía de hombres, sitio para ocultar una muger robada.

El padre Chevassut se despidió del procurador general y fué llevado por el movimiento general del gentío que se aumentaba por instantes á la calle de la Muger sin cabeza donde el mono entretenia al pueblo desde lo alto de la ventana del cuarto de su amo. Apenas hubo visto el fraile que el mono era el objeto de la curiosidad de toda aquella gente, se acordó de la ultrajante acogida que tuvo en la sala del presidente Neuville, por un animal de aquella especie y se animó su odio contra Preste Juan al imaginarse que podia ser el mismo mono que tan mal parado lo puso. Levantó su brazo con accion de amenazarlo: el mono lo percibió inmediatamente conociendo al personage que lo amenazaba. El hábito, la capucha y cogulla hicieron en Preste Juan el mismo efecto que lo colorado en un toro: se encolerizó de repente con horrendos visages y gritos frenéticos y en seguida apuntando à la corona del padre Chevassut le tiró la cartera, que le cayò en lo mas elevado

del cráneo é hizo caer al fraile en el lodo sin conocimiento.

Cuando el padre Chevassut volvió en sí, atolondrado y casi ciego con la violencia del golpe ignoraba la causa de sus desvanecimientos: le dijeron y enseñaron la cartera que sirvió de proyectil. La cartera estaba aun cerrada, pero se convino que contenia papeles por el fragmento del que salia à media. El gran chantre miró el fragmento, leyó dos líneas que se veian, palideció, se estremeció y pidió un cuchillo, saltó la cerradura y sacó con mano trémula los manuscritos que contenia la cartera. Apenas los miró y al instante con la pupila encendida y la cara rebozando santa cólera, se santiguó, juntó las manos y poniendo al cielo por testigo, gritó con voz inspirada:

—Dios nos proporciona armas para vengarle! Hé aquí unas poesías infames, llenas de atheismo y de libertinage. Pended al autor.



VIII.

EL PROCESO.

EL mono á quien se habia dirigido toda la atencion, entrò de nuevo en el cuarto de su amo buscando un escondite: pero habiéndose abierto la puerta de la posada casi á la fuerza, entraron los alguaciles de la patrulla, y subieron apresuradamente la escalera para apoderarse del mono y de su amo. Al ruido que hicieron en la escalera, tuvo miedo Preste Juan, y se huyó por la ventana, antes que hubiesen penetrado en la habitacion de Clàudio Lepetit donde á nadie hallaron. La evasion del

mono fué marcada por los curiosos de la calle que esperaban el resultado de la aventura, y que lo persiguieron con gritos, amenazas y pedradas. Comprendiendo el fugitivo que todos se dirigian contra él, trató de ocultarse à sus perseguidores, sorriò de tejado en tejado, se agasapò en las canales y detras de las chimeneas, entrò en dos ò tres graneros y se metiò entre montones de eno, se dejó caer en un colador de legía, y dejaba sucesivamente sus diferentes guaridas al acercarse las gentes que lo perseguian. Cada momento, esta caza se hacia mas ejecutiva y tumultosa, y el asombro de Preste Juan, mas desesperado y ciego, se habria arrojado á un precipicio mas bien que entregarse en manos de sus enemigos.

El padre Chevassut escitaba con sus clamores fanáticos la persecucion del mono y sobre todo contra su amo: leia à media voz las horrosas blasfemias é impiedades que contenian los papeles hallados en la cartera de Saint-Pavin, y profetizaba que el autor de semejantes versos moriria á manos del verdugo. Los asistentes se

santiguaban con indignacion, y repetian los piadosos clamores del canònigo de San Victor. Cuando este supo que la habitacion de el mono estaba vacía, mandò suplicar á Mr. de Harpedaille viniese inmediatamente á aquel parage, para asunto urgente, y el procurador general imaginándose que habian sido arrestados la señorita Neuville y su raptor, no tardò en presentarse acompañado de su escribano. El padre Chevassut le refirió lo sucedido, le presentò la cartera y le leyò algunos versos infectos de atheismo y le requiriò á principiar inmediatamente una sumaria criminal. Mr. Harpedaille que creyò reconocer en el jóven que se le describia como dueño del mono, à su rival y adversario, se apresurò à complacer al gran chantre y principió preguntando al posadero de la *Muger sin cabeza*. Desde las primeras palabras de este hombre quedò convenido que el dueño del mono no era otro que aquel amante disfrazado que mató al perro rabioso en la plaza de Dauphine, y que tuvo la audacia de introducirse en casa del presidente Neuville en-

tre la sociedad convidada á presenciar la firma del contrato matrimonial con Angélica. Sin esto, el solo nombre de Preste Juan que el posadero como sus criados sabian ser el del mono, habría sido prueba suficiente para confirmar las sospechas del procurador general, que se acordaba bien de este nombre extravagante y que por él adquirió el conocimiento del de Claudio Lepetit.

Animado con la esperanza de una venganza prócsima y ruidosa porque no duda que Claudio Lepetit fuese el raptor de Angélica, formò inmediatamente el inventario de todo lo que habia en la habitacion y de los papeles del presunto culpable ausente, nada encontró en sus papeles que pudiese comprometer sériamente al poeta: los fragmentos del poema *Paris ridiculo*, solo ofrecian una sátira amarga y punzante contra las costumbres del dia, y à penas se notaba alguna idea atrevida que pudiese ser reprendida ante un tribunal de justicia, habia cartas de Pedro Peltier bastante fuertes sobre puntos delicados de teología y sobre la conducta

personal de los eclesiásticos: tambien encontró cartas del viajero Mr. de Monconny que usaba chanzas algo esquisitas respecto á la corte de Roma, pero estas piezas que manifestaban sin duda las opiniones de Claudio Lepetit, no proporcionaban armas que volver contra él ni daban luz respecto á su proyecto de raptó. Por último, habiendo desherrajado Mr. de Harpedaille un cofre de hechura turca perfumado con agua de rosa, encontró varias thesis sostenidas en la universidad de Poitiers, impresas en razo blanco segun la costumbre de aquella época, y no se sorprendió poco, al hallar entre estas thesis escolásticas, la carta de Angèlica que llevó el mono á su amo, la separó del inventario y la guardó en su faltriquera como documento que solo le interesaba á él y que probaba la intriga entablada entre el jóven y la señorita Neuville. Desde luego juró Mr. de Harpedaille, perder à este dichoso rival, y buscaba los medios de citarlo en justicia, no ya por el crímen de raptó sino por el de impiedad y atheismo. Una inspiracion de resentimiento le hizo

tomar el tosco sombrero que habia pertenecido á la Chapelle y que Lepetit en lugar del suyo despues de la cena de los ateistas, se admiró del peso de este viejo fieltro y apenas hubo imaginado la causa, sacó de la copa una cantidad de papeles que estaban ocultos dentro y eran odas, canciones, epigramas, sátiras, todo compuesto en honor de la academia de los atheos y de sus doctrinas.

En el momento en que el padre Chevassut, se regocijaba de este importante hallazgo, unos gritos repetidos anunciaron que el mono habia sido cojido. El desgraciado Preste Juan que creía aumentarse el número de sus agresores y disminuirse los medios de su salvacion, probó á defenderse con la tejas que arrancaba del tejado de las casas: mas no consiguió sino hacer mas encarnizada su persecucion y mas peligrosas las represalias, le tiraron varios fusilazos que no le hirieron, y su instinto ó la casualidad lo condujo á una lumbreira de la casa de Desbarreaux y colocado en este asilo, que no quiso abandonar, muy pronto se halló en la pista de su

amo: llegó á la puerta del cuarto donde se hallaba Claudio Lepetit y empezó á zamarrear la puerta con las manos, los piés y los dientes. Lepetit no pudo reducirlo á que callase, y lo hubiera muerto á no haberse interpuesto Angélica en su favor. Habian marcado la lucerna por donde desapareciera el mono, y los alguaciles de la patrulla se presentaron en casa de Desbarreaux, para suplicarle entregase al delincuente animal. Desbarreaux pretendía que el mono no podia estar en su casa, y se ofreció á buscarlo el mismo: le ahorraron este trabajo por mas que protestó y suplicó para oponerse á esta visita domiciliaria. La captura de Preste Juan, trajo consigo la de Claudio Lepetit y la señora de Neuville, á pesar de la obstinada resistencia de uno y otro.

Una escena dolorosa se representó cuando los separaron, para llevar á Claudio á la concierjería de palacio y poner á la señorita á disposicion de su padre. En este solemne momento, conoció Angélica, que por última vez veia á su amante y conmovida con este pensamiento, se arrojó

á los brazos de Claudio Lepetit , á quien se llevaban con suspiros contenidos.

—Claudio, le dijo en alta voz , ten valor y ten confianza en el juramento que te hago de no tener otra muger que no seas tú.

—Señorita , le dijo Mr. de Harpedaille, que oyó el juramento y que temblaba de cólera , correis el riesgo de no casaros sino con un ahorcado.

La señorita de Neuville fuè conducida sin conocimiento á casa de su padre y no recobró sus sentidos sino para acusar á su padre de haberla sacrificado , de lo que èl mismo se reconvenìa llorando y hablando bajo. El pesar que le ocasionó à su hija la prision de Lepetit , ecsaltó su cabeza y la hizo caer en una especie de delirio que fuè el primer síntoma de la enfermedad nerviosa que le acometió , y que Guy-Patin adivinando su origen, la declaró grave: Angélica habia sido robada y amaba á su raptor, sea cual fuese su consecuencia. Hacía mucho tiempo que conocia la adersion de la señora Neuville á Mr. de Harpedaille y no creyó dejar de advertírsele al pre-



sidente que lo ignoraba del todo, en su consecuencia suplicó á Mr. de Neuville, que por ningun pretesto consintiese que el procurador general se presentase á vista de la enferma, advirtiéndole á este padre desconsolado, que la menor infracción de esta medida prudente, podría atraer las mas funestas consecuencias. Angélica continuó en peligro algunos dias y todas las palabras que salian de su boca estaban selladas con la pasion mas ardiente y mas desenfrenada. Se dirijía siempre á Claudio Lepetit al que veia sin cesar, unas veces matando al perro rabioso, otras dirijiéndole las habilidades del mono en la sala de su padre, ya tocando el laud bajo su ventana, ya verificando el rapto atrevido que emprendió en la iglesia, otras veces cuidándole en la celda de un fraile, otras batiéndose con el gitano que mató de una estocada, y otras dándose de cabezadas contra las paredes de un calabozo. Cuando esta imàgen se representaba á su espíritu y se gravaba en imàgenes sombrías, la acometia una especie de vértigo, gemía, se torcía los brazos, se golpeaba el pecho, derra-

maba un torrente de lágrimas y se echaba en cara ser la causante de la muerte de su desgraciado amante.

Quiso M. de Harpedaille infringir las órdenes del médico é introducirse en la habitacion de la enferma: mas su sola presencia à la entrada del cuarto, pudo ser fatal á Angélica que pasó de un mudo terror á horrorosas convulsiones. Guy-Patin que supo la imprudencia del procurador general, se quejó al presidente Neuville en términos fuertes é imperiosos: no se contentò con conseguir de Mr. de Neuville que no se repetiría semejante infraccion á los preceptos médicos, se quejó amargamente á Mr. de Harpedaille de su temeridad y tiranía, lo amenazó con represalias cuando le atacase el mal de piedra ò la gota, y declaró con tono profético, que lo hacia responsable ante Dios, de las consecuencias de la enfermedad. Por este medio tuvo la señora de Neuville la doble ventaja, de verse libre de la vista del hombre que miraba como su verdugo y de sentir algun alivio. Pero Mad. Lemasle, criatura de Mr. de Harpedaille le daba cuenta escrupulosa

de todo lo que ocurría en el cuarto de Angélica y le refería todo lo que la pobre enferma decía á su pesar, discursos vagos é incoherentes que manifestaban el estado de su corazón y que muchas veces denunciaban à Claudio Lepetit del modo mas esplícito. Ayudado de estas revelaciones en sorpresa, formó su acta de acusacion contra el raptor de la señora Neuville.

Menos inquieto Claudio Lepetit por el resultado de su causa que por la ausencia de Angélica, se afligia sobre todo de verse separado de ella y solo pensaba en volverla á ver. Se hallaba encerrado en una prision subterránea de la conciergeria à donde no llegaba el dia y donde apenas circulaba aire para vivir, tenia hierro en los pies y en las manos, por cama una poca de paja húmeda mas fria que el piso de su calabozo. Su alimento era un poco de pan grosero que apenas podia mascar con sus dientes y que su gáznate se resistia á recibir, sin ver mas cara humana que la de Mr. de Harpedaille, la de su carcelero, y la del escribano encargado de recibir sus declaraciones: falto de medios pa-

ra pasar la vida leyendo ó estudiando, no se hubiera tenido por tan desgraciado, si hubiese adquirido alguna vez noticias de Angèlica: mas desde que lo separaron de ella nada sabia de lo que le interesaba mas en el mundo, teniendo que pasar por el intolerable suplicio, de creer todo lo que su imaginacion le sugeria. Inútilmente preguntò al carcelero, al escribano, y aun al mismo Mr. de Harpedaille para tener alguna noticia de la señorita Neuville: siempre le respondian que sus propios negocios eran bastante serios y complicados, para dispensarse de pensar en los ajenos. Esta ignorancia absoluta en que estaba hacia ya tres semanas en razon de la salud de Angèlica, concluyò por ecsasperarlo y afligirlo al punto de rehusar tomar alimento, y habria muerto de hambre si el procurador general no hubiese consentido, que su amigo Pelletier estuviese á su lado, cuyo influjo consiguiò separarlo de este proyecto de suicidio.

A un mismo tiempo se formaban la causa de raptò y la de atheismo, la primera era solo una satisfaccion dada al honor de

la familia Neuville, por que el rapto de Angélica habia hecho mucho ruido en Paris, para no buscar una reparacion igualmente ruidosa. El presidente y Mr. de Harpedaille, se mostraron parte contra el raptor, que no pensaba en defenderse, y se redujo á un silencio absoluto. Pedro Pelletier acudiò tambien al socorro de su amigo y adoptó un sistema de defensa que debia hacer dudosa la condenacion, si no imposible. Espuso que Claudio Lepetit no habia robado á Angélica y conduciéndole fuera de la iglesia sino para salvarla en medio del desòrden inseparable de un terror pánico, y se puso el mismo como cómplice de este rapto caritativo, pues que su celda donde se encontró el velo y la corona de la novia, le sirvió de asilo aquel dia. No le costó trabajo de conducir todos los hechos á este punto de vista y dar mucha verosimilitud à su defensa, que el acusado no se dignò confirmar ni desmentir. Guy-Patin solicitado por el generoso Pelletier, dió tambien su declaracion en favor de Claudio y sostenía que este no le habia ocultado el motivo honoroso de este rap-

to, hecho á vista del padre y del futuro esposo de la señorita y casi con su tácito consentimiento. El presidente Neuville teniendo presente el interes de su hija que se hacia valer para esplicar la conducta de Claudio Lepetit y darle un carácter de generosidad, se desistió de su queja y reconoció que solo debia dar gracias al que habia salvado á Angélica. Solo Sacromoros muerto por resultas de su herida podia acusar al raptor, acusándose à si mismo. Mr. de Harpedaille abandonó voluntariamente este negocio é hizo que la cámara diese una sentencia declarando, que no habia lugar á seguir los procedimientos de la acusacion. Las espresiones de esta declaracion de la cámara eran un elogio del jóven que habia espuesto su vida para proteger la de la Señora de Neuville, y que en otra ocasion la arriesgó tambien esponiéndose á ser mordido por un perro rabioso, para impedir que se abalanzase à esta señorita. El procurador general prefirió sofocar de este modo el escándalo de un rapto, que todos habian sabido y que las alteraciones de un proceso habrian reprodu-

cido con mas fuerza , al eco malévoló de la opinion pública: por lo tanto no era el menor interesado en hacer olvidar la aventura de San Victor , porque no renunciaba à ser esposo de Angélica , à despecho de todos los obstáculos que parecian oponerse à su fatal casamiento.

No pensaba dejar á un lado su venganza contra el raptor que el tribunal criminal de la Tournelle acababa de declarar fuera de formacion de causa: de concierto con el padre Chavassut, preparaba los elementos de una causa de atheismo , en la que la academia de los atheos, solo estaba implicada nominativamente, cayendo todo su peso sobre la cabeza de Claudio Lepetit. Los cargos reunidos para prenderlo tenian una deplorable apariencia de realidad, aunque Sacromoros no estuviese presente , para apoyar la denuncia , escrita por lo que habia dictado en el gabinete del procurador general. Por esta denuncia no podia dudarse de la existencia de la academia de los atheos: sus reuniones diversas en casa de Saint Pavin ; las cenas que daba Desbarreaux , las partidas de campo , todo ha-

bia sido espiado y muchas veces avisado al canciller. Desbarreaux estaba conocido por el gefe de la reunion, bien que faltaban pruebas suficientes para acriminarlo: el nombre de algunos de los atheos se habia pronunciado, muchos lechos reunidos por la policia comprometian á la academia de los atheos fundada por Theophilo, antes que la creacion de la academia francesa, mudando à menudo su marcha segun las ocurrencias, sin cambiar jamás su objeto ni su espíritu. Claudio Lepetit estaba inocente de todos los actos culpables que se atribuian à una sociedad filosófica, de que nunca habia sido parte y en la que solo se encontró por casualidad. Del dicho de Sacromoros, espia autorizado por el procurador general, Claudio Lepetit, habia figurado en los almuerzos de Saint-Pavin y en las cenas de Desbarreaux: habia recitado versos que no podian dejar de ser impíos: tenia conferencias secretas con Desbarreaux en cuya casa los arrestaron. El era el que entregó à Sacromoros los estatutos de la academia y el que se atrevió á ocultarse en la iglesia de san Victor para

oir una confesion, y el que despues de cometer este sacrilegio puso sus manos sobre el reverendo padre Chevassut; él era el que segun declaracion del hermano Eustaquio portero de la abadia, habia escrito versos amorosos en los pedestales de las estàtuas del jardin de san Victor, él era por último el que habia educado un maligno mono que llamaba por escarnio Preste Juan y quien lo escitaba á insultar, morder y perseguir à los eclesiàsticos.

Estas asersiones mas ó menos erròneas, que testigos mas ó menos respetables debian sostener en justicia, estaban tambien apoyadas por un concurso estraño de circunstancias que Mr. de Harpedaille habia reunido con prodigiosa maldad. A mas que la aprension de los papeles cojidos en la copa del sombrero de la Chapelle venian muy bien para convencer de impiedad á Claudio Lepetit, al que se atribuia la composicion porque parecian pertenecerles estos papeles, que contenian todo lo que el atheismo, el libertinaje y la licencirosidad mas refinada pueden inspirar á un jóven poeta de taberna. Lepetit lo negaba

con indignacion , y efectivamente parecian escritos por otra pluma , pero la letra de Sain-Pavin , tenia por el contrario , tan perfecta semejanza con la del autor *Paris ridiculo* , que comparados sus fragmentos con los papeles hallados en la cartera , no podian suponerse de pluma diferente , y los peritos mas hábiles , incluso el famoso caligrafo Mr. Nicolas Jarry escritor del rey , afirmaban que las poesías de la cartera , debieron haberse escrito por la persona que reconocia ser suya la letra de *Paris ridiculo*. Esta afirmativa hecha á presencia del acusado , que se sonriò y levantó los hombros , no la desmintió á pesar de las preguntas que le hicieron sobre este particular , y el silencio á que obstinadamente se entregó , daba á entender que confesaba ser el autor de aquellas poesias atheas. Establecido este punto importante , la causa tomó vuelo formidable amenazando á la víctima , que se resignaba con su suerte sin intentar su defensa.

Fue tal la habilidad del procurador general para sacar partido del menor hecho , en perjuicio de Claudio Lepetit , que antes

de ser juzgado pasaba ya en el concepto público por atheo abominable y aun por un brujo , en inteligencia con el demonio. Los jueces de la Tournelle criminal, que aun no eran bastante ilustrados , para considerar la hechiceria como una impostura ridícula , rogaron al procurador general , que corroborase la acusacion del atheismo con la de magia , por que el mono de Claudio Lepetit , ese mono misterioso que habia alborotado todo el cuartel de la isla de Ntra. Sra. y que durante mas de una hora , tuvo conmovida la vecindad en su persecucion , ese mono que hacia gestos á los clérigos y que atentaba á la vida de los frailes , ese mono tan diestro y maligno , tan sàbio , en una palabra tan diabólico , no podia ser un mono comun , y debia encerrar bajo su piel una rejion de diablos. Los vecinos de la posada de la *muger* sin cabeza se presentaron en la escribania de cámara de la Tournelle para deponer de los daños y malas costumbres del mono á quien fué necesario agregarlo à la causa con su amo. Estos cuentos populares que corrian y crecian de boca en boca , se acreditaron tambien

por haber descubierto una porcion de antigüedades egipcias y asiáticas, que Claudio Lepetit había recolectado en sus viajes y que desde su llegada à Paris no habia tenido tiempo de sacar de los cajones. Poco faltó para que los Amoletos árabes, los pequeños ídolos de Hisis y de Ametis, las medallas antiguas y mil otras curiosidades particulares, que componian la coleccion del viajero no fuesen traídas como piezas de conviccion en la causa que se trataba de formar como crimen de magia. M. de Harpedaille y el padre Chevassut repugnaron tenazmente una complicacion judicial que no podia menos de debilitar lo principal de la acusacion.

Finalizada de instruir la causa, compareció Lepetit delante de los jueces. Profundamente entristecido el presidente Neuville con la larga enfermedad de su hija, hizo valer este motivo para escusarse el asistir, y el presidente que le substituia estaba del todo á la devocion del procurador general que debia dirigir bajo mano los debates despues de fulminar la acusacion fiscal. Sostuvo este con una especie de ter-

ror la acusacion de lesa magestad divina contra el poeta atheista que con versos infames habia parodiado los mas sagrados misterios de la religion y sobre todo ultrajado la inmaculada virgen Maria; pidió un ejemplar y terrible castigo que pudiera llenar de saludable terror, á los impíos y libertinos; se autorizó que el nombre del rey que tenia muy á pecho demostrar su celo por la fé de sus padres y pidió contra el criminal representante de la academia de los atheos la pena de muerte con fuego, como en los felices tiempos de las ejecuciones religiosas. Mandado Claudio Lepetit responder al interrogatorio de el presidente, declaró que nada tenia que decir en su defensa, solo que estaba inocente de todos los hechos que se le achacaban, y que creia en Dios mas firmemente, que las personas que lo acusaban de ateismo. Respecto à los versos impíos que se hallaban en la copa de un sombrero é incluidos en una cartera, protestó que tales versos no eran suyos y que ni aun nunca supo que ecsistiesen, ofreciendo sostener su declaracion con todos los juramentos

que se le ecsijiese. Mr. de Harpedaille hizo observar á los jueces, que el juramento era muy fácil de hacer á un hombre que no creia ni en el infierno ni en la gloria, y que el castigo de los juramentos falsos no pertenecia á la justicia humana. En seguida se procedió à oir los testigos.

—Confieso, dijo Pedro de Pelletier, que por influjo de Guy-Patin habia salido de la cárcel de S. Victor, y que inmediatamente se despojó del hábito monástico, volviendo á la vida seglar con mucho placer, confieso que las letras de las poesias de la cartera se asemanan mucho à las otras que realmente son de Claudio Lepetit: mas mejor que todo otro puedo atestiguar solemnemente que Claudio Lepetit es enteramente extraño à esos versos impíos que se le atribuyen. Hemos estudiado juntos en la universidad de Poitiers y me constan sus sentimientos religiosos que tuvieron mil ocasiones de manifestarse en nuestras conversaciones. Mi amigo Claudio se alimentaba con lecturas piadosas y tenia un placer en leer á S. Agustin que ya podia decirse pasion, á tal extremo, que

tradujo en verso las mejores sentencias de este padre de la iglesia, y hé aquí el manuscrito que presento al tribunal. Vosotros, señores, decidireis, si el autor de semejante obra, puede ser igualmente autor de las infamias que se atribuyen á Claudio Lepetit.

—Señores, replicó Mr. de Harpedaille, un famoso atheo llamado el Aretino, ha compuesto versos detestables contra todo lo que reverencian los cristianos y al mismo tiempo versos casi edificantes en honor de Jesucristo y de su divina madre. Todos los poetas saben mentir mas ó menos, y faltar á su conciencia.

—Ah! qué mal conoceis al verdadero poeta, exclamò Lepetit. La sola cualidad de poeta lo hace incapaz de una bajeza y lo eleva naturalmente á cosas sublimes. Un poeta, señor, está poseido de un singular respeto à sí mismo y estoy persuadido, que no podria hacerse fácilmente de un poeta un procurador general.

—Señores, se presentò Guy-Patin que se hizo citar como testigo. No tengo la ventaja de ser amigo del señor Lepetit y ape-

nas le conozco , pero lo creo hombre de honor y que nada ha hecho que pueda disputarle este título. Por lo demas, os aseguro bajo mi fe que los versos que se le quieren atribuir nunca fueron de su estilo ni de su pluma. Sè quien es el autor, que esta misma mañana ha confesado delante de mí que son suyos....

—¿Si sabeis el autor por qué no lo mostrais para que sea conducido á la barra? le dijo el procurador del rey , descontento è inquieto con este accidente.

—El tribunal apreciará el motivo de mi reserva, le replicò Guy-Patin. No soy dueño de los secretos que me confian , de manera, que me haria á mí mismo traicion antes que hacerla á otro aunque fuera à mi vez el último de los hombres. Si estuviésemos aun bajo las horcas caudinas del Mazarino , bastaria al acusado para ser absuelto confesar que si no creia en Dios creia en el antecristo, ese digno pillo del cardenal. Pero en el tiempo que juzgais libremente sobre vuestras sillas, señores, basta , que personas de mi carácter salgan garantes de la inocencia de un acusa-

do para que deje de serlo.

—Nos permitiríes señor que declinemos vuestra garantía, dijo M. de Harpedaille; se trata de religion, y tenemos motivos para suponer tendriais mucho que hacer para responder de vos mismo. Rinda homenaje al médico ilustre de la facultad, al sabio ilustrado.....

—Fuera cumplimientos, señor, le interrumpió el doctor subiéndosele la sangre al rostro: escusadme oír esos elogios, que me asesinan lo mas políticamente del mundo.

—Señores, dijo á su vez Desbarreaux, que quiso ser citado como testigo; mi conciencia me obliga á declarar que esos versos, los de la cartera, lo mismo que los del sombrero, no son del señor Claudio Lepetit y me atrevo á afirmar que él mismo no sabe de quien son.....

—Hola, señor, no recibimos vuestra declaracion sin que presteis juramento, dijo Mr. de Harpedaille que conociò que querian salvar al jóven poeta.

—Y à qué viene ese juramento? preguntó Desbarreaux poniéndose encendido:

quiero declarar bajo mi palabra de hombre honrado que digo la verdad.

—Debeis jurarlo desde luego sobre el evangelio , puesta la mano sobre el crucifijo ; de otro modo vuestra declaracion seria como no dada, y nosotros no haríamos caso de ella.

—No trato de averiguar la utilidad de ese juramento , repuso Desbarreaux vacilando entre ese juramento cristiano y su deseo de salvar al acusado. A mas no soy yo el que debe declarar , dijo viendo entrar á Sain-Pavin, aquí teneis una persona que os instruirá mejor que yo.

Desde que Sain-Pavin fué á la cena de Desbarreaux para abjurar sus errores atheistas y proclamar su conversion aconsejando à sus amigos que se arrepintiesen habia envejecido como si hubiesen pasado por él veinte años: su cuerpo pequeño y contrahecho parecia aun mas achaparrado y diforme : su cabeza se inclinaba ò mas bien colgaba sobre su pecho ; sus ojos estaban fijos y empañados , su color cadavèrico, su boca temblona , sus miembros todos con ataques nerviosos, especialmente las manos,

no podia andar sino apoyado en el brazo de su hermano que no abandonaba y lo animaba á una muerte edificante. El poeta galano y anacreóntico, estaba transformado á un autómeta ó rezando padre nuestros y llorando sus pecados , como si la sombra de Theophilo estuviese de continuo á su lado y le repitiese: «Arrepiéntete.»

—Saint-Pavin, le dijo Desbarreaux mirándolo con mas lástima que ceño, os he citado ante el tribunal para que depongais de hechos que os son muy conocidos. Aqui teneis unos versos que se juzgan impíos y que seguramente causarán la pérdida de su autor. ¿Quereis que sea de este joven presente à quien se le atribuyen?

—Os niego la palabra, interrumpió Mr. de Harpedaille, por que no habeis jurado. ¿Usted caballero lo prestará voluntariamente? preguntó à Saint-Pavin.

—Ah! señor! ahora creo en Dios, replicó tímidamente Saint-Pavin que repugnaba jurar decid la verdad. ¿Pero sobre qué me se va á preguntar?

—Me alegro mucho que creais en Dios, Saint-Pavin, dijo Desbarreaux, así no de-

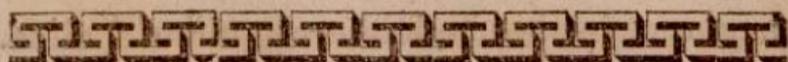
jareis que se condene á un pobre inocente que tiene la caridad de no acusaros.....

—Que salga ese hombre, gritó Mr. de Harpedaille, que vió con inquietud que iban à quitarle su víctima. Cuidado que no vuelva á entrar aqui sino para sentarse en el banco de los acusados.

—Saint-Pavin, si tú no hablas, hablaré yo, dijo enérgicamente Desbarreaux, conducido por los aguaciles.

—Señor y Dios mio, tened misericordia de mí; balbució Saint-Pavin, que se desmayó en los brazos de su hermano.





IX.

LA SUPLICA DE GRACIA.

GRACIAS al asíduo cuidado è inteligencia del dr. Guy-Patin, se hallaba Angélica en estado de convalescencia: solo le quedaba de su larga enfermedad una estremada debilidad de cuerpo y de cabeza; y la menor emoci6n la esponia á una crisis de calentura mortal. Pasaba los dias enteros sentada, ó mas bien acostada en un gran sill6n, echada la cabeza sobre su mano, cerrados los ojos y llenos de lágrimas, incapaz de oír las palabras que se le

dirigian , y sobre todo de responder á ellas. Estaba tan pálida , su mirar lo tenia tan apagado , y estaba tan completamente inmòvil , que al que no la creia muerta , le parecia moribunda. En este letargo aparente no dejaba de avivar y fortificar en el fondo de su corazon , el amor romàntico que la deboraba: solo pensaba en Claudio Lepetit , solo aspiraba á volverlo à ver para no separarse de él.

No sabiendo à quién abrir su pecho, desde luego lo tuvo cerrado á todo lo que le rodeaba , porque consideraba como otros tantos enemigos á las personas que podian dejar de aprobar su amor hacia su raptor: ecsaminaba los semblantes y procuraba deducir de ellos la suerte de su amante: escuchaba con ansiedad las conversaciones y palabras aisladas que se decian en su cuarto, pero ni una sola palabra pudo darle luz sobre el objeto que le interesaba mas que su salud. Al fin, no teniendo valor ni paciencia para acallar sus funestos resentimientos que no la dejaban sosegar , se esforzó à tantear á la inflexible Lemasle para conseguir con su mediacion el medio

de comunicarse con Claudio Lepetit; pero la Lamasle fingió no comprender lo que se escigia de ella y sostuvo con la mayor frialdad que ignoraba absolutamente todo lo que decia relacion á este jóven, añadiendo con malicia que pues este quidam tenia que hacer con la justicia nadie mejor que Mr. Harpedaille podria instruirle y para cortar conversacion con la señorita Neuville ofreció ir á informarse del procurador general. Mucho le costó á Angélica persuadirla á que no diese ese paso, y en seguida trató de probar otra tentativa, que fuè tambien infructuosa con su padre que se revistiò de toda la severidad de presidente y rompió la conversacion, al solo nombre de Claudio Lepetit á quien no habia perdonado á pesar que la Tournelle hubiese declarado sin lugar la demanda de raptor y seduccion. Angélica no esperaba ya consuelo sino del doctor Guy-Patin; que la visitaba dos veces al dia y que á pesar de la tosquedad de sus modales y de su tono, parecia cuidar de la enferma con un interes particular.

¿Mas, cómo confiarse al médico, que

ni un instante estaba solo con ella? O el presidente Neuville lo acompañaba y no se separaba de él interin duraba la visita del doctor ó la señora Lemasle permanecia en observacion para recojer al paso las palabras ò signos de inteligencia, por que acordándose Mr. de Harpedaille de la introduccion del Mono en la casa la noche misma de la firma del contrato de matrimonio, suponía que Guy-Patin debía ser partidario de Lepetit. Buscaba pues Angélica el modo de hacer comprender al anciano doctor, que deseaba hablarle sin testigos, pero Guy-Patin no comprendia el objeto de esas ojeadas y palabras significantes: si hubiese tenido cuarenta años menos habria creído que su enferma estaba enamorada de él. Llegó una tarde mas sombrío que de costumbre mas desapacible, mas brusco, mas irascible que nunca en los seis pasos que dió á la entrada del cuarto hasta la cama de Angélica, tuvo tiempo para regañar tres veces, contra el aya que no se habia apresurado á abrir la puerta cuando llamó, contra la alfombra que enredándosele en los piés á poco mas lo

hace caer contra una silla que encontró al paso. La señorita Neuville habia recuperado aquella tarde una poca de fuerza y casi de buen humor, efecto de un sueño dulce y tranquilo en que se le representó Claudio Lepetit prócsimo à casarse con ella y presentándole el anillo nupcial en el dedo que ella le presentaba con una sonrisa de felicidad. La influencia de este sueño benéfico, se dejaba aun conocer en su risueña fisonomía.

—Ah! señor doctor, le dijo Angélica alargándole la mano, los sueños halagüeños que tengo, son efecto de las drogas que me dais?

—Si yo supiera que mis drogas tenían esa virtud, las tomaría yo mismo, contestó con dureza, porque esta noche voy á soñar con la tortura y el tormento.

—¡Señor, con el tormento! Ese no es el sueño de un médico, es mas propio de un juez, y Mr. de Harpedaille os lo envidiara, si lo teneis.

—Mr. de Harpedaille! dijo refunfuñando, estais segura que sea un hombre racional? Está maravillosamente formado

para ser verdugo.

— Verdugo! repitió Angèlica, que á poco rompe la vida con tan estraña calificación. Mas le vale serlo, antes que sea mi marido.

—Mal haya èl! No os casareis con ese disponedor de tormentos ordinarios y estraordinarios. Me opondré á ello aunque tenga que volveros á poner enferma.

—Señor! dijo en voz baja la señorita Neuville inclinándose al doctor cuya fisonomía expresaba una indignacion oculta; os doy gracias por el aborrecimiento y desprecio que manifestais á Mr. de Harpedaille, y esto me prueba que sois del número de mis amigos. Bajo este título os suplico que me deis noticia de un jóven sin duda imprudente pero lleno de nobles y hermosos sentimientos, y temo que lo incomoden por mi causa.

—¿Hablais, señorita, del desgraciado Cludio Lepetit que en este momento estará sufriendo el tormento?

—¡El tormento! repitió la señorita Neuville, dando un grito de agudo dolor. Claudio Lepetit en el tormento! Es

posible! ¿Y porqué en el tormento?

—Para obligarlo à confesar que es culpable de atheismo y de impiedad, para justificar una condenacion que es inevitable. ¡Desgraciado!!!

—Su condenacion! repuso Angélica, que no creia lo que oia. ¿Qué condenacion? Mr. de Neuville me ha dicho que este negocio no tendria consecuencias. Me han engañado! ¿Pues qué señor? añadió siguiendo su pensamiento, pretenden juzgarlo con motivo del rapto?

—No, por vida mia, se han guardado muy bien de buscarle quisquillas sobre esto. Pero se han dirijido á él, que no puede para que responda à todo lo que imputan á la academia de los atheos y le achacan las poesias un poco atrevidas de Saint-Pavin y de la Chapelle, y esto me lleva el diablo.

—Esta es una horrible maquinacion, dijo la señorita Neuville anegada en lágrimas y à quien sobrevino un violento ataque de nervios.

—Buena hechuria habeis hecho, dijo la señora Lemasle á Guy-Patin corriendo

á la cabecera de Angélica, que se torcia convulsivamente en los lados de la cama.

—¿Què dice usted, mi amigo? replicó Guy-Patin en tono de befa desdeñosa y sardònica. ¿Cuàl de nosotros es aquí el medico? Idos amiga y dejadme.

—Voy señor, à noticiar al señor presidente lo que pasa, dijo la señora Lemasle, y desde luego os envia à deshacer el mal que habeis hecho.

—Pase sobre esa oveja, dijo entredientes Guy-Patin, que quedó solo con Angélica que habia perdido el conocimiento entre ataques convulsivos. Con todo, la vieja tiene razon. No me he manejado en esta circunstancia con la prevision que ecsije mi cualidad de médico; y conozco que he pecado de ligereza è imprudencia, como si no tuviera la barba blanca y la cabeza calva.... Eh, mi bella señorita, volved en vos y alegraos.

—¡El tormento, el tormento! ¡Dios mio! repetia la señora Neuville, que volvió en sí à favor de olor de sales de agua fresca echada en la cara.

—Esta ha sido una prueba, dijo Guy-

Patin, aparentando jovialidad y alegría: quise saber hasta qué punto os interesaba el jóven y lo he sabido.

—Oh! no me ocultaré à vos, Mr. Guy-Patin, le dijo un poco aliviada de esta alarma imprevista, pero temblando aun y con los ojos llenos de làgrimas: lo amo.

—¿Lo amais? exclamò el anciano enterrecido y consternado, ¿lo amais? tuve de ello presentimiento y esperaba engañarme. ¿Lo amábais!

—Sin duda, señor, es admira por mi parte semejante confesion, dijo Angélica con noble y espresiva sencillez: no hay duda, en que una señorita de mi condicion no debe amar mas que al marido que se le dà; pero vos conoceis el marido que me habian escogido, y quizá conoceis al hombre que prefiero....

—Conozco lo que es amor, respondió tristemente Guy-Patin, pero desearia mi querida señorita ignorar lo que me acabais de decir.

—Repetidme os suplico, que esta no ha sido mas que una prueba, y que nada tengo que temer de lo que me dejísteis ha-

ce poco. ¡Ah señor! si fuese cierto iría, sí, iría à echarme à los pies de mi padre, le declararíá que quiero que tambien me juzguen à mí, que me condenen y que me apliquen el tormento....

—Silencio. El presidente viene, dijo Guy-Patin apretando la mano helada de Angélica y mirándole con afectuosa piedad: Mañana volveré.

—Señor doctor, teneis con mi hija conversaciones muy estrañas, dijo con tono solemne y cara severa, el presidente que entró seguido de la señorita Lemasle.

—Señor presidente, ¿soy ó no soy el mèdico da esta señorita? repuso ágriamente el doctor Guy-Patin que era inflexible sobre las prerrogativas de la facultad. Mis enfermos me pertenecen, y nadie tiene derecho de comprobar mis palabras, porque yo no soy de esos charlatanes que envenenan las gentes, con vino emético....

—¿Cómo un hombre de vuestro mèrito y de vuestra edad, dijo el presidente en voz baja, trata de animar las locuras de una muchacha?

—¿Cómo un hombre de vuestra consi-

deracion , repuso agriamente Guy-Patin, levantando la voz , se presta à las iniquidades de Mr. de Harpedaille?

—¿Qué iniquidades! repuso Mr. de Neuville que se lo llevó al quicio de una ventana y queria le esplicase la causa de esta grave tacha. Hablad mas bajo, amigo, no sea que nos perjudiquemos todos. ¿Què sentimientos teneis contra el señor procurador general? ¿creis que es juicioso y laudable en vos fortificar la rebelion de una hija?

—Pues bien , ya que me ostigais sobre este particular , os diré las cosas como son, y os aseguro que vuestra hija ama à ese jóven....

—¿Què jóven? ¿á ese impio , à ese atheo que compone versos abominables contra los santos misterios de nuestra religion? ¿á ese seductor , raptor?....

—Nombréisló como querais, lo ama y yo no estoy en el caso de juzgar si hace bien ó mal. Daos solo por advertido.

—Lo estoy de que ese gran criminal, será esta tarde misma puesto al tormento, condenado esta noche , y sin falta eje-

cutado ejemplarmente mañana.

—Si tal sucede será una desgracia, dijo Guy-Patin dando un golpe en el suelo con su baston. Para todos será una desgracia; para los jueces porque condenarán á un inocente: para su magestad cuyo reinado quedará deshonrado con tan manifiesta injusticia: para vuestra hija que ama à ese infortunado mozo....

—Por piedad, no me afrenteis de ese modo; mi hija no puede amar à un execrable atheista que mañana será quemado en la plaza de Greve, y si fuese tan indigna que lo amase, la despreciaría y la maldeciría. Ayudadme, pues, mi antiguo y buen amigo, á enseñarle el deber de una hija sumisa....

—¡Que yo os ayude á engañar á esa pobre niña! ¡No lo permita Dios! La he curado à pesar de lo que se ha hecho para impedirlo: pero si se renueva el ataque, no podrè curarla de nuevo, y tengo á vuestra hija como muerta, si condenan y ejecutan á Claudio Lepetit.

Al pronunciar Guy-Patin este fallo terrible, que produjo gran impresion en èl

corazon del padre de Angélica , salió precipitadamente del cuarto, asaltado por las súplicas y preguntas del presidente que le seguía sus pasos sin querer rebajar nada del fallo que habia dado para decidir á Mr. Neuville, à que interviniese oficialmente en el proceso de Claudio Lepetit, y regresó inmediatamente á el tribunal para saber el resultado de la conducta de Sain-Pavin acerca de Mr. de Harpedaille. Requerido Sain-Pavin por Desbarreaux para que declarase el autor de los escritos sacrílegos que se atribuian à Claudio Lepetit, se hubiera denunciado á sí mismo, si el padre Chevassut no se hubiera opuesto enèrgicamente, y este se oponia, porque confesando ser Sain-Pavin el solo culpable, habria echado à perder el efecto de su conversion y comprometido á los que habian hecho mucho ruido para aterrar á los atheos , y avivar el celo religioso de los indiferentes, siendo muy peligroso y aflictivo espectáculo, presentar en la barra del tribunal de justicia, como acusado de impiedad y libertinage , à un hombre que con admiracion y sorpresa se vió el dia

antes acercarse à el tribunal de la penitencia y ser con su arrepentimiento la edificacion de las almas piadosas. Sin embargo, Saint-Pavin no podia dejar à Claudio Lepetit sumido en una acusacion capital y como era bueno y honrado, sufría mucho en la dura alternativa que se le imponía, ò de hablar y perderse, ò de callar y perder á un inocente. Para obtener del paciente una confesion forzada por los dolores del martirio, influyó el procurador general para que el tribunal mandase que el acusado fuese presentado á la tortura, para sufrir un nuevo interrogatorio que debia preceder à la sentencia. Claudio Lepetit se presentó resignado á esta terrible prueba.

Desde que entró en la sala del tormento y que entregó sus brazos y piernas al doloroso preparativo de este suplicio, hizo Mr. de Harpedaille retirar á todos los asistentes, y la víctima amarrada al potro se halló sola á presencia de Saint-Pavin, que parecia ser el destinado á sufrir el tormento, tan postrado estaba de horror y vergüenza. Por el contrario, Claudio Lepetit sufría melancólicamente mirando las

cuerdas que le amarraban los puños y los tobillos señalados ya con marcas rojas y moradas. Saint-Pavin se arrojó llorando á los pies del paciente , confesándole que era el autor de los versos infames que habian dado lugar à formar causa á Claudio Lepetit ; le suplicò haciendo valer el interès de la religion , y las mejores razones que pudo reunir , que se cargase de toda la responsabilidad y de sus versos y que se abandonase á una condenacion inevitable: le hizo presente que este sacrificio seria su garantìa de salvacion , y que los jueces satisfechos de una confesion, en que verían los indicios de un verdadero arrepentimiento , se reunirian á personas poderosas é influyentes , para pedir al rey un indulto que tendría sin duda efecto. Le dijo entre gemidos y làgrimas que su sentencia en cualquier caso seria la misma, porque el tribunal de la Tournelle queria aterrar á la secta de los atheos con un egemplar ruidoso: que su negativa y la de sus amigos no eran bastante para que lo absolviesen , y que desde luego los dolores del tormento lo obligarian à reconocerse cul-

pado á pesar de ser inocente, por último se disculpò de no poderlo salvar, ofreciéndose él mismo á la venganza de las leyes y reclamando él mismo para sí, la pena en que habia incurrido para con Dios y los hombres, y segun las instrucciones que habia recibido del padre Chevassut y de Mr. de Harpedaille, le aseguraba que si se cargaba con la responsabilidad que le imputaban, renunciaria el procurador general, á perseguir criminalmente á Desbarreaux y demas miembros de la academia de los atheos.

Esta última consideracion causó mas efecto en el ànimo del jòven, que todas las demas, porque no se perdonaba su ingratitud para con Desbarreaux, y se echaba en cara, aunque sin saberlo ni quererlo, haber vendido el secreto de los atheistas: bajo este punto de vista sobre todo, se sometia á las fatales consecuencias de este proceso, sin pensar siquiera en defenderse. Se compadeciò del estado de degradacion en que se hallaba Saint-Pavin, y del terror pánico que la habia causado: consolò á este pecador arrepentido: que decaia

con todo eso la responsabilidad de sus propias faltas, y recusaba con horror los antecedentes de su vida de atheo, y le ofreció que confesaria todo lo que quisiesen bajo la condicion que habian de llevarle algunas lineas escritas de mano de la señorita Neuville dirigidas á él, y que probasen que habia tenido noticias de él. No se sorprendió poco Saint-Pavin de esta condicion estravagante, á la que parecia que Lepetit daba mas importancia, que á la noticia de ser perdonado despues de su fallo: no podia comprender el motivo que pudo dictarla si Claudio no se lo explicaba. Saint-Pavin comunicò al padre Chevassut los detalles de su conducta, y no se olvidó de hacerle comprender que la señorita Neuville podria mas que el temor de la muerte y el suplicio, sobre las determinaciones del acusado. El canónigo siempre animado de un celo fanático que le impedia balancear con lo que él llamaba interés por la religion, se decidió al momento à emplear la intervencion de Angèlica, para llegar al fin que se proponia con la ruina del atheismo y triunfo de

la fé. No consultò con Mr. de Harpedaille que acababa de ser llamado en casa del canceller y que diò orden al irse de suspender el tormento hasta que volviese.

La señora Lemasle, se guardó bien de obedecer à la señorita Neuville, que le habia prevenido no dejase entrar en su habitacion al gran chantre de San Victor, antes de su total restablecimiento, por el contrario acogió con ansia á este visitador de mal agüero, que se acercó à la cama de Angélica santigüándose y con la cabeza inclinada humildemente, como tenia costumbre hacerlo ordinariamente. Al vèrselo acercar Angélica con esas demostraciones piadosas de natural bondad, sintió una opresion de pecho inesplicable y como una necesidad de huir y evitar toda conversacion, libràndose de este modo de alguna cosa funesta, pero no tuvo aquella ansiedad, aquel terror, aquel presentimiento de peligro, como si se hubiese presentado con la cabeza erguida el mirar amenazador y su acceso austero. Dió á entender con la mano, que no podia recibir á nadie y que necesitaba de re-

poso: pero el canónigo habia ya suplicado á la señorita Lemasle, saliese del cuarto y se hallaba solo con la trémula Angélica.

—Mi querida señorita, le dijo con aire misterioso, me envia à vos un hombre que ha cometido grandes pecados, y que no está léjos de arrepentirse....

—¿Què venis á decirme de su parte? exclamò la señorita Neuville que estubo á punto de nombrar à Claudio Lepetit y que se estremecia aguardando alguna mala nueva.

—Este hombre que es un atheista empedernido y que ha ultrajado los mas sagrados misterios de la religion, ha comparecido ante el tribunal de los hombres, antes de ser citado al de Dios vengador: sus crímenes están verificados con pruebas y testigos, pero insiste en negarlos y llámase inocente....

—Supongo que no hablais de Claudio Lepetit? interrumpió Angélica, que creia que su rapto era el único crímen que se le imputaba.

—Es ese mismo, que ha sido juzgado

esta mañana, y que ciertamente será condenado esta noche, despues de haber sufrido la tortura preparatoria.

—¡La tortura! repitió la señorita Neuville, que à poco se arroja de la cama, comprendiendo el valor de las palabras que no entendió bien de boca de Guy-Patin. La tortura! exclamò con gritos y sollozos. Le dan tormento à Claudio Lepetit?

—Si señorita, y quizà en este propio momento, le contestò el canònigo, á quien solo preocupaba el resultado moral de la causa del atheismo.

—Ah! Mr. de Harpedaille manda esta atrocidad, dijo Angélica con desesperacion, pero yo no lo abandonarè, no lo negaré y voy à implorar el favor de mi padre para con el pobre de Claudio. Id, corred y haced que se retarden esos horrores, os lo suplico, reverendo padre, ayudadme, salvadme y socorredlo.

—¿Qué puedo hacer en esto, mi querida señorita? nada tengo que ver en ese negocio de justicia, y todo lo que me es permitido hacer es, rogar á Dios por el pecador.

—Nada tengo que pedirlos sino que detengais la ejecucion del fallo y suspender el tormento hasta mañana, que habia comprometido á mi padre à intervenir y oponerse á los furoros del indigno Mr. de Harpedaille... No, moriré primero que ser causa del pesar que quieren dar à Claudio Lepetit.

—El señor presidente se verá tan imposibilitado como nosotros lo estamos, de poder impedir que sea condenado el criminal, que debe ser presentado al tormento....

—Còmo padre! reusais ayudarme? le dijo Angèlica auegada en lágrimas y que no tenia resolucion para tomar un partido en tan terrible situacion. Me hallo aun muy débil, pero el pensamiento de hacer una buena accion me sostendrá: yo misma voy á avisar para que no se le dè el tormento. ¿No es al tribunal donde debe irse para eso? ¿à donde podré encontrar á Mr. de Harpedaille? Mi padre estaba aqui hace un momento y salió para ir á una junta.... Ah! si hubiese sospechado que la vida de Claudio Lepetit estaba en peligro.... ¿Quereis merecer mi eterno reconocimiento? me pre-

cedereis, advertireis à mi padre, á Mr. de Harpedaille y á los otros jueces de mi llegada, compareceré ante ellos y pediré mi parte en la pena de Claudio.... ¡amado y desgraciado Claudio!

—Hay un medio seguro, me parece, de recomendarlo á la compasion de los jueces, y si no llega á tiempo, á la del rey, porque de todos modos es preciso condenarlo.

—Es preciso condenarlo! repitió dolorida Angélica. Y por qué condenarlo, si es inocente? Es cierto que me robó, pero yo solicité que lo hiciera, y yo facilité el rapto. No me ha robado, puesto que lo seguí de mi buena voluntad ...

—Està visto que ignorais sus crímenes, blasfemias, sacrificios y costumbres corrompidas. Sin embargo, os ofrezco un medio único para salvarle la vida.

—De salvarle la vida! pues qué, peligra su vida? por qué medio se le puede asegurar? Decidlo si lo sabeis, y recurramos á él, sea el que fuere.

— La condenacion es inevitable, á menos que el acusado con su arrepentimien-

to y confesion se atraiga la indulgencia y piedad del tribunal. El todo lo niega, y no se arrepiente. Era necesario que una persona en quien este miserable tuviese confianza, le aconsejara confesar sus crímenes y que se entregase á la clemencia de sus jueces.

—Y cuál es la persona en quien Claudio Lepetit tiene confianza? preguntó la señorita Neuville dudando y enrojeciéndose: la ha nombrado?

—Sin duda avergonzado de su conducta para con vos, nada desea mas que hacérosla olvidar, y me imagino, que en este sentido ha declarado, que haria lo que os dignáseis mandarle, estando pronto à obedeceros en todo.

—Y os ha encargado esta comision, reverendo padre? díjole ella con muestras de desconfianza, que se mezclaban con el gozo de saber que era amada. ¿Pero què quieren que confiese? Confesará que practicò el rapto con mi consentimiento; que se ha opuesto á mi matrimonio con Mr. de Harpedaille, á ruegos mios, que me ocultó en casa de uno de sus amigos, con

mi consentimiento y voluntad....

— Què importa! con tal que confiese, le interrumpiò diciendo el padre Chevas-sut, que conocia que à Angélica la preocupaba siempre el negocio del rapto y què no escrupulizaba en dejarla en su ignorancia. Si confiesa, se salvará; y no confesará si no se lo mandais.

— En este mismo momento le aplicarán quizá el tormento? exclamó la señorita Neuville con nuevos gemidos, provocados por el horrendo cuadro que le pintaba su imaginacion. ¡El tormento! son dolores insufribles: ¡el tormento por el agua! ¡El tormento de calcetas! ¡el tormento de tornillos! Ah! Mr. de Harpedaille me ha hecho muchas veces estremecer contàndome esos horrores.... En hora buena, reverendo padre, id de mi parte y decidle que lo confiese todo....

— No creerá lo que le diga de vuestra parte, si vos misma no se lo decis. Escribidle solo estas palabras: *Hareis muy bien en confesarlo todo.*

— ¿Y os comprometéis à entregarle en su mano el papel que yo escriba? no me

engañareis, reverendo padre?

—Me comprometo poniendo à Dios por testigo, à entregar en manos de Clandio Lepetit el billete que le escribais, con la condicion que habré de leerlo antes, y que no contenga cosa que sea contra vuestra reputacion y la mia. Basta con que escribais esta palabra. *Confesad.*

—Ese leal y noble jóven no se atreve á declarar, por temor de comprometerme! pensaba la señorita Neuville, y tomó la pluma que le presentaba el padre Chevassut.

Escribió estas palabras con tal emocion, que su letra estaba casi desconocida. «Caballero, una persona que mas que ninguna otra en el mundo compadece vuestra mala situacion y que daria mucho por hacerla buena, acaba de saber lo que passais sin duda por su causa, lo que la aflige mas de lo que podeis creer: os suplica que declareis sin reserva, en atencion à que vuestra confesion, será en beneficio vuestro y que sereis bien recompensado. Confesad pues, por amor mio. Angélica.» El padre Chevassut recogió este billete y

fué de prisa á presentarlo á Lepetit. Este al reconocer la letra, la besa cien veces y llena su alma de reconocimiento y de amor, dijo que todó lo confesaba: declaró ser el autor de los versos impíos de Saint-Pavin y de la Chapelle, convino en su recepcion en la academia de los atheos, formuló su adhesion à los estatutos de esta academia, no negó haber oido una confesion en la iglesia de San Victor, no se opuso à que se habia entregado à prácticas tenebrosas de brujería, hechizos y diablerías, ni à lo que atribuian à su mono de un poder sobrenatural è infernal y á todas las preguntas que le hacia Mr. de Harpedaille, respondia *sì* para mejor conformarse à la órden de la señorita de Neuville. Estas declaraciones muy circunstanciadas, se trasmittieron inmediatamente á la sala de justicia reunida extraordinariamente que dió su sentencia, continuó sin levantar la sesion. Claudio Lepetit convencido de los crímenes de lesa magestad divina, atheismo, impiedad, sacrilegio, magia y otros excesos aboninables, tales como unos versos infames contra la santisima virgen, fue con-

denado á hacer retractacion pública á la puerta principal de la iglesia de nuestra Señora, en camisa, descubierta la cabeza, con una cuerda al cuello, llevando en la mano un cirio de seis libras de peso, y llevado despues á la plaza de Greve para sufrir el suplicio, pasando de la horca á la hoguera donde será quemado su cadáver con su mono vivo y arrojadas al viento sus cenizas. Claudio Lepetit oyó su sentencia con la mayor serenidad: habia obedecido á Angélica, cuya carta besaba, teniéndola unida à sus lábios.

Angélica aguardaba entre agonías la vuelta del padre Chevassut que le habia ofrecido volver à decirle la suerte del acusado. Era ya cerca de media noche cuando llamaron á la puerta de su cuarto: su corazón latía à la vez de inquietud y de esperanza; se incorporó con los ojos hoscos y lucientes, trastornada sus facciones y su color verdoso, semejante á un muerto que la nigromancia hiciere aparecer amortajado en un lienzo. Volvió à caer desfallecida al ver aparecer á Mr. de Harpedaille sonriéndose con atroz satisfaccion y tra-

yendo un papel escrito en la mano. La señorita Neuville casi desmayada cerraba los ojos por no verlo.

—Señorita, le dijo el procurador del rey dando á su voz un tono irónico y meloso: acabamos de condenar à un hombre por quien os interesais.

Aunque preparada á este golpe la señorita Neuville por su conversacion con el padre Chevassut lo recibió con tanta sorpresa y dolor como si nunca lo hubiese previsto. Dió un gran grito, mirò con fijeza á Mr. de Harpedaille, cerró los ojos y perdió del todo el conocimiento. Al cabo de una hora, volvió en sí á fuerza de los cuidados de la señorita Lemasle. Mr. de Harpedaille no salió del cuarto, se mantuvo distante de la cama con el papel en la mano, y puso sobre la mesa recado de escribir. Al verlo de nuevo estuvo Angélica por desmayarse otra vez; se hallaba combatida por una desesperacion taciturna y profunda que no se desahogaba ya con gritos, gemidos, ni llanto: se hallaba en la situacion moral de una persona que ha tomado veneno y sabe que la muerte

circula por sus venas: ni aun cuidaba de su vida.

—Os he anunciado con fria crueldad, le dijo Mr. de Harpedaille, la sentencia de ese hombre, para deciros tambien que sois dueña de su vida, y podeis salvarlo.

—Yo! esclamò la señorita de Neuville, acordándose de la equívoca conducta que acababa de tener el gran chantre con ella, y que temió caer en nuevo lazo.

—Hé aqui el modo de salvarlo: Está condenado á hacer retractacion pública y á ser quemado despues de ahorcado. La sentencia debe verificarse mañana al medio dia; entretanto, si lo consentis, se presentará al rey esta representacion de gracia, que he hecho firmar por los señores de la sala de justicia y que yo mismo firmaré. Qué os parece? Quemarèmos á Claudio Lepetit con su mono, ò no lo quemarèmos?

—Me proponeis un negocio? le dijo Angélica, que conociò en los ojos del procurador del rey la condicion que le iba á imponer. Enseñadme esa súplica.

Es mi bien el que reclamo, añadió

Mr. de Harpedaille , entregando á Angélica la representacion redactada en términos los mas espresivos y firmada por todos los jueces que habian condenado al atheista. Es preciso , que mañana á la misma hora en que el condenado haga su retraccion pública consintais en que nos casemos.

—Tanta gana teneis de casaros con una moribunda? dijo la señorita de Neuville que segun la obstinacion de Harpedaille, comprendió que toda súplica seria inútil.

—Mañana al medio dia me casaré con vos , y en cambio , voy á firmar esta representacion dirigida á S. M. que ciertamente conmutará la pena impuesta al criminal.

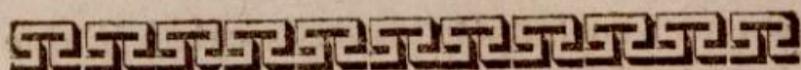
—Podré estar muerta antes de la noche de boda , pero me importa poco con tal que Claudio quede salvo. Cumplid , señor vuestra palabra , como yo cumpliré la mia , en fé de lo cual , os doy mi mano. El rey perdonará á Claudio Lepetit, yo viva ó muerta seré la esposa de Mr. Harpedaille.

Al concluir estas palabras le atacó á Angélica una debilidad no tan grande como

la primera y que terminó con un torrente de lágrimas. Interin esta desgraciada víctima se hallaba privada de sentidos, el procurador del rey le quitó de la mano la representacion y la firmó, precediendo la nota que sigue, dictada por la mas baja y pérfida venganza.

«Señor, V. M. probablemente no tubeará entre los dos condenados, el hombre y el mono: en favor de este último parece estar hecha la súplica que antecede, y en este caso me asocio al sentimiento de la humanidad de los señores de la cámara de justicia, porque este pobre mono está mas confuso y mas arrepentido que su amo, de tal modo que promete ser en adelante un honrado mono, desde que se le ponga un nombre menos impertinente que el de Preste Juan, que tomó sirviendo en la academia de los atheos. El castigo del hombre será mas y mas ejemplar, en vista de la gracia concedida á su inocente cómplice, y los atheistas se estremecerán al ver, que su vida no vale la de un mono, á los ojos de vuestra muy equitabile y muy cristiana magestad. (1)

(1) Ya han visto nuestros lectores en el capítulo anterior, las informalidades y nulidades legales de esta causa. Parece imposible que en el reinado de Luis XIV estuviese la magistratura tan atrasada de conocimiento y tan vendida al cohecho de un intrigante, que manejaba á los jueces al punto de degradarlos y descaradamente hacia el oficio de fiscal siendo parte. Pero lo que mas hace ver la ignorancia y mala fé, son esas reuniones extraordinarias de noche para fallar un negocio que importaba nada, se realizase un dia antes ò despues, ese entrometimiento de un canónigo insensato á la par que fanático, que prostituye su sagrado ministerio, para engañar à una jóven y coadyuvar á las intrigas del fiscal, á ciencia cierta de la acusacion: y por último: ¿qué juicio puede formarse de un gobierno que leida la nota que precede la firma del fiscal en la representacion que se le dirige, no priva á este de su empleo y le manda formar causa por atrevido insultador del mismo gobierno á quien supone tan idiota como él: tan falso y venal como el que suscribe, mandando al mismo tiempo suspender todo procedimiento? Era esta la nacion y el gobierno ilustrado que nos tenia por semi-bárbaros? Presenten esos ilustrados un caso igual en los tribunales de España: seguro no lo harán.



X.

LA RETRACTACION PUBLICA.

LA gran campana de la iglesia de nuestra señora esparcía un sonido fúnebre, y por intérvalo las pequeñas campanas sonaban como si respondiesen à este llamamiento de muerte. Este lúgubre sonido anunciaba al pueblo cristiano de la capital, la retractacion pública del atheo.

Esta retractacion proporcionaba à los curiosos un espectáculo solemne y raro; asi que la muchedumbre se apresuró á pre-

sentarse en las puertas de la catedral, que permanecian cerradas y en la plaza de Greve donde se elevaba una horca y una pila de leña. Eran ya veinte años que no se veia quemar un hombre en Paris.

Desde la prision oia Claudio Lepetit tocar en nuestra señora , pero no le pasaba por la imaginacion tener parte en este clamoreo , tampoco pensaba en la sentencia, como si fuese extraño á ella , solo estaba absorto en su amor entusiasta por Angélica. Leia y releia sin cesar las últimas líneas que recibiera de ella , y en cada nueva lectura hallaba un testimonio mas evidente y mas decidido de los sentimientos que le manifestaba en cambio de los suyos. Se creia dichoso en ser tan amado, como él amaba, y bendecia la persecucion que le habian hecho sufrir, porque la señorita Neuville se encargò de indemnizarsela: esperaba salir pronto de la prision, sin pensar en como saldría y el primer uso que quería hacer de su libertad, era ofrecerlo á los pies de Angélica. En sus sueños poéticos de amante , se veia ya esposo de esta muger y se olvidaba que la justicia lo habia

condenado á una muerte infame.

Una hora antes de ejecutarse la sentencia Guy-Patin y Pedro Pelletier fueron introducidos en la prision mediante una orden de la chancilleria. Pedro Pelletier se arrojó á los brazos de su amigo, y lo estrechaba contra su pecho entre sollozos que no le permitian hablar una palabra. Guy-Patin se arrimó tambien conmovido por la emocion que le causara ver la que este dilatado abrazo habria promovido en uno y otro amigo. Cogió la mano de Lepetit, se la apretó fuertemente escitandolo con un gesto á que tuviese valor: en seguida participando poco á poco del enternecimiento de sus amigos, se acordó de su hijo, que le hubiese hallado en posicion análoga á la de Claudio, si no hubiese tenido la precaucion de estrañararlo, antes que fuese juzgado como atheo y libertino: este recuerdo oscureció al semblante del anciano médico y humedeció sus pequeños ojos, secos por tantos años.

—Lloras, Guy-Patin, se dijo á si mismo en voz alta, lloras tú que has visto con risa y mofa la agonía de la Francia bajo

la tiranía de Mazarino, tú que nos ha llorado por los envenenamientos del antimonio, ni sobre la negrura de la quinquina, lloras, Ciceron Guy-Patin?

—De gozo debemos llorar todos, repuso Pelletier, porque nuestro pobre amigo Claudio, no irá al suplicio.

—Lloro, jóvenes queridos, cuando pienso que tengo un hijo el mas sàbio y honrado del mundo, y que este hijo ha estado á punto de ser presentado en justitia bajo pretesto de atheismo é impiedad. Lloro por la vergüenza y descrédito que recae sobre mi pais y sobre el gènero humano, al querer perder y quemar á las gentes, que ó son mas ciegos ò mas ilustrados que los demas.

—Hé! señor Guy-Patin, le interrumpió Pedro de Pelletier: á qué viene ese llanto, cuando no se ahorca ni quema à nadie, al menos hoy? Claudio, mi pobre Claudio, pagaràs con la retractacion pública à la puerta de nuestra señora, añadió suspirando y alzando la espalda. Una retractacion pública, con la cabeza desnuda, una soga al cuello, en camisa y con un grueso cirio en la mano, no es cosa diver*

tida , pero vale mas que la horca y la hoguera. Es necesario que te resignes á un cuarto de hora de humillacion pública querido, y desgraciado amigo...

—La humillacion es para el que la merece , replicò Guy-Patin con calor , y quando Mazarino mandó poner en la picota del mercado, á Dubose Montandré, à quien le fastidió galanamente con sus versos satíricos, las principales señoras de la Fronda vinieron á saludar al poeta á la picota y le echaban flores: Mda. Chevreuse, no fue de las últimas y esparció tanto perfume en rededor , que los mercados ecsalaban una fragancia de bálsamo.

—Os oigo , dijo Claudio Lepetit , sin entenderos que ni se acordaba de los particulares de la sentencia. Quién ha de retractarse públicamente?

—Y quién ha de ser si no tú? le contestó Pedro de Pelletier, que temió un momento ver trastornada la razon de un amigo. No oiste la sentencia.

—Qué sentencia? preguntó el jóven cuya memoria estaba enteramente perturbada. Desde que recibí este billete (mira

Pedro, es de su puño) todo ha sido para mí como si no hubiese existido. Míralo, ella me ha escrito, no me ha olvidado, me ama; ¿y qué importa lo demás, si me ama?

— Si, os ama, repuso seriamente Guy Patin: estuvo próxima á morir de dolor por vuestra causa esta querida señorita, y seguramente si vuestra sentencia se verificara, si el rey hubiese reusado firmar vuestro indulto, no os hubiera sobrevivido y habria muerto de una calentura ardiente.

— ¡Cuánto bien me haceis en repetirme que me ama, exclamó Claudio Lepetit que queria besar la mano al doctor en agradecimiento.

— Yo no he hecho mas que cumplir un deber de justicia, de humanidad, dijo Guy Patin que desconoció el objeto de la gratitud del sentenciado. Yo me he satisfecho à mí mismo, el apoyo que he prestado à un inocente y á un hombre de vuestro mérito. Desde que la sentencia, esa sentencia dracomana é inícuca se publicó.

— No sé si he soñado, dijo Lepetit cuyos recuerdos confusos no se ordenaban, pero yo no me acuerdo de esa sentencia.

—Fuiste ayer condenado por crimen de atheismo y de sacrilegio, le dijo Pedro de Pelletier ; y hoy debias ser ahorcado y despues echado al fuego.

—Eso es imposible , replicó Lepetit, mostrando à su amigo la carta de Angélica. He confesado todo lo que han querido y espero que me pongan hoy en libertad.

—Cómo! ¿La señorita de Neuville ha podido escribir esto? exclamó Pedro de Pelletier enseñando la carta á Guy Patin. Sin duda queria perderte.

—¿Y habeis obedecido á esta carta insensata? le preguntò Guy Patin despues de haberla leído. ¿Y habeis bajo la salvaguardia de este pedazo de papel, hecho confesiones falsas y ridículas?

—Ella lo mandaba y yo la he obedecido sin meterme en inquirir la causa, ni qué sucedia, repuso Claudio Lepetit, y haria lo mismo si hubiese necesidad de hacerlo otra vez.

—Muy bien, valor, de bueno en mejor, señor enamorado. Es decir que deseariais que os condenasen otra vez, pero os advierto que no se conseguiria de segunda

vuestro indulto. Han sido necesarias activas y poderosas solicitudes para conseguirlo esta vez. Una súplica redactada por vuestro amigo Pelletier, y toda escrita de su mano en muy buen papel blanco abitelado, se firmó por los poetas y sábios que Desbarreaux pudo encontrar en cama esta mañana. Esta súplica presentada por mí al canciller, fue inmediatamente llevada por él à S. M. que el dia antes volvió de San German y que pasará algunos dias en Louvre. El rey consultó á su consejo la gracia que se le pidió y solo se decidió á hacerla, al recibir de los jueces de la sala de justicia otra representacion en el mismo sentido, con la diferencia, me dijo el canciller, que vuestro mono estaba tambien muy recomendado à su clemencia.

—Mi mono! dijo riéndose Claudio Lepetit. ¿Pues qué, estaba tambien acusado de atheismo y de haber compuesto poesias sacrílegas?

—Para que esta causa fuere en todo digna de los antiguos tiempos de barbarie y supersticion, continuó Guy Patin, formaron tambien causa al mono y lo conde-

naron como á vos.

—Esto causa horror y compasion, dijo mofándose el poeta. Os doy gracias, amigos míos, por haber impedido que sea ahorcado y quemado, y mi mono os la daría tambien si el honor que le hacen tratándolo como hombre, le pudiera dar el uso de la palabra. Os convidó á mi boda con la señorita de Neuville.

—Convidadnos primero à vuestra retractacion pública, dijo Guy Patin meneando la cabeza, os deseo que parezcáis tambien como en vuestra boda.

—Éstais seguro que la señorita Neuville no se hallará allí, para verme en tan lastimoso estado? dijo Lepetit que se puso pensativo é inquieto con esta idea.

—Pues qué, se lleva à una señorita à ver á un hombre en camisa? dijo Guy Patin. Al contrario, estoy cierto que ella nada sabe de lo que os pasa, y que á propósito la han dejado absolutamente ignorante de vuestra suerte: por lo tanto la señorita Neuville será la última, que sepa el resultado de esta inicua causa.

—P. IV. Sábado 22 de agosto de 1486 10

—No quiero otra cosa y solo me avergonzaria de la afrenta de una retractacion pública, si hubiese de hacerlo en presencia de Angélica.

—No habrá afrenta para tí, querido Claudio, le dijo Pedro Pelletier. Allí estaremos todos para animarte con nuestras miradas y para hacerte ver, que la vergüenza no ecsiste en el castigo, sino solo en el crimen. A mas publicaremos tu inocencia y la injusticia de la sentencia.

—Por mi parte nunca me callaré, dijo Guy Patin, y colocarè esta sentencia en el número de los errores memorables y de opinion, y al lado del tiempo de la quinquinia y del antimonio. Esta retractacion pública, jóven amigo, será el eterno oprobio de la razon y de la justicia humana.

—La sufrirè, con la esperanza de volver á ver á la señorita de Neuville y de casarme con ella, dijo Lepetit apretando la mano del anciano.

—Casarse con ella! dijo en voz baja Guy Patin, acariciando su barba con el puño de oro del baston. Los filósofos du-

dan de todo y los poetas de nada dudan.

—Pedro, dijo Lepetit dándole una carta abierta, esta es mi respuesta á su carta, prométeme que le será entregada inmediatamente.

—Seria necesario para que yo me aventurase à ofrecerlo, que la cosa fuese posible, respondió Pedro Pelletier confuso con esta comision. ¿Cómo he de poder ver à la señorita Neuville? ¿cómo he de hablar solo con ella? ¿cómo entregarle este billete? Claudio, conoces mi adhesion y mi amistad, has mejor empleo de ella.

—Disponte á darme esta prueba de afecto y amistad, que tú dices tenerme: no reclamo otra, ni puede otra serme mas útil y agradable. Tengo cierta repugnancia en entregar esta contestacion en manos del padre Chevassut, que se ha dignado traerme la carta de Angélica.

—El padre Chevassut! exclamó Guy Patin mas admirado que si hubiese presenciado un milagro. El padre Chevassut transformado en mensajero de amor!

—Te burlas de su reverencia, dijo el antiguo lego, que siempre conservaba reu-

cor al gran chantre de San Victor: siempre tiene un sermón guardado contra la galantería.

—Lo cierto es que por sus buenos oficios he tenido la esquila de la señorita Neuville, repuso Lepetit, y yo me declaro su defensor. Busca el modo de dar mi contestación á la hermosa Angélica y trata de que la tenga en su mano inmediatamente: este pensamiento me sostendrá en el suplicio de la retractación pública.

—Todo lo que veo y lo que oigo, me parece presagiar el fin del mundo, que se acerca á su fin, dijo Guy Patin. Un clérigo fanático, convertido en correo de dos amantes: un condenado á muerte que solo piensa en escribir y enviar cartas á su amada: un tribunal conociendo de causas de atheismo è impiedad: la hija de un primer presidente, locamente enamorada de un poeta: un poeta que en las barbas del novio roba la novia, Mr. Harpedaille insistiendo en casarse: Saint-Pavin creyendo en Dios, y que no sale de la iglesia: Desbarreaux disolviendo la academia de los atheos. Pedro de Pelletier levantado

antes que salga el sol!!

—Cada uno tenemos nuestra locura, dijo Pelletier: la vuestra, querido y famoso doctor es, creeros el solo sabio entre los locos. Demos gracias al cielo porque no nos ha destinado la peor de las locuras, que es el amor. ¿Qué dices de esto, amigo Claudio?

—Digo y diré, respondió Lepetit, que soy mas feliz con mi locura, que vosotros con vuestra sabiduria: amo à Angélica y ella me ama.

Una multitud inmensa ocupaba la plazuela del atrio de la iglesia de Nuestra Señora y obstruia las calles contiguas: el sonido lúgubre de las campanas, ahogaba el rumor de este gentío impaciente y curioso. La iglesia estaba vacia y nadie podia entrar, aunque las puertas estaban abiertas de par en par, el santísimo sacramento espuesto sobre el altar y los cirios encendidos, esperando al sacerdote que debia officiar solemnemente. Debajo del pórtico se hallaba un sillón adornado para el provisor del obispo y alli inmediato una cátedra para el predicador:

al frente, una capa de ceniza estendida sobre el suelo en señal de penitencia, destinada para recibir al penitente en la ceremonia de la retractacion pública, la que verificada, mandaba el indulto fuese conducido à la plaza de Greve para ser amonestado al pié de la horca, antes de volver à la prision.

Los gritos y vocería del pueblo anunciaron la procsimidad del criminal condenado, y los alguaciles tuvieron mucho trabajo en abrirle paso como igualmente à la comitiva. Iba precedido y seguido de una procesion de religiosos de las órdenes mendicantes que venian de dos en dos, con un cirio encendido en la mano y la capucha calada hasta los ojos. Claudio Lepetit, segun lo prevenia la sentencia, solo lo vestia una especie de túnica ó camison de sarga negra salpicada de llamas rojas: habia conseguido à duras penas que no le rapasen la cabeza y sus largos cabellos que habian perdido su rizo hacia un mes, cubrian parte de su rostro pàlido y enflaquecido, y caminaba con los pies desnudos por el lodo, cruzados

sus brazos sobre el pecho. El pesar que que sentia de servir de espectáculo en tan humillante situacion, le habia causado mas impresion de la que creyeron sus amigos: á cada paso estaba próximo á desfallecerse y temblaban todos sus miembros como si tiritase de frio, no atreviéndose á mirar á nadie por temor de hallar alguna persona conocida entre aquella gran concurrencia reunida para verlo. Se decia à sí mismo, que moriria de vergüenza, si sabia que la señorita de Neuville habia puesto los ojos en él en aquel momento. El sudor le caia por el rostro en gruesas gotas, y las lágrimas rodaban por sus mejillas, en una ocasion dió un paso falso y una persona generosa le tendió su mano para sostenerlo.

—Martir de la santa filosofía, le gritó Desbarreaux, estamos aquí para derramar bálsamo sobre vuestras llagas y celebrar vuestra virtud.

—¿A dónde me llevais? dijo una voz apagada y trémula que salia de entre el gentío, en el que se forcegeaba un hombre, que otros seis ó siete arrastraban hà-

cia la iglesia. ¡Dios mio! ¡iluminadlos con un rayo de vuestra gracia y haced que se arrepientan estos miserables!

Claudio Lepetit habia ya llegado á la bóveda del gran atrio: el provisor con vestidos sacerdotales salió á su encuentro acompañado de un numeroso clero con cruces, estandartes é incensarios. No se acercò á él, pero le dijo con un gesto, que se arrodillase sobre la ceniza y fué á sentarse á su frente ínterin que en el interior de la iglesia empezaba la misa. Los frailes que acompañaban al criminal condenado, se situaron detrás de él. El padre Chevassut que se habia encargado de predicar el sermón, estaba de pie, inmediato al provisor esperando el momento de principiar el sermón, Claudio Lepetit indignado del papel que le hacian representar, estaba inmòvil y postrado de dolor, con las miradas airadas del gran chantre de S. Victor. Este, á quien la retractacion pública proporcionaba un verdadero triunfo oratorio, subió con un crucifijo en la mano, á la càtedra, y principiò con voz tonante un discurso lleno de maldiciones y ame-

nazas contra los enemigos de la religion. Dijo que era ya pasado el tiempo de la tolerancia, y que el Dios de las misericordias se volveria un Dios implacable y vengador. Declaró una guerra terrible á los impíos, á los atheos y á los indiferentes: presentò en un porvenir poco distante, libre al reino de Francia de todas heregías que turbaban la unidad de la iglesia católica romana, y llegó hasta decir, que el rey, que se gloriaba y envanecía con su título de *muy cristiano*, queria hacerse digno de él, y se armaria con la espada de las leyes para defender las creencias de sus antepasados. La elocuencia frenética del predicador, conmovió á los asistentes que estaban á distancia de poder oír. Claudio Lepetit no oyó una sola palabra de este sermón dirigido á él; y el padre Chevassut que lo veia distraido é insensible á las mas ardientes alocuciones, redobla su energía y violencia para conmoverlo y aterrarlo. Mientras se predicaba este sermón, los individuos de la academia de los atheos que Desbarreaux convocó esta vez para que asistiesen á esta fatal ceremonia, formaron

un círculo en cuyo centro forzaron á Saint-Pavin, que habian conducido à viva fuerza á que se arrodillase y sufriera tambien la humillacion de una retractacion pública, á la que no se opusieron los espectadores desinteresados, y representando Desbarreaux al provisor:

—Saint-Pavin, le dijo en voz alta, te requiero á que reconozcas delante de tus hermanos, que los has abandonado en el peligro, y que te has vuelto contra ellos para oprimirlos; esta es la conducta de un hombre bajo en cualquiera religion del mundo; y me compadezco del que te absuelva de esta infamia.

—Maltratadme, injuriadme, mortificadme, respondió Saint-Pavin, y con la firmeza de un mártir, no dejarè de glorificar el santo nombre de Dios.

—Cómo, malvado! hablas de Dios y has consentido que un inocente padezca, y cargue con la responsabilidad de tus escritos? tu Dios será entonces el Dios de la mentira y del asesinato.

—Dios sea glorificado, gritaba Saint-Pavin, ecsaltado por la persecucion. El es

el que me ha quitado las escamas que obstruían mis ojos, el que me ha hecho entrar en el camino recto de la verdad y él me dará resistencia contra los ataques de los malvados y me dará la palma después del combate.

—Saint-Pavin, sino eres el más vil de los hombres, dirás quien es el autor de los versos, que han causado la condenación de Claudio Lepetit. Si no has perdido del todo la vergüenza, te retractarás delante de él y de nosotros. Por cierto viene bien tener continuamente á Dios en la boca, y ser causa de la muerte de un inocente.

—Dios me ha perdonado y me abre su paraíso, repetía Saint-Pavin con fanatismo; ahora puedo morir sin condenarme como Theophilo.

—Te se debe compadecer más que vituperar, pobre loco. Si mi amigo Picot hubiese presenciado esta lastimosa psalmodia, te habría matado con sus manos.

—Rogaré por vosotros, à pesar vuestro, detestables ateos, y puede que algún día tenga Dios misericordia de vosotros. Sí, os convertireis todos.

El sermón del padre Chevassut acababa en este momento: el provisor se levantó y se dirigió al condenado para proceder á la retractación pública. Pusieron en manos de Lepetit una gran cruz de madera y le mandaron estrecharla entre sus brazos durante las oraciones que procedieron al interrogatorio. El pesado cirio encendido que hasta entonces había tenido, fué entregado á dos diáconos que lo levantaron al aire con esfuerzo, para anunciar al pueblo que el culpado iba á confesar sus pecados y pedir su absolución. El padre Chevassut siempre asido á su crucifijo, tomó un asperges y asperjó con agua bendita á Claudio Lepetit, á quien este rocío inesperado hizo estremecer de despecho, que el gran chantre juzgó de poco arrepentimiento. El clero psalmodió el *de profundis* y el provisor echó sobre la cabeza del penitente un velo negro.

—Condenado, dijo el padre Chevassut con acento formidable, haced en el fondo de vuestra alma un acto de contrición, y preparaos á la confesión pública de vuestros crímenes.

En este mismo instante, Pedro Pelletier se hizo paso entre el gentío, desvió á los frailes que rodeaban à Claudio y le tocò la espalda pare hacerle volver la cabeza. Todo lo olvidó Lepetit al reconocer á su amigo, á quien dirigió una mirada profunda que espresaba los sentimientos que agitaba su corazón, Pedro comprendió la mirada y bajó los ojos.

—Ya es tarde, dijo en voz baja y sollozando: se ha casado con Mr. de Harpedaille, los he visto entrar en la iglesia y salir casados.

—Casada! exclamò Lepetit con voz ahogada y sollozante! Angèlica casada! casada, casada ella! Ah! me han engañado.

—Me acerquè para hablarle, continuó Pelletier, á quien los frailes empujaban hacia atrás, nada oía nada veía, parecia una estatua animada pero insensible, á pesar de esto cuando pronuncié tu nombre, levantò los ojos al cielo, y cayò como muerta. Esto sucedió despues del casamiento, se la llevaron sin conocimiento y decian que estaba agonizando.

—Dios mio, casada! casada! repetia

Claudio Lepetit que no habia oido la relacion de Pedro Pelletier y que no estaba en disposicion de contener su desesperacion. ¡Ah! ¡cómo me han engañado todos! gritó con rabia: ¡casada! ¡ya no es mia, ni puede serlo en adelante!

—Condenado, ¿qué haceis? le dijo severamente el padre Chevassut, que vió trastornársele el semblante, vacilar y morder convulsivamente la madera de la cruz que tenia abrazada. ¿Es el espíritu maligno que se apodera de vos? ¿estais poseido del demonio?....

—Miserable, me has engañado! respondió Lepetit con una especie de rugido, dando un salto y precipitándose sobre él.

—¡Atheista, impio, sacrilegio! Satanás, Satanás, retírate! gritaba el padre Chevassut à quien el jòven furioso apretaba con fuerza.

—Sois todos unos infames! me habeis todos engañado y tú mas que los demas, abominable gazmoño. Tú pagarás por todos.

—De ese modo te arrepientes? desgraciado, no sigas los consejos del infier-

no, vuelve en tí, vuelve à Dios y besa este crucifijo...

—Sí, villano, ese es el language que usas para engañar mejor; exclamó Claudio Lepetit cuya cólera era un vértigo y que rompiò el crucifijo que le presentaban tirando los pedazos á la cara del provisor. ¡Está casada, casada y yo lo ignoraba!

—No hay duda, està poseido del demonio, dijo el provisor y principió un ecsorsismo, llenándolo de agua bendita, traed reliquias.

—Ven, mónstruo! exclamó delirando Claudio Lepetit, que quiso llevarse al padre Chevassut y que se sirvió de la cruz para desviar todo lo que se oponia à su partida. Quiero matarte à su vista, quiero matar á tu cómplice Mr. de Harpedille, y despues me mataré à los pies de Angélica.

—Està poseido, repetian por todas partes: ha cometido horribles sacrilegios. No es hombre, es un demonio encarnizado.

—Socorro, socorro, decia el padre Chevassut, todo magullado por las manos

nerviosas, que se pasearon por su cuerpo dejando señales de su paso. Libradme de este endemoniado! traed cuerdas y cadenas para amarrarlo: es un atheo incorregible, es un sacrilegio endemoniado.

En su acceso de demencia trató Lepetit de defenderse de los numerosos asistentes que lo rodearon, lo apalearon y le pusieron una mordaza; pero su voz y gritos furibundos llegaron à oirse de Preste-Juan que conducian en una jaula en seguida de su amo, para de algun modo hacerlo partícipe de la retractacion pública y que debió ser espuesto en la plaza de Greve debajo de la horca.

Creyó el mono que su amo necesitaba su socorro, y le asaltó al instante una rabia igual á la de Lepetit: daba gritos agudos, envistió uno tras otros los barrotes de la jaula, los movió, los mordió con tanto enardecimiento y resolucion, que los encargados de llevar la jaula, la dejaren caer y con el golpe se abrió. Apenas se vió Preste-Juan libre, salió sobre las espaldas y cabezas de los que estaban delante, y llegó como una flecha á la lucha que Clau-

dio Lepetit sostenia aun: un instinto de venganza, le designó al padre Chevassut á quien escogió por su víctima. Cuando consiguieron que soltase la presa, el gran chantre de San Victor tenia los ojos reventados.

Este escándalo inaudito, causado por este acontecimiento, produjo en el pueblo una terrible reaccion contra el condenado, á quien antes compadecian; pidieron su muerte y amenazaron despedazarlo. Lo habian depositado en una sala baja del hospital general: echaba espuma por la boca, rechinaba los dientes, tenia los ojos ensangrentados y las fácciones horriblemente contraídas. Los clérigos seguian exorcisándolo. Llamaron á Mr. Harpedille y su vista reanimò todos los furores del amante de Angélica que sufrió un nuevo interrogatorio desatándose en maldiciones contra los que decia que lo habian engañado. El gentio tumultuoso é irritado permanecia en la plaza de Nuestra Señora. El procurador general fué en persona á palacio y contó al rey con ecsageracion las faltas de Claudio Lepetit y la escena de la

letractacion pública. El rey participò de ra indignacion de Mr. de Harpedaille, rompió el indulto que habia firmado, y mandó se ejecutase inmediatamente la sentencia, para ejemplo saludable de los atheos y libertinos que se multiplicaban con la tolerancia è impunidad.

Conducido aquel dia Claudio Lepetit con su mono al sitio de la ejecucion, fué ahorcado y despues quemado en union con Preste-Juan á quien se veia entre las llamas abrasando el cuerpo inanimado de su amo, que murió repitiendo el nombre de Angèlica.

—La señorita Neuville solo le sobreviviò algunos dias, que pasó en un letargo, teniendo el nombre de Claudio en su boca cuando entregó su alma al Criador, despues de haber mandado con un gesto imperativo, que su marido, à quien consideraba como su verdugo y el de su amante, saliese del cuarto.

Saint-Pavin que arrastrò cinco años mas de una existencia devorada por remordimientos y asaltado de terrores del infierno, hizo un pronóstico que se rea-

lizó por acontecimientos posteriores: todos los individuos de la academia de los atheos se convirtieron en el lecho de la muerte, y el mismo Desvarreaux murió como filósofo cristiano, fundando misas por el descanso del alma de su amigo Picot, legando sus bienes á los pobres, y publicando la abjuracion de los suyos, en el sublime soneto que lo ha inmortalizado entre los poetas del siglo de Luis XIV.

Pedro Pelletier jamás se consoló de la pérdida de su amigo, el que tuvo valor de rehabilitar en la opinion pública dando à luz *los mas bellos pensamientos de San Agustin* como asimismo el testamento de este desgraciado jóven. Pelletier para no estar ocioso, se dedicó à la poesía y vivió ò dormitó hasta el año de 1680, escribiendo é iluminando para no morir de hambre. Al ir á dar el último suspiro, ya con los ojos cerrados para siempre, dijo: Me parece que voy á despertar á la eternidad.—*Pablo L. Jacob.*

FIN.

lida por acontecimientos posteriores: to-
 dos los individuos de la academia de los
 cuales se convirtieron en el lecho de la
 muerte, y el mismo Plessier murió
 como filósofo cristiano, fundando misas
 por el descanso del alma de su amigo Pi-
 cot, legando sus bienes a los pobres, y
 publicando la obituario de los suyos, en
 el siguiente sentido que lo ha immortaliza-
 do entre los poetas del siglo de Luis XIV.
 « P. Plessier para ser conocido de la
 patria de su amigo, el que tuvo valor
 de rebelarse en su opinión pública dan-
 do a luz a sus bellas pensamientos de
 su vida como se ve en el testamen-
 to de este desgraciado Plessier.
 Para no estar en error acerca de la poesía
 y vida de Plessier hasta el año de 1680,
 escriba a continuación para no morir
 olvidado. Al fin dar el último suspi-
 ro, ya con los ojos cerrados para siempre,
 dice: Me parece que voy a despertar a la
 eternidad. — P. Plessier. »

6.000
2 tons in 1 volume
Enclosed in pile

- AN

- CAD

- SXIX

